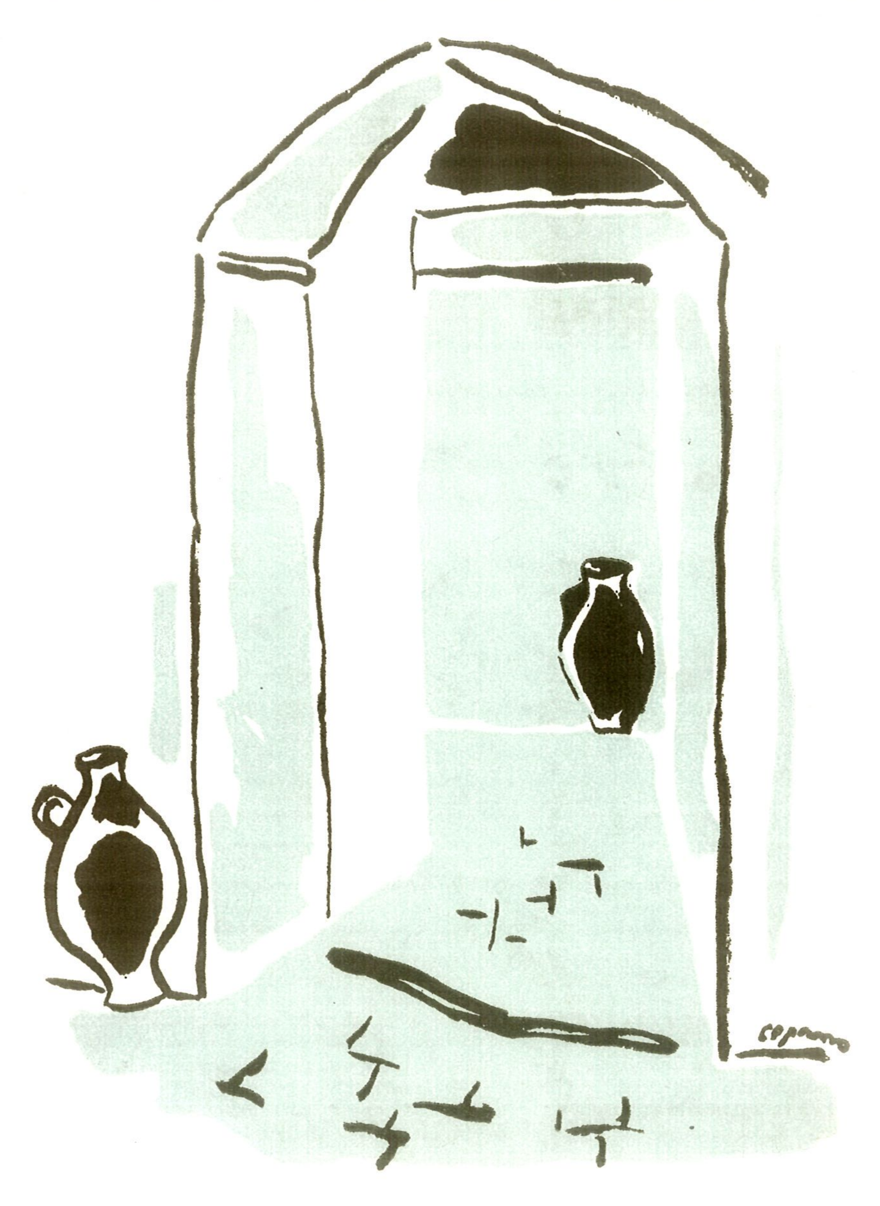
CUADERNOS HISPANOAMERICANOS



MADRID
JUNIO 1964

174

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

LA REVISTA

que integra

al MUNDO

HISPANICO

en la

cultura de

NUESTRO

TIEMPO

CUADERNOS
HISPANOAMERICANOS

Revista mensual de Cultura Hispánica

Depósito legal: M 3875/1958

174

DIRECCION, ADMINISTRACION
Y SECRETARIA

Avda. de los Reyes Católicos
Instituto de Cultura Hispánica
Teléfono 2440600
MADRID

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS solicita especialmente sus colaboraciones y no mantiene correspondencia sobre trabajos que se le envían espontáneamente. Su contenido puede reproducirse en su totalidad o en fragmentos, siempre que se indique la procedencia. La Dirección de la Revista no se identifica con las opiniones que los autores expresen en sus trabajos respectivos.

RELACION DE CORRESPONSALES DEL EXTRANJERO

Eisa Argentina, S. A. Araoz, 864. *Buenos Aires* (Argentina).—Gisbert & Cía. Librería La Universitaria. Casilla, 195. *La Paz* (Bolivia).—Don Fernando Chinaglia. Rúa Teodoro Da Silva, 907. *Río de Janeiro, Grajaú* (Brasil).—Unión Comercial del Caribe. Carrera, 43, núm. 36-30. *Barranquilla* (Colombia).—Librería Hispania. Carrera 7.ª, núm. 19-49. *Bogotá* (Colombia).—Don Carlos Climent. Unión Distribuidora de Ediciones. Calle 14, núm. 3-33. *Cali* (Colombia).—Don Pedro J. Duarte. Selecciones. Maracaibo, núm. 47-52. *Medellín* (Colombia).—Librería López. Avda. Central. *San José* (Costa Rica).—Don Oscar A. Madiedo. Presidente Zayas, 407. *La Habana* (Cuba).—Distribuidora General de Publicaciones. Galería Imperio, 255. *Santiago de Chile* (Chile).—Instituto Americano del Libro. Escofet Hnos. Arzobispo Nouel, 86. *Santo Domingo* (República Dominicana).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Aguirre, 717, entre Boyacá y Francisco García Avilés. *Guayaquil* (Ecuador).—Selecciones. Agencia Publicaciones. Venezuela, 589, y Sucre esq. *Quito* (Ecuador).—Roig Spanish Books. 576. Sixth Avenue. *New York* 11, N. Y. (USA).—Librería Cultural Salvadoreña, S. A. Edificio Veiga. 2.ª Avenida Sur y 6.ª Calle Oriente (frente al Banco Hipotecario). *San Salvador* (El Salvador).—Don Manuel Peláez, P. O. Box, 2224. *Manila* (Filipinas).—Librería Internacional Ortodoxa. 7.ª Avenida, 12. D. *Guatemala* (Guatemala).—Don Leopoldo de León Ovalle. 4.ª Calle (Calvario), frente a Telecomunicaciones. *Quezaltenango* (Guatemala). Establecimiento Comercial de don Jesús M. Castañeda. *La Ceiba* (Honduras).—PP. Paulinos. Casa Cural. Apartado núm. 2. *San Pedro de Sula* (Honduras).—Librería La Idea. Apartado Postal 227. *Tegucigalpa* (Honduras). Librería Font. Apartado 166. *Guadalajara* (México).—Eixa Mexicana, S. A. Justo Sierra, 52, *México, D. F.* (México).—Don Ramiro Ramírez V. Agencia de Publicaciones, *Managua* (Nicaragua).—Don Agustín Tijerino. *Chinandega* (Nicaragua). Don José Menéndez. Agencia Internacional de Publicaciones. Plaza de Arango, 3. *Panamá* (República de Panamá).—Don Carlos Henning. Librería Universal. 14 de Mayo, 209. *Asunción* (Paraguay). — Don José Muñoz R. Jirón. Ayacucho, 154. *Lima* (Perú). — Don Matías Photo Shop. 200 Fortaleza Sh. P. O. Box, 1.463. *San Juan* (Puerto Rico).—Eisa Uruguaya, S. A. Obligado, 1.314. *Montevideo* (Uruguay).—Distribuidora Continental. Ferrenquín a la Cruz, 175. *Caracas* (Venezuela).—Distribuidora Continental. *Maracaibo* (Venezuela).—Conwa Grossovertrieb GMBH. Danziger Strasse 35a. *Hamburg 1* (Alemania).—W. E. Saarbach. Ausland-Zeitungshandel. Gerconstrasse, 25-29. *Koln 1, Postfach* (Alemania).—Agence et Messageries de la Presse. Rue de Persil, 14 a 22. *Bruselas* (Bélgica). Librairie des Editions Espagnoles. 72, rue de Seine. *París* (Francia).—Librairie Mollat. 15, rue Vital Charles. *Burdeos* (Francia). — Agencia Internacional de Livraria e Publicaçoes. Rua San Nicolau, 119. *Lisboa* (Portugal). — Stanley, Newsagent Confectioner. 14, Leinster Street (S T H.). *Dublín* (Irlanda)

ADMINISTRACION EN ESPAÑA

Avda. Reyes Católicos (Ciudad Universitaria)

Teléfono 244 0600

MADRID

Precio del ejemplar	30 pesetas
Precio del número doble	60 —
Suscripción anual (España)	300 —
Suscripción anual (extranjero)	6 dólares

IMPRENTA NACIONAL DEL BOLETIN OFICIAL DEL ESTADO.—TRAFALGAR, 29.—MADRID-10

NUMERO 174 (JUNIO DE 1964)

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

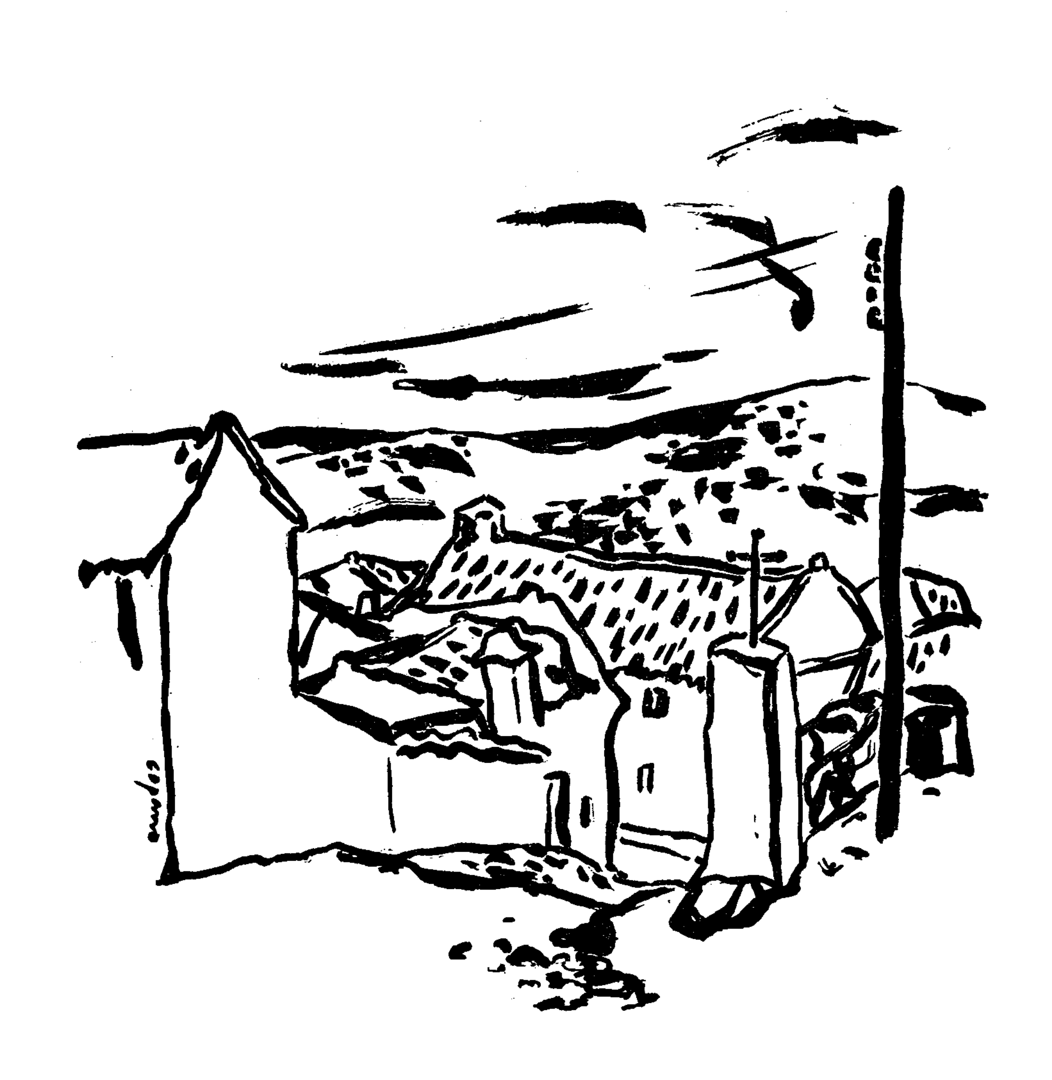
HISPANOAMÉRICA EN SU HISTORIA

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas:

Sección bibliográfica:

Ilustraciones de COPANO.



ARTE Y PENSAMIENTO

LO ESPAÑOL Y LO EUROPEO EN AMERICA

POR

VICENTE PALACIO ATARD

En la prensa de hace pocos días hemos podido leer esta noticia: el número de viajeros aerotransportados por todas las Compañías afiliadas a la Asociación Internacional de Transportes Aéreos (IATA) durante el pasado año ha sido de 240 millones. ¿Quiere esto decir que el 8 por 100 de los habitantes del orbe han usado el avión para sus viajes a lo largo de ese año? Nada de eso; para que sucediera así se requeriría el empleo uniforme de los transportes aéreos, cosa imposible. La proporción real de viajeros del aire es mucho más reducida. Las unidades-viajero computadas por las Compañías comprenden repetidas veces al mismo individuo, que frecuenta por gusto o por necesidad, supuesta su capacidad económica, los viajes aéreos durante el año.

No errará por defecto quien suponga que más de un 99 por 100 de los habitantes de la tierra no han empleado todavía el avión como medio personal de transporte. Tampoco errará por exceso quien afirme que la casi totalidad de ese 99 por 100 sí que lo usa de modo indirecto, al confiar a las líneas aéreas el transporte de sus mercancías y de su correo. Por consiguiente, no parece exagerado decir que, en 1964, nadie puede prescindir del transporte aéreo; que este medio de comunicación es una necesidad inevitable en la realidad de nuestro tiempo.

¿Me disculparán ustedes este pequeño exordio aéreo? No piensen que, por equivocación, han entrado en una sala de conferencias patrocinada por alguna agencia de las Compañías aéreas. Supongo que alguno de mis oyentes, provisto de humor, estará diciendo para sus adentros que este prólogo resulta un cómodo expediente para entrar en el tema «con altura». Pero vamos a tomar tierra en seguida.

Antes de aterrizar les diré que la anécdota periodística viene aquí a cuento porque hace relación con un hecho incuestionable, que tiene que ver fundamentalmente con el planteamiento de nuestro tema. El avión es, por excelencia, el medio de comunicación cuyo desenvolvimiento progresivo e incesante durante nuestro siglo ha contribuído más poderosamente, entre todos los instrumentos necesarios para ello, al establecimiento de las relaciones universales de todos los hombres en todos los órdenes. Es un lugar común declarar que el transporte aéreo ha revolucionado definitivamente el sentido de las distancias y de las fronteras. Las gentes de continentes lejanos, de parajes inabordables por otros medios de acceso, se sienten ahora próximos y veci-

nos: en vecindad geográfica y, lo que es más importante, en vecindad del espíritu también. Se transportan por el aire en pocas horas, desde un lugar del mundo a otro sitio cualquiera, las mercancías, las personas, las ideas. La radio y la televisión completan este sistema de comunicaciones mundiales entre los hombres, que tienen la posibilidad de escuchar—y hasta cierto punto de hacerse oír—en auditorios universales.

La Historia ante la universalización de las relaciones humanas

Me parece muy importante centrar nuestro tema sobre esta realidad actual. Todo el fenómeno complejo e irreversible de la universalización de la cultura y de las relaciones humanas—o sea, su interacción a escala universal—es con seguridad el acontecimiento principalísimo de la Historia contemporánea. Es el acontecimiento capital porque él condiciona decisivamente, inevitablemente, todos los demás. Y este acontecimiento propende de modo necesario a desalojar determinados planteamientos antiguos en el trato de los hombres y en la óptica histórica que enfoca el objetivo hacia la contemplación de tales contactos pretéritos o actuales. Desde una óptica histórica construída a la medida del antiguo parroquialismo chauvinista se había abordado usualmente el problema de las *influencias* mutuas entre los pueblos y las culturas bajo preconceptos de prestigio (que englobaban casi siempre preocupaciones de dominio), y con un indudable afán exhibicionista, el cual, en el mejor de los casos, ha fomentado una tendencia a la exageración deformadora y caricaturesca.

Una tal óptica, sin embargo, produce en nuestros días una especie de «veladura arcaizante» y está llamada a ser abandonada, sustituída como instrumento contemplativo de tales acontecimientos históricos. Desde la plataforma espiritual de nuestro tiempo se exige el desplazamiento a observatorios mejor instalados y más libres de deformaciones instrumentales, a fin de proceder al examen del pasado con más seguros métodos.

Matizaré mi optimismo, de todos modos. No cabe duda quc, en nuestros días, junto al hombre del motor a reacción convive el que emplea como medio normal de transporte el vehículo de tracción animal. No cabe duda que las limitaciones sentimentales de una mentalidad aldeana, los preconceptos primitivos, los resentimientos de los espíritus inferiores, o los intereses creados por el *status* antiguo, se resisten a ser desalojados. Todos ellos se mantienen al lado de otros

hombres, de espíritu más depurado, dispuestos a la tensión o al ejercicio comprensivo que haga superar las barreras de cualquier clase, los compartimentos estancos existentes entre los hombres.

De tales limitaciones no se libran por desgracia las gentes y países que han alcanzado un más amplio desarrollo tecnológico y económico, los que disponen del repertorio más abundante de medios conducentes a la aproximación material de los hombres, aquellos que desempeñan el papel de los poderosos del mundo. Afortunadamente, por otra parte, la mentalidad universalista no es privativa del poderío o de la fuerza material, sino que está al alcance de todos los seres humanos. Pero, en todo caso, los dispositivos técnicos que facilitan la intercomunicación de los hombres a escala mundial son tan sólo medios, instrumentos, y por sí mismos no significan un necesario progreso del espíritu, si no son utilizados por una consciente voluntad, única capaz de obtener su rendimiento beneficioso en el más alto grado. Una voluntad consciente que se proponga el acercamiento auténtico entre los seres humanos.

El hombre del avión a reacción puede utilizar sus posibilidades —minimizándolas a través de una mentalidad pueblerina, empequeñecedora— sólo para finalidades egoístas. Por el contrario, aun sin los recursos técnicos que hacen posible hoy la «universalización del mundo», la voluntad universalizadora ha sido capaz de manifestarse en otros tiempos con la potencia de una doctrina capaz de inspirar leyes e instituciones y, a veces también, plasmarse en representaciones estéticas de una asombrosa expresividad.

Un caso ejemplar —valga la anécdota— puede contemplarse en Quito. Si me permiten una confidencia personal, les confesaré a ustedes la emoción que sentí allí el año pasado, en el convento de San Francisco. Hace cuatro siglos, en aquel espléndido y entonces casi inaccesible techo del mundo, en plena cultura de la tracción animal y no en la era del motor de propulsión a chorro, se produjo una simbólica concurrencia de las culturas de todos los continentes. En el recinto de aquella iglesia se conjugan, por obra y gracia de los hombres del siglo XVI, en armonioso juego ornamental, los elementos de la Antigüedad clásica, revividos en formas renacentistas europeas; las lacerías arábigas trabajadas por los artífices moriscos hasta allí llegados con los monjes españoles; los remates en techo de pagoda, que transportan nuestra imaginación al galeón de Filipinas y a los contactos con las culturas del Lejano Oriente, cargadas de años, de sabiduría humana, de exquisitez artística; en fin, se representan también los motivos ornamentales indígenas suministrados por la flora americana, y todo ello sumido en el colorido sensual de los artistas aborígenes. ¿No es ésta,

pienso yo, una colosal manifestación plástica, en la madera y en la piedra, de un espíritu abierto a las dimensiones universales de la más depurada, rigurosa, calidad humana?

Estamos ahora en el siglo xx, este siglo que cuenta de todos modos con una ventaja sobre el siglo XVI, y es ésta: la posesión de unos recursos tecnológicos susceptibles de facilitar el acercamiento efectivo de los hombres, y no sólo al nivel del entendimiento de los más ilustrados. Hay, pues, a nuestra disposición ahora unos medios instrumentales de que los siglos pasados carecieron. Pero todos los recursos instrumentales o tecnológicos resultarían vanos si no operara sobre ellos esa voluntad consciente a que me he referido. Esa voluntad consciente de que dan testimonio quienes en Quito construyeron la iglesia de San Francisco hace cuatrocientos años, y que, en la medida de sus posibilidades, se atrevían a proclamar—en la doctrina que les inspiraba y en el trabajo de sus manos artistas—la interacción universal del espíritu humano.

Una voluntad consciente puede en nuestro siglo acelerar o retardar, perfeccionar o entorpecer el proceso de los hombres sin distingos de razas o de alineamientos culturales; puede estimular o comprimir su elevación a un nivel más alto en la posesión de los bienes de la naturaleza y de los bienes del espíritu. Una voluntad consciente debe disponer nuestro ánimo a la comprensión serena, sin temores, sin complejos de superioridad o de inferioridad, seguros de que en la comprensión está la base misma de toda actividad de respeto, no fundado en la fuerza, hacia nosotros mismos y hacia los demás seres humanos; convencidos de que el respeto y la consideración mutua están en la base de una auténtica y fraterna solidaridad de los hombres, a la que todos, de cualquier color, de cualquier país, de cualquier opinión, estamos obligados.

La historia sustantiva de América

En el horizonte esperanzador de la comprensión humana y de su fraternal solidaridad aparecen como ya caducos ciertos planteamientos históricos hechos desde presupuestos morales y situaciones distintos a los de la hora actual. También la Historia de América, como todas las historias particulares, y la de las relaciones hispano-euro-americanas han sido afectadas por tales planteamientos.

Desde mediados del siglo XIX, alcanzada la independencia política de las antiguas provincias hispanoamericanas, se ha discutido por los pensadores de aquel Continente, con noble y legítima pasión, sobre la

sustantividad histórica de América, sobre el sentido y alcance de su cultura, sobre sus relaciones con la historia universal. Se reconoce que un problema humano está en carne viva (es decir, que constituye un acuciante problema) precisamente por el grado de pasión con que se plantea. Las discusiones montadas en la manipulación desapasionada de los datos, en el cálculo frío y como de laboratorio, revelan un estadio nuevo en el que se ha superado la etapa vivamente humana de los problemas, caracterizada por la carga pasional de los planteamientos subjetivos, es decir, su transición a la fase académica en la cual quedarán enterrados, como testigos arqueológicos de otra época ya concluída.

Pues bien, durante el último cuarto de siglo, la inteligencia de los americanos de habla española ha planteado con renovada fuerza y pasión esa cuestión esencial del concepto de América. Es algo que está todavía en la fase caliente y viva, no académica. De la discusión en ardoroso diálogo cabe esperar, de todas maneras, provechosos frutos. Porque en la búsqueda de soluciones se han propuesto los hombres de América el método. Pues esto quiere decir precisamente método, *méthodos:* «camino hacia»; la única vía posible de la reflexión inteligente.

En estos días de búsqueda y peregrinación *por el camino,* es natural que se formulen preguntas a la historia. Pues ¿qué es historia, qué es tener historia para un pueblo? Tener historia no consistirá ciertamente en saberse instalado desde antiguo en la tierra, ni tampoco en disponer de un repertorio nutrido de acontecimientos significativos. Pueden concurrir estas dos condiciones, pero en cualquier caso no son suficientes. Tener historia es contar con un pasado que nos acompaña. Es sentirse responsable de ese pasado, y solidarizarse con él, aunque sea por la vía de la crítica.

Quizá uno de los hombres que más auténticamente han sentido la historia —y que por esto mismo han estado en condiciones de hacer historia en sus dimensiones profundas— haya sido Napoleón Bonaparte. Puente entre dos épocas, ha encarnado él la Revolución, que es tanto como decir la discontinuidad; y al mismo tiempo ha asumido un propósito consciente de continuidad, que es tanto como decir tradición. Por eso, hombre del futuro, se sentía vinculado al pasado. Esa es la situación singular suya que se expresa muy bien cuando dice aquella frase: «Me hago responsable de todos mis antepasados, desde Hugo Capeto hasta el Comité de Salud Pública.» Por eso mismo es imposible oír sin estremecimiento la actitud de algunos americanos ante la historia expresada en estas o parecidas palabras: «Sentimos que no tenemos pasado, porque el pasado está en Europa.»

Así, pues, en nuestros días es natural que dirijamos la mirada al pretérito e indaguemos en la historia, porque el pasado nos condiciona irremisiblemente de algún modo. No en forma de realidad, sino—como explicaba Zubiri—desrealizándose en forma de posibilidad (1). El área de nuestras posibilidades no es infinita, y entre las posibilidades de cada instante tiene el hombre que ejercitar su capacidad de elección. De ahí su libertad, de ahí también su responsabilidad. Y esto que ocurre en la vida de cada uno de nosotros como individuos, ocurre también en la vida histórica de los pueblos. Nuestra responsabilidad como colectividades históricas, con un pasado condicionante y un futudo incitador, estriba en saber decidir adecuadamente la elección dentro de nuestras posibilidades.

Desde las preocupaciones del tiempo en que vivimos extendemos la vista hacia el pasado, con ánimo de adivinar mejor el despliegue de posibilidades de nuestro momento actual. Justamente ahora tenemos conciencia de que, en esta segunda mitad del siglo XX, se clausura un ciclo histórico. Puede decirse con toda propiedad que es una *época* la que ahora se cierra, porque época, «épojе», se refiere a un todo completo en el tiempo. Una época termina y nos hallamos, por tanto, en los umbrales de otra.

Dos preguntas nos asaltan al considerar esta encrucijada de las épocas desde el punto de vista de la historia americana en sus relaciones con lo español, lo europeo y la historia universal. Primera: ¿Tiene América—la América de habla española o portuguesa—una historia sustantiva, o su pasado todo él es adjetivo y se halla como enajenado? Segunda: En el porvenir del mundo, ¿qué posibilidades se perfilan para la herencia histórica y cultural americana?

La coincidencia de dos restos o tradiciones distintas—el pasado indígena, el pasado hispano-europeo—se complica aún más con el tercer factor derivado de la fusión biológica de las razas, de donde surge una tercera tradición. La complejidad presupone siempre dificultades, poco menos que inexpunables en este caso desde una perspectiva unilateral o particularista. Pero la capacidad de remontar tales dificultades se acrecienta si tratamos de conciliar esa triple divergencia en una superior consideración: la de la marcha de la cultura y de la historia hacia metas de amplitud universal.

Cierto que para la comprensión de América no podrá soslayarse el examen de la obra de España. Pero este tema no es ya para los españoles un motivo nostálgico de las grandezas sidas y acabadas, como tampoco para los propios americanos un simple motivo de alabanza

(1) JAVIER ZUBIRI: *Grecia y la pervivencia del pasado filosófico*, publicado en «Escorial», t. VIII, y recogido luego en *Naturaleza, Historia, Dios*. Madrid, 1944.

retórica o vituperio evasivo. No se trata —claro está— a la altura de nuestro tiempo de hacer historia hispanizante, dentro de una línea apologética, como tampoco de hacer historia con el espíritu incomprensivo de los detractores.

Cualesquiera que sean nuestras valoraciones subjetivas, la historia de América aparece como un continuo rehacer los moldes culturales que operan, en muchos casos con una materia prima prehistórica, y sobre todo con unas implantaciones originariamente españolas y europeas. Semejante trabajo de continuada recreación se endereza, en último término, dentro de una consideración escatológica, a integrarse en el mundo universalizado del mañana. No creo que interese a nadie, y menos que a nadie a los americanos de habla española, la sustantividad de América hispana para vivir su particularismo por puro romanticismo egocéntrico, que —según se ha advertido por prudentes observadores— significaría tanto como confinarse en posiciones marginales sin porvenir.

Es verdad que puede predicarse de América que es un «continente original», como proponía García Calderón. Pero ¿en qué consiste el afán legítimo de originalidad? Consiste en el enriquecimiento y potenciación, merced a la personalidad y al esfuerzo propios, de los bienes mostrencos de la cultura que alguien nos ha transmitido. Sin embargo, ese afán legítimo de originalidad es susceptible también de hipertrofiarse. Claro está que la hipertrofia de la originalidad, como cualquier otra clase de hipertrofia, revela una propensión degenerativa, enfermiza.

Originalidad no equivale a desarraigo. Desarraigo, por otra parte, imposible, puesto que el pasado está ahí, desrealizado, pero operativo en el horizonte de nuestras posibilidades. En un ensayo de Lora Risco se escriben estas palabras: «Queremos ser nuevos sin deberle nada a nadie, sin reconocer nuestra deuda, sin vivificar nuestros legados; pero aún así no tenemos para mirar y contemplar activamente el mundo, el universo entero, otros ojos que aquellos, los viejos ojos mentales de la imagen del mundo occidental» (2). ¿Acaso la historia americana se halla frustrada por ese encadenamiento necesario a la *Imago mundi* del Occidente europeo? ¿No significará más bien esta actitud contemplativa del mundo desde la imagen del Occidente una liberación de todo confinamiento particular? Porque una cosa parece incuestionable, y es ésta: precisamente desde tal imagen del mundo, éste se ha hecho Universo. Tal *Imago mundi* ha arrancado al hombre —al de Europa como al de América, al de Asia como al de Africa— de la

---

(2) ALEJANDRO LORA RISCO: *La existencia mestiza. Ensayo para una lógica y una psicología de la historia de América*. Santiago de Chile, 1962.

reclusión aislada en sus ámbitos locales, de su existencia tangencial a las otras existencias.

Originalidad sin desarraigo: ahí está la cuestión. Y al llegar a este punto cabría preguntarse, como hace años lo hiciera Ramiro de Maeztu, si lo original no es precisamente lo originario. ¿Dónde están los gérmenes originarios de ese «tronco nuevo» que es la América de habla española, ese «tronco nuevo», como lo llama Castillo Puche en un artículo reciente del *A B C,* aceptando los términos del mejicano Salvador Cruz? (3).

El tronco nuevo de la cultura antigua

El tronco nuevo ha nacido por los contactos de lo europeo con lo americano, bien sea en sus formas indígenas primitivas o en sus desarrollos criollos, o en las miscigenias derivadas. Y tales contactos euroamericanos se han efectuado en tres tiempos o situaciones fundamentales: Cronológicamente, en primer lugar; a través de España, durante la época fundacional de América, o sea cuando ese Continente surge en la historia moderna del mundo. Luego, en un segundo tiempo, en la época de la ilustración europea. Por fin, una vez América independiente, en la multiplicidad dispar de contactos que alcanzan a nuestros días.

Cuando se habla del primer momento fundacional del Nuevo Mundo, de los primeros contactos europeos-americanos a través de España, todavía se suele suscitar un nuevo equívoco. Los aportes culturales que España traslada al continente americano ¿se hallan acaso desfasados de la cultura europea de su tiempo? En una palabra, ¿sirve España de vínculo entre el nuevo y el viejo mundo en sus más altas expresiones, o la acción de España aleja a ese mundo de Europa? Dos tipos de respuestas se han ensayado a esa interrogación por aquellos que contestan a la misma afirmando el carácter *medieval* de la cultura española: para unos, ese medievalismo equivale a un inicial —y ya radical— retraso en relación con la modernidad europea; para otros, ese medievalismo favorece la toma de contacto entre la cultura de Occidente y las americanas primitivas, al presentarse la hispano-europea en líneas más sencillas, menos complejas que las de una cultura europea moderna más evolucionada y, por tanto, más difícil de ser comprendida por la simplicidad de las culturas indígenas (4).

(3) José L. Castillo-Puche: *América, tronco nuevo,* publ. en «A B C», de Madrid, enero de 1964.

(4) Antonio Tovar: *L'incorporation du Nouveau Monde à la culture occidentale,* publicado en «Cahiers d'Histoire Mondiale», vol. IV, núm. 4, 1961.

Los que creen que España aleja a América de Europa piensan también que «España es diferente»; un país sin Renacimiento, lo cual predispondrá a dar la espalda a Europa cuando la ciencia moderna cuaje en los moldes definitivos, por efecto de los que habrá de adquirir las conformaciones históricas que hemos llegado a conocer.

Pero la gran opción de España en cuanto a su destino europeo no se plantea en el Renacimiento, ni en el siglo XVII con la eclosión de la ciencia moderna, sino en la Edad Media, al ocurrir las invasiones islámicas y africanas. España puede dejar de ser entonces Hispania, desligarse decisivamente de la Europa que nace en la doble cuna del cristianismo y la tradición romana. España puede entonces perderse, y de hecho los cronistas medievales entienden la invasión musulmana como la «pérdida de España».

En aquella opción, España pudo haber sido sustituída por Al-Andalus, y su destino en la historia hubiera sido radicalmente otro. Pero lo cierto es que prevaleció la raigambre cristiano-latina, hispánica, de la Hispania romana, en pugna de poder con el Sur islamizado, en comunicación, además, con Europa por el Pirineo, que no era barrera, sino camino. Camino de Santiago, nexo y vía de Europa hasta el Finisterre ibérico. Así, aunque diferente, España fué esencialmente europea, factor integrante de la Europeidad, que por aquellas fechas sólo se denomina Cristiandad.

Los tiempos modernos son una clara continuidad de la vocación europea de España, una fidelidad a Europa aun a costa de sacrificios. En una representación escénica, que tiene lugar en Valladolid durante el reinado de Felipe II, titulada *Las bodas de España*, el personaje femenino que representa a Europa, pregunta a España, que tiene el papel masculino, si está dispuesto al desposorio, aceptando los sacrificios que Europa le exige. A lo cual contesta:

Europa, señora mía
especie de demasía
es tal prevención hacer,
teniendo entero poder
sobre la voluntad mía (5).

España, este país enamorado de Europa, hubo de chocar luego en una ciclópea guerra con otros poderes europeos, en los que se perfilaba un estilo de modernidad distinto del patrón hispánico. Desde entonces la óptica histórica de un chauvinismo moderno se ha encar-

(5) VICENTE PALACIO ATARD: *La enseñanza de la Historia y el espíritu europeo.* Prólogo a la edición en castellano de la obra de EDOUARD BRULEY y E. H. DANCE *¿Una historia de Europa?*, publicada bajo los auspicios del Consejo de Europa. Leiden, 1960.

gado de subrayar el contraste de lo español con lo europeo. Un chauvinismo por las dos partes: por la parte europeísta, que se empecinaba en desconocer todo lo que había de común y positivo en la historia española; y también por la otra parte, por el lado del casticismo íbero, para el cual europeizar era tanto como desespañolizar (6).

El supuesto medievalismo que se atribuye a veces a España —y singularmente al referirse a la cultura del siglo XVI— consiste en la simple adhesión a principios tan intemporales como el espíritu del hombre: así, por ejemplo, cuando se afirma la dignidad y la unidad esencial del género humano.

Se ha dicho de España con toda razón que se preocupó en América más de los hombres que de la naturaleza; aunque, además de la primordial atención por los problemas del hombre, también se preocupó de la Naturaleza, cosa de que en el siglo XVI dan testimonio desde el P. Acosta hasta la expedición botánica de Francisco Henríquez, hecha esta última por encargo de aquel gran talento organizador de América, que fué el rey Felipe II, ese gobernante tan incompletamente conocido.

Tal preferente atención a lo humano, que se revela en la acción española en el Nuevo Mundo, muestra su fuerte consistencia humanista y cristiana, como corresponde a determinadas direcciones de la cultura del Renacimiento, en la que tiene cabida actitudes tan modernas y universales como las del P. Vitoria o Luis Vives. Un humanismo que encontraba su mayor consistencia doctrinal en los teólogos, que refrendaban los legisladores, pero que sabía también expresarse por boca de los poetas. Así Lope de Vega en aquellos versos de la Dragontea, en los que se refería a las gentes de distinto color:

Que los que nacen tales no difieren
de hidalgos bien nacidos y criados,
más que en haberles dado el sol más fuerte
en el común camino de la muerte.

El primer aporte de la cultura europea en América corresponde al momento renacentista español y a sus epigonos barrocos. A tenor con la época, carece de contenido utilitario; pero está cargada de valores humanísticos, y enseña a los hombres algo muy importante para el desenvolvimiento de la sociedad y de la cultura: que son iguales por naturaleza y hermanos por voluntad de Dios.

Sobre tales raíces del tronco ibérico sobreviene luego el riego de la ilustración, segundo aporte europeo, que corresponde ya al siglo XVIII. Es otro estilo de modernidad el que prevalece en Europa. La nueva cien-

(6) VICENTE PALACIO ATARD: *Razón de España en el mundo moderno*, publicado en «Arbor» núm. 50. Madrid, 1950.

cia avanza hacia el dominio de la Naturaleza. No sólo el pensamiento español tiene poco que exponer entonces, sino que hasta las Artes y las Letras parecen agotadas durante aquella centuria, en espera de que la potencia creadora resurja a finales del siglo en el genio de un Goya o en la poesía y el arte dramático del Romanticismo.

Pero aunque su potencia creadora está eclipsada en el siglo de las luces, España no se inhibe en la comunicación con el tronco cultural que está surgiendo al otro lado del Océano y realiza un papel transmisor y refundidor de las modernas versiones europeas, hasta articular un modelo de lo que Paul Hazard llamó «proyecto de ilustración cristiana».

El espíritu crítico, base de la actitud racionalista ilustrada, trasciende de la Península, para crear disposiciones mentales nuevas más allá de los mares. La contribución española a la cultura americana del XVIII consiste, principalmente, en ser transmisora de las novedades europeas y moderadora de ellas, con lo cual hace posible que lleguen éstas al nuevo Continente a escala importante y sean rápidamente asimiladas (7). No había otro medio. Refiriéndose al Chile de 1810, un chileno famoso, fray Camilo Henríquez, escribía desde Lima en 1816: «Excepto como seis de ellos (de los criollos distinguidos de su país) nadie entiende los libros franceses; ninguno, los ingleses.»

En este papel transmisor y refundidor descuella la figura del padre Feijoo. El comprendió todo lo bueno y positivo que traía consigo la ciencia moderna, sin que implicara la pérdida de la concepción cristiana del hombre y de la cultura. Se proponía por ello una síntesis moderna de lo más noble de la tradición cultural española y lo mejor de la Europa nueva. La ciencia nueva se anunciaba como una ciencia profana, secularizada, lo cual no implicaba necesariamente una hostilidad al cristianismo, en el que la cultura hispánica se hallaba instalado. Esto lo entendió muy bien Feijoo, con escándalo de algunos contemporáneos suyos, pero también con el asentimiento entusiasta de otros. Y es curioso el escándalo suscitado, porque la ciencia griega —de la que eran herederos los escolásticos escandalizados— ya había dado testimonio en la historia de una ciencia profana susceptible de ser asumida dentro de la sabiduría cristiana.

El propósito de Feijoo tropezó con resistencia en uno y otro lado y no fué suficiente para garantizar el éxito del proyecto (8). Feijoo se

(7) Pablo González Casanova: *El misoneísmo y la modernidad cristiana en el siglo XVIII*. Méjico, 1948. Ver también Mario Góngora: *Estudio sobre el galicanismo y la ilustración católica en América española*, publ. en «Revista Chilena de Historia y Geografía», Santiago de Chile, núm. 125, 1957.

(8) De una manera bastante poco afortunada el historiador y ensayista norteamericano H. S. Commager exponía, ahora hace un año, en la Universidad de Concepción, Chile, su punto de vista de que la Ilustración europea fué una comedia: un juego escénico de algunos intelectuales de salón y algunos déspotas

anticipó a su tiempo. Pero su semilla resultó fecunda en España y en América. Baste recordar ahora que muchos de los 538.000 ejemplares de los diversos tomos del *Teatro Crítico* y de las *Cartas Eruditas* se difundieron en tierras del Nuevo Mundo. Y me complace poner de relieve tal hecho, porque se da la circunstancia de que este año de 1964 se commemora el segundo centenario de su muerte. Por los años en que el P. Feijoo escribía, un peruano ilustre, don Juan Peralta y Barnuevo, que con todo merecimiento puede ser llamado el talento mayor de América en aquel tiempo, se hizo eco de la incipiente fama del benedictino gallego entre las gentes cultas de aquellos reinos, y vaticinó a nuestro fraile sabio el imperio literario de la cultura en unos versos de su *Lima defendida:*

Parecerá que en el Imperio humano
si se eligiera él fuera soberano.

Pese al P. Feijoo y a los que se inspiraron del mismo modo, se confirma el divorcio de la cultura española y la modernidad europea. Así se llega al tercer momento, el de las Repúblicas independientes, con variedad notable de contactos euro-americanos e influencias. Recordemos de todo ello la actitud fundamental de los llamados «emancipadores mentales» de América, después del hundimiento de la soberanía española. La ruptura de los lazos políticos con Españ fué seguida de una reflexión crítica sobre América y, en general, de una negación de lo español. Era una consecuencia desgraciada e inevitable. El pasado se presentaba como un obstáculo. La herencia española era un lastre que estorbaba la maniobra por la cual la América de ascendencia española se pondría al nivel de la Europa decimonónica (9).

Es curioso advertir este paralelismo entre nuestra historia española y la historia americana de ese siglo: la semejanza de los esfuerzos «europeizantes» a ultranza en España y los de los «emancipadores mentales» americanos, al estilo de Bilbao, Sarmiento o Lastarria. No tienen que chocarnos a los españoles sus palabras de aborrecimiento cuando voces que se tenían como autorizadas en nuestro país describían el viejo imperio español como un sudario sobre el planeta, como un antro de muerte y no de vida.

---

ilustrados; luego, al caer el telón, la vida de Europa seguía su curso real de miserias. *(Los Estados Unidos de América y la Ilustración,* conferencia leída el 21 de enero de 1963.) Creo que el Padre Feijoo y la repercusión de su obra en América se bastan por sí solas para poner de relieve el impacto liberador de un pensamiento *que no se contenta nunca,* como ocurre con el pensamiento europeo, y que gracias a esta tesonera, continua reelaboración ha ido conquistando para el hombre de todos los continentes sus mejores posibilidades en el dominio de la naturaleza y de la exaltación del espíritu.

(9) LEOPOLDO ZEA: *América en la Historia.* Méjico, 1957. También, del mismo autor: *América como conciencia.* Méjico, 1953.

A la situación emocional, en la que el pasado español se consideraba por los americanos de la izquierda como un obstáculo para el presente, de donde brotaban las abominaciones, correspondió una situación emocional de signo contrario, en la derecha conservadora, reivindicadora del legado de España. Este debate se ha prolongado durante la mayor parte del siglo xix y comienzos del xx. Los ensayistas resentidos por las insuficiencias históricas de sus propios países trataban de buscar en la culpabilidad española una evasión a las auténticas responsabilidades; en tanto que otros historiadores americanos encontraban en lo español la medula auténtica de su historia.

Pero la realidad nueva del mundo en nuestros días exige una toma de posiciones también renovada. Desde esta realidad del mundo actual es pensable un «giro copernicano» en la interpretación de las relaciones de lo español, lo europeo y América. Un giro copernicano, que se basará no en la oposición antitética de lo español y lo europeo, sino en la consideración de su valor complementario, como que son resultantes del desarrollo de dos polos culturales de la vieja Europa, necesarios ambos al mundo del mañana.

Resulta hoy evidente la culminación de una cultura de dimensiones universales, a la que ya nadie puede sustraerse. ¿Qué hacer ante esa realidad? La cultura expandida desde Europa al mundo está en la base de la cultura universal. Y este valor universal se puede admitir sin regateos precisamente cuando Europa cesa en su dominio político sobre el anterior mundo colonial. Por otra parte, esta cultura de base europea no es impermeable a los contactos extraños que han de multiplicarse en las favorables circunstancias del mundo futuro. Los europeos revisan ya, desde esta perspectiva nueva, sus posiciones ante semejante interrelación a escala mundial.

Es cierto que los no-occidentales, al liberarse políticamente de las dependencias del colonialismo, acusan en carne viva las escoceduras de heridas recientes, ocasionadas a veces por el egoísmo de las potencias dominadoras, a las que su innegable grandeza material no ha librado siempre de profundas miserias morales. En la toma de actitudes de los hombres que pertenecen a los antiguos pueblos sometidos hay una extraordinaria variedad y fluidez. Apenas estas actitudes pueden ser reducidas a un cuadro coherente. Pero si bien en algunos sectores dirigentes prevalece un ánimo de resentimiento negativo, en otros se manifiesta una activa voluntad de aceptación e incorporación de los beneficiosos aportes de la cultura originariamente europea. El negativismo es síntoma de un estadio cultural infantil, cargado, por otra

parte, de odio impotente. Es de esperar que una tal actitud no imponga su negativismo a largo plazo, habida cuenta de la presumible evolución hacia la madurez mental de esos pueblos arrancados a su condición primitiva.

De qué manera hayan de ser perfiladas las actitudes definitivas en cada caso, es algo que escapa a toda previsión. Aunque consideremos el futuro desde el ángulo optimista indicado, posiblemente por mucho tiempo habrá que contar con un fuerte factor de resentimiento, que es justamente uno de los elementos retardadores del progreso humano hacia la universalidad de la cultura y la solidaridad de los hombres.

Digamos también que el examen de conciencia operado en muchas gentes de los países titulares de la cultura europea ha conducido a un abandono gradual de posiciones exclusivistas y a una cura de egoísmos que se traduce en la política descolonizadora y en el favorable aprecio de los valores extraños a la propia cultura. Pues bien, desde esta actitud del hombre europeo contemporáneo se descubre con renovado interés lo que hay de valioso en la herencia cultural hispánica.

Desde este punto de vista resulta que el pasado español no todo él fué despreciable. España ha vivido, ciertamente, en el exilio del mundo moderno. Hace muchos años, René Bouvier llamó a la España del siglo XVII «la exiliada del presente» (10). El vivir exiliados del mundo moderno nos ha costado caro. Lo hemos pagado en forma de incomprensiones desde fuera, y en forma de subdesarrollo desde dentro. Pero también es verdad que esa especie de exilio ha facilitado la conservación de un rico caudal del humanismo español en España y en la América de habla española. Voy a recordar aquí una de las más luminosas afirmaciones de Ramiro de Maeztu, escrita hace treinta años, que no ha perdido actualidad: «El valor histórico de España consiste en la defensa del espíritu universal contra el de secta... Si miramos a la Historia, nuestra misión es la de propugnar los fines generales de la Humanidad, frente a los cismas y monopolios de bondad y excelencia. Y si volvemos los ojos a la geografía, la misión de los pueblos hispanos es la de ser guardianes de los inmensos territorios que constituyen la reserva del género humano. Ello significa que nuestro destino en el porvenir es el mismo que en el pasado: atraer a las razas distintas a nuestros territorios y moldearlas en el crisol de nuestro espíritu universal» (11).

La educación humanista-cristiana en el principio de la igualdad esencial del género humano y la fusión biológica de las razas son aportaciones correlativas que inciden en el acervo de la Humanidad con

---

(10) R. Bouvier: *L'Espagne de Quevedo.* París, 1936.
(11) Ramiro de Maeztu: *Defensa de la Hispanidad.* Madrid, 1934.

decisivo influjo. Todavía pueden leerse apreciaciones disonantes tan peregrinas como las que se contienen en unas líneas de Alberto Lleras, escritas hace poco en un periódico americano: «El español y el portugués, originales pobladores de la América latina continental, no hicieron una *política racial* de atracción. En realidad no hicieron política de ninguna clase y acabaron fundiéndose en el torrente indígena y con la nueva sangre africana al impulso de sus exaltados sentimientos, más que por un criterio de gobierno» (12). Resulta una manera gratuita y poco elegante minimizar, reduciéndolo a meros impulsos instintivos, un hecho tan grandioso —y casi único— como es el mestizaje promovido por españoles y portugueses. La asimilación de razas en el mestizaje constituye una política, aunque sólo fuera por consentimiento del Gobierno; más aún, cuando en algunas ocasiones la iniciativa en los estímulos parte de la autoridad española. Por otro lado, las polémicas sobre la naturaleza del indio, en la época fundacional de América, contienen todos los supuestos de una política de razas no discriminatoria y conducente a la integración.

Pero en el caso hispánico se produjo algo más que una fusión de razas: hubo también una original puesta en contacto de culturas. Por el adiestramiento técnico y moral que capacitó a los españoles para la empresa americana —por su noviciado para el Descubrimiento, como le he llamado yo en otra ocasión (13)—, se disponía ya en el siglo XV de una tradición asimiladora de cultura (cristiana, islámica, hebrea), y este aprendizaje puso a punto a los españoles para encararse con unas culturas de rango inferior sin ánimo de exterminio, sino de comunicación.

El pasado español, en España o en América, no es todo él recusable. Como tampoco lo es —todo él— el pasado europeo. Uno y otro contienen riquezas susceptibles de ser empleadas en beneficio del hombre de hoy. Y lo que se conserva en la herencia española puede subsanar las carencias manifestadas en el otro legado. En un legado en el que, si bien se han multiplicado ciertos bienes, se ha potenciado también el egoísmo de los hombres. De ahí la contradicción interna de la cultura europea moderna, en la que radica su más grave inestabilidad. De ahí que los pueblos no-occidentales, al incorporarse a la cultura universal, «se pregunten ahora por la justificación de una desigualdad

---

(12) ALBERTO LLERAS: *La sombra de una nación*, publ. en «Visión», 12 de julio de 1963.

(13) VICENTE PALACIO ATARD: *El factor ilusión en el Descubrimiento de América*, conferencia pronunciada en Río de Janeiro el 12 de octubre de 1957. Ver también ANTONIO ANTELO IGLESIAS: *Colón y la «Casa Santa»*, publicado en «Studium» núm. 1, Universidad Nacional de Colombia, 1957, anticipo de su tesis doctoral leída en la Universidad de Madrid, 1960, con el título *El ideal de Cruzada en la baja Edad Media y en el Renacimiento.*

que niega ese espíritu de fraternidad universal de que habla Occidente», como escribe un ensayista mejicano de nuestros días (14).

Una de las notas características más relevantes de nuestro tiempo es la aspiración cristiana a la igualdad de los hombres, sin distingos de razas, tal y como la expresaba el Papa Juan XXIII (15). Y esta aspiración es un patrimonio común de los pueblos de habla española, que han dado excelentes ejemplos de aproximación humana, aun a costa de haber merecido por ello en tiempos pasados la desconsideración y el desprecio.

Los principios de igualdad, que están indeclinablemente unidos a la dignidad del ser humano, han de tropezar todavía con resistencias. Las de aquellos que, satisfechos con sus aventajadas posiciones, se niegan al sacrificio de sus intereses egoístas. Las de otros que, centrada su atención en los problemas del disfrute de los bienes materiales, atienden sólo a su acrecentamiento o prefieren imponer a la fuerza una distribución correcta de los mismos dentro del marco social, aunque aten a los hombres con cadenas, si es preciso, para proporcionarles esta misma felicidad. La de los rencorosos también, a quienes inspira un sentimiento de revancha, en el que evacuan su impotencia constructiva.

No todos los hombres piensan todavía con mentalidad universalista, como tampoco todos viajan en avión. Pero esa mentalidad es necesaria a la altura de nuestro tiempo para que la cultura, en sus más elevadas expresiones, no degenere; de modo análogo a como es necesario el avión a reacción aun para aquellos que no lo emplean a manera de vehículos para sus viajes.

Las resistencias entorpecedoras exigen un esfuerzo considerable y tenaz, gracias al cual serán vencidas más pronto. En esta cita del esfuerzo hay tarea para todos. La América de habla española y España misma —repetimos— han conservado el sentido vivo de la comprensión del hombre como hermano del hombre, a contrapelo del mundo moderno, en el que ha prevalecido la idea del hombre lobo del hombre. Fueron la mayor parte de los tratadistas españoles de la época fundacional de América —los Cano y los Carranza, los Covarrubias, Vitoria y Soto— quienes defendieron, contra la idea de la esclavitud natural, aquella otra que afirmaba ser todos los hombres libres e iguales; quienes reconocieron el derecho de todos los pueblos a su independencia y soberanía, y a la jurisdicción en sus territorios, sin cortapisas por raza, cultura y religión. Doctrina aquella que «fué la primera conquista contra el imperialismo que sacrificaba el individuo ante la razón

(14) LEOPOLDO ZEA: *América en la Historia.* Méjico, 1957.
(15) *Pacem in Terris,* parte primera.

de estado y condenaba a otros pueblos a la esclavitud permanente bajo el imperio de las razas superiores» (16).

Este legado del espíritu hispánico ha servido de cimiento a las más sólidas conquistas de la libertad de los hombres, y no es tan sólo un recuerdo, sino un positivo logro, valioso en los días de hoy como en los de entonces. Es un gran resorte moral que, operando desde el fondo de nuestra cultura, podemos potenciar para ofrecérselo al mundo, necesitado de nuevos enriquecimientos en esta dirección del espíritu.

No se trata ahora de regatear todo lo bueno que, a través de la modernidad europea, se nos ha dado a los españoles o a los americanos, como a los demás hombres. Tampoco se trata de regatear el reconocimiento de la herencia de esta Europa moderna, junto a la española, en aquel Continente o en nuestra misma Península. Esa doble herencia del tronco hispanoamericano, decíamos, no se excluye ni se opone mutuamente: el desarrollo tecnológico y científico y el sentimiento profundo de lo humano. Por el contrario, la síntesis de ambas se presenta como una exigencia no sólo para los españoles o los americanos, sino para todo el mundo. Es ahí donde América y España están convocadas con su esfuerzo. Porque nada se ha de lograr sin trabajo y constancia.

Los hombres del siglo XX aspiran al bienestar y al reconocimiento efectivo de la dignidad de su condición humana. Hacer posible esta doble aspiración es la más alta contribución al mundo mejor del mañana. Es ésta la hora de la síntesis necesaria, que representan en nuestra historia hombres tan distintos como son Ignacio de Loyola y el conde de Peñaflorida, dos vascos ilustres, de temple diferente, de espíritu universal ambos, cuyo nombre me complace evocar aquí en homenaje a ese otro vasco universal que fué Ramiro de Maeztu. Uno y otro suman su acción en un doble esfuerzo que puede conjugarse: la atención al humanismo del espíritu y el cuidado de las técnicas que permiten dominar la naturaleza.

Españoles y americanos de habla española nos encaramos con el futuro para servir al mundo mejor del mañana sin jactancias, pero también sin depresiones de ánimo. Nuestra historia nos ha situado durante tres siglos sobre plataformas marginales a la dirección por la que discurría el caudal más importante de la cultura moderna, y ni sus glorias ni sus bajezas nos son imputables. Nuestro sentido de la hora que vivimos nos incita a insertarnos en las líneas de la cultura universal. Pero, naturalmente, esta inserción no debe consistir en un

(16) LUCIANO PEREÑA VICENTE: *Misión de España en América, 1540-1560.* Madrid, 1956.

abandono de nuestro patrimonio cultural, sino precisamente en su potenciación más alta de todo aquello que puede ser valioso para todos los hombres. Cada uno de nuestros pueblos ha de buscar su propio enriquecimiento desde lo más recio de su personalidad, sin mengua de ésta, en beneficio de todos.

El mundo camina desde la divergencia, por líneas convergentes, hacia un centro común; desde la multipolaridad de los compartimientos separados hacia la unidad. Esta unidad no exige de ninguna manera el despojo de lo más valioso de nuestras individuales peculiaridades, que sería tanto como imponer una mutilación incapacitadora para toda auténtica realización. No se trata de mezclar soleras para destruirlas, sino de elaborar los mejores vinos con las mejores soleras.

El camino hacia la unidad es ya irreversible. Pero la conservación de la personalidad es un factor coadyuvante al enriquecimiento de la cultura universal. Y en ese camino que ha de andarse todavía largamente, entre escollos, tentaciones y dificultades, América y España, que es tanto como decir América y Europa, se hallan fraternalmente, decisivamente, comprometidas.

Vicente Palacio Atard
Almirante, 26
MADRID

MAS DE UN SOMBRERO

(CUENTO)

POR

ISAAC MONTERO

Cuando la inteligencia ha desbrozado el camino, el hombre puede traspasar seguro el umbral de la más insospechada aventura.

Nada hay de nuevo en esta afirmación, es cierto. Unicamente que mi reencuentro con Narciso me ha permitido corroborarla en un grado que jamás supuse podría hacerlo. Y constatar una verdad como ésa no es algo que suceda todos los días.

Se me ocurrió localizar a Narciso inmediatamente después de advertir a Maruja que no tomaríamos el piso aquel de tres mil pesetas. Continuaríamos viviendo en la pensión.

Habría sido un pensamiento fugaz si Maruja, cuando lo expuse durante la cena, no se hubiera empeñado en quitarle importancia.

—Y ¿para qué quieres verle? —preguntó.

—Pues mira —dije—, igual me encuentra el trabajo extra que necesito. Podríamos coger ese piso. Fíjate.

—Ese te va a encontrar trabajo, ¿verdad? —respondió ella.

—Donde menos se espera, salta la liebre —contesté—. Yo confiaba en las recomendaciones de tu padre. Y ya ves: todo sigue en el aire.

Y ya no volvió a abrir la boca.

La actitud de Maruja me dolió de verdad (pese a todos los considerandos: su embarazo, mi nerviosismo), ya que, entre otras cosas, la frase de las cataplasmas era mía. Intenté, sin embargo, que las aguas volvieran a su cauce.

Inútil. Es sabido que una mujer improvisa diez recursos progresivamente desagradables cuando no quiere dialogar.

En vista de que la calma no iba a llegar en el terreno del contrato verbal, la busqué en ese ótro terreno donde la violencia es imprescindible para conseguirla. Fracasé también. Igual que se había negado a dialogar, Maruja se negó a ser beligerante.

Reconozco que, en parte, la actitud de Maruja puede disculparse. Hacía dos meses que la empresa me había trasladado aquí, confiándome un nuevo y más alto puesto. Todo en lontananza era de color de

rosa. Pero el nuevo cargo, aparte de alterar considerablemente nuestra apacible existencia de recién casados en una capital de provincia, había rebajado mis ingresos. Estaba ahora falto de lo que disponía antes de venir: cinco o seis horas de trabajo complementario repartidas entre clases particulares y pequeñas administraciones. Poco, es cierto. No obstante, justo lo que nos había permitido ahorrar para casarnos, llevar en los fines de semana una vida social con cierta dignidad e incluso hacer el viaje de novios a Palma de Mallorca (lugar donde fué concebido el hijo que ahora esperamos, ya que, desde la luna de miel hasta el traslado, el conocimiento de mi mujer en el sentido bíblico del término fué más bien escaso, en función, como es obvio, de mis compromisos cotidianos).

A la mañana siguiente pedí permiso en la oficina y me acerqué al Ministerio donde trabaja Narciso.

—¿Don Narciso Gómez? —pregunté al ordenanza.

El hombre tardó cosa de un cuarto de hora en regresar.

—No encuentro al señor Gómez —explicó—; pero anda por aquí, porque tiene el sombrero en la percha.

Y me orientó hacia un sombrero gris marengo, de cinta discretamente más oscura y de generosa talla (Narciso fué siempre, desde párvulo, un poco cabezón).

Pese a mi estado de ánimo (Maruja había permanecido irreductible al despertar), soporté con estoicismo la antesala. Cuando hubo pasado media hora volví a insistir.

—Estará despachando —informó el ordenanza a la vuelta—. Ahí tiene el sombrero.

Agradecí en lo que valía la sugerencia de esperar otra media hora y desaparecí meditando sobre hechos tan dispares como los desmanes de la burocracia y la calvicie de Narciso (sólo el hecho de que estuviera perdiendo su agitanado pelo era capaz de explicar que Narciso llevase sombrero).

A mediodía llamé a Maruja para anunciarle que no iría a comer. (El ordenanza, a la vista de mi interés y de una propina, me había indicado que Narciso trabajaba desde las dos hasta las siete de la tarde de taquígrafo en un periódico.) El tono de voz de Maruja, sin dejar de ser reticente, acogió la noticia con comedimiento. El viejo criterio de la educación provinciana de no airear trapos sucios en presencia de terceros tiene sus ventajas.

Eran las dos y media de la tarde cuando el conserje del periódico ordenó a un botones:

—Busca a Gómez, le esperan.

Pasé a una salita con tresillo de plástico. Me senté. Contemplé cómo la puerta de vaivén que había en un extremo —y sobre la que se leía la palabra «redacción»— se abría tres, seis, quince veces en muy pocos minutos. Cuando había perdido la cuenta de los vaivenes apareció el chico.

—En la casa está porque está su sombrero. Si quiere esperarle, por ahí —e indicó la puerta— tiene que pasar.

Dispuse de tiempo suficiente para contemplar con detenimiento el sombrero que el botones me señalara: un sombrero de anchas alas, tipo *stenson,* dinámico, casi tan trepidante como el temblor que dominaba todo el edificio y, desde luego, lo suficientemente holgado de medida como para no dejar lugar a dudas de que sólo podía encajar con justeza en la cabezota de Narciso.

Durante el largo rato que permanecía aguardando en aquella salita, la puerta de vaivén no cesó de funcionar. Me impidió tomarme el bocadillo que llevaba como sucedáneo de la comida, es verdad, pero me entretuvo hasta apasionarme. En cualquier momento podía aparecer por ella Narciso justificando su tardanza con la declaración de la tercera guerra mundial, por poner. Me apasionó tanto, que apenas si medité sobre lo triste que debería ser para un hombre tan orgulloso de su pelo como Narciso quedarse mondo de cabeza.

A las cuatro menos cuarto dejé de apasionarme y procuré enterarme de dónde podría echar la vista encima a Narciso una vez terminado mi trabajo (lo mismo que en el Ministerio, me pareció inútil indagar sobre el domicilio privado de mi amigo; sé de sobra hasta dónde llega la confianza de un conserje con el dinero de un desconocido que aparece interesándose con la paciencia que yo había demostrado por la vida de un habitual de la casa).

En el taxi que tomé para llegar a tiempo a la oficina me comí el bocadillo, y a las ocho de la tarde, media hora después de terminar mi trabajo, ya estaba en el club Horse Powers, del que Narciso es secretario general. Todo un récord de existencia vertiginosa.

Una guapa muchacha me dirigió su profesional sonrisa cuando pregunté:

—Por favor, ¿don Narciso Gómez?

Las mujeres, ya se sabe, son más eficientes que nosotros en eso de enterarse de las cosas. Regresó al minuto.

—No encuentro a don Narciso —y volvió a sonreirme amplia y profesionalmente—, pero aguarde un instante. Tiene el sombrero en la percha, así que en la casa está.

Antes de pasar al salón del club me dije que la calva de Narciso, aparte de ser impresionante debía requerir especiales cuidados. Esta

vez mis ojos habían tropezado con un enorme borsalino verde, dotado de una pluma de codorniz graciosamente adosada al cintillo.

A medida que pasaba el tiempo iba creciendo en mí la convicción de que no me había equivocado al pensar en Narciso. Un hombre que se hace esperar tanto y en sitios tan diversos puede proporcionar no empleos, lo que quiera a un amigo si éste sabe buscar el tono, el momento y el lugar oportuno.

Este convencimiento me fué bastante útil. En primer lugar me sirvió para soportar con afabilidad el historial del vehículo propiedad de un socio del club con pinta de agente colegiado; después, para considerar como confortables las tres horas de espera en un incómodo sillón de gomaespuma sin brazos, y, finalmente, mientras volvía hacia la pensión para insuflarme el valor necesario. (Al llamar a Maruja antes de salir de la oficina, ella me había recordado que «precisamente» esa tarde «habíamos decidido» ir al cine. Su tono fué, me pareció, comprensiblemente agrio.) Aún contando con el entusiasmo que el íntimo convencimiento transmite al que escucha, esperaba que Maruja acogería el relato con, por lo menos, un cierto sarcasmo.

Me equivoqué. Atendió a la explicación —un tanto modificada— de los hechos sin decir palabra. Y calló también mientras la expuse mi creencia de que Narciso era el hombre apto. Mi suspicacia, con todo, no había desaparecido; así que, antes de irme a la cama, recogí velas, por si la tormenta estallaba en el momento más imprevisto.

—Intentaré ver —dije— si esos amigos de tu padre pueden acelerar las cosas y concretarme algo.

—Tú verás —me contestó—; pero lo creo innecesario. Sobre todo cuando parece que tu amigo puede solucionarlo.

—No está nunca de más —dije— tirar de varios hilos.

—¿Por qué no te olvidas de ese asunto, cariño? —y me sonrió al tiempo que se levantaba para abrir el armario—. ¿Qué te parece este jersey?

—Bien.

—¿Y este otro?

—Bien.

—¿Y estos patucos?

—Bien, mujer.

Dejó las prendas sobre la mesa y vino a sentarse en el brazo de mi sillón.

—Estoy haciendo todo a punto con lana amarilla. Las mamás tenemos que estar muy agradecidas a Grace Kelly, que la puso de moda. Es un color que admite las equivocaciones. Va bien a los niños y a las niñas.

Más tarde, cuando firmada la paz nos dimos el beso de despedida, me obligué a prometerme que Narciso aparecería como fuese. Y decidí también sorprender a Maruja, mantenerla al margen de toda impaciencia. Se lo merecía.

A la mañana siguiente, tras un cuidadoso y ponderado análisis, establecí el cerco sirviéndome de un instrumento más en consonancia con el ritmo de la vida actual: el teléfono. Aun a sabiendas de que carezco de la especialización que, como todo el instrumental técnico de nuestra época, requiere. (Preciso: sé que para dar un sablazo telefónico sobra la gesticulación y los ademanes propios de la vieja escuela; basta matizar sobriamente con distintos tonos de voz: lastimera prepotente, amistosa, decidida, afectada, conmiserativa.) También es verdad que sólo perseguía obtener una cita, y aunque en mi niñez se me enseñó que para pedir algo han de tenerse enfrente los ojos del enemigo, consideré que, si bien inexperto, podía alcanzar el objetivo: localizar a Narciso.

Contabilicé —soy quizá a veces en exceso metódico— dieciocho llamadas a lo largo del día, seis a cada lugar de trabajo de mi amigo; las máximas que sin llamar la atención sobre mí pude hacer desde la oficina, casa y el vestíbulo del cine a donde aquella tarde acudí con Maruja.

La respuesta fué, con ligeras diferencias en el léxico, invariablemente la misma: «Llame dentro de un rato, porque aunque no le encuentro está; tiene su sombrero en la percha.»

Al finalizar el día me sentí tan abrumado por el destino, que estuve a punto de hacer partícipe a Maruja de mi fracaso y echarlo todo a rodar. El sueño supo vencerme a tiempo.

Esta comprobación de mi impotencia fué lo que me lanzó a actuar al otro día de una manera que lesionaba particularmente mis intereses: recurrí al tradicional e ineficaz procedimiento de la carta. (Es de sobra sabido que, si es fácil dar un «no» por teléfono, una carta permite adoptar actitudes del más refinado sadismo; pongo por caso, no darse por enterado y quedar encima como un hidalgo si la ocasión lo requiere: «que el servicio de correos», «que la perdí», «que mi memoria», etcétera, etc.)

Me levanté una hora antes. Marché a la oficina. Y escribí.

La primera carta —dirigida al Ministerio— constaba de una objetiva exposición de los hechos ocurridos en los días anteriores, de un vago pero casi pedante párrafo concerniente a mi ascenso profesional y de una cariñosa posdata que procuraba remitir la memoria de Narciso al número de años en que nos habíamos visto por vez primera y que no nos veíamos (treinta y dos y cuatro, respectivamente). La

segunda, destinada a encontrarse con Narciso en el periódico, era un resumen de la anterior. El sobre donde escribí las señas del Horse Powers contenía sólo mi tarjeta profesional (con el nombre en relieve, puesto que es norma de la empresa para los empleados de cierto nivel), en la que, disculpándome por mi insistencia, convertía a Narciso en un ser sentimentalmente imprescindible para mí. En las tres se hacía, por supuesto, un inicial hincapié en mi interés por verle con urgencia (lo reforzaba la inclusión manuscrita de los teléfonos a donde podía llamarme). No se hacía mención en ninguna, por supuesto, de que ese urgente interés obedecía a cochino egoísmo. Contaba con el olfato de Narciso.

Las tres cartas salieron para su destino, a cargo de un botones previamente sobornado, a las nueve de la mañana.

Cuando salí de la oficina a las dos me expliqué que, por los usuales motivos que suelen darse para no acudir a una oficina estatal, Narciso no había acudido al Ministerio. Cuando salí de la oficina a las siete de la tarde estaba convencido de que Narciso o alguien de su intimidad había sido víctima de un accidente. A las once de la noche, Maruja abandonó su labor de punto y preguntó de súbito:

—No has sabido nada de tu amigo, ¿verdad?

—No —respondí—, como no le dejé mi tarjeta tendré que buscarle otro día. Pero estoy tan cargado de trabajo...

—Ya —dijo Maruja.

Y siguió tejiendo un delicioso jersey amarillo.

Fueron diez minutos durante los que, a cada vuelta de punto de Maruja, mi desazón creció en proporción geométrica. Aunque lee en tus pensamientos, me decía, te lo ha preguntado con la mejor voluntad y Narciso aparecerá mañana. Pero lo evidente había sido que en esta tercera intentona ni siquiera había dispuesto de la fe de vida de Narciso («está porque está su sombrero»). Así que —me parece recordar— pasé del desconsuelo a la indignación absoluta contra mi amigo y de ahí a considerar en bloque mi circunstancia. Al terminar los diez minutos encendía un pitillo y rompí el silencio.

—Voy a solicitar de la empresa —anuncié— que me reintegre a mi antiguo puesto.

—¿Que has dicho? —preguntó Maruja.

Ahora que todo ha pasado y que puedo recordar la escena con la frialdad precisa reconozco que Maruja tenía razón. Máxime porque ignoraba esas cuarenta y ocho horas durante las que yo había colocado nuestras esperanzas a un número llamado Narciso. Con todo, Maruja fué excesiva. A pesar de su apego a las convenciones sociales, chilló. Habló de inutilidad, cobardía, falta de sentido de la realidad y estu-

pidez como características dominantes de mi personalidad. Y, finalmente, ante un intento conciliatorio por mi parte, argumentó que, para demostrar lo dicho, bastaba el que yo esperase algo de Narciso.

La evidencia de la hipocresía de Maruja fué la gota de agua. Salí de casa dando un portazo. Era nuestra primera pelea conyugal de cierta magnitud. Será también la última. Todo había terminado.

Al cabo de tres horas aboné una crecida cuenta de alcohol en el bar de enfrente y me encaminé hacia el hogar. En fin de cuentas, Maruja era de mejor familia que yo, había soportado un noviazgo que ninguna de sus amigas casadas habían tenido necesidad de aguantar y era, de todas ellas, la que se encontraba en peores condiciones (nuestras dificultades actuales lo atestiguaban); desde luego ahora se la notaban más los años que me lleva que cuando nos pusimos en relaciones, pero, en definitiva, yo era el responsable: la había aceptado tras el libre atento examen de un largo noviazgo. Todo esto, cuidadosamente sopesado, fué lo que me decidió a colocar en la mano mi dolorido corazón, dispuesto para que Maruja hiciera con él lo que quisiera.

Maruja estaba despierta cuando entré en la alcoba. Tenía puesto un hermoso camisón de encaje y un aire contrito. Ni me dejó balbucear.

—Te ha llamado Narciso—me dijo—. Te espera pasado mañana en una cafetería. Ahí lo tienes apuntado.

Comprobé la validez del viejo principio. Hicimos la guerra, puesto que buscábamos la paz. Y la encontramos.

Narciso fué el tema central de nuestra conversación durante la comida y la cena del día siguiente.

Es verdad que Maruja sabía ya todo lo referente a él. Se interesó, sin embargo, como si se tratara de una boda entre príncipes. Le expliqué cómo Narciso y yo habíamos sido los únicos bachilleres del pueblo durante mucho tiempo. Cómo, a pesar de esto, siempre nos habíamos llevado bien, suspendiendo y aprobando al tiempo, lo que evitaba esas maledicentes comparaciones de aldea que acarrean enemistades entre familias y dan al traste con toda apariencia de compañerismo. Cómo él había colgado sus estudios al terminar el bachillerato, mientras mi familia se empeñaba en sostener la carrera de fondo que supone sacarle utilidad a una licenciatura en Derecho (cosa que me había permitido conocer a Maruja). Cómo, en definitiva, las veces que nos habíamos encontrado desde la separación de nuestros rumbos el placer del encuentro había sido mutuo.

El único comentario derrotista de Maruja se produjo después de

cenar, mientras escuchaba por tercera vez la historia de mi buen amigo y paisano Narciso.

—Quizá —dijo— esté equivocada.

—Reconozco —contesté— que su apariencia engaña si no se le conoce a fondo.

Yo sabía por dónde iban los tiros. La última vez que vi a Narciso acababan de suspenderme en notarías, y de casa me habían comunicado que fuese buscando algo menos pretencioso, porque ya no había de dónde sacar. Maruja y yo atravesábamos, pues, un bache depresivo (la boda quedaba aplazada *ad kalendas grecas*) aquel domingo que coincidimos con Narciso y unos amigos suyos a los que él enseñaba la ciudad (fué entonces cuando se me ofreció dándome la dirección del Ministerio). Quizá se portó de manera inadecuada. Hizo ostentación de dinero a la hora de pagar unas consumiciones en el casino, contó dos o tres chistes de dudoso gusto sobre los opositores y realizó alguna otra exhibición por el estilo. Yo valoré todo aquello con amplitud de criterio, ya que conocía a Narciso de sobra (y nadie, además, le había puesto al corriente de nuestra especial circunstancia). Maruja, por el contrario, le fichó como un vanidoso insoportable, afirmando que todo él era una vulgar y descascarillada fachada; que carecía de clase y de modales; que le recordaba al último chófer que había tenido su padre antes de pasar a la reserva, y cortó mi defensa con uno de esos laconismos con que una mujer suele arrumbar cualquier concepto elaborado trabajosamente durante años: «Es más falso que un duro de plomo.»

Sin embargo, cuando nos fuimos a acostar aquella noche, víspera de la cita, Maruja dijo:

—A ver si es verdad que sale algo.

Me alegró el radical cambio de mi mujer.

Cinco minutos antes de la hora prevista empujé la puerta de la cafetería donde Narciso me había citado. Llevaba puesto mi traje más nuevo (siguiendo la norma de que es fácil pegar un sablazo para una juerga y que sólo se reciben buenas palabras cuando se argumenta con primarias necesidades del estómago). Me encontraba tremendamente excitado. Lo sucedido en los últimos días me había llevado a olvidarme hasta de la cara de Narciso. Al empujar la puerta hube de recurrir a una de esas presiones definitivas sobre la voluntad: «Vas a ver a un amigo, caray, y no a un ministro», me dije.

Cuando, al fin, le distinguí al fondo del local mi primera suposición se fué abajo. No estaba calvo.

Aunque parezca una inconsecuencia, el hecho contribuyó a aturullarme más. Fué Narciso quien me vió, me reconoció, se levantó, me

hizo una seña, me estrechó la mano y comenzó a hablar mientras yo intentaba abandonar mi gabardina con torpe y fingida negligencia.

—No me crees problemas, por favor —fué lo primero que le escuché en un tono casi patético.

Aquello, en alquel momento, era la puntilla. Era evidente que Narciso había adivinado a qué iba. Mi escasa moral se fué al suelo. Pero había de por medio demasiadas cosas. Me sobrepuse.

—Espero que no te supondrá excesiva molestia —comencé— el que...

—Sí, no lo dudes —Narciso me interrumpió sin abandonar su apagado tono de voz—, estás creándome problemas. Te has pasado un día recorriendo los diversos sitios donde trabajo y has esperado en ellos el tiempo suficiente como para que pudieran darse cuenta de que yo no estaba allí.

Le respondí de una manera automática, sin saber con certeza qué decía.

—Me parece que te equivocas —dije—. Me indicaron simplemente que esperase.

—Por si fuera poco —Narciso había vuelto a interrumpirme—, al día siguiente te tiraste las veinticuatro horas colgado al teléfono, poniendo de manifiesto de nuevo que me encontraba ausente.

—Narciso —insistí—, nadie me dijo que no estuvieras.

—Y luego las cartas —las manos de Narciso crujieron—. Es otra manera de señalarme con el dedo.

—Nunca supuse que pudiera extorsionarte.

—¿Qué has conseguido? Espero que nada.

—Tú me dijiste la última vez que nos vimos que trabajabas en el Ministerio.

—Es posible. Pero no que me buscaras allí. Todo el mundo sabe dónde puede encontrarme. Toma nota, por favor.

Ni siquiera había considerado como posibilidad que Narciso se negara a escucharme. Y, sin embargo, allí estaba, de entrada, esa negativa envuelta en un artificial tono lastimero. Mi cerebro, me gusta ser objetivo, no funcionaba. Estaba dominado. Saqué la agenda. Comencé a apuntar.

—Por las mañanas puedes localizarme aquí. De dos a siete, en la cafetería nueva de junto al Palacio de Deportes, y de ocho a diez, en los billares de Callao. En persona o por teléfono, da lo mismo.

Me poseía, lo confieso, el desconcierto. Aún no había guardado la agenda cuando escuché de nuevo la voz de Narciso. Había perdido el ingrediente patético. Reconocí en ella el viejo y amigo aire petulante, pese a que fundamentalmente fuese aduladora.

—Si vienes a verme por un coche —dijo—, tengo uno estupendo.

No podremos echarlo una ojeada hoy, porque ya tengo todo el día ocupado;. pero concertamos una entrevista y lo probamos cuando quieras.

Me sentí de golpe dueño de la situación. Mi tarjeta había sido un excelente *curriculum vitae,* y yo, olvidadizo, no le había tenido en cuenta. Lo único que hacía falta, pues, era cambiar la marcha de las cosas. Improvisé la táctica: en principio dejé que Narciso se desahogara.

—Es el coche de una viuda —le oí—, una ganga. Lo compró el marido un mes antes de morirse; así que entre el luto y que ella ya es mayor, el coche lleva dos años en el garaje.

—Realmente es una ganga —accedí.

—No te lo puedes imaginar —contestó—. Te voy a ser sincero. La primavera pasada lo sacó unos cuantos domingos. Pero, no vayas a creer, a la fuente de Somontes para tomar un ratito el aire de la sierra. Calcula que entre el marido y ella hayan hecho diez mil kilómetros. Lo vende por sentimentalismo; hazte cargo: el recuerdo tan desagradable que supone para la pobre mujer ese coche.

—Claro —dije.

Aproveché que se acercó el camarero para pasar a la segunda fase de la operación.

—¿Qué quieres tomar? —pregunté.

Pedí un café corto para compensar el *sandwich* de jamón con huevo y la cerveza que había exigido Narciso, el comilón Narciso de siempre.

—El hecho de que me llamaras —recomenzó— e insistieras tanto, sabiendo por lo que me escribías que te han dado ese cargo, me puso en pista. Lo que quiere es un coche, me dije. Y siento no haberte podido atender antes.

Hizo el silencio para meterse el primer trozo de *sandwich* en la boca. Juzgué llegado el momento. *Audaces fortuna juvat.*

—No he venido a verte para que me vendas un coche —dije.

—Ah, ¿no? —dijo él.

—No —dije yo.

Y le sonreí. (Una sonrisa a tiempo cumple el papel del terciopelo envolviendo el guantelete de marras. Y yo necesitaba de terciopelo, de mucho terciopelo.) Las cosas se me habían puesto demasiado bien.

—Bueno —dijo Narciso—, pues tú dirás.

Y se metió otro trozo de *sandwich* en la boca.

Esperé a que terminara de comer. Me había mirado entre atónito y suspicaz. Así que me retrepé al tiempo que él en la butaca y adopté su misma beatífica sonrisa (Narciso con el estómago lleno había sido siempre un animal seráfico; y eso no cambia con los años).

—Oye —de pronto bajó la voz y se inclinó hacia mí—, te advierto que no sólo puedo venderte un coche. Si no te interesa tener familia, puedo proporcionarte unas pastillas infalibles.

—¡Hombre!

—Y también, televisores, *whisky* —no me dejó seguir—, transistores, relojes, estilográficas.

—No, yo no —dije.

—Todo de origen —precisó.

También de golpe, me sentí humillado. Era palpable que estaba perdiendo el tiempo. Había acertado Maruja: Narciso era un pobre diablo. Mi mirada debió expresarlo con tanta claridad que me sentí obligado a dejarle justificarse. En fin de cuentas era un viejo amigo. Volvía a sonreirle. Esta vez, sólo cortésmente.

—Muchacho —dijo—, hay que ganarse la vida.

—Pero hombre —dije—, tienes tres empleos.

—¡Tres empleos! —la voz de Narciso adquirió su habitual petulancia—. El traje que llevo puesto vale ya... Bueno, ¿sostienes tú a una familia con tres empleos? Lo poco que uno pueda gozarla ha de salir de los negocios.

—En eso tienes razón —dije.

Consumatum est. Pensé en Maruja y decidí regresar a la oficina. Busqué al camarero con los ojos.

—Lo que sí tengo —Narciso me pescó con el brazo a medio alzar— son tres sombreros. Tres sombreros diferentes.

—Ya lo he comprobado —contesté venenosamente—. Y pensé que te habías quedado sin un solo pelo.

—Pues aquí me tienes.

Alcé de nuevo el brazo, a punto de estallar. Narciso contemplaba, me pareció, con sorna mi calvicie. El destino estaba, sin embargo, de mi parte. El camarero no acusó recibo de mi seña.

—Pues sabes lo que significan esos tres sombreros —me había atrapado su brazo y me echaba el aliento encima—. ¿Lo sabes? No. Pues la gran vida. Estás hablando conmigo aquí, ¿no es cierto? Pero yo estoy en la oficina. Tú mismo lo has podido comprobar, como muy bien dices. Si alguien pregunta por mí, nadie duda de que no esté. Yo siempre llevo sombrero, y mi sombrero está bien visible en la percha. De cuando en cuando solicito un permiso, tomo mi sombrero y me largo. ¿Entiendes? Procuro también que nadie vaya a buscarme, es una elemental precaución. Y así, ¿qué es lo que ocurre? Que tengo mi tiempo para mí: relaciones, vida de acción, negocios: una compraventa, una póliza a un conocido, una partida de tabaco que coloco en el momento oportuno. Dinero, la gran vida.

Soy fundamentalmente objetivo. Cuando Narciso inició la segunda frase de su explicación, llegó el camarero. Le pedí otro café. Narciso me acompañó.

A partir de este momento, no puedo reconstruir con exactitud. Sé que, afortunadamente para mí, se explayó.

—En el archivo —me dijo, por ejemplo— procuro que me den poca lata. De diez expedientes que solicitan, doy uno; que si la guerra, que si la desorganización del encargado anterior. En el periódico hay un compañero, un supernumerario, que se desvive, tiene que ser servicial, estar a todas. Y los socios del club se arreglan solos. Y además, tengo a Carmela. Una secretaria maravillosa, perfecta. ¡Qué mujer!

Mi respuesta tardó bastante en llegar sobre la libido de Narciso extendida sobre la mesa. Afortunadamente para mí, el recuerdo de lo que yo había considerado sonrisa profesional matizó esa respuesta en sus justos términos.

—Es gracioso el truco —me limité a responder.

—Te digo: la gran vida. Más de un sombrero, la gran vida.

Narciso me hizo un guiño y permaneció así, purificado y sonriente, un cierto rato. Luego se levantó. Me estrechó la mano. Su voz poseía ahora un auténtico tono profesional.

—Ya sabes. A ver si nos vemos y charlamos más a gusto. Ahora me vas a perdonar, me esperan.

Le dejé sin decir palabra (mi cerebro funcionaba y esto, no es contradicción, me inhibe bastante). Aún permanecí una larga media hora dándole vueltas en la cabeza a un germen de idea recién nacido que crecía, se dispersaba, volvía a concretarse y se me escapaba de nuevo, de tan vivo. Cuando salí de la cafetería, Narciso continuaba charlando con dos tipos de aspecto yanqui en el otro extremo del salón.

A las preguntas de Maruja aquel mediodía respondí con evasivas. Quedó satisfecha. El realismo femenino es consciente de que la manzana de Newton tardó varios miles de años en preparar su caída. Era femeninamente lógico que de una primera entrevista no hubiera salido nada concreto.

No había salido, en efecto, un trabajo complementario. Había salido algo que el realismo de mi mujer no podía prever: un cambio radical en mi manera de pensar, los pilares de una nueva conducta. Una *weltanschauung,* si se quiere. Era, sin embargo, no sólo inútil, sino innecesario, hablar de ello. Maruja pasó unos días apaciguada y expectante. Yo la recordé que tanto mis nuevos compañeros de trabajo como los amigos de su padre habían recibido una vez más mi apremiante llamada de atención (cosa cierta, en honor a la verdad). De un momento a otro, nuestra situación iba a resolverse.

Maruja se comportó al igual que lo venía haciendo desde un principio. Lo que ocurría dentro de mí se encontraba tan lejos de ella como, si en vez de a su marido, le estuviera sucediendo a un ejemplar del período Cromagnon.

Fué justo a la semana de mi conversación con Narciso cuando me presenté en casa con tres sombreros. Tres sombreros idénticos a los de mi amigo.

Reconozco que podía haberlos comprado paulatinamente. Pero aquella misma mañana todo el proceso de sugerencias había cristalizado en una idea. Más aún: en un sistema de ideas. Todavía más: en una teoría poseedora de un neto principio de acción. Y el optimismo me cegó.

—A mediados de mes, apenas sin dinero y te compras tres sombreros —empezó Maruja—. ¡Como si otras cosas...!

—Ya sabes —la corté— que en invierno me acatarro mucho.

—Pues hasta ahora has usado boina.

—Todos los conserjes de la empresa llevan boina. He de distinguirme.

—Pero ¿tanto? Podías haberte comprado treinta: uno para cada día del mes.

—No hace falta. No pienso usar de momento más que uno.

—¿Qué dices?

Callé ante el grito de Maruja. En mi nueva concepción de las cosas, una de las piezas maestras consiste en considerar a la mujer como un ser incapacitado para todo aquello que exija comprensión racional. ¿Cómo iba a entender Maruja que de la pobre experiencia de Narciso yo había deducido no sólo una manera de pensar y una conducta, sino incluso un principio económico?

—¡Así que no podemos coger el piso! —Maruja estaba al punto de la histeria—. ¡En cambio, sí se puede derrochar en sombreros!

La frase de Narciso acudió a mí. La utilicé consciente de que, si bien impermeables a los razonamientos, las mujeres sienten debilidad por los *slogans*. Adopté un tono de voz persuasivo.

—Cariño —dije—. Tener más de un sombrero supone darse la gran vida.

—¡Conque más de un sombrero, la gran vida! —oí a Maruja—. ¡A ver si es cierto, hombre!

No me digné contestar. Y sin embargo la cosa no puede ser más clara. Un sombrero no es un hombre, pero sí una personalidad. Luego, si se utilizan tres sombreros diferentes en tres ambientes diferentes también, donde se encuentre uno de esos sombreros, se encontrará esa personalidad (axioma que, sustituyendo sombreros por cualquier otra

prenda accesoria, es tan viejo como el hombre). Pero traslademos este viejo aserto al plano del trabajo. ¿Para qué sirve esa prehistórica norma que implica poseer en cierto modo el don de la ubicuidad? Para algo revolucionario: que un mismo hombre puede detentar tantos empleos como sombreros tenga sin que ello afecte en absoluto a sus energías. Porque es obvio que un hombre puede detentar múltiples empleos, pero su energía —productividad, medida en términos patronales— se resiente, llega hasta un límite que ninguno de los estímulos conocidos hasta la fecha (primas, música durante el trabajo, responsabilidad compartida, etc.) puede aumentar. Pero usando varios sombreros, ¡ah! Ahí está la experiencia de Narciso. Ella, en un plano grosero, puramente pragmático, es ese principio hecho carne y hueso, aunque sin desarrollar. ¡Y son tantas sus posibilidades! Yo me he limitado a convertir la anécdota en categoría; el comportamiento picaresco en un nuevo sistema de relaciones laborales.

Nada de todo ello, está claro, podía entenderlo Maruja.

Avisaron que me llamaban al teléfono cuando mi mujer se encontraba en lo más alto de una insultante nota aguda.

—¿Quién era? —preguntó ella.

—Era —me callo para no mentir— Narciso.

Maruja cogió los tres sombreros y los arrojó al suelo. Ya se sabe que una mujer embarazada es mal interlocutor.

—Encima —dijo— ése te va pedir que le proporciones un empleo.

Recogí los tres sombreros con magnanimidad.

—Quizá —dije.

Narciso no dió señales de vida hasta hace dos semanas. Me pasaron su tarjeta y tuvimos una larga charla en la sala de recepción.

—He venido a verte —dijo cuando entró en materia— porque en una empresa de esta importancia, y teniendo el cargo que tienes, quizá te sea posible encontrar un hueco para mí.

Yo me limité a asentir. Y no por vanidad precisamente.

—Tendrá que ser a comisión —dijo él—, porque ya sabes...

—Haré lo que pueda —atajé—. Te comprendo.

Le he colocado en la división de agentes. Es lo menos que se puede hacer por un amigo. Y bien poco cuando se trata de pagar algo como lo que él me ha proporcionado.

Por otra parte —soy egoista— me será útil. Mi sombrero gris lleva ya numerosos días luciendo en la percha, pero no acabo de encontrar el modo de aprovechar su utilidad. Son pequeñas cuestiones de detalle: actitud de naturalidad al salir, por ejemplo: pequeños matices que han de ser directamente recogidos de un hombre de acción y a los que es

muy trabajoso llegar cuando se trata, como en mi caso, de un especulador puro.

Cuando anoche llegué a casa, Maruja estaba radiante. Narciso había llamado para agradecerme el favor (acababa de recibir la comunicación por escrito, y es un hombre atento). Cuando Maruja inició su ataque, la desarmé. Reconocí con humildad que, como siempre, había tenido razón. Aparte de los beneficios momentáneos que esa actitud me supuso (eludir todo bizantinismo sobre si nuestro hijo nacerá en el realquilado en que vivimos), por primera vez en la hora trascendental de las reconciliaciones me sentí superior. Allí, en el mismo campo de batalla, yo estaba viendo otro distinto y virgen para mí, con un enemigo también distinto y virgen (para mí, se sobreentiende).

Es probable que nunca engañe a Maruja (aunque la base de mi principio es que, sirviéndose de más de un sombrero, las energías no disminuyen). Pero lo cierto es que mejor aún que el goce de los hechos es el de su posibilidad.

Ahora, por ejemplo, acabo de regresar de conserjería. Allí estaba, reluciente, pregonando mi presencia, uno de mis tres sombreros.

Soy, reconozco, excesivamente emocional. Llevo un rato sin poder concentrarme en el trabajo. Pensar que algún día, cuando pregunten por mí, él, gris, discreto, señor, responderá que estoy aquí, no estando, me inunda de una sensación serena y excitante al tiempo.

¡Qué de cosas puede hacer el hombre cuando la inteligencia ha desbrozado el camino!

Isaac Montero
Autol, 3 (Parque de San Juan Bautista)
Madrid-17

DOS POEMAS

POR

GASPAR MOISES GOMEZ

SINFONIA EN 4 TIEMPOS PARA LEON

1. *EN MONZÓNDIGA*

La muerte y el adobe ponen su áspero
grito en el pueblo. Aquí la eterna
revelación, llamándose Mozóndiga,
Fontecha o Valdevimbre. Polvo y más
polvo. Dios como ausente. Metafísica
de unos pies hasta el cuello hundidos, bravos
en su costumbre perezosa de ir
a los rastrojos a espantar el hambre.

Dirán: «Oh ilustre rosa». Mas ¿quién viene a insultaros
de la Ciudad, a vosotros que sois
hombres hechos de hormigas y de barro?

Vivís en puro agobio con la tierra;
y en mala hora dais en ciegos
de mirar con ahínco la cebada.
Sólo una vez acaso soseguéis
el alma, si es que os llevan muertos
en el carro, como última cosecha.
Por entre los viñedos y rastrojos
pasaréis, bajo el arco sonoro de un rebuzno
que sostendrá la tarde con su gloria animal.
Pasaréis alabados y creídos
por una vez. Transcurso de unos dioses
pequeños cara al cielo; cara a toda
la eternidad. Mientras de alguna tapia
siguen cayendo los adobes
quizás también eterna, eternamente.

2. *EN LOS BEYOS*

Esto ya es otra muerte; otro cantar.
El azul se consagra a Dios, ya en cielo,
ya en río. Cobra lírica evidencia.
La flor de la retama es más que flor.
de ser tan extremosa y amarilla.
No llega el polvo a este Pontón. La muerte
subió por nuestros pies allá en Mozóndiga
mezclada con el barro y las hormigas...
Pero, de monte a monte, aquí los ojos
son una transparencia; y entra en prueba
la resistencia azul del corazón
para mirar a los Picos de Europa.

Soñamos más que vemos quizás en estos Beyos.
La música en el fondo; el cielo en garzas
levantado.
Pero también recuerdo
—oh muda sombra en esa luz— que había
un cementerio allá en Oseja
de Sajambre, y que tuve que decir:
«Marta, hija mía, vamos a León;
eso es un campo sólo para lirios.»

3. *EN SABERO*

Bajo estos robles, en Sabero, hay
un extraño temblor. Dice un periódico:
«Rusia está haciendo pruebas nucleares.»
(Y los pájaros siguen cantando aún. Y es grato oir,
mirar el mundo.) La tarde es luminosa
y ancha. Dan ganas de hablar bajo
como en amor. Mas si lo hacemos, vuelve
de nuevo lo demás, lo más temido:
aquello de Hiroshima, en el Japón,
con millones de muertos radiactivos;
¡tan activos que no hay ya quien los mueva!

Oh bella flor del mundo, ¿a dónde irás
a caer con tus pétalos? No existen adjetivos

para nada ni nadie. La rosa es rosa sola,
y el hombre miedo solamente.
¿Un canto
para el final es lo que vine a hacer
en este pueblo, valiéndome a traición
de su tranquilidad y de su cine
humilde? ¿Oiré yo solo acaso
la gravedad del átomo sobre la tierra?
Ah, no.
También hay otros. Quedan otros
que han visto ya la muerte encima de la nómina
y se dieron de baja en su familia.
Les veo entrar, con los brazos caídos,
tristes fieras cansadas, en la mina
como en su salvación. Ay rosa negra.
Ay luz oscura. Bocas ya tan ciegas
que, para no comprometerse, ni nos dicen
su «buenas tardes» habitual.
Adiós
a todos hasta el fondo, hombres de paja
que a lo mejor lleváis entre las manos
un idolillo falso que rompéis con el miedo.

Adiós mientras yo pueda ver cómo el aire mueve
los robles. Aún me quedo —amor, Dios mío,
libertad del amor—. Adiós. No sé
qué son es éste. Adiós. Resisto, libre
del lado de este pueblo en el que hay
dos guardias, un alcalde, y hasta un perro
que me da realidad cuando me roza
las piernas. Adiós. ¿Me voy? Adiós. Porque me quedo
—temblando, sí—, pero me quedo
de este lado de acá del agujero
negro, por el que disteis en desaparecidos.

Adiós, mientras me dure la noción de mi casa.
Oh luz. Oh campo. No ceséis ahora
cuando la tarde persiste ligeramente aún
gracias al ruiseñor que a más trinar
no aguanta ni sus plumas. Se coge, herido, y lanza,
como bola de fuego silbadora,
por los aires. Aunque no sea

más que por él, por ese cuerpo a tumbos
con su armonía, no debéis cesar,
oh luz, oh campo, oh Tierra muy amada

4. *JUNTO A LA CATEDRAL*

Ahí dentro reza la vieja a toda misa
queriéndote ganar contra reloj.
Te quisieron ganar también los hombres
hace siglos, bajo las cúpulas,
sobre los capiteles, con sus vidrios
pintados. Y hoy, este hombre
que se llama... (no sé, por no mancharte)
se viene abajo con tanta belleza,
se derrumba por dentro, y en ruinas
te canta.
¿Dije hombre? Ah, sí; león
cansado; león patas arriba
con el hervor de la selva en la sangre;
ciego con tus estrellas en el alma.

¿ARDERA NUESTRO CUERPO...?

¿Arderá nuestro cuerpo esta noche, mujer,
entre planos de música o entre turbios escombros?
El río va minando la cueva del silencio,
la cifra del cariño y el pan de los esposos.
Hay algo que un instante hace perder el pulso
de las propias estrellas. Y se ponen los lobos
la camisa de santo que tanto favorece.
Oh inversión cegadora más allá de tus hombros.
Acaso moriremos con los pies deslumbrados,
la frente alta y Dios más ciego por nosotros.
Acaso ya en el día encontremos al mundo
jugando a ser feliz dentro de nuestros ojos.
Pero escucha. Seguimos aquí tú y yo. Seguimos
aquí. Nos arden míseros labios en lo que somos,
y escondemos la herida para mañana. Puede
que mañana se muera mejor, con más hermoso

decaimiento; silbando locura entre los álamos
que no podemos ver ahora. Damos hondos
latidos. Pero no. Lo dejaremos
para mañana. Una pausa solo
reclamo aquí si he de morir. El río,
como un lagarto sísmico, se concierta en el fondo
con inseguras voces: No; no debéis ahora;
no podéis. No responde ya nadie por vosotros.

En esta noche, cuerpo a cuerpo, a ciegas
Y a tumbos, vamos, ay amor, sin oro
ni gloria, frágilmente pecadores
al otro lado. (¿Cómo siempre hay otro
lado? ¿Pues no eres tu divina entre mil besos
como la luna en un volcán?)
Qué hondos
latidos. Ay, mañana. Luces vendrán a darnos
bulto: la realidad entre los ojos
del alma. Luces, ay, vendrán, y tú
serás más tú —sin duendes, sin los monos
huyendo huyendo— tú sin mí que asumo
tu hermosura en la sombra. Cierta bajo mis olmos,

Tanteando la música de tu cintura, soy
el rey más frágil de la historia. Adoro
tu música. Me entrego con amor a tus montes,
a tus labios, a tu dulce país del fondo,
mujer que pones el acento al barro
mío. Recuérdame mañana cuando todo
sea posiblemente claro: el río,
el monte y la conciencia. Contamos fabulosos
tú y yo en la sangre, ahora, en esta noche,
sin vernos adorándonos. A la luz de tus ojos
recuérdame mañana. Quiero vivir, durar
por tí. Contar al menos, por amor, en el otro
lado... ¿Cuándo amanecerá? ¡Más luz y amor!
Luz, no en la rosa. Luz en estos lobos
tan humanos, Dios mío, que a besos se devoran
entre sí. Luz en este reino tuyo más hondo.

Gaspar Moisés Gómez
Rosa de la Vega, 20, 2.º
León

MIGUEL DE LA FUENTE: UN INTENTO DE EVALUACION DEL MISTICISMO ESPAÑOL DEL SIGLO XVII

POR

THOMAS E. SCHAEFER

Durante el siglo que sigue a la muerte de San Juan de la Cruz y Santa Teresa, España produce una ingente cantidad de obras místicas. Los autores de esta gran montaña de escritos son los «místicos menores». Se les llama «menores» porque sus obras dependen de los excelsos escritos de los místicos «mayores», San Juan y Santa Teresa, y, además, se ven como empequeñecidos al lado de obras de tal importancia. Sin embargo, las obras de los místicos menores, en su panorámica de conjunto, no han sido todavía estudiadas con detalle (1).

Es, por tanto, a todas luces necesario el intentar su estudio no solamente por el gran número de obras que hay, sino también porque constituyen una laguna a rellenar en el campo de la Historia de la Literatura Española. Queremos presentar en este artículo las líneas generales de las conclusiones a que llegamos en las investigaciones realizadas durante estos últimos años, para poder colocar en su sitio merecido y dar el debido relieve al misticismo «menor» español (2).

---

(1) Hubo una abundante producción de obras espirituales en la España de los siglos XVI y XVII. También podríamos llamar «místicos menores» a los escritores menos conocidos del siglo XVI. Pero nuestro estudio se ha centrado en el siglo XVII, y esto no sólo por la necesidad de limitar el campo de investigación, sino también porque —como en nuestro trabajo se ha hecho notar constantemente— los que escriben después de San Juan y Santa Teresa merecen una atención especial, ya que forman una clase especial. (La razón —creo yo— que mejor explica el carácter único de los escritos del siglo XVII español es esta: los autores de este siglo produjeron sus obras después de San Juan y Santa Teresa, y, por lo tanto, estaban bajo su influjo e influencia; mientras que los del siglo anterior no tuvieron ningún gran maestro que pudiera igualar a Juan o Teresa). Por lo tanto, siempre que usemos el lenguaje «misticismo menor» en este artículo nos referiremos concretamente al misticismo menor español del siglo XVII.

Una evaluación verdaderamente crítica de cada una de las obras de los místicos menores es casi imposible hacerla a causa de su número. Menéndez Pelayo ha tratado sobre algunos de estos autores en su *Historia de las ideas estéticas en España*, pero no ha intentado dar una opinión general sobre el valor de los escritores espirituales españoles menos conocidos del siglo XVII. E. Allison Peers también ha estudiado los místicos menores en su *Studies of the Spanish mystics*, tomo III, y aunque propone algunas evaluaciones generales, no son conclusiones definitivas.

(2) Comenzamos este estudio en los Estados Unidos con la literatura a nuestro alcance, continuándolo en España durante el año pasado, con una beca del Gobierno norteamericano, para que pudiéramos trabajar sobre las obras mismas.

Para reducir este vasto campo, nos proponemos concretar nuestra atención al estudio de una obra maestra de un místico «menor» español: *Las tres vidas del hombre*, de Miguel de la Fuente, por considerarla como representativa entre los centenares de obras místicas del siglo XVII. Consideramos justificable dicha elección por varias razones: los eruditos carmelitas tienen al autor como un místico excelente (3); tenemos la convicción de que esta obra no sólo puede parangonarse con la mayoría de obras similares de su época, sino que tal vez las llegue a superar, y, finalmente, porque la reconocida semejanza que tiene con la producción de los místicos franciscanos (4) prueba que esta obra no sólo es genuinamente representativa de la escuela carmelitana, sino que también lo es de la otra gran escuela mística (5). Sería ridículo pretender que este estudio agote las posibilidades de investigación en la riquísima mina de material que los místicos menores nos ofrecen. Sin embargo, creemos poder afirmar que en este artículo se presenta una visión de conjunto válida y de interés acerca de la gran obra que nos han legado los místicos «menores». Y aún nos atrevemos a afirmar, quizá un tanto audazmente, que los futuros investigadores de la producción literaria de los místicos españoles del siglo XVI harán bien en tomar en consideración este artículo antes de decidirse positivamente si merecerá la pena iniciar su trabajo. Ofrecemos este ensayo como introducción al misticismo «menor» español y a la vez como una advertencia para los que quieran ahondar en el tema.

Sobre la obra del carmelita Miguel de la Fuente se han dado juicios muy diversos. Menéndez Pelayo ve en la obra de fray Miguel «el mejor tratado sobre la psicología del misticismo que poseemos en castellano» (6). Gran alabanza, ciertamente, si recordamos que San Juan y Santa Teresa también escribieron en castellano. El autor inglés E. Allison Peers, conocido por sus estudios sobre la mística española, nos da otro juicio muy diferente: «De la Fuente representa, respecto a la exposición de la teología mística, un grado avanzado de decadencia» (7). Semejantes aserciones contradictorias, escritas ambas por agu-

---

(3) Véase introducción a la edición de 1959 de *Las tres vidas del hombre*, por fray PABLO M. GARRIDO, O. Carm.

(4) Véase comentario de PEERS, p. 55, vol. III, *Studies in Spanish Mysticim*.

(5) Además de la carmelita y la franciscana, florecían en la España del siglo XVII otras grandes escuelas místicas: los Jesuitas, los Agustinos, los Dominicos, los Benedictinos, etc. Cada una tiene, sin duda, un espíritu distintivo. Sin embargo, había entre ellas fuertes corrientes que las unían, siendo la más sólida la común fidelidad cristiana de cada orden a la iglesia y a sus doctrinas. Por consiguiente, todas consultaban generalmente los mismos grandes maestros espirituales.

(6) *Historia de las ideas estéticas*, cap. VIII. En *Obras completas* (Edición nacional, 1947). Vol. II, p. 113.

(7) *Studies of the Spanish Mystisc.* Cap. I (Londres, SPECK, 1960). Vol. III, página 58.

dos pensadores, nos decidieron a estudiar *Las tres vidas del hombre,* la obra más importante de De la Fuente (8).

La primera impresión que uno recibe de la obra es su gran sencillez de estilo. Desde la primera hasta la última página, Miguel emplea palabras sencillas. Pero a pesar de que no hace uso de los medios de la retórica para impresionar, consigue, sin embargo, una verdadera elección de lenguaje (9). No escribe ni novela ni filosofía, ni menos aún un libro de meditaciones personales; lo que nos presenta es un tratado de teología objetivo de las tres vidas del hombre: la sensitiva, la racional y la espiritual (10). Al comienzo es posible que al lector le resulte enfadosa la inclinación que De la Fuente tiene al uso de las distinciones escolásticas, e incluso esté a punto de abandonar su lectura. Pero, sin duda, esta falta de amenidad no le influirá si el lector tiene en cuenta que la obra no se compuso para el vulgo, y si, además, anhela apasionadamente llegar a la verdadera comprensión del hombre y de ese impulso hacia Dios que el hombre siente en la oración.

Lo que pretende De la Fuente es «el enseñar a las almas de oración el verdadero camino del espíritu desnudo» (11). Para él, la única valoración del hombre es su oración, y para hablar sobre los niveles de la oración del hombre hay que sondear antes las profundidades del ser humano. Por eso, De la Fuente trata de la psicología humana, a pesar de que ésta no constituyó el fin último de su estudio, sino sólo un medio indispensable para penetrar en las maravillosas dimensiones de la oración humana.

El considerar al hombre como un compuesto de tres partes, como lo hace el autor en su obra, tiene ya muchos antecedentes en la historia del pensamiento occidental. Esta manera de ver al hombre nos lo presenta no sólo como una criatura compuesta de dos elementos, razón y sentido, sino que, además, le atribuye otra facultad misteriosa, más elevada aún que la misma razón. Esta parte más alta del alma está en contacto inmediato con lo divino y saca su vida de las ocultas profundidades de Dios. Tenemos que remontarnos más allá de la tradición neoplatónica para encontrar las raíces de esta creencia, aún más allá de Platón, hasta llegar a los misterios órficos y a las religiones del

---

(8) Publicado por primera vez en Toledo en 1623. *Las tres vidas del hombre* se ha impreso cuatro veces. Zaragoza, 1674; Madrid, 1710; Barcelona, 1887 (en dos volúmenes), y Madrid, 1959.

(9) Hay ejemplos suficientes de su estilo en el artículo.

(10) *Las tres vidas del hombre* (Madrid, Ediciones Carmelitanas, 1959), p. 12.

(11) Para DE LA FUENTE, como veremos, la oración no sólo no excluye las obras, sino que la verdadera oración exige la caridad y la acción.

antiguo Egipto (12). A partir de los neoplatónicos, encontramos expresada una y otra vez, a través del tiempo y hasta nuestros días, esta doctrina de la división tripartita del hombre. Para comprobarlo, basta mencionar a San Agustín y a la gran escuela de sus seguidores. Finalmente, en nuestros días, el excelente filósofo Nicolás Berdiev ha propugnado una tripartición del hombre en la que pone de relieve la unicidad del espíritu humano, que reina sobre las fuerzas ordenadoras del hombre y arde con el fuego de la Sabiduría de Dios (13). Si esta idea de «las tres vidas del hombre» ha sido mantenida de un modo tan constante, nos permite, por lo menos, sospechar que existe algún fundamento para esta doctrina (14). No es necesario que el hombre reflexione mucho para darse cuenta de que su vida es triple: el hombre siente, piensa, juzga. El tacto de lo material y los balbuceos del pensamiento no agotan toda nuestra riqueza interior; porque somos nosotros mismos los que nos observamos, desde nuestro interior, a nosotros, a nuestros pensamientos y sentimientos, e intuímos en este acto las mismas cosas que conocemos. Nos mantenemos por encima de nosotros mismos, conscientes, desde lo íntimo de nuestro espíritu, de nuestro pensar, nuestro sentir y del mismo hecho de que somos espíritu. Con razón Miguel de la Fuente no se preocupa por demostrar la triplicidad del hombre: simplemente la propone.

Así, De la Fuente se satura de la esencia de la espiritualidad carmelitana, que mantiene decididamente la división tripartita del hombre, a la cual corresponden los tres primeros peldaños necesarios en la subida a la contemplación mística: purgativa, iluminativa, unitiva. La purificación consigue perfeccionar al hombre corpóreo; la iluminación da el cumplimiento del hombre racional, y la unión es el supremo florecer del espíritu. Son tres llamas que arden juntas y se proyectan hacia lo alto como un foco incandescente de luz. Trataremos por orden

---

(12) Es harto conocido que Platón consideraba al hombre como tripartito, pero esta doctrina tripartita expone una creencia perenne del hombre que es muy anterior a la filosofía griega. Los Orficos vieron al hombre como algo más que señor del mundo: el hombre conversa con los espíritus de otro mundo en lo más alto de su propio espíritu humano. (Véase Burnet, J.: *History of Greek Philosophy*. Dover, 1958.) La religión del antiguo Egipto da a los actos éticos del hombre una significación que llega a las alturas de los cielos en virtud de un Manna o espíritu que vive en el hombre justo. (Véase James Brested: *Pyramid Texs*. Houghto Mifflin, 1927.)

(13) Véase, por ejemplo, N. Berdiev: *The beginning ant the End*. Harper, NY, 1952. Especialmente los capítulos VIII y IX.

(14) Apenas merece destacarse que aunque esta visión tripartita del hombre se extiende más allá de los límites de las ideas cristianas, la visión cristiana del hombre tripartito tiene sus propias características. Por eso sería equivocación mantener que San Juan de la Cruz debe su doctrina a Plotino, porque hay una gran distancia entre la contemplación de Plotino, la cual es ajena a la fe sobrenatural, y la contemplación de San Juan de la Cruz, que depende de la fe, del principio al fin.

cada una de estas tres etapas, explicando la posición que tiene Miguel respecto de las mismas, procuraremos también enjuiciar el valor de su obra y hallar el sitio que le corresponde en el campo general de la Literatura mística española (15).

Antes de acometer el análisis de la obra de Miguel de la Fuente, es de interés el resaltar su método y su manera personal de mirar al hombre y la vida espiritual. Desde las primeras páginas del libro se advierte una falta de interés notable por parte de De la Fuente por presentar una doctrina original. Este carmelita nos deja entrever rara vez el deseo de que creamos que las ideas que expone son originales; prefiere citar muchos autores y atribuirles constantemente lo que él expone. Esta humildad es una parte de su método. Su intención es hablar con claridad, exponiendo lo que se halla en el tesoro de sabiduría de la Iglesia (16). A pesar de ello, la originalidad irrumpe en su obra no solamente porque el mismo hecho de estructurarla exige el toque personal del autor, sino porque Miguel de la Fuente no podía dominar siempre los arrebatos de su alma mientras describía situaciones tan sublimes como las vividas entre el amante y el Amado. Fijando su mirada en la sabiduría de la Iglesia y viéndolo todo nada más que desde el ángulo de perspectiva de la fe, De la Fuente siempre contempla al hombre y su oración de arriba abajo. La psicología humana se apoya en su centro sobre el Dios vivo revelado a la Iglesia. El Mysterium Tremendum se respira en el alma, y este aliento es lo que le da vida: «La vida espiritual del hombre íntimo se conserva divinamente con el continuo respirar de Dios» (17). No solamente Dios respira a través del alma, sino que El es su misma esencia: «Esta esencia o sustancia del alma es el reino natural de Dios... sólo Dios es la esencia de su esencia, la vida de su vida y el principio y origen de donde salió» (18). La suma de todo lo que el hom-

---

(15) Existen otros estudios sobre Miguel de la Fuente. Conozco *Influencias de San Juan de la Cruz en el P. fray Miguel de la Fuente. Carmelita observante*, en «Revista de Espiritualidad», VIII (1949), pp. 346-360. La presentación de la edición de 1959 de *Las tres vidas*, por el padre Pablo M. Garrido, O. Carm. Sólo el último tiene una evaluación general basada en un estudio detallado del texto. Sin embargo, no estoy de acuerdo con parte de esa evaluación.

(16) «No habrá necesidad de fiar de la razón... ni la experiencia de la ciencia, puesto que tanto una como otra pueden caer; pero la Sagrada Escritura y la doctrina de los Santos Padres..., el maestro principal de esta elevada doctrina es el Espíritu Santo.» *(Las tres vidas.* Madrid, 1959; III, p. 304.) (Esta edición, que uso por comodidad, no es una edición crítica, y en ciertos aspectos es poco completa. La cito, sin embargo, por estar más al alcance del lector que otras ediciones anteriores.)

(17) *Ibidem*, p. 381.

(18) *Ibidem*, p. 323.

bre hace y de lo que es, hay que buscarla en su origen, en el centro del alma. Así, ningún acto humano —físico, racional o espiritual— puede ser enteramente comprendido si lo separamos de su principio en la parte superior del alma, donde el Amor Absoluto no sólo se mira, sino que habita personalmente: «De ella (la porción superior del alma) reciben (las potencias racionales) la virtud y fuerza que tienen para sus operaciones» (19). Y aún más claramente: «De este centro o sustancia nacen como de raíz las tres potencias del alma» (20).

Pero si De la Fuente mira al hombre de arriba abajo, el hombre, por su parte, tiene que trabajar «de abajo arriba»: hay que luchar para liberarse de la esclavitud en la cueva del desorden de sentidos, elevarse más y más y llegar más allá incluso de la luz de la razón para arribar a las secretas moradas donde ya no se requiere la fe y en donde el Amado será poseído y saboreado directamente en la bienaventuranza del matrimonio espiritual (21).

El modo de tratar la «primera vida» —la de los sentidos—, que adopta De la Fuente, no contiene nada nuevo. La larga subida comienza con la regulación del hombre exterior; el hombre inferior tiene que servir al hombre superior. La voz divina no se oirá mientras no se hayan silenciado los miles de voces que se oyen en el alma. Y el silencio del «hombre exterior» se consigue solamente después de haber trascendido la vida exterior misma, y el hombre llega a vivir más de acuerdo con la razón que según los sentidos. Virtud es el nombre de esta vida de razón que rige el cuerpo y es a la vez el fundamento imprescindible sobre el que se ha de levantar la subida del alma hacia la verdad. Ahora bien: De la Fuente trata el «hombre exterior» según el pensamiento de Santo Tomás. Repite los fundamentos del pensamiento de Aristóteles y Santo Tomás acerca de la sensación «sentido común», «imaginación», «sensación interna», «medios especiales», para cada uno de los sentidos externos. Todos estos términos reaparecen con sus apropiadas explicaciones tradicionales. Después de haber franqueado las muchas distinciones escolásticas de las «tres vidas», el lector de nuestros días se pregunta qué papel hayan podido representar, en su gran mayoría, en el plan general del autor. Pero si se tiene en cuenta que la Psicología que imperaba en aquella época era precisamente la explicada en esas páginas, el lector tendrá más paciencia; y si aún va más allá y piensa que las psicologías de Aristóteles y Santo Tomás son excelen-

---

(19) *Ibidem*, p. 311.

(20) *Ibidem*, p. 319.

(21) En muchos sitios DE LA FUENTE insiste en que el alma tiene que pasar por puertas pequeñas antes de llegar a la grande, p. 12.

tes aún hoy, llegará incluso a felicitar a Miguel por la honda penetración que demostró en esa parte de la Filosofía (22).

En la primera parte del libro, De la Fuente nos da lo que esperamos de él: la conclusión de que no le basta al hombre la sola vida de los sentidos, sino que tiene que transportarse más allá del mundo del espacio y del tiempo para beber el vino inmortal. Destaca la dificultad de poderse elevar sobre el «hombre exterior»: «Las obras del hombre corporal son sensibles y se perciben con los sentidos, son más fáciles de entender y obrar, y se hacen con más gusto y menos pena que las obras interiores y espirituales del hombre racional» (23).

Pero por el hecho de que nuestro yo es corpóreo en parte, y, además, porque nos esforzamos viviendo bajo el peso del pecado original, nuestra principal tentación es hundirnos en la naturaleza y olvidar nuestras aspiraciones. Y la naturaleza nos arrastrará hacia sí tanto más deprisa cuanto más le permitamos que disimule sus garras. Necesitamos, por tanto, sufrir; no es el sufrimiento por sí mismo, sino porque en la lucha para mantenernos humanos o llegar a ser más que humanos hay que vencer unos gigantescos obstáculos que dejarán al descubierto las sangrientas garras de la naturaleza, mostrándolas con toda su crudeza. En la lucha con los obstáculos que nos salen al paso en el camino que nos conduce más arriba de lo que estamos, se nos desgarrará la carne y poco faltará para que se abata nuestro espíritu. Durante todo el tiempo miles de cosas a nuestro alrededor nos invitarán constantemente al sueño y a buscar el máximo placer posible *ahora*, porque de un momento a otro podemos ser aguijoneados a un penoso despertar, y todos nuestros relumbrantes juguetillos nos serán arrebatados en un instante. (¡Qué curioso es este amado sueño, que se hace posible más por la ausencia «tempórea» de sufrimientos y trabajos que por algo sustancial en sí mismo!) De la Fuente está bien enterado de estas cosas, y nos las recuerda: «Fácilmente se cae y se pierde (el alma) con las ocupaciones exteriores y cuidados de las criaturas» (24).

El hecho de que De la Fuente exija que apartemos nuestro amor de las cosas inferiores no quiere decir que rechace también el mundo o el cuerpo. El misticismo verdadero no intenta huir de la realidad, sino que sólo rechaza de ésta lo que es ilusorio y, en último término,

---

(22) La psicología aristotélico-tomista no debe confundirse con la moderna psicología experimental. Aquélla es una psicología filosófica que busca el conocimiento de la naturaleza y la manera de ser de cada una de las potencias humanas; siendo así, no concreta sus conclusiones en términos cuantitativos. La psicología filosófica tiene tanto derecho a existir como la filosofía, y los que la repudian porque no es «científica», no entiende su significado y propósito. Véase KLUBERTANZ: *The Philosophy of Human Nature*. New York, Appleton, 1953; cápítulo I, donde está bien explicado el significado de la psicología filosófica.

(23) *Ibidem*, p. 157.

(24) *Ibidem*, p. 242.

no forma parte de la realidad misma. El místico procura más bien triunfar del brillo de lo que es menos para ir conquistando, con la gracia de Dios, lo que es más. Nadie puede levantarse a sí mismo; para elevarse, aun a partir de los niveles más bajos, el hombre necesita de Otro que le suba. La perfección propia de la primera etapa (hombre corporal): «Fuerza de virtud, por la cual se purga el alma... esta pureza de pecados no se alcanza si no es con el brazo fuerte de Dios» (25).

Los filósofos antiguos desconocieron la gracia, y, por tanto, no vieron al «hombre corpóreo» como en realidad es: «Pero dejando los filósofos, que, como ciegos y faltos de la luz de la fe, no acertaron con la verdad, vengamos a ver qué dijeron los santos maestros católicos del alma racional» (26). Esta repudiación de la filosofía antigua ofenderá a los racionalistas que desprecien la sabiduría de la fe como una ilusión. Pero De la Fuente no rechaza la razón como el racionalista lo hace con los misterios de la fe. Miguel simplemente pone a un lado los filósofos porque su perspectiva es la de un creyente. Para él, la razón permanece siempre al servicio de la fe. Para poder ver al hombre como es en realidad, hay que tener en cuenta que el hombre ha caído, que ha sido redimido por la sangre de Cristo y que ha sido invitado hacia un destino extraño, llamado a una altura inconmensurablemente mayor de lo que por sí puede alcanzar. Esto es lo que De la Fuente cree y conoce con la luz de la fe. Creyendo esto, naturalmente está convencido de que no puede tratar correctamente, ni siquiera el aspecto más mínimo del hombre, sin referirse a este conjunto de creencias. Miguel, por tanto, está convencido de que la gracia trabaja aun en la parte inferior del hombre, la corporal. El cuerpo existe para el espíritu, y su perfección no se realiza sino por medio de la subordinación al espíritu a que el hombre le somete con la gracia de Dios. El hombre tiene que aguzar su capacidad de perfección espiritual para poder entrar dentro de sí mismo y encontrar al Dios que vive allí escondido y sentir esta presencia de Dios, palparla y saborearla. Pero esta capacidad de percepción espiritual del hombre se verá entorpecida, incluso muerta, mientras el «hombre exterior» siga distrayéndose con las inquietudes, los placeres y las riquezas de su vida más rastrera. Hay un gusano dentro de nosotros que nos corroe la esperanza y que nos invita a amontonar riquezas solamente aquí abajo, donde la polilla y la herrumbre las consumen, dejándonos el alma inquieta y amilanada en un mundo de tenues luces. La vida del hombre sobre este planeta se halla, en general, dominada por un gran número de

(25) *Ibidem*, p. 9.
(26) *Ibidem*, p. 162.

pequeñeces y preocupaciones, de tal modo que el insistir en llamarnos racionales casi no viene a ser más que una ilusión de nuestro orgullo. Sin embargo, una parte —y a veces creo que aun el todo— de este brutal despojo que tenemos que aceptar cada uno de nosotros está constituído por este montón de pequeñeces, irrelevancias y absurdos que nos empujan a pequeñas locuras, que nos asusta intentar dominar. Pero estos pequeños y continuos fracasos nos obligan astutamente a apretar los dientes y a luchar con una fortaleza que propiamente debería reservarse para cosas de mayor tomo. Pero estas pequeñeces siguen la táctica de hacernos sentir su presencia; cuanta más atención les dediquemos tanto más se multiplican, creciendo proporcionalmente a la atención que les damos. Sufrimos de una preocupación infundada, que ha venido a hacerse casi congénita por la unión de la costumbre y la debilidad. Tenemos, por tanto, que esforzarnos con todas y cada una de nuestras fibras para levantar nuestra mirada, y esto no se puede conseguir sino por medio de la penitencia, que cristaliza nuestra mirada en un premio más alto aunque menos inmediato.

Pero por más importancia que tenga la penitencia, De la Fuente insiste en que es inferior a la meditación o solamente un medio para alcanzarla. «Santísima cosa es, por cierto, los ejercicios exteriores y penales, como son ayunar, azotar la carne y otras obras sensibles; pero mejor es, sin comparación ninguna, el ejercicio interior del alma con que el hombre racional se levanta a Dios con santas meditaciones» (27).

La penitencia sólo desbroza el camino a la meditación, que en realidad es el acto más propio del «hombre racional» y la «segunda vida del hombre» (28). Miguel habla de la meditación no en sentido general y especulativo —ya que en este sentido existe en toda arte y ciencia—, sino en su sentido práctico. Habla solamente de aquella meditación que sigue a la acción. Esta «meditación práctica» tiene como finalidad el amor de Dios en sus creaturas (29). «Su mayor perfección (del hombre racional) consiste en las obras, sin las cuales será el alma racional como un árbol sin fruto, o como un instrumento músico que no le tocan» (30). ¿Para qué sirven todas las consideraciones que haga el hombre si no le impulsan a echar una mano a sus amigos afligidos? Así, De la Fuente da mucha más importancia a la voluntad racional y a su amar que al entendimiento racional y a su sabiduría: «La voluntad racional es la raíz de todos los bienes espirituales, y de ella

---

(27) *Ibidem*, p. 160.
(28) *Ibidem*, pp. 191-192.
(29) La meditación encuentra a Dios a través de la criatura; la contemplación halla a Dios cara a cara. *Ibidem*, p. 410.
(30) *Ibidem*, p. 188.

pende toda la santidad y buen concierto del hombre interior» (31). Aunque parezca extraño, la insistencia de Miguel en afirmar que la voluntad es superior al entendimiento nos recuerda la psicología de John Dewey (32). La razón no es más que un medio para la consecución de los valores. El raciocinar muy sutilmente no es más que un juego si no lleva al hombre a conseguir un bien verdadero: «La voluntad es la reina entre potencias, y todas (aun la razón) son (sus) siervas y criadas» (33).

Ahora bien: como para Miguel no se puede entender la psicología humana desligada del tipo especial de oración propia de cada uno de los tres estados del hombre, tenemos que preguntarle acerca de la naturaleza y del método de meditación. La meditación racional sólo abre el camino a la oración mental que reside propiamente en los deseos de la voluntad y en la actuación de la caridad en obras concretas: «Los discursos y operaciones del entendimiento no son la sustancia de la oración mental, sino los medios proporcionados para subir a la esencia de ella, que está en los afectos y deseos interiores» (34). No hay verdadera oración hasta que los discursos van acompañados de las obras (35). La meditación que no se desborda en acción es vana. Por tanto, después de la meditación, o más bien durante la misma, cuando la meditación alcanza su plenitud, «el alma ha de bajar luego a las obras y ejercicios de las virtudes en particular» (36). De la Fuente es incapaz de concebir una meditación que no lleve al hombre a la calle y a sus hermanos. Una espiritualidad privada de actos es como un ejército que lucha sin armas: la estrategia podrá ser perfecta, pero el resultado final será irremisiblemente la derrota. Toda la sabiduría de los hombres y ángeles no bastará a santificarnos si no tenemos caridad: «El entendimiento hace al alma sabia. La voluntad la hace santa» (37).

El hecho de destacar el lugar que la voluntad y la caridad tienen sobre todas las inquietudes del discurso y sobre los miles y miles de volúmenes polvorientos que llenan nuestras bibliotecas es ponerse de parte no sólo de John Dewey o la tradición de la espiritualidad carmelitana, sino también de una sabiduría perenne, que se ha venido expresando —unas veces mejor; otras, peor— a través de la historia de todas nuestras civilizaciones. La verdad de que la sabiduría es cari-

---

(31) *Ibidem*, p. 180.

(32) *Ibidem*. Las enormes diferencias entre la Psicología de DEWEY y la DE LA FUENTE no es necesario enumerarlas aquí. Quisiéramos sólo comentar sus semejanzas.

(33) *Ibidem*, p. 176.

(34) *Ibidem*, p. 221.

(35) *Ibidem*, p. 222.

(36) *Ibidem*, p. 224.

(37) *Ibidem*, p. 221.

dad y la caridad sabiduría, de que el modo cómo se hallen las cosas en el interior del hombre depende en mayor o menor grado de lo que él hace y cómo lo hace..., todas estas verdades constituyen la base inamovible que mantiene y junta a todos los tiempos y a todos los pueblos (38).

La meditación de la verdadera oración, pues, implica el discurrir, no como fin en sí, sino para obrar según virtud. Ahora bien, la virtud dista mucho de ser una idea abstracta o la conclusión que se saca de un conjunto de axiomas éticos. Propiamente hay que escribir «Virtudes», en plural, pues son excelencias humanas, nacidas de la experiencia de haber escuchado un sinfín de llantos—los triviales y los tremendos—, risas, suspiros, sufrimientos y guerras, y también a gente equivocada. El fortalecimiento de las virtudes se realiza principalmente por medio de la compasión hacia aquellos que también comparten nuestra bajeza y practican también una caridad activa. No nos superamos a nosotros mismos sino por medio de la bajeza de los demás, que es la misma que la nuestra. El hombre consigue lo más alto sólo por medio de lo más bajo: llega a lo Divino sólo por medio de lo humano. Pascal lo afirmó después de haberlo escrito Miguel de la Fuente, pero éste había afirmado antes que: el amor de Dios se torna orgullo y desesperación si no se templa y expresa en amores menos etéreos; el amor carnal acaba en misería, porque la carne no puede cumplir sus promesas; pero en Cristo encontramos las dos cosas: Dios y carne. Es un Hombre por el que podemos ascender, pues en El la miseria humana se une con la vida eterna: «La Divinidad y Humanidad de Cristo, Dios y hombre verdadero, es El en quien está junto lo alto de Dios y lo bajo del hombre..., no se puede conocer lo divino si no es pasando por lo humano» (39).

De la Fuente sabe que nadie (ni siquiera el contemplativo) puede vivir fuera del alboroto y bullicio de las vidas de los otros hombres. Y aquellos con quienes se convive vienen a ser los guías de nuestro modo de vivir. Esto es así porque sólo somos capaces de amar lo que conocemos (como le gusta repetir a Miguel), y actuamos según nuestros amores. Acaso sea esto tan natural que ni siquiera valga la pena repetirlo. Pero las verdades más simples son las que calan más hondo, y De la Fuente nos invita a meditar esta verdad con él. Tal seremos y actuaremos cual amemos y admiremos. Y lo que es más, como sólo admiramos y amamos a personas, de ahí se sigue que si buscamos una espiritualidad heroica—y De la Fuente no se interesa por otra—,

(38) *Ibidem.* Para una discusión y defensa de la identificación de la caridad con la sabiduría perenne, véase *Perennial Wisdom and the Sayings of Mencius*, en «International Philosophical Quarterly», Fall, 1963.

(39) *Ibidem*, p. 248.

necesitaremos una persona viva a quien imitar, requeriremos una persona de carne y hueso a quien juzguemos digna de ser seguida con amor y admiración. Cada héroe necesita su héroe por medio del que pueda subir a la grandeza. Tenemos, pues, que meditar todos y cada uno de los detalles de la vida de Cristo: ¿Cómo habría El actuado durante esta hora huidiza? ¿Cuál es el sentido de su muerte y Resurrección, su miseria y su gloria? (40). De la Fuente pide que el conocimiento racional descienda al plano de la imaginación para que pueda representarse vivas imágenes de las diversas escenas de la vida de Cristo, y así el hombre todo pueda transformarse en otro Cristo (41).

Tras haber calmado la barahúnda de los sentidos para poder meditar y después de haber hecho su meditación, con las obras inseparables que la acompañan, el hombre está preparado para entrar en su «tercera vida». (En la tercera parte de su libro, donde Miguel trata de esta tercera vida, parece que la psicología aristotélico-tomista ha sido dejada atrás, abriendo paso a una visión platónico-agustiniana del hombre.) En este tercer grado el hombre vive una vida análoga a la de los ángeles. Elevado por una luz invisible a la razón o al sentido, el contemplativo disfruta de una vida secreta fuera del espacio y del tiempo: «Este centro (la porción más alta del alma) desnudo y sin imagen alguna está levantado sobre las criaturas y sobre todos los sentidos corporales y potencias racionales, y está fuera de todo lugar y tiempo, estando unido con su principio que es Dios (42). Y la felicidad de esta unión tiene lugar: «...No por enigmas o figuras sensibles, sino cara a cara» (43). El alma que goza de esta Unión solamente conoce a Dios, y caldeada en el fuego de su amor, sus potencias se encuentran totalmente suspensas (44). Pero claramente se advierte que De la Fuente rechaza cualquier punto de vista gnóstico que lo disolvería todo menos el espíritu. Cuando todo el interior espiritual de un hombre se ha levantado a las alturas, ha desaparecido la posibilidad de interferencias entre la vida superior y la inferior. Esta ausencia de interferencias es lo que De la Fuente llama «suspensión». Y lo aclara: «(En contemplación), los apetitos sensitivos están unidos con Dios con grande gusto» (45). En esta unión se cumple perfectamente aquel manda-

---

(40) *Ibidem*, pp. 245-268. Estas páginas están impregnadas con el grito ¡«Imitad a Cristo»!, dando sugerencias prácticas acerca de cómo imitarle.

(41) *Ibidem*, p. 258.

(42) *Ibidem*, p. 323.

(43) *Ibidem*, p. 410.

(44) *Ibidem*, p. 394.

(45) *Ibidem*, p. 352.

miento que nos manda amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma y con todo el espíritu (46). Así, el hombre unido con Dios no deja atrás, como quien dice, dos terceras partes de sí mismo: la sensible y la racional. El hombre o va a Dios con todo su ser o no va en absoluto.

En la cumbre del monte del amor, donde el amor se encuentra con toda su sencillez y grandeza, donde ya no hay velos, el amor del hombre (que fué la ocasión de la Unión con la ayuda de la fe) viene a ser el principio de nuevos conocimientos (47). En las cámaras nupciales del corazón de Dios cada deseo origina mayor amor y hace luz sobre nuevos conocimientos. Este es el conocimiento de las escondidas profundidades del infinito océano de la verdad. Ninguna lengua, escrita o hablada, puede narrar este conocimiento, sino solamente la Palabra del Padre, que se da sólo a los que le aman.

☆

Nos toca ahora presentar una evolución de la obra De la Fuente, e intentar de este modo dar un juicio general que encuadre a todos los místicos «menores» españoles del siglo XVII.

Hasta ahora hemos interpretado el pensamiento de este místico menor Miguel de la Fuente a través de una visión lo más positiva que nos fué posible. Por lo que se refiere a sus defectos, solamente los hemos mencionado de paso; pero, por otra parte, no puede escribirse un estudio sincero y de verdadero valor si no presenta los dos aspectos, el bueno y el malo. Ahora bien, hay obras místicas que son oro puro: tales son las *Exclamaciones*, de Santa Teresa, y los *Sermones sobre el Cantar de los Cantares*, de San Bernardo. Pero *Las tres vidas del hombre* dista mucho de éstas. Sin embargo, al decir esto no queremos censurar la obra de Miguel: un hombre no es débil sólo por carecer de la fuerza del león; ni tampco le falta el mérito a un autor porque no alcanza la altura de una Santa Teresa. Un autor puede ser bueno sin ser sublime. De la Fuente no es más que un buen escritor místico, y está lejos de ser extraordinario. En el siglo XVII hubo muchos y buenos escritores místicos. Juan de la Madre de Dios fué un buen escritor, lo mismo que Miguel Godinez y Francisco García del Valle, pero ninguno

(46) *Ibidem*, p. 352.

(47) *Ibidem*, p. 341. Otros muchos, naturalmente, han enseñado lo mismo. Santo Tomás observa: «El fuego del amor es la raíz de la luz, porque por el fuego del amor llegamos al conocimiento de la verdad.»

llegó a ser extraordinario. En esa época había en España cientos de «buenos» escritores místicos (si el lector duda de la exactitud de esta afirmación, vea el catálogo del misticismo en la Universidad de Barcelona). Todos ellos escribieron para la mayor gloria de Dios, cosa positiva ciertamente; todos bebieron de la fuente del común patrimonio de la sabiduría cristiana.

Pero no se trata aquí de reseñar los aciertos espirituales o literarios —que tuvo muchos— de Miguel de la Fuente o cualquiera otro de sus contemporáneos, debidos, en gran parte, al riquísimo acervo de tradición del que se hicieron herederos. Se nos plantea más bien la cuestión de valorar la obra de Miguel (o cualquiera otro místico) en sí misma; de ver si contribuyen o no a proporcionar una nueva perspectiva a la literatura espiritual, si nos facilita una nueva saetera a través de la cual los ojos escudriñadores puedan descubrir algo que consideremos digno de nuestro esfuerzo. Después de todo, al dedicarnos al estudio de los místicos menores españoles, procuramos rescatar un autor, o tal vez un grupo de autores, de un olvido en el que cayeron y en el que no merecen estar. Y al hacer esto tenemos una responsabilidad que afrontar: si resucitamos un autor del polvo del olvido, hay que asegurarse primero de que es digno de ello. No cabe duda de que todo autor que tomó la pluma ha dicho alguna verdad, y, por lo menos, por esa razón general, sus escritos deberían ser tenidos en cuenta para que su punto de vista personal se haga asequible a los hombres de todos los tiempos. Pero nadie puede comer todo lo que es comestible, y tampoco se le ha concedido al hombre tiempo bastante para contemplar la verdad desde todos y cada uno de sus aspectos. Basta usar prudentemente de la comida buena que está a nuestro alcance y mirar la verdad desde sus puntos de vista más importantes; y éstos han sido muy bien clasificados gracias a un sinnúmero de sabios reconocidos por todos.

La sociedad tiene la habilidad de juzgar a los autores con una certidumbre mayor que la de cualquier crítico. Los libros que no mueren son aquellos en que la gente encuentra un contenido de verdad que no se limita sólo a su tiempo. Todas esas toneladas de libros que no consiguen ser leídos, han fracasado porque no consiguieron pulsar las notas con que vibra el corazón humano. Por esto, en vez de revolver montañas de obras tratando de encontrar un autor que no mereciera ser olvidado, dediquemos más bien a escritores que la posteridad no ha cribado y reducido ya de modo concienzudo y crítico. Las revaloraciones de obras literarias del pasado rara vez resultan ser más que opiniones trasnochadas. Esto no quiere decir que haya que aceptar a pie juntillas todos los juicios y enfoques que se hallan en la historia de la crítica

literaria. Pueden haberse cometido equivocaciones: tal vez se hayan olvidado algunos buenos autores y en cambio se hayan valorado algunos malos. Pero hay buenas razones para confiar en la sensibilidad de la gente, ya que para este mismo pueblo se han publicado las obras y de entre ellos han salido los críticos literarios capaces de detectar el error (48).

Pero en la práctica vemos que la historia no nos ha conservado vivas la memoria y la obra de Miguel de la Fuente—que es, como ya hemos dicho, tan buena o más que las demás de su época—ni tampoco la gran mayoría de los escritores místicos del siglo XVII. Pero cabe preguntar, ¿han sido De la Fuente y sus contemporáneos olvidados por algún descuido o inadvertencia de los lectores de obras espirituales? Aquí estriba la mayor fuerza de prueba de la opinión de aquellos que dicen que se ha cometido alguna falta o descuido. Pero cuando analizamos las obras mismas comprendemos por qué no han conseguido sobrevivir. Todos y cada uno de estos autores escribieron bajo el miedo de la Inquisición. Tomemos cualquiera de las obras de Antonio del Espíritu Santo (mejor escritor que muchos de sus contemporáneos) y podremos comprobar cuán pocas veces pretende dar opiniones personales. Abriendo al azar en cualquiera de sus obras, podremos encontrar cuatro citas, por lo menos, para probar el punto más trivial e incontrovertible. Tal vez Antonio, como De la Fuente y otros de su tiempo, deseaba escribir ajustando su obra al tesoro de la sabiduría de la iglesia. Esto está muy bien; pero, en realidad, la verdadera sabiduría de la iglesia nunca restringe la iniciativa personal y del espíritu creador.

Si hay algún elemento original en *Las tres vidas del hombre* consiste en el vuelo con que el alma de Miguel se remonta y rebasa todas las teorías expuestas ya por los demás. En un libro de unas 412 páginas creo que habría a lo sumo unas ocho o diez elevaciones de espíritu de este tipo. Se encuentran también acá y allá brillantes centelleos de una espléndida retórica, pero se pierden entre montones de la más árida prosa que se ha escrito. Además *Las tres vidas* es una obra lamentablemente ecléctica. Pero solamente hemos intentado un pequeño esbozo; De la Fuente sigue a la vez la psicología Agustiniana y la Tomista, como si fuera posible unirlas sin esfuerzo. Y, al no explicar

(48) Puede haber algunas excepciones. (Serviría de ejemplo la poesía de AUSIAS MARCH. Su poesía no debería haber muerto. Es, en verdad, un gran poeta. Con todo, la oscuridad de sus poemas, escritos en un catalán difícil, ha reducido su apreciación a un puñado de eruditos.) No hace falta justificar nuestra opinión con excesiva erudición. Las obras verdaderamente excelentes viven porque hablan por sí mismas y porque nosotros, el pueblo, las preservamos y las amamos.

el modo cómo intenta unir estas dos psicologías, resulta que no hace justicia a ninguna de ellas (49).

Se puede sacar ciertamente mucho provecho de *Las tres vidas*, de Miguel de la Fuente. Pero, en realidad, todo lo que hay en este libro, y mucho más, se puede encontrar más fácilmente en San Juan y Santa Teresa. El padre Garrido, carmelita como Miguel, sostiene que *Las tres vidas* prueban originalidad (50), pero no nos proporciona ni un solo ejemplo con que probar su afirmación. La verdad es que Miguel, lo mismo que los demás autores místicos del siglo XVII, escribe a la sombra de San Juan y Santa Teresa. Y los mismos místicos «menores» se dan plenamente cuenta de ello, pues se refieren constantemente a Santa Teresa y San Juan, y aún nos recomiendan sus obras.

No quisiéramos dar la impresión de que el libro de De la Fuente o los libros de los demás escritores menores del siglo XVII no valen la pena de ser leídos. Pero si alguien llega a coger alguna obra de De la Fuente o de alguno de sus contemporáneos tiene que estar dispuesto a lavar mucha arena antes de encontrar alguna pepita. Hemos pintado a un Miguel de la Fuente más glorioso de lo que en realidad es. Pero el mismo hecho de que pudiéramos hacerlo y de que nos hayamos visto empujados a una inspiración y a percepciones propias, indica que hay nervio en este autor místico carmelita. En fin, la mejor y más útil contribución que el futuro investigador del misticismo del siglo XVII puede hacer a los lectores de espiritualidad sería en forma de una ontología de pasajes interesantes, tomados de uno o varios autores, y dejar la mucha paja que contiene. Me atrevería a afirmar que no se encontrarían más de ocho o diez obras dignas de ser reeditadas entre las muchísimas que hay en el siglo XVII español. Y si se llegaran a publicar de nuevo esas obras, no tendrían más interés que el trabajo de erudición y de crítica gustoso a los eruditos que amontonan juicios sobre obras literarias.

Nuestro estudio sobre los místicos ha sido una aventura. Pero hemos tenido la gran suerte de haber dispuesto del tiempo suficiente para

---

(49) Un resultado de la tensión entre las psicologías agustiniana y tomista en el libro de DE LA FUENTE es ésta: Aunque DE LA FUENTE afirma que «entendimiento agente» y toda la mecánica que lo acompaña, su psicología sigue siendo fundamentalmente platónica. Nos dice que las cosas son conocidas de varias maneras: por los sentidos, la imaginación, la razón y la inteligencia. Los sentidos conocen una forma de la materia; la imaginación se la figura separadamente de la materia; la razón transmite la forma para comprender la especie, y el ojo de la inteligencia penetra más allá del universo físico para contemplar la forma en sí misma. Al fin y al cabo, para DE LA FUENTE las impresiones de los sentidos no llevan simplemente a acudir a las ideas. Esta es la psicología de cualquiera que afirme la presencia explícita en el alma de un conocimiento innato y actual de Dios. Lo mismo vale para San Agustín, Boecio y San Anselmo. No hay término medio entre la psicología de Platón y la de Aristóteles.

(50) Véase introducción de FR. GARRIDO: *Las tres vidas del Hombre*, íd.

realizarlo; no todos tienen la misma suerte. Los que disfrutan del tiempo y tienen interés por este tema que sigan adelante en su estudio, pero que no olviden que se enfrentan con una selva en la que tendrán que manejar el hacha. Encontrarán muchas más zarzas y malezas que buena madera, pero la poca que encuentren será de buena calidad, y les compensará el trabajo. Nosotros daremos preferencia al estudio de San Juan y Santa Teresa, los dos Luises y algunos otros, con los que tendremos trabajo más que suficiente para completar las fugaces y felices horas que podremos dedicarles.

Nuevamente volvamos a recordar que son muy pocos los libros que realmente viven. La mayoría de lo escrito, como este artículo, se cubrirá de polvo y caerá en el olvido. Pero hay un espíritu eterno que se levanta de algunos párrafos de entre todo lo que se ha escrito —aunque sólo sean un puñado de ellos— que la raza humana ha sabido producir. Y los que se dedican al estudio de la literatura mística española del siglo XVII tienen la probabilidad de encontarse con tales diamantes. Tal vez pueda catalogarse como tal este pasaje con que De la Fuente termina su libro:

> «Sólo resta pedir al Señor, que es suma sabiduría, nos una a Sí, y nos enseñe esta mística teología del cielo, para que gozándole por amor y gracia, vengamos a verle en la Gloria, por todos los siglos de los siglos. Amén.»

Pero en resumidas cuentas, ¿qué nos ofrecen los místicos menores españoles? Como ya dijimos, no podemos buscar en ellos mucha originalidad, pues dependen, casi por completo, de la autoridad de la iglesia. Pero aún así, nos muestran lo que era aquel misticismo peculiarmente español. Poseen, por lo general, una robustez característica y una positiva aversión a tratar de llegar directamente al éxtasis esquivando el esfuerzo del ascetismo.

A ninguno se le pasa por alto el aviso de Santa Teresa de no conceder demasiado a las dulzuras de la consolación. Todos ven el camino a la Unión sembrado de zanjas y empalizadas. Para ellos el camino del místico es el camino de la mortificación. En este punto difieren mucho de los místicos del Norte, como Taulero, Eckhart o Ruysbroeck, que más bien insisten en el premio que en el trabajo y sudor de la carrera. Piden que nos afanemos y vayamos arrastrando nuestras cruces a través de lo múltiple antes de llegar al Uno. Estos escritores místicos de segundo rango dan testimonio a la magnitud de las grandes figuras y de la riqueza del suelo en el que cayeron sus enseñanzas. Porque solamente una gran fuerza, como la de los grandes místicos, era capaz de atraerse tantos admiradores y discípulos. El hecho

de que hubieran podido existir tantos autores que escribieran sobre el misticismo —y a la vez un vasto número de lectores— constituye por sí mismo un monumento de grandeza a Santa Teresa y San Juan, cuyas ideas florecen en las páginas de estos autores. En este hecho vemos claramente la sed de un pueblo —de España— por andar el camino del espíritu.

Las obras de los místicos menores serán siempre interesantes para los entusiastas de la literatura mística; pero todas estas obras empujarán suavemente al lector a la fuente de donde provienen: la fuente de amor de un Dios escondido, que concedió a muy pocos en España aquella gran inspiración de Teresa y Juan. Es precisamente en este sentido que el misticismo menor español es así: «menor».

Thomas E. Schaefer
University of San Francisco
CALIFORNIA (USA)

EL POLVO DE LA ALONDRA

POR

RICARDO MARTIN-CROSA

go and find
that tiny pich of priceless dust.

HARDY

I

Aún me estremece el polvo
breve de la intensa alondra,
llama,
clave del nacimiento
de las horas.

Aún me emociona.
Y
sin embargo
no lo puedo
decir
sino en muy baja voz,
con ese imperceptible
matiz,
con ese polvo de alondrada muerte
abierto en la garganta
y con ese alertado
silencio
que brota en el soporte mismo
de una palabra verdadera.

2

Llámame
en alguna circunstancia
de luz.
Y espera
el dibujo exaltado de mi sombra.

¿No ves cómo se afila
la piel, el aire, la verdad
de estar cercano,
de la mano que se extiende y te toca?

3

Cierto don no sabido
nos espera.

Puede estar en la sombra. Y algún día
lo tocarán los rayos
temblorosos
de un sol, lo envolverá una luz
articulada.

Nos pondrá por los ojos
un tincazo, o la espumosa —acaso—
levedad de una paz.

Un don que nos ahogue.

4

Polvo, apenas: la sombra de una alondra.

Polvo que tiembla. ¿Ves? Cierra la mano
y entre los dedos se filtra un reverbero
de suave eternidad.
Me duele el pulso. Se estremece el álamo
tendido de mis pies a mi memoria,
y me ahoga saber que hay una luz espesa
que me daña el costado.

5

Ni siquiera una voz. Busco un silencio
que lo explique.
Un tiempo de sabios aprendices.
Un viento en la memoria.
La casa
en paz. La media luz despierta.

6

Me invitarán al tiempo.
Tendré que sonreír al no poder explicarme.
¿Cómo decirles: «Un puñado de polvo»?
Al tiempo, entre el otoño bailador, a las hojas
como brotadas del mirar de mi padre
—que sabe los secretos dentro de un soleado
cementerio de Tartagal (en Salta).

¿Cómo explicarlo? ¿Puede ser una excusa
«un tembloroso sol», «la luz articulada»?

A lo mejor más vale callarse, en esos casos.
Me invitarán al tiempo, a la entregada
fiesta de playas como miel,
al ritmo de los juncos.

«Polvo». «La alondra».
«Algún don no sabido».
Me mirarán las manos,
llamadas al verano de la piel, sin guirnalda.

7

Y tendré que pedir
perdón
por ser alegre.

Ya lo sé. No es muy justo.
Mientras pude, recuérdense
que elegí la tristeza.

Pero
a veces
la alegría nos elige.

Es como una muerte.

8

Los trigos nacen de tu piel. Los arados
te acrecientan el repleto dolor.

Y sientes el cabello de la dicha
cruzar por tus pupilas.

Pido perdón por cantar la alegría.

9

Muerte será un camino
de enfebrecida luz.

Un camino de piedra
muerte será, en el aire las crines de la llama.

Oh, qué agostada fiesta en la planicie,
de piedra en la planicie,
polvo de la armonía, estremecido
cuerpo mío.

10

Todavía retorna

con su ramo de espinas

golpeándome la cara

—como al cruzar el cerco
en busca de frutillas silvestres.

Ningún muerto te ha dicho cómo siente los aires
en el helado rostro.

No hay muerte que posea
el prestigio
del polvo que te dora la mirada,
si miras.

11

Ahora que te respiro y brota
por mi sangre tu aurora
estoy reconciliado con la tierra
que amordaza tu rostro.

Por mis pasos
siento cómo regreso
a ese reposo amable
a ese mar a deshora
siento cómo refresca
mis ojos
con su rama
esa raíz
tan
honda
que nos pone más allá de la vida y la muerte: inocencia.

12

Y ahora sé que soy algo extraño.

Como un caballo galopando en el mar.

Ricardo Martín-Crosa
Alcalá, 164
Madrid

PEQUEÑA CRONICA

POR

E. CERDAN TATO

Los golpes de la garrota le brincaban a Pascual, como un espeluzno, por la espalda—canija, traslúcida y granujosa—. Desde las piedras del alcázar zurraba con rigor el frío.

Los trancazos reventaron, algo más próximos, en las baldosas de la acera. ¡Pobre Diego! Y recordó al desgaire, cuando ambos, de mozos, iban a pescar meros a la escollera. Pascual barajó los naipes.

Salían a la amanecida, el sueño rebulléndoles aún en los párpados. Mercaban pan tierno en la tahona de San Onofre, se atizaban unas copas como Dios manda, y ya, en el rompeolas, apercibían los aparejos. ¡Qué momentos aquellos! A Pascual las cartas se le escaparon por entre los dedos, como pececillos trasijados.

Hurgó en el brasero hasta avivar las ascuas. Por los calcañares le subió un ardor generoso.

¡Pobre Diego, sí! No podía remediarlo. Y es que el pobre Diego tenía un oficio duro, muy duro para sus años. La verdad, aquello de andar de aquí para allá, toda la noche, era mismamente una rechifla. Pascual se removió inquieto. No, no estaba nada bien. No le parecía nada bien. No le parecía nada justo, ni propio de cristianos, ¡qué puñetas! Y que no le fueran luego con monsergas. No, señor. Porque allí estaba él mismo, por ejemplo, que lo tenía todo. Así, sencillamente todo. Tenía un hijo. Y una nuera. Y un nieto ya de camino. Tenía una casa. También tenía a Tom; al cascalero, al rabicorto Tom. Entonces estiró el brazo hasta el lomo del perro.

Tom sacó el hocico de entre las patas, tensó las orejas y lo miró con el mirar líquido y manso.

—¿Verdad, tú, que hace frío?

Tom se sentó sobre sus cuartos traseros e inclinó la cabeza.

—Esta noche sí que lo sacamos. Verás, verás... —murmuró, mientras ordenaba los naipes.

Ya no se escuchaban los garrotazos de Diego. Muy probablemente, Diego se habría puesto a buen recaudo en la obra donde el guarda prendía, cada noche, una respetable fogata. Si así era, tanto mejor. Mucho mejor. Cuando menos para él, que se encontraba más a su gusto, Encendió la pipa. Podía fumar con toda la pachorra. Sus hijos se habían ido, en muy buena hora, al pueblo. Se habían ido de romería.

Pascual, metido ya en el laborioso juego del solitario, tuvo un golpe de tos. Se levantó y anduvo los dos pasos que le apartaban del balconcillo; salió afuera y tiró el escupitajo que sonó, al tronzarse sobre el bordillo con un sonido grave.

La única, la tímida bombilla se iba, a costalazos de viento, de una a otra margen del callejón, y llenaba de pálidos vislumbres las cornisas y los ventanucos arropados con cueros de caloyo.

Hacía helor. Lo supo en su piel que se había vuelto vítrea y luminosa. Regresó al cobijo de las brasas y dejó que sus manos las sobrevolaran cautamente.

Se dió de nuevo al solitario; un arte tornadizo, algo mofador y muy moroso. Claro que, de cualquier modo, la Petrita, su nuera, no le permitía trasnochar más de lo mandado. Pero, ¡en fin!, todo era cuestión de tener, como los matarifes o las echadoras de cartas, una mano sabia. No había hecho más que iniciar la suerte, cuando sintió unos ronquidos. Miró en torno. La estera estaba vacía y no vió al perro por el cuarto. Aguardó hasta que nuevamente se ahilaron los gruñidos de Tom. Ahora, sí. Ahora lo había localizado. Estaba en el balcón. Pascual entreabrió un palmo la puerta.

—Venga, pasa de una vez.

Pero el animal soltó otro lamento. Asomó el viejo por la rendija: Tom tenía la cabeza trabada por dos barrotes del pasamano. Trataba de escabullirse, para lo cual afianzaba las patas delanteras y se zarandeaba de un lado a otro. Sus uñas, en el desmañado, en el frenético arranque, hacían saltar pugaradas de mortero.

—¡Cuidado que eres borrico!

Se agachó e intentó zafarlo. Pero, casi al instante, sus manos se pusieron rígidas en el barandal. Les echó el aliento. Un aliento que se estratificaba, como atónito, y se iba navegando noche arriba.

—Ahora... Verás...

El perro se apretó sobre las costillas y lanzó un aullido de dolor. A Pascual, el taco se le cuajó en la garganta. Tenía una sangre mentida y calcárea. Tenía una sangre ya inútilmente, parsimoniosamente amagada en el corazón.

Las nubes se habían retrepado a lomos del otero y patinaban sobre el filo de sus aristas. Sólo, entre desgarraduras, tremolaba alguna estrella con tiritonas singulares. No se oía más que el viento. Y en el viento, como micelas, el estertor de Tom y los resuellos del viejo.

Pascual, por último, se frotó las palmas en los fondillos del pantalón.

—Será cosa de gastar la mollera —dijo, mientras golpeaba las ijadas de Tom.

Entró y cerró el portillo. Bueno, era preciso calmarse y obrar con sensatez. Aquello parecía no más una tomadura de pelo.

Los aullidos sonaban y resonaban con urgencia. Volvió al balcón y arropó al perro con su manta. Luego lo alzó hasta el antepecho y lo puso sobre sus rodillas. Con tiento, le dobló el pescuezo. Pero un rezongo le hizo desistir. Tom tenía el pescuezo hinchado, y tibio, probablemente de sangre.

Le mordió la desesperanza. Era un viejo echadizo. Era un viejezuelo modorro. Era un viejarrón que ni siquiera servía para tenderle una mano al amigo, aunque al amigo le dijeran Tom y fuese tan sólo un perro descastado. Pascual soltó un zarpazo a la pipa. El ya no era hombre. No tenía por qué fumar.

Mientras tanto, una lluvia frívola bajó sobre la ciudad...

☆

Los vecinos de Pascual, como todos, eran gentes galanas y humildes, honestas y entrañables. La Petrita, su nuera, solía prestar dientes de ajo, o jícaras de aceite, o ramitas de peregil. Los prestaba a Lola, la del chamarilero; a Charo Fuentes, la del segundo; a Julia; en particular, a Julia, la mujer de Cosme, el herrero.

Por eso Pascual brincó la calleja, con brincos inseguros y mínimos, y, mientras el agua se le escurría por la pelambre, llamó a la puerta.

Julia, la de Cosme, traía en los ojos legañas, entre biliosas y blancuzcas, y el aliento le apestaba. A Pascual le entró tiritona porque la mujer del herrero hacía extraños visajes.

—¿Anda por ahí tu marido?

—¿Pues dónde quiere usted que ande?... Vamos, ¡digo yo!

—Mujer...

Pascual le aseguró que necesitaba hablar con él, que se trataba de cosa muy principal. Medio amodorrada y medio apática, la mujer se metió en la trastienda, no sin antes refunfuñar algo que Pascual no entendió.

Cosme, el herrero, era mozo bien plantado y de tremendos bíceps, pero aquella noche, liado como iba en la frazada, parecía más bien desmedrado y holgón.

Cosme, el herrero, no sacaba semblante de muy sanas querencias, y sin remilgos le preguntó qué asunto le llevaba a tan destemplada hora.

—Verás, Cosme... Bueno, el caso es..., es cosa de la cabeza, ¿entiendes?... La... la tiene metida así, de manera algo rara... ¿entiendes, no?

Cosme, el herrero, miró para su mujer, se hurgó la nariz y se limpió en la manta.

—No.

A Pascual, la carne se le había puesto talmente de gallina.

—¿Oyes? —dijo, de pronto—. Es Tom.

Cosme, el herrero, mandó a Julia que se fuera a la cama porque lo único que había sentido era el niño, que andaba con retortijones de vientre.

Cosme, el herrero, con delicadeza casi, empujó al viejo.

—Mañana, ¿eh? Mañana viene y me lo cuenta, ¿de acuerdo?

La fugaz hoja de luz alumbró la calleja enlamada por donde la lluvia, entre tanto, bajaba, algo más crecida.

☆

Los vecinos de Pascual, como casi todos los vecinos, eran gentes mesuradas y caritativas, tiernas y urbanas. La Petrita, su nuera, solía prestar la plancha eléctrica o medio litro de petróleo o un pimiento. Se lo prestaba a Julia, la del herrero; a Lola, la del comerciante; a Charo Fuentes, la del segundo. En particular, a Charo Fuentes, recién maridada con un subalterno de la fábrica de tabacos.

Pero Pascual no llegó a subir, porque cuando en ello estaba, se abrieron los postigos del ventanuco y la voz campanuda y ordenancista del subalterno gritó:

—¡Si no se calla esa mierda de perro, le rompo el espinazo!

Pascual acarició a Tom con tanta ternura que el perro movió la cola, aunque con cierto desánimo.

Al cesar la lluvia, el frío se había hecho más acuciador. Caía desde las piedras del alcázar y zurraba con ganas.

Se dejó llevar por la pina calleja, dobló a la izquierda. Era la última posibilidad. Algo así como gastar el último petardo. Llegó a la obra. En lo más hondo, barruntó al guarda y a Diego encorvados sobre la lumbre.

—¿Quién anda por ahí?

—Soy yo. Soy Pascual.

Diego se irguió.

—¿Sucede algo?

Pascual carraspeó. El guarda tomó un pote de junto a las pavesas.

—Eche un trago, abuelo. Se va usted a desarmar.

Pero Pascual no se percató del ofrecimiento.

—Vente para casa, Diego, vente corriendo, porque si no, Tom la diña.

Diego dió un respingo.

—¿Tu chico?

Pascual le dijo que no, que no se trataba del chico, sino del perro.

—Está bien, hombre, está bien. Vamos a ver qué pasa.

El guarda bebió del pote, chascó la lengua y sonrió.

—¡Leches con el abuelo! Menudo susto.

Una vez en casa, Pascual corrió al voladizo: Tom parecía resignado a su suerte. Pascual lo despojó de la manta, que chorreaba. Con ojo limpio y sosegado, Diego advirtió la situación.

—Este animal no tarda en reventar, ¡palabra!

Palpó un barrote. Introdujo su bastón y lo apoyó sobre el hierro. Le rechinaron los dientes y se le fué un bufido cuando venció toda su humanidad sobre la palanca.

Pascual lo observaba con gratitud y admiración. Diego había sido, de siempre, un hombretón capaz de alzar, hasta sus mismas narices, un fardo de más de seis arrobas. Y todavía, ¡vaya que sí!, guardaba un cuerpo firme y macizo.

Pero los años, o el frío, o quién sabe qué, cortaron, a cercén, los resoplidos de Diego.

—A lo mejor entre los dos...

Pascual empuñó la garrota y afirmó los pies.

—¿Listo?

Pascual dijo que listo.

—¡Vaaaaa...!

Se quebró la garrota y su chasquido restalló por la calleja. Pascual recibió una costalada y se quedó sentado ridículamente en el suelo. Diego, como ido, sostenía el tercio superior de su garrota.

—Más de veinte reales...

Pascual se incorporó y echó un vistazo a su viejo compañero: tenía un gesto entre melancólico y enajenado.

—Más de veinte reales me va a costar...

Se marchó sin más. Pascual lo sintió bajar. Luego, se dejó caer en la silla. Por el cuarto holgaba el mismo frío, despiadado y elemental, de la calle.

Pascual se dejó caer en la silla, se desplomó en la silla. Advirtió los naipes y los fué apilando uno tras otro, hasta el último. Escuchó, como algo cada vez más distante, las sacudidas de Tom y se quedó, con la cabeza reclinada sobre los montoncitos de cartas, mansamente dormido.

E. Cerdán Tato
General Marvá, 12
ALICANTE



HISPANOAMERICA EN SU HISTORIA

SANCHO, O LA EXALTACION DEL PUEBLO ESPAÑOL

POR

LUCIO PABON NUÑEZ (*)

CAPÍTULO PRIMERO

¿PUEDE AUN SER EXAMINADO EL TEMA DEL QUIJOTE?

Dos grandes vacilaciones han agitado mi espíritu cuando he considerado la posibilidad de este acto. *La primera,* relacionada con el mismo ingreso: ¿Debía hacerlo? Venir a sentarme junto a ejemplares árcades, maestros del idioma, ¿no constituye una incalificable audacia? Sólo viendo cómo en parecidos colegios—por ejemplo, la Real Academia Española, o la Academia Francesa— es principio orientador el que haya en su seno representantes de la mayor parte de las profesiones con destacada influencia en el desarrollo de la sociedad, vinculados todos por el cultivo constante de la literatura o por la simple afición a tan hermosa soberana, ya que una lengua, si necesita el cuidado amoroso de los técnicos, también como ser viviente tiene que extraer su cotidiana savia de todas las capas sociales sobre las que se levanta; y pensando que hasta para que puedan establecerse contrastes, bueno es que se cuente con puntos menores de relación; me determiné a venir hasta vosotros, precisamente como el elemento exiguo para cualquier comparación, sostenido por mi fiel amor a las bellas letras y a nuestro imperial idioma, y por mi propósito de superarme a vuestro lado, en una de las más nobles tareas al servicio del espíritu y de la patria.

La otra vacilación se vincula al tema que tenía que desarrollar aquí. Nada tan natural como tratar de quienes contribuyeron más decisivamente a modelar el castellano, de los llamados clásicos españoles, entre los cuales tiene el cetro indiscutible Miguel de Cervantes Saavedra. Siendo el *Quijote* la obra mejor del hidalgo de Alcalá, y poseyendo yo una buena cantidad de fichas elaboradas, al leer aquellas páginas, en el curso de los años, no me pareció forzado tomar un grupo de tales cédulas para preparar este discurso. Sin embargo, surgieron pronto dos grandes objeciones:

(*) Discurso pronunciado para ingresar en la Academia Colombiana, en la sesión del 25 de noviembre de 1963.

Primera.—¿No es el colmo de la necedad venir yo a hablar del libro inmortal en esta insigne corporación, en la que aún resuenan las cláusulas medulares que a su ingreso pronunciaron sobre el mismo tema Sergio Arboleda, Carlos Martínez Silva, José Vicente Castro Silva y Rafael Maya? Y se agranda el agobio al recordar que en otras ocasiones los académicos Miguel Antonio Caro y Marco Fidel Suárez expusieron acerca de igual sujeto sus opiniones, autorizadas como pocas; y que, aunque no propiamente sobre el *Quijote*, sino en torno de las demás obras de Cervantes, disertó aquí al ser recibido el científico y letrado Emilio Robledo. Podían seguirse añadiendo nuevos elementos a la objeción, como los trabajos de Rafael Torres Quintero acerca de la bibliografía cervantina en Colombia, el de Manuel Antonio Bonilla sobre Cervantes y su obra, el del correspondiente Carlos E. Mesa en torno del *Persiles*, o como las felices imitaciones del estilo y los personajes de don Miguel, realizadas por los no menos ilustres árcades Diego Rafael de Guzmán en sus *Novelas ejemplares*, y Julián Motta Salas en *Don Alonso Quijano el Bueno* y *Recuerdos del ingenioso hidalgo*. Bien puede afirmarse que en la Academia Colombiana está agotado el tema cervantino desde hace mucho tiempo.

Y viene la *segunda objeción:* En 1905 (en el discurso que sobre la cultura literaria de Miguel de Cervantes y la elaboración del *Quijote* leyó en el paraninfo de la Universidad Central, de Madrid), apreció Marcelino Menéndez y Pelayo que su asunto estaba ya «muy trillado». Se necesita tener la portentosa erudición y sobre todo la gigantesca inteligencia del polígrafo santanderino para vencer esa grave dificultad de lo *tan común y sabido*, como él la venció, y ¡con qué vigorosa y lúcida maestría! Y como si eso fuera poco, encuentro en un volumen de 1953 *(Diccionario de la Literatura*, de Federico Carlos Sainz de Robles), que en aquella fecha pasaban de 6.000 los libros sobre Cervantes, que llegaban a 60.000 las monografías y a 500.000 los artículos periodísticos de igual signo. Creo que puede decirse «basta» ante las biografías de don Miguel por Navarro Ledesma y por Luis Astrana Marín (diversas épocas; diversos, pero sustantivos méritos), y ante las ediciones del *Quijote* por Clemencín, Hartzenbusch, Cortejón, Schevill y Bonilla (en *Obras completas de Cervantes)*, y Francisco Rodríguez Marín; y sobre todo, ante los estudios de Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal, Julio Cejador y Frauca, y de nuestro Miguel Antonio Caro.

Con todo, libros y artículos siguen lloviendo. Entre los últimos tomos que he podido hojear, cito éstos: *La profesión de don Quijote*, de Van Doren, publicado en 1958 por Columbia University Press, en inglés, y por el Fondo de Cultura Económica (Méjico, 1962), en español; *¡Don Quijancho, maestro!*, por José Larraz (Madrid, 1961), y *Vocabulario com-*

pleto de las obras de Miguel de Cervantes Saavedra, de Carlos Fernández Gómez, galardonado en 1959 y publicado en 1962 por la Real Academia Española.

Las respuestas a esas tremendas objeciones pueden ser las que ahora enuncio:

1.ª *La de Salvador de Madariaga,* quien en la tercera década de nuestro siglo, al ir a escribir su *Guía del lector del Quijote,* se encontró con este pensamiento de Lockhart: «En nuestro país, casi todo lo que un hombre sensato desearía oír sobre el *Quijote* se ha dicho y redicho por escritores cuyas opiniones sentiría repetir sin sus palabras. y cuyas palabras apenas me sería perdonado repetir.» No se amilanó el sagaz comentarista, porque le vinieron fuerzas reparadoras de esta reflexión: «Mas este postulado pierde de vista el rasgo principal, la esencia misma de la obra de arte, lo que la separa no sólo de la materia amorfa, sino también de las obras seudoartísticas ejecutadas sin inspiración, a saber: que la obra de arte *vive.* Es concebida y creada, y largo tiempo después de el espíritu que la creó se haya despojado de su vestidura mortal, la obra de arte sigue creciendo. Para nosotros, hombres del siglo xx, la Catedral de Chartres, *Hamlet,* la *Novena Sinfonía,* el *Moisés* de Miguel Angel, no son lo que fueron para los coetáneos de sus respectivos creadores, ya que desde entonces se han asimilado siglos enteros de vida humana. Y por eso, pese al consejo de Lockhart, podemos aventurarnos a hablar de don Quijote; porque, aunque sea nuestro caletre más pobre que el de los críticos de antaño, don Quijote es hoy más grande que cuando, armado de punta en blanco, salió de la imaginación de Cervantes, más rico de toda la riqueza de experiencia y aventuras que ha adquirido en trescientos años de correrías por los campos ilimitados del espíritu humano.»

2.ª *La de «Azorín»,* coincidente con la anterior y según la cual lo vital del Quijote está en que cada individuo puede sacar de su lectura una impresión distinta, de acuerdo con las circunstancias. El mismo autor, en otra parte, al referirse a las interpretaciones dadas al sentido fundamental del libro, pregona no sin razón: «La obra es tan resistente que lo soporta todo.»

3.ª *La que podemos sacar de esta observación de todos los días:* Con los mismos elementos, Dios, en el tiempo y la geografía, hace desfilar una serie inagotable de rostros humanos, sin que se pueda decir que dos de ellos sean exactamente iguales. Cosa similar acaece en el mundo de la creación humana, porque no en vano el Señor dijo al principio de las eras: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y a nuestra semejanza.» Unas labores serán mejores que otras, pero seguramente algo habrá —como en los rostros— en cada una distinto

de lo que hay en las demás. Al menos, una emoción nueva, o una fase nueva de la misma emoción.

4.ª *La señalada por el ritmo del universo,* ritmo tan profundo y bellamente traducido así por el controvertido autor del *Eclesiastés:*

«Pasa una generación y viene otra, pero la tierra es siempre la misma. Sale el sol; pónese el sol y corre con el afán de llegar a su lugar, de donde vuelve a nacer. Tira el viento au mediodía, gira al norte, va siempre dando vueltas y retorna a sus giros. Los ríos van todos al mar, y el mar no se llena; allá de donde vinieron, tornan de nuevo para volver a correr. Todo trabaja más de cuanto el hombre puede ponderar, y no se sacia el ojo de ver ni el oído de oír. Lo que fué, eso será. Lo que ya se hizo, eso es lo que se hará; no se hace nada nuevo bajo el sol. Una cosa de que dicen: «Mira esto, esto es nuevo», aun ésa fué ya en los siglos anteriores a nosotros; no hay memoria de lo que precedió; ni de lo que sucederá, habrá memoria en los que serán después.»

Estamos sujetos, por tanto, a la ley de la repetición cósmica, histórica, humana; pero tal regla no debe privarnos de ímpetus para el trabajo personal, porque condiciones inalterables de esa norma divina son, como acabamos de oírlo, que *el mar no se llene, ni se sacie el ojo de ver ni el oído de oír.*

Quedáis, pues, señores, enterados de por qué contra viento y esperanza he llegado ante vosotros a intentar un examen de la personalidad de Sancho como símbolo de la excelsitud del pueblo español.

CAPÍTULO II

EL INGENIOSO HIDALGO DON ANTONIO GOMEZ RESTREPO

Pero, antes de seguir, el rito y el afecto imponen una pausa para, a mi turno, exaltar la gloriosa figura de aquel buen hidalgo santafereño llamado don Antonio Gómez Restrepo, a quien correspondió la silla que me habéis señalado, y cuya sabiduría se aplicó, en nombre de esta Academia, a estudiar, con motivo del tercer centenario de la muerte, a don Miguel de Cervantes Saavedra.

RECUERDOS PERSONALES

Me vais a permitir que en esta parte acuda a tres recuerdos de mi vida. En mis años de adolescencia provinciana, en aquella ligera y dulce edad de las primeras ilusiones, en mi entrañable y ensoñadora

Ocaña, entre los versos que fácilmente se quedaron vibrando en mi memoria, figuran los de *Leyendo a Homero:*

> *Y en medio a los despojos,*
> *de fieros dardos bajo recia lluvia,*
> *ven asomar mis fascinados ojos,*
> *llena de amor, tu cabecita rubia*;

los de

> *Hay ojos soñadores y profundos*
> *que nos abren lejanas perspectivas...*;

y aquéllos de

> *¡Feliz quien halle en juventud florida*
> *un alma de mujer que lo comprenda!...*

Además de estas deliciosas estrofas de Gómez Restrepo, me complacía en recordar algunos párrafos del enjundioso discurso suyo al descubrirse en uno de los parques de Bogotá el busto de mi paisano José Eusebio Caro.

Cuando en 1935, haciendo en los venerados claustros bartolinos mi quinto año de bachillerato, y atendiendo al propio tiempo y en virtud de la bondad del humanista José Celestino Andrade, S. J., la secretaría privada de este abnegado maestro, tuve —para arreglar algún aspecto del programa que la recién nacida Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Javeriana dedicaba a la celebración del segundo milenario de Horacio— que visitar en su residencia a don Antonio, mi llameante culto al cautivador poeta y al convincente crítico se avivó muy grandemente con la admiración por el caballero cristiano, majestuoso en su sencillez y digno en su afabilidad. Ya por aquel entonces la enfermedad ocular que durante varios años atormentó al maestro ponía un especial sello de venerabilidad en la faz patricia.

El tercer recuerdo va a 1947, cuando falleció Gómez Restrepo. Dirigía yo en aquellos días las *Páginas literarias* del diario bogotano *El Siglo.* Nada tan de mi gusto como ofrendar una edición al que llamé «patriarca de la literatura colombiana». Mis breves notas de introducción al homenaje fueron toscas ciertamente, pero se esmaltaron con el cariño hondo y puro. ¡Quién iba a imaginar en estos episodios que vuestra generosidad sin límites me vincularía tan indesatablemente ahora al inmarcesible prócer de la literatura y de la vida! Por lo que a don Antonio atañe, ¡Dios os lo perdone!; en cuanto a mí, ¡Dios os lo retribuya!

El poeta

Me parece un tanto curioso el fenómeno de Gómez Restrepo en la historia nacional. En los lindes mismos de la adolescencia y la juventud, por no decir de la niñez y la adolescencia, recibió las primeras consagraciones como poeta y crítico; durante su larga existencia ejerció con eficacia meritoria las funciones de catedrático, periodista, banquero, secretario del ministerio de relaciones exteriores, ministro encargado del mismo despacho, ministro de educación, representante diplomático, miembro del Congreso, etc.; pero muy pocos hoy lo recuerdan vinculado a estas empresas, en las que tanto bien hizo y desde las que tantas enseñanzas teóricas y prácticas supo dar; todos, en cambio, lo celebran como cuando apareció en la vida de las letras: en sus calidades de poeta y crítico. Creo que un deber nuestro es el de revisar el archivo de Gómez Restrepo y consultar los numerosos documentos que sobre él poseen varias oficinas públicas de esta capital, para elaborar la biografía completa que merece estadista tan preclaro. Sus lecciones universitarias, sus realizaciones de gobernante, sobre todo en el campo del Derecho Internacional, seguramente nos darán motivos para amplios comentarios laudatorios. Mientras esa justa empresa sea apenas un proyecto, contentémonos con repetir las frases de bien cimentada admiración por su obra literaria.

Además de las poesías que hace poco recordé, suelen los antologistas recoger éstas: *Amor supremo, A una sevillana, Vida nueva,* el soneto que empieza así: *Bendito Tú, Señor, que me la diste..., En los campos de Asís, A una moneda de Nerón, Toledo, Dolor, Ante la estatua de Marco Aurelio, Al templo de Neptuno en Péstum, Ocaso, Don Bosco, Viaje a Grecia, El Generalife, El Greco, Desolación* y otras más. También son generalmente apreciadas las traducciones que hizo de varias literaturas, sobre todo las de Leopardi.

Precisamente esta Academia obtuvo que su laborioso miembro José J. Ortega Torres coleccionara en 1940 las poesías del maestro como homenaje a quien durante tanto tiempo fué su secretario. En seis partes dividió el P. Ortega Torres su labor: *Ecos perdidos,* composiciones juveniles; *Sonetos; Cantos de Giacomo Leopardi; Poesías varias; En la región del ensueño,* juguete escénico; y *Relicario,* poemas dedicados a la primera esposa de don Antonio, la virtuosa dama doña Paulina Mallarino. En 1949, dos años después de la muerte del poeta, nuestro no menos hidalgo director, P. Félix Restrepo, S. J., en el discurso que pronunció al ser recibido miembro de la Academia de la Historia, dió a conocer varias otras piezas, escritas por Gómez Restrepo después de publicado el volumen que preparó Ortega Torres. En este discurso, dedicado por entero a enaltecer a don Antonio, el P. Félix demuestra que

«en nuestro parnaso ocupará siempre lugar distinguido: poeta del hogar, poeta de la fe, de la naturaleza y de la tradición».

Con plena justicia los comentaristas destacan la perfección, apellidada a veces «parnasiana», de la mayoría de sus sonetos. Suelen éstos tener una idea fulgurante, una musicalidad hechizadora y un cierre de hiriente plasticidad; pero en no pocas ocasiones no son éstas precisamente las calidades que más contribuyen a hacerlos perdurables, sino las armoniosas vibraciones de un corazón noblemente apasionado. No son muy comunes los ejemplos de cantores que como Gómez Restrepo —léanse en comprobación *Leyendo a Homero, Los ojos* o *Dolor*— dan cauces de serenidad clásica a conmovedores sentimientos y alados ensueños de la más pura esencia romántica. Oid qué afortunada combinación de hondura afectiva, de transparencia conceptual y de depuradas formas las de estas estrofas de *Dolor,* poesía escrita cuando murió doña Paulina en Roma:

Solo me siento, solo
en el recinto inmenso
de la Ciudad Eterna, que me abruma
de su grandeza augusta con el peso.
¡Y cuántas veces por las noches vago
al pie de sus gloriosos monumentos,
llorando como un niño
que abandonó su madre en el invierno!
Solo me siento, solo,
doliente, viudo, huérfano,
sin el blando calor de una esperanza,
sin un rayo de luz en el cerebro,
y asido en el naufragio
a una tabla flotante: ¡mis recuerdos!

El crítico

La mayor resonancia de Gómez Restrepo se debe a su dedicación a la crítica literaria, empeños altísimos que se tradujeron en numerosos discursos y artículos, en el famoso resumen que sobre la historia de nuestra literatura escribió para la *Revue Hispanique,* de Nueva York, y en los cuatro volúmenes de la *Historia de la Literatura colombiana.* Entre los primeros recordamos los destinados a estudiar a José Eusebio Caro, Miguel Antonio Caro, Menéndez y Pelayo, Goethe, Santa Teresa de Jesús, Hamlet y Segismundo, Carducci y Leopardi. Hace algunos años el Ministerio de Educación Nacional publicó un tomo con varias de estas ejemplares producciones; pero no son pocas las que todavía están en revistas, periódicos y aun entre los papeles inéditos del maestro esperando al justiciero colector. La muerte sorprendió a don Antonio cuan-

do redactaba el quinto y último volumen de la *Historia de la Literatura*. Su segunda esposa, la gentil dama doña Lola Casas, debe guardar las páginas ya preparadas y los documentos relacionados con las que iban a escribirse; quizá no sea imposible que la Academia o el Instituto Caro y Cuervo recojan ese material, lo completen y publiquen. En los volúmenes conocidos hay capítulos especialmente trabajados que valen como dechados de monografía perfecta; por ejemplo, en el I, el examen de Juan de Castellanos y el de Hernando Domínguez Camargo; en el II, el de la madre Francisca Josefa del Castillo y Guevara; en el III, el estudio del ambiente intelectual en que se formaron los próceres de nuestra independencia y la obra literaria de los mismos; y en el IV, el del proceso del romanticismo en nuestra patria: muy difíciles de apareamiento son aquí los análisis de José Eusebio Caro, Julio Arboleda, Rafael Pombo, Rafael Núñez y Gregorio Gutiérrez González.

Dos grandes luminares de la crítica, Miguel Antonio Caro y Marcelino Menéndez y Pelayo, influyeron destacadamente en la formación de Gómez Restrepo; de ellos aprendió a valorar la orientación doctrinaria de las producciones ajenas, sin mengua de la calidad estética. Como él mismo lo observó cuando estudió a Caro como crítico, al aparecer éste en nuestro medio, el examen de las obras literarias se ceñía a normas gramaticales y retóricas, o se reducía a simples panegíricos. Caro, con su formación humanística, su vigoroso entendimiento filosófico y «su perspicaz talento analítico», inició en Colombia la verdadera crítica de ideas y estilos. Después, Carlos Arturo Torres y Baldomero Sanín Cano, muy distinta visión ideológica a la de Caro, pero de clara inteligencia y fuerte información, cultivaron la crítica dentro del ámbito de los sistemas; mas quien recogió la enseñanza de don Miguel Antonio y la completó con los adelantos experimentados en el viejo mundo en la materia fué Gómez Restrepo, de quien en cierto modo fueron discípulos Fernando de la Vega y José Fulgencio Gutiérrez, y lo es Nicolás Bayona Posada, y de cuyas manos pasó el cetro a Rafael Maya y al bien formado grupo de investigadores del Instituto Caro y Cuervo. Hoy la crítica se preocupa más por la depuración de las investigaciones básicas y por el análisis de las formas estilísticas; pero no descuida el atender a la vertebración de las corrientes históricas a lo Macaulay, ni a la fundamentación humanística y profundización psicológica a lo Sainte-Beuve, ni a las vertientes sociológicas de Taine, ni a las estéticas de Brandes o de Sanctis, a todo lo cual atendió de especialísima manera, según su propia confesión y según resalta de sus obras, Antonio Gómez Restrepo. Sin apartarse él un ápice del credo filosófico de Caro y Menéndez y Pelayo, supo abrir en estos campos el espíritu a todos los movimientos de renovación recibiendo de cada cual lo mejor de la doctrina

y del ímpetu creador. Repasemos, por ejemplo, sus ya recordadas monografías sobre la formación intelectual de nuestros libertadores o sobre la aparición del romanticismo en Colombia, y veremos cuán magistral se muestra en el enlace de las producciones con las corrientes universales del pensamiento en la época del personaje y con la biografía de éste; y en la confrontación de las ideas con el propio tesoro doctrinal, confrontación debidamente atemperada por la amplia comprensión del artista auténtico.

Y todo ello expuesto en una prosa rica, armoniosa, correcta, brillante igualmente por la luz del pensamiento como por la de la simple forma. Lo mismo que en sus versos, en la cláusula, Gómez Restrepo hacía hervir la vida sin transgredir las leyes del equilibrio clásico.

No sobra el advertir que el estilo de sus discursos académicos y el de sus trabajos para libros, revistas y periódicos, suelen ofrecer algunas diferencias marcadas por el destino de cada cual; en los primeros, atavío y sonoridad; en los otros, más síntesis y mayor sobriedad ornamental.

Para terminar, anoto que Gómez Restrepo contribuyó como colector y comentarista a la publicación de varias obras de Miguel Antonio Caro, Rafael Pombo y Marco Fidel Suárez.

Algunos han censurado a nuestro crítico la benevolencia que dispensaba a muchas producciones, lo que se patentiza no en sus grandes estudios, sino en las presentaciones que a veces hacía de autores incipientes. Bien entendía él que en estos casos, más que el golpe paralizador a lo Clarín, valía la amonestación cariñosa y el familiar aupamiento.

Sólo me falta el lamentar que sea mi osadía la que viole la advertencia de aquellos versos de Ariosto, relativos a las armas del paladín francés, que tan oportunamente solía don Quijote recordar:

Nadie las mueva
que estar no pueda con Roldán a prueba.

Capítulo III

COMO NACE Y SE DESARROLLA SANCHO PANZA

Y es hora de volver al bizarro compañero del hidalgo de Argamasilla.

Como lo apunta Ramón Menéndez Pidal, Cervantes no ideó a don Quijote «dentro de un plan bien definido desde el comienzo, sino en una visión sintética algo confusa». Hace ver el gran investigador que el manchego en su primera salida sigue los pasos del pobre labrador Bartolo, protagonista del *Entremés de los romances,* quien enloquece de tanto leer el Romancero y se entrega a imitar a los héroes de tales

páginas. Este desdoblamiento de la personalidad de don Alonso desaparece pronto: «Cervantes —afirma Menéndez Pidal— veneraba el mundo épico, y en cuanto se vió libre de la sugestión del entremés, hizo que la locura de don Quijote se retirase por completo de los versos del Romancero y se refugiase, como en su propio alcázar, en las fantásticas caballerías de los libros en prosa.» Mucha controversia ha habido sobre la paternidad y fecha del citado entremés; quien primero lo publicó (1874) fué Adolfo de Castro, y él lo atribuyó al propio Cervantes, opinión no compartida por Menéndez Pidal y otros investigadores Pero lo que importa en esta cuestión es que Bartolo y don Quijote —éste después del apaleamiento que le propinó el mozo de mulas de los mercaderes toledanos— se ven transformados en varios de los personajes de sus acalenturadas lecturas; y que don Alonso, de su segunda salida en adelante, ya no vuelve a tales metamorfosis. Con lo que se afianza la tesis de don Ramón: que el novelista «sólo durante el desarrollo de la obra, va, con lentos tanteos a veces, desentrañando y llamando a vida toda la compleja grandeza que latente dormía en la primera concepción del genio».

Este gradual desenvolvimiento de la creación cervantina se evidencia más en Sancho que en el propio don Quijote. En la primera salida, el caballero anda solo; cuando prepara la segunda, quizá recordando alguna frase del ventero, que fué su padrino de armas, decide convencer a un labrador vecino para que se salga con él y le sirva de escudero. La idea inicial de Cervantes es la de que sea Sancho el representante de la lucidez común frente a la locura del amo, que actúe algo así como muchos años después puso Collodi a actuar al Grillo en las aventuras de Pinocho: a manera de conciencia. Esta lucidez debe señalar la desnuda realidad antes y después de las hazañas fantásticas y, como natural derivación, debe hacer surgir el consejo en el momento oportuno.

«Mire vuestra merced —respondió Sancho— que aquello que allí se parece no son gigantes, sino molinos de viento, y lo que en ellos parecen brazos son las aspas que, volteadas del viento, hacen andar las piedras del molino.» 1. Así empezó el buen escudero a cumplir su misión. Y la continúa pacientemente a pesar de la pétrea sordera del hidalgo, advirtiéndole que unos bultos negros que se acercan no son raptores de princesas, sino frailes de San Benito, que las ventas no son castillos, ni ejércitos los rebaños de ovejas, y de tal forma, hasta hacerle una larga argumentación para convencerlo de que no encantado, sino «embaído y tonto» regresaba a su aldea el caballero, en una jaula de palos enrejados, acomodada en un carro de bueyes. En la segunda parte se atenúa bastante este papel de pertinaz amonestador, sin extinguirse del

todo, como se ve en la aventura del barco encantado o en este apunte de uno de los últimos capítulos. 2. Cuando don Quijote quiere marchar a Berbería a rescatar al enamorado don Gregorio: «Advierta vuestra merced—dijo Sancho, oyendo esto—que el señor don Gaiferos sacó a su esposa de tierra firme y la llevó a Francia por tierra firme; pero aquí, si acaso sacamos a don Gregorio, no tenemos por dónde traerle a España, pues está el mar en medio.»

En cuanto a su comportamiento como simple consejero, lo inicia con ejemplar juicio tras la aventura de los frailes y el escudero vizcaíno, invitando al amo a asilarse en una iglesia; y un poco después, ante los excesivos anuncios de venganza del adalid, con esta anotación de noble contenido jurídico: «Advierta vuestra merced, señor don Quijote, que si el caballero cumplió lo que se le dejó ordenado de irse a presentar ante mi señora Dulcinea del Toboso, ya habrá cumplido con lo que debía, y no merece otra pena si no comete nuevo delito.» 3. Más tarde aconseja, para mayor provecho de la dura vida en que andan comprometidos, irse a servir «a algún emperador o a otro príncipe grande, que tenga alguna guerra, en cuyo servicio muestre el valor de su persona, sus grandes fuerzas y mayor entendimiento». 4. Al sufrir los reveses de la libertad de los galeotes, lo lleva a esconderse de la santa hermandad en Sierra Morena; ante las halagüeñas perspectivas de enderezar los entuertos de la princesa Micomicona, pide al hidalgo casarse con tan empinada dama; al empezar las andanzas de la segunda parte, mediante un hábil razonamiento, lo incita a ser santo: «Así que, señor mío, más vale ser humilde frailecito, de cualquier orden que sea, que valiente y andante caballero; más alcanzan con Dios dos docenas de disciplinas que dos mil lanzadas, ora las den a gigantes, ora a vestiglos o a endriagos.» 5. Infatigable y sensato consejero sigue siendo Sancho hasta el final, cuando la agonía del amo le arranca este sentido clamor: «No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años.» 6. Al chocar el buen sentido común de Panza con las obstinadas alucinaciones de don Quijote, surge, naturalmente, la risa, que es lo que Cervantes persigue; en el curso de los episodios va dando más amplia personalidad al escudero, convirtiéndolo en archivo folclórico de intenso colorido y en agente de muchos gracejos, atento a la intención primera de hacer de Sancho una fuente de regocijos: «Yo no quiero encarecerte el servicio que te hago en darte a conocer tan noble y honrado caballero—dice Cervantes en el prólogo de la primera parte—; pero quiero que me agradezcas el conocimiento que tendrás del famoso Sancho Panza, su escudero, en quien, a mi parecer, te doy cifradas todas las gracias escuderiles que en la caterva de los libros vanos de caballerías están esparcidas.» Al final de la

novela, cuando los protagonistas causan admiración en Barcelona, don Miguel vuelve a relevar la misión primitiva: «Los donaires de Sancho fueron tantos, que de su boca andaban como colgados todos los criados de casa y todos cuanto le oían.» 7. «... y si no fuese contra caridad, diría que nunca sane don Quijote —confiesa don Antonio Moreno—, porque con su salud no solamente perdemos sus gracias, sino las de Sancho Panza, su escudero, que cualquiera de ellas puede volver a alegrar a la misma melancolía.» 8. Ante estos empeños y declaraciones del autor, ha surgido una imagen falsa de Sancho: la del hombre materialista y simple o tonto, «con poca sal en la mollera», enfrentada a la del idealista y agudo don Quijote. «No fué la crítica de los libros de caballerías —sostiene José Larraz— ni cualquier otro embozado propósito de Cervantes, lo que ha hecho del *Quijote* una obra eterna y universal. Fué la genial creación de dos símbolos humanos: dos tipos —extremadísimo el uno y extremado el otro— encarnados en constitucionnes personales vivas.» Un poco adelante este autor identifica a Sancho con «el realismo pedestre», y a don Quijote ,con «el idealismo falso y desorbitado». Y un crítico tan penetrante, como Angel Valbuena Prat, refuerza esta tradicional y errada interpretación: «Las figuras centrales del *Quijote* con la consecuencia viva de la oposición entre el idealismo platónico del pensamiento de Cervantes y su poder de observación realista. Los dos órdenes de valores que en el momento del arte y las ideas de final del siglo XVI estaban en pugna, hallan la fusión viva y humana en don Quijote y Sancho.»

Claro que es el propio Cervantes quien en varios pasajes da fuerza a semejante versión Pero tal apunte carece de eficacia, pues no hay que considerar aislados estos y aquellos conceptos, sino tomarlos en su conjunto y así buscarles el mensaje fundamental. Esto que pasa con Sancho es igual a lo que pasa con el fin que se propuso don Miguel al escribir la obra. Tanto en el prólogo como en varias otras partes del cuerpo de su narración, machaca las frases con que remata la novela: «... pues no ha sido otro mi deseo que poner en aborrecimiento de los hombres las fingidas y disparatadas historias de los libros de caballerías». Quizá fué ése el primer objetivo de Cervantes, cuya insistente declaración, tomada individualmente, ha hecho errar a muchos ilustrados lectores. Recordemos los versos de Byron en *Don Juan:*

Cervantes smiled Spain's chivalry away;
a single laugh demolished the right arm
of his own country; seldom since that day
has Spain had heroes...

(Al sonreír, Cervantes ahuyentó de España la caballería; una sola risa destruyó el brazo derecho de su patria; desde entonces rara vez ha tenido España héroes...)

Esta captación de pesimismo viene a ser en el fondo la del gran pensador lusitano Oliveira Martins, compartida por Ramiro de Maeztu, y según la cual el *Quijote* es un libro de decadencia, hecho para el reposo y el desengaño.

A pesar de lo reiterado por Cervantes, a distinta conclusión llegaremos si tenemos en cuenta otros hechos y conceptos, como el resultado de los dos escrutinios de los libros de caballerías que se cuentan en la novela (el de la casa del hidalgo y el de la venta de Palomeque) —actos en que son ensalzados algunos de tales volúmenes— y la totalidad del erudito diálogo del canónigo de Toledo con el cura de Argamasilla, en que el primero confiesa que ha querido hacer un buen libro de caballerías, «guardando en él todos los puntos que he significado»; y el segundo propone que se nombre en la corte un examinador de comedias y de «los libros de caballerías que de nuevo se compusiesen», con lo que «podrían salir algunos con la perfección que vuestra merced ha dicho, enriqueciendo nuestra lengua del agradable y precioso tesoro de la elocuencia, dando ocasión que los libros viejos se oscureciesen a la luz de los nuevos que saliesen, para honesto pasatiempo, no solamente de los ociosos, sino de los más ocupados». 9. Valorando, sin duda, todos estos pros y contras, y sobre todo justipreciando la sustancia misma de la creación, debió de ser cómo Menéndez y Pelayo llegó a pensar que «la obra de Cervantes no fué de antítesis, ni de seca y prosaica negación, sino de purificación y complemento. No vino a matar un ideal, sino a transfigurarle y enaltecerle... Fué de este modo el *Quijote* el último de los libros de caballerías, el definitivo y perfecto, el que concentró en un foco luminoso la materia poética difusa, a la vez que, elevando los casos de la vida familiar a la dignidad de la epopeya, dió el primero y no superado modelo de la novela realista moderna.» En el fondo fué éste el pensamiento de Miguel Antonio Caro cuando sostuvo que el *Quijote* era el poema épico del pueblo español, y es el de Menéndez Pidal, quien, partiendo de un punto contrario al de don Marcelino, concluye más o menos como el inmortal montañés: «Lejos de querer destruir ese mundo (el del ideal caballeresco), decorado con los más puros sentimientos morales, Cervantes nos lo abre a nuestro respeto y simpatía, descubriendo sus ruinas envueltas en luz de esperanza suprema, como elevado refugio para el alma.»

Esta equivocación, a que fácilmente lleva el propio Cervantes, es la misma que se da con la figura de Sancho Panza, que no es el símbolo del materialismo y la estulticia, sino de las altas virtudes del idealista y muy despierto pueblo español, como vamos pronto a comprobarlo.

Seguramente Cervantes quiso en un principio hacernos sólo reír ante las simplicidades sanchescas; pero a medida que avanzó en la

elaboración de su libro, el escudero se le creció: fué desbordando éste las intenciones iniciales con tal fuerza y constancia, que terminó por hacernos pensar más que reír. La explicación del fenómeno no resulta tan difícil: lo que da el sello de su especial grandeza al *Quijote* es que su autor se entregó todo en esas páginas; allí, en parte deliberadamente y en parte por motivos de subconciencia, don Miguel se fué dando en comunión de amor a sus criaturas, transmitiéndoles sus goces y amarguras, sus desengaños y esperanzas, sus largas experiencias —ligeras unas, y pesadas muchas—; dotándolas de su no tan extensa, pero sí muy honda y jugosa sabiduría; y, sobre todo, inyectándoles esa su peculiar gracia poética frente a todas las fases de la vida, fruto de su cristianismo puro y de su diáfano humanismo.

Además de la anterior razón, existe otra: la de la técnica novelística. Este creador estaba a cada instante acuciado por la preocupación de que el relato no se hiciera fatigante; por ello se esmeraba en buscar la variedad en los personajes, en las acciones, en los episodios y escenarios, así como en el estilo mismo, en que se reflejan casi todos los géneros literarios, desde el épico hasta el cómico. Este afán lo hizo desconfiar de que don Quijote y Sancho solos pudieran satisfacer los anhelos de amenidad del lector; y por ello, un tanto descontento con el desfile de aventuras de la primera parte, acumuló al final de ellas las novelas cortas de *El curioso impertinente,* de los amores de Dorotea y Fernando, de Luscinda y Cardenio, de Ruy Pérez de Viedma y la mora Zoraida, de don Luis y doña Clara, y los lances de Leandra y sus pretendientes. Si en la segunda parte —en la que se mueve con tan pleno dominio del espíritu y la técnica— él mismo se censura la ingerencia, en la primera, de la narración florentina de Anselmo, Camila y Lotario; no deja con todo de seguir persiguiendo la matización por medio de varias novelitas, más hábilmente conectadas ahora con los dos principales protagonistas; y aún llega —con el efímero gobierno de Sancho— a producir la variedad disociando las aventuras del caballero y el escudero. Pues bien; esta técnica de la diversidad lo va haciendo penetrar cada vez más en el alma de sus criaturas, y llevando a ensanchar más la acción y a perfeccionar los caracteres. De tal modo Panza deja de ser pronto un mentecato con ribetes de bellaco, decidor de refranes a trochemoche, y se va desenvolviendo con firmeza y vivacidad hasta llegar a imponérsenos como elevado personaje y, ante todo, por los vínculos de la admiración y el cariño.

1. I, VIII.
2. LXIV.
3. I, X.
4. I, XXI.
5. II, VIII.
6. II, LXXIV.
7. II, LXII.
8. II, LXV.
9. I, XLVIII.

Capítulo IV

LAS EJEMPLARES VIRTUDES DEL ESCUDERO INMORTAL

El hombre y su medio

Vamos a acompañar a don Miguel con algún detenimiento en la vía de la cinceladura de Sancho.

Y sea lo primero, *el aspecto físico*. En el capítulo IX de la primera parte encontramos esta breve descripción: «Junto a él estaba Sancho Panza, que tenía del cabestro a su asno, a los pies del cual estaba otro rótulo, que decía: *Sancho Zancas*, y debía de ser que tenía, a lo que mostraba la pintura, la barriga grande, el talle corto y las zancas largas, y por esto se le debió de poner nombre de Panza y de Zancas, que con estos dos sobrenombres le llama algunas veces la historia.» En varias partes se insiste en la gordura del escudero, quien no debía de tener, en conjunto, tan ridícula facha como solemos suponer, ya que él mismo declara que «un tiempo fuí muñidor de una cofradía, y que me asentaba tan bien la ropa de muñidor, que decían todos que tenía presencia para poder ser prioste de la mesma cofradía. Pues ¿qué será cuando me ponga un ropón ducal a cuestas, o me vista de oro y de perlas, a uso de conde extranjero? Para mí tengo que me han de venir a ver de cien leguas.»

«—Bien parecerás—dijo don Quijote—; pero será menester que te rapes las barbas a menudo; que según las tienes de espesas, aborrascadas y mal puestas, si no te las rapas a navaja cada dos días, por lo menos, a tiro de escopeta se echará de ver lo que eres». 1.

Pocos en verdad son estos rasgos, pero tal escasez contribuye, sin duda, a la universalización del personaje.

En cuanto a *sus antepasados*, sabemos dos cosas: por confesión de Sancho al escudero del Caballero de los Espejos, 2, está establecido que por parte del padre tuvo en su linaje «los dos más excelentes mojones (catavinos) que en luengos años conoció la Mancha»; y el cura de Argamasilla, oyendo a Sanchica, la hija, nos enseña: «Yo no puedo creer sino que todos los deste linaje de los Panzas nacieron cada uno con un costal de refranes en el cuerpo; ninguno de ellos he visto que no los derrame a todas horas y en todas las pláticas que tienen». 3. *La familia.*—Está constituída por la mujer, que en unas ocasiones se llama Juana Gutiérrez, Juana Panza o Mari Gutiérrez (éste es uno de los varios y muy humanos descuidos de don Miguel): mas cuyo nombre predominante es el de Teresa Panza; y por dos hijos, Sanchica, o Mari

Sancha, y Sanchico. La oíslo del escudero tiene sus fallas y virtudes: es muy interesada. 4. Se preocupa a veces más por la salud del asno que por la del marido. 5. Sancho cree que no vale dos maravedís para reina; condesa le caerá mejor, y aún Dios y ayuda. 6. Pero lo peor es que «también ella —declara Sancho al amo— dice mal de mí cuando se le antoja, especialmente cuando está celosa; que entonces súfrala el mesmo Santanás». 7. Y un poco adelante, al reafirmar este defecto, apunta algún otro, amén de ciertas calidades: «Es ella una bienaventurada, y a no ser celosa, no la trocara yo por la giganta Andandona, que, según mi señor, fue una mujer muy cabal y muy de pro; y es mi Teresa de aquellas que no se dejan mal pasar, aunque sea a costa de sus herederos.» 8. Había sólido motivo para esta preferencia, pues Teresa, a pesar de que discute con él, termina por aceptarle los puntos de vista: «pero otra vez os digo que hagáis lo que os diere gusto; que con esta carga nacemos las mujeres, de estar obedientes a sus maridos aunque sean unos porros». 9. Es agradecida y atenta, como lo demuestran los agasajos al paje que le llevó nuevas del esposo, así como la carta y las bellotas que envía ella a la duquesa; y, sobre todo, es dueña de una simpática sensatez, muy patente cuando quiere disuadir a Sancho del proyecto de hacer condesa a Sanchica: «Siempre, hermano, fuí amiga de la igualdad, y no puedo ver entonos sin fundamentos. Teresa me pusieron en el bautismo, nombre mondo y escueto, sin añadiduras ni cortapisas, ni arrequives de *dones* ni *donas;* Cascajo se llamó mi padre; y a mí, por ser vuestra mujer, me llaman Teresa Panza, que a buena razón me debían llamar Teresa Cascajo. Pero allá van reyes do quieren leyes, y con este nombre me contento, sin que me le pongan un *don* encima, que pese tanto, que no lo pueda llevar...» 10.

De Sanchico poco sabemos: que tenía quince años cabales y un tío abad interesado en dejarlo «hecho de la Iglesia»; y que el padre y la madre esperaban que si el primero alcanzaba el gobierno, el hijo fuera con él a aprender el rudo oficio.

Sanchica está mejor dibujada. En su plática con su compadre y vecino Tomé Cecial, dice Sancho que sus hijos se pueden presentar al Papa en persona, «especialmente una muchacha que crió para condesa, si Dios fuere servido». 11. Y agrega que ella es «tan grande como una lanza, y tan fresca como una mañana de abril, y tiene una fuerza de un ganapán». En los episodios del paje que mandan los duques a Argamasilla y de la carta de Teresa para su marido, vemos cuán vivaz decidora y laboriosa es Mari Sancha; en el penúltimo capítulo del libro se muestra, en contraste con la dureza de la madre, cariñosa con Sancho, a quien abraza y dice que «le estaba esperando como el agua de mayo».

El rucio

Las relaciones del asno con Sancho y su familia constituyen uno de los surtidores de mayor belleza y de ternura de la novela; embebe aquí el relato Cervantes de un franciscanismo exaltante y luminoso. El afecto del escudero por su pollino va sembrando de hechos conmovedores y de prosa deslumbrante la narración. Cuando el pícaro Ginés de Pasamonte le roba el animal, Sancho, haciendo «el más triste y doloroso llanto del mundo», exclama: «¡Oh, hijo de mis entrañas, nacido en mi mesma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas y, finalmente, sustentador de la mitad de mi persona, porque con veintiséis maravedís que ganabas cada día, meditaba yo mi despensa!». 12. Al recobrarlo: «¿Cómo has estado, bien mío, rucio de mis ojos, compañero mío?» Y comenta el novelista: «Y con esto le besaba y acariciaba, como si fuera persona.» 13. Al ver que un cómico, disfrazado de demonio, golpeaba con vejigas al burro, «antes quisiera que aquellos golpes se los dieran a él en las niñas de los ojos que en el más mínimo pelo de la cola de su asno». 14. En el comienzo de la aventura del barco encantado se despide así de Rocinante y del rucio: «¡Oh, carísimos amigos, quedaos en paz, y la locura que nos aparta de vosotros, convertida en desengaño, nos vuelva a vuestra presencia.» 15. Al llegar a la casa de los duques, «remordiéndole la conciencia de que dejaba al jumento solo», pidió a la dueña doña Rodríguez que mandara poner o pusiera el asno en la caballeriza, «porque el pobrecito es un poco medroso». 16. Decidido a dejar la maldita ínsula, se fué en busca de su noble cabalgadura: «le abrazó y dió un beso de paz en la frente, y no sin lágrimas en los ojos dijo: Venid vos acá, compañero mío y amigo mío, y conllevador de mis trabajos y miserias; cuando yo me avenía con vos y no tenía otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis días y mis años; pero después que os dejé y me subí sobre las torres de la ambición y la soberbia, se me han entrado por el alma adentro mil miserias, mil trabajos y cuatro mil desasosiegos». 17. Tenemos aquí una de las más sonoras, sentidas y sustanciosas expresiones del *Quijote*, digna de no caerse jamás de la memoria, que, unida a otras semejantes, pueden servir para formar un muy aleccionante volumen del autor Sancho Panza. Generalmente en las antologías se recogen como modelos los discursos de don Quijote, algunos de los cuales son más parodias de los artificios de los libros caballerescos que estilo limpiamente cervantino; en cambio, suelen olvidarse estos deliciosos trozos escuderiles, en que don Miguel aparece de cuerpo entero.

Pero sigamos a Panza cuando abandona el abrumador gobierno y va en busca de don Quijote. Caen el ex gobernador y el jumento en una oscurísima sima, y, al no encontrar modo de salir, «Sancho se congojó mucho, especialmente cuando oyó que el rucio se quejaba tierna y dolorosamente». 18. Llegan, después que don Quijote logra que los saquen de aquellas tinieblas, al castillo ducal; pero el escudero «no quiso subir a ver al duque sin que primero no hubiese acomodado al rucio en la caballeriza».

Este amor está bien correspondido; el asno, en cuanto puede, así lo manifiesta, como cuando rozna conmovido porque lo deja el amo para meterse en el barco encantado; o cuando, al ser puesto como testigo de que no se trata de fantasmas, sino de seres vivientes, caídos en la sima tenebrosa, «comenzó a rebuznar tan recio, que toda la cueva retumbaba», con lo cual quedó definitivamente convencido don Quijote.

Estos pasajes los completa Cervantes hablándonos de la ejemplar amistad que ligó a Rocinante con el rucio, comparable «a la que tuvieron Niso y Euríalo, y Pílades y Orestes». 19. Pero es hora de estudiar las muy hispánicas virtudes del gloriosísimo escudero.

Un ejemplar cristiano viejo

En la época en que dan lumbre al mundo don Quijote y Sancho, que es la de Felipe III, ¿qué mejor distintivo para un español que el de ser *cristiano viejo,* esto es, limpio de todo contacto con el judaísmo o el mahometismo? Pues he aquí que Sancho Panza, según lo sostiene el autor de la historia, 20, y según lo pregona el mismo escudero, 21, ostentaba con orgullo muy legítimo ese título, y no sin saber lo que el nombre representaba: «... creo firme y verdaderamente en Dios y en todo aquello que tiene y cree la Santa Iglesia católica romana». 22. Y su orientación es tan ortodoxa en estas materias, que en varias ocasiones, 23, dice rotundamente que más quiere «una tantica parte del cielo» que «la mayor ínsula del mundo»; y que más se quiere ir «Sancho al cielo que gobernador al infierno». Su convicción de que puede llegar a ser buen agente de la autoridad está en que, reconociendo que no sabe el abecé, se siente con el *Cristus* en la memoria. 24. Como corresponde a quien tales principios profesa, es caritativo y tiene compasión de los pobres. 25. Por ello consuela, enternecido, a maese Pedro ante el deshecho retablo de Gaiferos y Melisandra: «No llores ni te lamentes, que me quiebras el corazón; porque te hago saber que es mi señor don Quijote tan católico y escrupuloso cristiano, que si él cae en la cuenta de que te ha hecho algún agravio, te lo sabrá y te lo querrá pagar y satisfacer con muchas ventajas.» 26. En lo sustancial no

es codicioso. 27. Por lo que puede gritar al salir de la ínsula: «desnudo nací, desnudo me hallo», y «he gobernado como un ángel». 28. A fe que en esto y en muchos otros puntos, Sancho Panza es muy alto ejemplo de gobernante de los pasados, los presentes y los tiempos por venir. Sabe que, al aparecer el dueño, tiene que restituir el dinero hallado en Sierra Morena. 29. Espontáneamente hace saber a don Quijote que el mayordomo del duque le dió una bolsilla con doscientos escudos de oro para «suplir los menesteres del camino». 30. Tampoco es quebrantador del octavo mandamiento, como lo garantiza el hidalgo: «... que sé yo bien de la bondad e inocencia deste desdichado, que no sabe levantar testimonios a nadie». 31. Es de conciencia rígida, como nos lo hace ver al aceptar la embajada que le da su amo para Dulcinea en Sierra Morena: «... para que pueda jurar sin cargo de conciencia que le he visto hacer locuras, será bien que vea siquiera una». 32. Queda tranquilo cuando se entera de que su mujer le ha enviado un presente a la duquesa, porque establece que ello fué cuando él ya era gobernador, y, por tanto, a la «dádiva no se le puede dar nombre de cohecho». 33. Tan penetrado de su credo religioso está, que, siendo un elemental hombre del pueblo, reacciona frente a los agüeros, encontrando el modo de desbaratarlos, contra las supersticiones del propio don Quijote. 34. Con la plenitud de la razón sintetizó así quien bien lo conocía las excelencias de su escudero: «*Sancho bueno, Sancho discreto, Sancho cristiano y Sancho sincero*». 35.

UN BUEN CIUDADANO

Como paradigma de cristiano viejo, Sancho tiene que ser buen ciudadano, y, en efecto, lo es. Ama entrañablemente la tierra nativa; cuando yace con su jumento en la sima cercana a Barataria, exclama: «... miserables de nosotros, que no ha querido nuestra corta suerte que muriésemos en nuestra patria...». 36. Y cuando regresan caballero y escudero, vencidos y acardenalados, es el segundo quien, de rodillas, deja que por las ventanas del corazón se escape el júbilo: «Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve a ti Sancho Panza, tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado.»

Es súbdito leal; desprecia el ofrecimiento de hacerse rico si acompaña al morisco Ricote a rescatar un tesoro escondido, por parecerle que «haría traición a mi rey en dar favor a sus enemigos». 37. Como ciudadano responsable, era honesto e infatigable trabajador; la primera presentación que Cervantes hace de él es como labriego. 38. Ya hemos visto que con el rucio compartía el esfuerzo de abastecer la despensa familiar. 39. Amén de la comida, ganaba dos ducados mensuales cuando servía al padre del bachiller Carrasco. 40. En la ínsula

no tuvo un momento de reposo; con igual diligencia y sabiduría ventilaba los pleitos de sus súbditos, como rondaba la ciudad y elaboraba todas aquellas medidas de indiscutible buen gobierno, que con el curso del tiempo llegaron a apellidarse *las constituciones del gran gobernador Sancho Panza*. 41.

Un cuidadoso jefe de hogar

Quien es buen cristiano y buen patriota debe ser, como natural consecuencia, tan buen jefe de hogar como el noble escudero.

Veamos primero la calidad de su amor por su oíslo: «... Mi Teresa Panza, a quien quiero más que a las pestañas de mis ojos». 42. Llora cuando recibe cartas de ella. 43. Lo entristece el tener que apartarse de Teresa y de sus hijos. 44. Ya sé que se puede replicar que alguna vez Sancho habló de casarse con una doncella de la infanta heredera con que se iba a casar el caballero andante. 45. Y que otra, ante las impertinencias amorosas de Altisidora con el hidalgo, se descose con estos alardes: «Mándote yo, pobre doncella; mándote, digo, malaventura, pues las has habido con una alma de esparto y con un corazón de encina. ¡A fe que si las hubieras conmigo, que otro gallo te cantara!» 46. Objeciones a las que no es difícil redargüir: por el tono de la respuesta de don Quijote en el primer caso, bien se ve que el escudero bromeaba, y cuando parece que lo toma en serio, 47, parte de la base de que, al unirse con la tal doncella, ya será viudo. Y en cuanto a la descocada Altisidora, es claro que se trata de un alarde simplemente burlesco. Su natural nos lo revela él mismo plenamente cuando tacha a Rocinante, del que afirma: «... Le tenía por persona casta y tan pacífica como yo.» 48. En verdad, a todo lo largo de la novela no se le pesca desliz alguno de infidelidad conyugal, pese a los excesivos y lenguaraces celos de Teresa. Sin miedo a ser desmentido, se expresó así, cuando proyectaban él y el caballero cambiar la vida de aventuras por la pastoril: «No pienso ponerle otro alguno (nombre), sino el de *Teresona,* que le vendrá bien con su gordura y con el propio que tiene, pues se llama Teresa; y más, que celebrándola yo en mis versos, vengo a descubrir mis castos deseos, pues no ando a buscar pan de trastrigo por las casas ajenas.» 49.

Ya hemos visto cómo se enorgullece de sus hijos ante su compadre Tomé Cecial y cómo se entristece al pensar en que va a separarse de ellos. Tan pronto es nombrado gobernador, se apresura a escribir a su mujer y a enviar un regalo a Sanchica. 50. Una constante preocupación suya es la de dar estado de calidad a Mari Sancha, a quien —cuando es gobernador— piensa en casar con el hijo de un «hidalgo principal y rico» de la ínsula. 51.

Si a pesar de sus cristianos propósitos de no apegarse al dinero, a veces lo hace casi tanto como Teresa, es sencillamente porque piensa en su hogar: «... El amor de mis hijos y de mi mujer me hace que me muestre interesado», confiesa a don Quijote cuando resuelve azotarse para desencantar a Dulcinea, siempre que se le paguen los azotes. 52. Si cuando regresa a su aldea, en la segunda salida, con su amo enjaulado, le pesa hacerlo como «mozo de caballos» y no como «gobernador o visorrey», es también por sus hijos y su mujer. 53. Al preguntarle Sansón Carrasco por los cien escudos que Sancho había encontrado en Sierra Morena, en la maleta de Cardenio, contesta: «Yo los gasté en pro de mi persona y de la de mi mujer y de mis hijos.» 54. Tales las raíces de aquellas sentencias del escudero, como la dicha en las bodas de Camacho: «Sobre un buen cimiento se puede levantar un buen edificio, y el mejor cimiento y zanja del mundo es el dinero.» 55. Y de aquellos hechos tan memorables como el que nos describe él mismo con estas palabras: «... Y para volverlos a ver (a sus hijos), ruego yo a Dios me saque de pecado mortal, que lo mesmo será si me saca de este peligroso oficio de escudero, en el cual he incurrido segunda vez, cebado y engañado de una bolsa con cien ducados que me hallé un día en el corazón de Sierra Morena, y el diablo me pone ante los ojos aquí, allí, acá no, sino acullá, un talego lleno de doblones, que me parece que a cada paso le toco con la mano, y me abrazo con él, y lo llevo a mi casa, y echo censos, y fundo rentas, y vivo como un príncipe; y el rato que en esto pienso se me hacen fáciles y llevaderos cuantos trabajos padezco con este mentecato de mi amo, de quien sé que tiene más de loco que de caballero.» 56. No, no era un achatado y enceguecido materialista, un vil cicatero, un vulgar codicioso este Sancho, férvido en la busca del bienestar de los suyos y en cultivar ensueños de generosidad y poderío.

Para cerrar este capítulo de la biografía del escudero observemos que, aunque discute con su mujer acerca de la conducción del hogar, y en ocasiones, como al tratarse del salario que debe pagarle don Quijote, le acepta los argumentos; cuando se presenta el caso de hacer sentir la autoridad del jefe de familia lo hace sin vacilaciones, pues cree que «el hombre ha de ser hombre, y la mujer, mujer; y pues yo soy hombre donde quiera, que no lo puedo negar, también lo quiero ser en mi casa, pese a quien pesare...» 57.

Otras virtudes consagradas

Bastaría el relieve de cristiano viejo, de buen ciudadano y de venerable padre de familia, dado por Cervantes con entrañable cariño a Sancho, para hacer de éste un símbolo de la cimera calidad del alma

popular de España; pero no se detiene aquí el novelista y continúa descubriéndonos atractivas vetas en esa mina inagotable, como seguiremos observando.

Y sea la primera la *fidelidad.* Como *siervo* se siente vinculado a don Quijote tan estrechamente, que sólo la muerte lo puede desatar. Veamos en qué términos responde a las objeciones de la duquesa: «Por Dios, señora, que ese escrúpulo viene con parto derecho; pero dígale vuesa merced que hable claro o como quisiere; que yo conozco que dice verdad: que si yo fuera discreto, días ha que había de haber dejado a mi amo. Pero ésta fué mi suerte y ésta mi malandanza; no puedo más; seguirle tengo; somos de un mismo lugar; he comido su pan; quiérolo bien; es agradecido; dióme sus pollinos, y, sobre todo, yo soy fiel, y así es imposible que nos pueda apartar otro suceso que el de la pala y el azadón.» 58. Por este amor está determinado a servir a don Quijote como un jumento. 59. Y cuando llega la derrota final del hidalgo se siente triste, apesarado, sin saber «qué decirse ni qué hacerse». 60. Y al adolecer mortalmente don Alonso, no se le quitaba de la cabecera. 61. Esta vinculación lo lleva a ser de una diáfana *sinceridad;* y así, al indagarle el caballero acerca de lo que dicen de él por el lugar, le responde: «Pues lo primero que digo es que el vulgo tiene a vuestra merced por grandísimo loco, y a mí, por no menos mentecato.» 62. Y la fineza de su amor así se transparenta: «Le quiero como a las telas de mi corazón, y no me amaño a dejarle por más disparates que haga.» 63. Cuando el batallador manchego está para morir, Sancho prorrumpe en uno de los más bellos gritos de afecto de que se tiene memoria, cuyo principio es como sigue: «¡Ay! —respondió llorando—. No se muera vuestra merced, señor mío, sino tome mi consejo y viva muchos años; porque la mayor locura que puede hacer un hombre en esta vida es dejarse morir, sin más ni más, sin que nadie le mate; ni otras manos le acaben que las de la melancolía.» 64. Y continúa incitando al hidalgo a la vida pastoril, a buscar a la desencantada Dulcinea; lo consuela echándose él a cuestas la responsabilidad de la derrota; y por último, con clarividencia y virilidad de español, le recuerda: «Cuanto más que vuestra merced habrá visto en sus libros de caballerías ser cosa ordinaria derribarse unos caballeros a otros, y el que es vencido hoy ser vencedor mañana.»

Bien se tenía ganado el fidelísimo escudero el elogio final de don Quijote: «Y si como estando yo loco fuí parte para darle el gobierno de la ínsula, pudiera agora, estando cuerdo, darle el de un reino, se lo diera, porque la sencillez de su condición y fidelidad de su trato lo merece.» 65. En la *amistad* no es menos leal; por ello, si se niega a acompañar a Ricote a buscar un tesoro—escondido cuando la expul-

sión de los moriscos—, no quiere faltar a los deberes del amigo en forma alguna y le da esta garantía: «Conténtate que por mí no serás descubierto, y prosigue en buena hora tu camino.» 66. Lo mismo pasa con la *gratitud,* virtud de tan raro cumplimiento en las pasadas y las presentes eras. Mucha dicha le da el saber que su mujer le envió un presente a la duquesa, porque si así no lo hubiera hecho, «quedando yo pesaroso, se mostrara ella desagradecida». 67. Y es que por casta le venía el buen corresponder a quien favores le había hecho, como, «enternecido y llenos de lágrimas los ojos», lo notificó al aceptar la escudería sin el requisito del señalamiento de salario: «No se dirá por mí, señor, el pan comido y la compañía deshecha; sí, que no vengo yo de alguna alcurnia desagradecida...» 68. Sabe practicar la difícil virtud de la *modestia,* que mantiene o debe mantener al hombre dentro de los límites de su exacto valor. Cuando el bachiller Carrasco teme que si llega a encumbrarse pueda desconocer aun a la propia madre, replica que «eso allá se ha de entender con los que nacieron en las malvas, y no con los que tienen sobre el alma cuatro dedos de enjundia de cristianos viejos como yo los tengo». 69. En este mismo capítulo sentencia como un filósofo y como un hombre práctico: «Sancho nací, Sancho pienso morir; pero si, con todo esto, de buenas a buenas, sin mucha solicitud y sin mucho riesgo, me deparase el Cielo alguna ínsula u otra cosa semejante, no soy tan necio que la desechase...» Bien veis, señores académicos, que este Sancho ni se engríe ni se apoca; ni peca por más ni por menos, pues en esto del propio mérito bien se puede uno desmedir creyéndose subido a más alta torre de la que en justicia le corresponde, o tratando a lo hipócrita de ponerse en nivel inferior al que la bien ilustrada conciencia le indica. Sancho sabe que «de todo se me alcanza un poco», 70, que, «aunque zafio y villano, todavía se me alcanza algo desto que llaman buen gobierno». 71. Por ello no se siente incapaz de probar los deleites y sinsabores del poder; en cambio, desde el primer momento conceptúa que si a su amo le da por conquistar un arzobispado, no lo podrá acompañar: «que soy casado y no sé la primera letra del abecé». 72. El conocimiento de sí mismo, según la advertencia del templo délfico, es el verdadero sustentáculo de la sabiduría, y en ello es maestro muy autorizado el escudero. En varios pasajes como aquel capítulo X, de la segunda parte, donde se cuenta su archifamoso soliloquio al ser enviado como embajador ante la emperatriz del Toboso, reconoce que a sus herraduras les faltan algunos clavos: «Este mi amo, por mil señales, he visto que es un loco de atar; y aun también yo no le quedo en zaga, pues soy más mentecato que él, pues le sirvo...»; y cuando después de ensayar una recta administración en Barataria, llega a la conclusión

de que, además de la honestidad y el buen juicio, se requieren dotes de jefe militar, declara que no nació para gobernador. 73. Y se siente fortalecido después de abandonar el asendereado mandato, porque «he ganado el haber conocido que no soy bueno para gobernar, si no es un hato de ganado, y que las riquezas que se ganan en tales gobiernos son a costa de perder el descanso y el sueño...». 74. ¡Qué catedrático tan luminoso resulta este buen hijo de Argamasilla! Y con qué frase revienta las adulaciones de los cortesanos que se empeñan en ceñirle los no alcanzados laureles bélicos: «El enemigo que yo hubiere vencido quiero que me lo claven en la frente. Yo no quiero repartir despojos de enemigos, sino pedir y suplicar a algún amigo, si es que le tengo, que me dé un trago de vino, que me seco, y me enjugue este sudor, que me hago agua.» 75. De cuánto provecho resultaría el inscribir en las casas de los que mandan algunas de estas ideas y el relato de todo estos acaeceres del sensatísimo político manchego.

Las cualidades intelectuales

Hemos venido siguiendo la penetración y delicadeza con que va Cervantes modelando moralmente a Sancho Panza; debemos ahora acompañarlo en el proceso de elaboración de la parte intelectual, no menos hábil y consagrador que el primero.

Ya cité la frase de don Miguel, según la cual su personaje tiene muy poca sal en la mollera. 76. Apreciación con que lo presenta al comienzo de la novela y que, por desgracia, ha servido a la mayor parte de los lectores y comentaristas para sintetizar las calidades del escudero sin tacha. En seguida comprobaremos cómo el autor, contra su primera intención, va haciendo salir sal a montones de aquel caletre.

No sabe Sancho leer ni escribir, aunque sí firmar, según lo confiesa él mismo a la duquesa. 77. Pero posee tan *buen natural,* «sin el cual no hay ciencia que valga», como bien opina don Quijote, 78, que el mismo caballero no tiene inconveniente, sino abundancia de razones para sostener que «dígote, Sancho, que así como tienes buen natural y discreción, pudieras tomar un púlpito en la mano e irte por ese mundo predicando lindezas». 79. Lo que expresa después de oír disertar con profundidad filosófica y galanura de estilo a su servidor acerca de la muerte, en las bodas de Camacho, o mejor, de Basilio y de Quiteria.

Ahora bien, este analfabeto de buen natural no deja de enseñarnos, desde la primera parte—que es en la que se mueve con menos gallardía—, sus *toques de erudición,* como lo hace al empezar a entretener al amo con un cuento tradicional: «Y advierta vuestra merced, señor mío, que el principio que los antiguos dieron a sus consejas no fué

así como quiera, que fué una sentencia de Catón Zonzorino, romano, que dice: Y el mal, para quien le fuere a buscar.» 80. En esa misma no tan favorable primera parte, el hidalgo, que suele abusar de los vocablos despreciativos para la mente de su siervo, se ve forzado a confesar: «Ya te tengo dicho antes de agora muchas veces, que eres muy grande hablador y que, aunque de ingenio boto, muchas veces despuntas de agudo.» 81. Eso de la mentecatería de Sancho resulta, como él mismo hubiera dicho, «cosa de viento y mentira», si se le oye con atención deducir, de la insistencia quijotil en tener por yelmo de Mambrino una bacía de barbero, el ser simple patraña cuanto el hidalgo dice acerca de sus caballerías. 82. O se le sigue el largo y bien cimentado razonamiento para concluir, cuando enjaulan al campeador, que «estas visiones que por aquí andan no son del todo católicas». 83. Y que «así va encantado mi señor don Quijote como mi madre»; o se lo acompaña cuando, ante la argumentación—con citas en latín—con que el caballero quiere demostrar que, siendo él la cabeza y Sancho parte suya, el mal del uno tiene que dolerle al otro, replica: «Así había de ser; pero cuando a mí me manteaban como a miembro, se estaba mi cabeza detrás de las bardas, mirándome volar por los aires, sin sentir dolor alguno...» 84. O se le escucha su incredulidad acerca de la eficacia de azotarse las posaderas para desencantar a Dulcinea, 85; o en torno de las muertes por causa de amor, 86. O se lo ve protestando porque quieren resucitar a Altisidora al precio de veinticuatro mamonas, doce pellizcos y seis alfilerazos en las carnes escuderiles. 87. Un imponente ejemplo de la doblegadora *lógica* de Sancho está en aquel bien planeado diálogo—ya antes citado—, de gradual desarrollo y remate digno de todo un discípulo de Platón, que sostiene con don Quijote cuando van en busca del palacio de Dulcinea para convencerlo de que la fama, cifra de las ambiciones del hidalgo, mejor se alcanza por el camino de la santidad que por el de las caballerías. 88. Qué mentecato iba a ser quien supo arrancar este elogio a don Quijote en momento de mucha seriedad: «Muy filósofo estás, Sancho; muy a lo discreto hablas; no sé quién te lo enseña.» Y eso fué cuando, al partir de Barcelona hacia la aldea nativa, pasando por el lugar del vencimiento, se contristó muy grandemente el caballero, hasta considerar que su ventura había caído ya «para jamás levantarse»; y entonces el siervo alzó muy alto el espíritu y habló como todo un miembro de la hispánica varonía: «Tan de valientes corazones es, señor mío, tener sufrimiento en las desgracias como alegría en las prosperidades; y esto lo juzgo por mí, que si cuando era gobernador estaba alegre, agora que soy escudero de a pie no estoy triste; porque he oído decir que ésta que llaman por ahí Fortuna es una mujer borracha y anto-

jadiza y, sobre todo, ciega, y así no ve lo que hace, ni sabe a quién derriba ni a quién ensalza.» 89. Una de las más salientes virtudes intelectuales de Panza es su *memoria,* de la que él hace burlas hasta el punto de decir que la tiene tan mala que a veces se le olvida cómo se llama. 90. Pero de la que da pruebas de admirable robustez a cada paso. Si cuando quiere reproducir la carta de don Quijote para Dulcinea, 91, lo que desembucha son verdaderos disparates, en lo que debe de andar metida su socarronería de buena ley; en cambio, en la aventura de los batanes saca de casillas al amo al repetir, «como por modo de fisga, y punto por punto, cuanto había dicho don Quijote cuando por vez primera oyó el estruendo de los mazos. Una vez interrumpe el discurrir de don Alonso sobre el amor de los caballeros andantes con esta observación: «Con esa manera de amor he oído yo predicar que se ha de amar a Nuestro Señor por sí solo, sin que nos mueva esperanza de gloria o temor de pena.» 92. Y otra, cuando el amo diserta sobre la vida, la muerte y la comedia, lo aplaude así: «Brava comparación, aunque no tan nueva, que yo no la haya oído muchas y diversas veces.» 93. Una de las fuentes de la sabiduría popular, en la que en ocasiones brillan hondos pensamientos y verdaderas filigranas de expresión, se encuentra en la prédica de los sacerdotes. Las citas que éstos suelen hacer, bien de la Biblia, ora de otros libros, las comparaciones y sentencias que proponen a sus feligreses, vienen a campar más tarde en cuentos, refranes y hasta en coplas. Pues bien, Sancho es uno de los que más jugo han sabido extraer a tales adoctrinamientos. A cada paso da fuerza a sus observaciones refiriéndolas a lo que ha oído en su iglesia, con lo que —y la nota va como complemento a lo dicho sobre su cristianismo— también demuestra que es fiel practicante. Y no sólo tiene en cuenta los sermones para su corriente dialogar, sino también para cumplir sus deberes de magistrado, como cuando recuerda lo dicho por el párroco de su lugar a propósito de la disputa de los dos ancianos y el báculo en Barataria. 94. Varios de sus bien sonantes y aun eruditos decires son de este cuño eclesiástico: «... y a nuestro cura he oído decir que con igual pie pisaba (la muerte) las altas torres de los reyes como las humildes chozas de los pobres». 95. Pasaje en que el escudero, sin saberlo, se acoge a Horacio. A veces hasta resulta haciendo citas en latín. 96.

Tampoco descuidó el aprender los buenos adagios de don Quijote. Cuando desata como todo un Salomón el caso del puente, la horca y el pasajero, que le propusieron los insulanos, confiesa que, al hacerlo, «se me vino a la memoria un precepto, entre otros muchos que me dió mi amo don Quijote la noche antes que viniese a ser gobernador

desta ínsula; que fué que cuando la justicia estuviese en duda, me decantase y acogiese a la misericordia». 97.

La buena memoria hace de Panza un cultivador afortunado del folclor; sus historietas, citas de romances, locuciones y sus refranes son de gran vivacidad. Sobre todo estos últimos, de los que —como él mismo dice— sabe más que un libro. 98. No tan gratuitamente le decía don Quijote: «... Toda esa gordura y esa personilla que tienes no es otra cosa que un costal lleno de refranes y de malicias...» 99.

SANCHO, AUTOR

Antes hablé de una antología del escudero, y a fe que no es difícil realizarla. Dotado de ese buen natural que tanto elogiaba don Quijote, Panza —con clara inteligencia y firme sindéresis, y memorioso como pocos— es un sujeto ideal para aprender; para que en él nazca, florezca y fructifique lozana toda sana semilla. Si, como él mismo decía, 100, «las tierras que de suyo son estériles y secas, estercolándolas y cultivándolas vienen a dar buenos frutos», ¿cómo no va a darlos terreno tan fecundo como el de este buen natural? Y no es que, según lo anotó Menéndez y Pelayo, sea sólo Sancho «un espíritu redimido y purificado del fango de la materia por don Quijote», sino que también representa el triunfo del personal esfuerzo en la extracción de enseñanzas de los diversos medios en que tiene que actuar, con lo que sus influencias proceden del hidalgo y de otras fuentes (el cura, don Diego de Miranda, los duques, etc.). El propio don Quijote así lo reconoce cuando, en casa de don Antonio Moreno, afirma que su compañero «aprendió (en la ínsula) a comer a lo melindroso», aunque agrega un rasgo de humor: «tanto, que comía con tenedor las uvas y aun los granos de la granada». 101. Con tal entusiasmo se dedica Cervantes a esmerar al escudero, que cae en la cuenta de que se le puede ir fácilmente la mano en la tarea, y advierte, al empezar el capítulo V de la segunda parte, que hay que tener por apócrifas cuantas sutilezas va Sancho a decir en esas páginas.

Bien es cierto que desde la primera, Panza revela no comunes calidades de estilista: «... Pero tiene el miedo muchos ojos y ve las cosas debajo de la tierra, cuanto más encima del cielo.» 102. «¡Oh flor de la caballería, que con sólo un garrotazo acabaste la carrera de tus bien gastados años! ¡Oh honra de tu linaje, honor y gloria de toda la Mancha, y aun de todo el mundo, el cual, faltando tú en él, quedará lleno de malhechores, sin temor de ser castigados de sus fechorías! ¡Oh liberal sobre todos los Alejandros, pues por solo ocho meses de servicio me tenían dada la mejor ínsula que el mar ciñe y rodea!» 103.

Gustemos otras lindezas escuderiles: «Señor, las tristezas no se hicieron para las bestias, sino para los hombres; pero si los hombres las sienten demasiado se vuelven bestias; vuestra merced se reporte, y vuelva en sí, y coja las riendas a Rocinante, y avive y despierte, y muestre aquella gallardía que conviene que tengan los caballeros andantes...» 104. Sus alabanzas para Quiteria así principian: «A buena fe que no viene vestida de labradora, sino de garrida palaciega.» 105. Oíd cómo se expresa cuando por vez primera se dirige a la duquesa como embajador del hidalgo: «Hermosa señora, aquel caballero que por allí se parece, llamado el Caballero de los Leones, es mi amo, y yo soy un escudero suyo, a quien llaman en su casa Sancho Panza. Este tal Caballero de los Leones, que no ha mucho que se llamaba el de la Triste Figura, envía por mí decir a vuestra grandeza sea servida de darle licencia para que, con su propósito y beneplácito y con sentimiento, él venga a poner en obra su deseo, que no es otro, según él dice y yo pienso, que de servir a vuestra encumbrada altanería y fermosura; que en dársela, vuestra señoría hará cosa que redunde en su pro, y él recibirá señaladísima merced y contento.» 106. Y cómo se lamenta en la sima en que ha caído con su pollino: «¡Ay!, y cuán no pensados sucesos suelen suceder a cada paso a los que viven en este miserable mundo! ¿Quién dijera que el que ayer se vió entronizado gobernador de una ínsula, mandando a sus sirvientes y a sus vasallos, hoy se había de ver sepultado en una sima, sin haber persona alguna que le remedie, ni criado ni vasallo que acuda en su socorro?» 107.

Pero para qué seguir, si con lo ya recordado tenemos más de un botón de fragancia y frescura seductoras.

No terminemos este apartado sin registrar en esta corporación que Sancho también tiene títulos para figurar como autoridad en cuestiones idiomáticas, ya que se vuelve purista cuando corrige a su mujer el mal uso de algún vocablo. 108. Y despunta como buen neologista cuando forma el término «baciyelmo», 109, dando a la vez muestras de muy diplomática listeza.

Don Quijote recoge su propia admiración y la de muchos otros, como los que oyeron al escudero ensartar perlas en la ínsula, cuando, tras atender a un encumbrado elogio al sueño, confiesa: «Nunca te había oído hablar, Sancho, tan elegantemente como ahora.» 110.

Sancho, cortesano

El perfeccionamiento de Panza se cumple en todos los campos. Tan cortés llega a ser, que ofrece a don Alvaro de Tarfe, a quien juzga encantado por las malas artes de Avellaneda, redimirlo al precio de

tres mil y tantos azotes «sin interés alguno». 111. Pero la más palmaria demostración de que ha dominado todos los arrequives de la más refinada cortesía la hace cuando, de rodillas ante la duquesa, así expresa su agradecimiento: «De grandes señoras, grandes mercedes se esperan; esta que la vuestra merced hoy me ha fecho no puede pagarse con menos si no es con desear verme armado caballero andante, para ocuparme todos los días de mi vida en servir a tan alta señora.» 112.

Sancho, gobernante

Cuando mejor oportunidad tiene nuestro personaje de lucir su inteligencia y los primores de su intensiva educación es en los días de Barataria. Sus sentencias en los casos del sastre y las caperuzas, de los ancianos y la cañaheja, del ganadero y la moza del partido, del jugador tramposo y el mirón, del pasajero y el puente, nos convencen de que bien podía gobernar como el mejor de los gerifaltes. Su sentido de la justicia se aguza tanto, que cuando a don Quijote y a él—al regresar de Barcelona—unos rústicos les proponen el arduo problema de la apuesta del gordo y el flaco, Sancho se precipita a resolverlo con estas razones: «Y a mí, que ha pocos días que salí de ser gobernador, y juez como todo el mundo sabe, toca averiguar estas dudas y dar parecer en todo pleito.» 113. Tan finamente se pronuncia, que se conquista esta alabanza: «Voto a tal—dijo un labrador que escuchó la sentencia de Sancho—que este señor ha hablado como un bendito y sentenciado como un canónigo.»

Cuando no es la simple desatadura del litigio lo que se necesita, sino la mano fuerte, tampoco Panza se hace esperar, como cuando es importunado por el padre del endemoniado amante de Clara Perlerina. 114. El programa de Sancho como político tendía a «favorecer a los labradores, guardar sus preeminencias a los hidalgos, premiar los virtuosos, y, sobre todo, tener respeto a la religión y a la honra de los religiosos.» 115. De cómo lo cumplió, trata el capítulo LI: intervino, como hoy se dice, en la economía de su Estado, para acabar con los revendedores, liberar la importación de vinos, regular los precios de esta bebida y del calzado, y tasar los salarios de los criados; estableció severas sanciones contra los adulteradores del vino y los cantantes de composiciones deshonestas; y tomó varias otras medidas tan buenas, que, según afirma Cervantes, «hasta hoy se guardan en aquel lugar, y se nombran *Las constituciones del gran gobernador Sancho Panza*».

Bien justificó el escudero con su actuación el concepto del duque antes de la experiencia isleña: «Con vos me entierren, Sancho, que

sabéis de todo y yo espero que seréis tal gobernador como vuestro juicio promete.» 116.

SANCHO, IMAGINATIVO

En los predios de la imaginación, no era tampoco áptero nuestro hombre. Tiene recursos para impedir que Rocinante lleve a don Quijote a combatir los batanes y para entretener a éste con cuentos que no tienen término; así como para encantar a Dulcinea convirtiéndolas, a ella y sus doncellas, en «una ascua de oro», en «mazorcas de perlas», en diamantes y rubíes, y transformando los cabellos «sueltos por las espaldas», en «tantos rayos de sol que andan jugando con el viento». 117. También sabe organizar, como el amo, su cohorte de magos que le meten inoportunos requesones en la celada quijotesca; y vuela, con el más alto vuelo, cuando se desmonta de Clavileño y, pasando más allá de donde hoy han llegado los estadounidenses y los rusos, se entretiene apacentando a las siete cabrillas. Poco le cuesta pasar de sus espaldas a los troncos la zurra concertada. Si hasta, cuando ya don Quijote no quiere vencer en otra empresa que en la de ganar el cielo con la violencia de su cordura, Panza sigue pensando en componer trovas pastoriles y en hallar «tras alguna mata, desencantada a la señora doña Dulcinea». 118. ¡Qué extraordinario poeta era este nobilísimo escudero!

SENTIDO ESTÉTICO DE SANCHO

De regreso a su aldea, después del vencimiento de Barcelona, se alojan amo y siervo en una posada, cuyas salas se adornan con pobres sargas en que están pintados algunos episodios atinentes al rapto de Helena y la pasión de Dido; y allí, mientras don Quijote piensa en cómo hubiera podido matar a Paris, hace Panza el estudio crítico de los tapices: «Yo apostaré que antes de mucho tiempo no ha de haber bodegón, venta ni mesón, ni tienda de barbero, donde no ande pintada la historia de nuestras hazañas. Pero querría yo que la pintasen manos de otro mejor pintor que el que ha pintado éstas.» 119. Creo que ni Taine, ni Camón Aznar, ni Malraux, ni Argan hubieran dejado aflorar otro deseo.

SANCHO, SOCARRÓN

A su intelectiva debe referirse la deleitosa socarronería de que sabe esmaltar sus hechos y dichos: «... bien es verdad —acepta en el capítulo VIII de la segunda parte— que soy algo malicioso, y que tengo mis ciertos asomos de bellaco; pero todo lo cubre y tapa la gran capa de

la simpleza mía, siempre natural y nunca artificiosa...» Por ello a ratos se hace el tonto y pronuncia mal algunas voces o les trastrueca el significado, y entra en digresiones que le permitan alargar el relato o suavizar la intención punzadora, como en el cuento de la pastora Torralba o del hidalgo de los Alamos de Medina del Campo; o retorna las burlas, bien ligeramente como la lluvia de superlativos con que corresponde a la de la condesa Trifaldi, o ya con un tonillo más picante, como en este pasaje acerca de sus andanzas por los mundos siderales: «Decidme, Sancho —preguntó el duque—: ¿visteis allá entre esas cabras algún cabrón? —No, señor, pero oí decir que ninguno pasaba de los cuernos de la luna.» 120.

CONTRABALANCEO DE DEFECTOS

Para la biografía completa de Sancho, don Miguel indica también algunos defectillos, aunque su mucho amor paternal lo lleva a buscar la atenuación y aun el equilibrio, y hasta la misma superación.

¿SUCIEDAD, O LIMPIEZA?

A veces Cervantes quiere hacernos creer que el escudero es un tantico descuidado en materia de pulcritud, como cuando huele, y no a ámbar, en la aventura de los batanes; o se desagua «por entrambas canales» en la venta, tras envasarse el bálsamo de Fierabrás; o se encuentra, yendo en el barco encantado, algunos piojos en la corva izquierda. Pero todos estos reparos los anula cuando respalda a Panza, frente a los criados del duque, empeñados en lavarlo: «Traigan aquí un peine, o lo que quisieren, y almohácenme estas barbas; y si sacaren dellas cosa que ofenda a la limpieza, que me trasquilen a cruces.» 121. El mismo don Quijote avala con autoridad sin par tal axioma: «Verdad es que cuando él tiene hambre, parece algo tragón, porque come a priesa y masca a dos carrillos; pero la limpieza siempre la tiene en su punto.» 122.

¿COMODÓN, O AUSTERO?

No desprecia Sancho la buena vida; su primer refrán se relaciona con el yantar: «Váyase el muerto a la sepultura y el vivo a la hogaza.» 123; en las famosas bodas alza este lema: «El rey es mi gallo; a Camacho me atengo», 124; es feliz echándose a la cara una bota repleta; suspira por cenar olla y dormir en cama, por la espuma de los calderos de Camacho, por los días apacibles en casa de don Diego de Miranda, de Basilio y de los duques; no quiere azotarse fuertemen-

te, porque «aunque rústico, mis carnes tienen más de algodón que de esparto», 125. Pero la excepción en sus aventuras es bienestar; lo corriente es una vida de privaciones: «un poco de queso, tan duro, que pueden descalabrar con ello a un gigante; a quien hacen compañía cuatro docenas de algarrobas y otras tantas de avellanas y nueces...», 126; «... mi señor don Quijote, que está delante, sabe bien que con un puño de bellotas, o de nueces, nos solemos pasar entrambos ocho días», 127; «... todo el otro tiempo he dormido en la dura tierra, al cielo abierto, sujeto a lo que dicen inclemencias del cielo, sustentándome con rajas de queso y mendrugos de pan, y bebiendo aguas, ya de arroyos, ya de fuentes: de las que encontramos por esos andurriales donde andamos.» 128.

¿Cobarde, o valeroso?

Caemos aquí en uno de los temas más delicados en toda la biografía de Sancho, sobre todo en lo que atañe a su capacidad simbólica. Aunque hay que contar excepciones como la de Madariaga, la idea general es que Panza fué un cobarde de tomo y lomo. Si lo fué, no puede ser el representante del gran pueblo español, perenne ejecutor de heroicidades. Vayamos despacio por esta indagación.

Frente a lo desconocido, Sancho no es diferente a cualquier mortal: la primera reacción es la del miedo. Como ha sido en todos los pueblos de la historia. Si hasta algunos pensadores han querido relacionar con este sentimiento el origen de las religiones, como si Dios mismo no nos hubiera revelado la verdad desde el fondo de los tiempos. Nada desdoroso hay en el escudero, sino que todo viene a ser sencillamente humano, cuando se apega al amo ante el estrépito nocturno de los incógnitos batanes, o cuando no quiere lanzarse solo por las entrañas de Sierra Morena, o se apresta para el vuelo en Clavileño o tropieza de noche con las piernas de unos ahorcados. El mismo intrépido don Quijote no las tiene todas consigo frente a la carreta de las cortes de la muerte, ante las descomunales narices del disfrazado Tomé Cecial o el sordo estruendo de la infame piara.

Frente a peligros conocidos e inminentes, como el del jabalí acosado o el tropel de toros y cabestros, Sancho más que cobarde es prudente, al resguardarse lo que más puede, como cualquier hijo de Adán.

Frente a los simples hombres, su habitual modo de ser es el que él mismo compendia así: «... yo soy pacífico, manso, sosegado y sé disi-

mular cualquier injuria, porque tengo mujer e hijos que sustentar y criar.» 129. Por ello rehuye las pendencias sin ton ni son, como en el encuentro de Carrasco y don Quijote, o en las bodas de Camacho. Pero, a fuero de cristiano, bien conoce que las leyes divinas y humanas «permiten que cada uno se defienda de quien quisiese agraviarle», 130; y así, cuando el escudero del bosque lo amenaza, se apresura a notificarle: «Contra ese corte sé yo otro, que no le va en zaga: cogeré yo un garrote, y antes que vuestra merced llegue a despertarme la cólera, haré yo dormir a garrotazos de tal suerte la suya, que no despierte si no fuere en el otro mundo.» 131.

En la práctica desentraña así su sólida teoría: rechaza enérgicamente los que juzga insultos contra su hija; en las dos riñas de la llamada venta de Agramante devuelve golpe con golpe; se encarniza peleando «mano a mano, como hombre honrado», con el cabrero de Sierra Morena; no tolera que los criados del duque le irrespeten las barbas con burlesco lavatorio; se ve forzado a derribar a don Quijote para impedir una azotaina no merecida; pide al amo la espada para vengarse de los cerdos que los han hollado; con un hacha encendida arremete contra las dueñas y criados que le clavan alfileres.

Pero lo más emocionante está cuando acude a defender a don Quijote: ya del ataque de los desalmados arrieros gallegos o yangüeses, ora del de Cardenio, bien de la acometida del cabrero. Entonces Sancho se agiganta, conduciéndose como cabal combatiente y sobre todo como el más leal de los compañeros.

Hay un caso (el de la defensa contra la agresión del barbero de la albarda y la bacía), en que Panza lucha con tal gallardía que hace llegar a la cumbre la admiración del hidalgo: «Ya estaba don Quijote delante, con mucho contento de ver cuán bien se defendía y ofendía su escudero, y túvole desde allí adelante por hombre de pro, y propuso en su corazón de armarle caballero en la primera ocasión que se le ofreciese, por parecerle que sería en él bien empleada la orden de la caballería.» 132.

En verdad, siguiendo con cuidado el pensamiento y la acción del escudero, tenemos que aceptar que en estas materias no fué ni un cobarde, ni un fanfarrón, sino llanamente un hombre, un español.

¿Prudente, o imprudente?

Si una que otra vez, como ante los vecinos del pueblo del rebuzno, o cuando el duque fuerza a don Quijote a presidir la mesa, Sancho se porta con demasiada ligereza más que con tontería o malicia; en cambio anota en su haber muchos rasgos de oportuna templanza, o de

extremada cautela, como al no osar descoser la boca hasta ver en qué paraba el enjaulamiento del amo, o cuando, para detener cualquier mala reacción del caballero ante su incredulidad acerca de las visiones de la cueva de Montesinos, se escuda a tiempo con la advertencia de que los encantadores «le encajaron en el magín o la memoria toda esa máquina que nos ha contado, y todo aquello que por contar le queda». 133.

Podría destacar otras virtudes de Sancho, mas juzgo que con la ya larga vista que he intentado extraer del inmortal relato castellano, dicho sea con perdón del insigne historiador Cide Hamete Benengeli, quedan muy bien echados los cimientos de la conclusión que ya he anunciado y que explayaré un poco adelante.

La conciencia de su valor y de su dignidad humana

Vimos que al final de la segunda parte Sancho vaticina que antes de mucho tiempo andarán por doquiera pintadas las acciones suyas y del hidalgo; también lo oímos hablar acerca de su propio valor como magistrado, en el caso del gordo y del flaco. Ya en la primera parte había sostenido: «De las mías no digo nada, pues no han de salir de los límites escuderiles; aunque sé decir que, si se usa en la caballería escribir hazañas de escuderos, que no pienso que se han de quedar las mías entre renglones.» 134. Al tratar de su modestia, tuvimos oportunidad de *conocer cuán bien arraigado tiene el conocimiento de sí* mismo.

Pero donde se encuentra con mayor hondura y claridad la conciencia de Sancho sobre su propia dignidad, que primordialmente es la de ser hombre y por lo tanto sagrario de valores eternos y de posibilidades de toda suerte de señoríos; donde rivaliza con todos los héroes que en la literatura han exaltado el ser español, es en aquellas sencillas frases con que replica a las sandeces del barbero de su aldea: «*... y debajo de ser hombre, puedo venir a ser papa, cuanto más gobernador.*» 135.

Chateaubriand, en *Los Mártires,* cuenta cómo en cierta ocasión un pagano y un cristiano encontraron en su vía a un pobre. El segundo dió a éste la capa, por lo cual el acompañante observó: «Has creído que ése era un dios. —No —respondió el otro—, he creído tan sólo que era un hombre.» Ante esta desnuda respuesta, el por muchos conceptos admirable filósofo Alain, se deshacía en loas, hasta afirmar que ese trozo era el más bello que él había leído en su vida. Aunque las sentencias de Sancho y del cristiano tienen distintos fines, lo esencial de ellas las hermana en belleza y en elevación moral.

No anduvo muy afortunado nuestro gran Suárez cuando cifró en el escudero las fallas del hombre sin carácter; en cambio, la finísima penetración crítica hizo ver a Menéndez y Pelayo que la simplicidad de Panza era «aparente y engañosa», y a Rafael Maya que «Sancho se desbasta y aquilata a medida que la novela avanza y, en la segunda parte, se puede asegurar que es el personaje central». Ya el mismo Cervantes, al comienzo de esta segunda parte, apunta que el escudero, oyendo que eran más «los sospiros y rebuznos del rucio que los relinchos del rocín», coligió que «su ventura había de sobrepujar y ponerse encima de la de su señor». 136. La duquesa tenía a Sancho «por más gracioso y por más loco que su amo; y muchos hubo en aquel tiempo que fueron deste mismo parecer». 137. El bachiller Carrasco *fué todavía más allá, pues consideró que desde la primera parte de la* narración dió pruebas Panza de tanto valer que «hay tal que precia más oíros hablar a vos que al más pintado de toda ella». 138.

Lo evidente es que en la segunda parte el más maltratado por villanos, accidentes naturales, y aun por sí mismo, ya que siempre alcanza a darse seis u ocho azotes para desencantar a Dulcinea, viene a ser Sancho; quizá por ello la humanísima ternura de don Miguel lo conduce a avivar más los colores sobre la figura escuderil que sobre la del hidalgo, en un acto de reparación de padre y de cristiano.

Y también es claro que en varios aspectos morales el siervo excede al señor. Este, en el curso de las aventuras, nunca se preocupa por la sobrina y el ama que lo cuidan; en cambio, las fatigas del otro por los suyos, como lo hemos visto, son incesantes; el primero, como desde el principio de la novela se ve, es un ocioso redomado, en tanto que el segundo anda bien metido en las duras faenas del campo; aquél deja a su suerte a Rocinante, mientras éste se desvive por el caballo y sobre todo por el rucio. Y en materia de sereno valor, episodios hay en que don Quijote —cuando el manteamiento o cuando la ira de los vecinos rebuznantes— abandona cobardemente a su fiel compañero; y varios otros, ya nombrados, en que éste se bate bravíamente en defensa del hidalgo. Tras ser irrespetados por unos puercos, el caballero se entrega al abatimiento, en tanto que la cólera lleva a Sancho a clamar venganza. Y hemos tenido oportunidad de ver cómo el rústico reacciona con varonil serenidad ante la derrota de Barcelona, y el hidalgo se deja corroer el alma por la más negra de las melancolías. No es muy sorprendente este contraste, pues en la literatura clásica de Grecia y Roma los dioses mismos a veces aparecen moralmente bajo el nivel de los mortales.

No nos presentó Cervantes en Sancho a un santo, no; pero sí a

un ejemplar español de tipo popular, de quien el mejor elogio fué hecho por el propio don Quijote—la más incontrovertible autoridad en la materia—cuando, en discusión con el canónigo de Toledo, dijo que su escudero era «el mejor hombre del mundo». 139.

1. I, XXI.
2. II, XIII.
3. II, L.
4. I, LII; II, VII; II, LXXIII.
5. I, LII.
6. I, VII.
7. II, XXII.
8. II, XXV.
9. II, V.
10. II, V.
11. II, XIII.
12. I, XXIII.
13. I, XXX.
14. II, XI.
15. II, XXIX.
16. II, XXXI.
17. II, LIII.
18. II, LV.
19. II, XII.
20. I, XX.
21. II, III.
22. II, VIII.
23. II, XXXIII; II, XLII; II, XLIII.
24. II, XLII.
25. II, XXXIII; II, LIV.
26. II, XXVI.
27. II, LIV.
28. II, LIII.
29. I, XXIII.
30. II, LVIII.
31. I, XLVI.
32. I, XXV.
33. II, LVII.
34. II, LXXIII.
35. II, XI.
36. II, LV.
37. II, LIV.
38. I, VII.
39. I, XXIII.
40. II, XXVIII.
41. II, LI.
42. II, LXX.
43. II, LVII.
44. II, V.
45. I, XXI.
46. II, LXX.
47. I, XXVI.
48. I, XV.
49. II, LXVII.
50. II, XXXVI.
51. II, XLIX.
52. II, LXXI.
53. I, XLVII.
54. II, IV.
55. II, XX.
56. II, XIII.
57. II, VII.
58. II, XXXIII.
59. II, XXVIII.
60. II, LXIV.
61. II, LXXIV.
62. II, II.
63. II, XIII.
64. II, LXXIV.
65. II, LXXIV.
66. II, LIV.
67. II, LVII.
68. II, VII.
69. II, IV.
70. II, XXX.
71. I, XXIII.
72. I, XXVI.
73. II, LIII.
74. II, LIV.
75. II, LIII.
76. I, VII.
77. II, XXXVI.
78. II, XLIII.
79. II, XX.
80. I, XX.
81. I, XXV.
82. I, XXV.
83. I, XLVII.
84. II, II.
85. II, LXVII.
86. II, LXX.
87. II, LXIX.
88. II, VIII.
89. II, LXVI.
90. I, XXV.
91. I, XXVI.
92. I, XXXI.
93. II, XII.
94. II, XLV.
95. II, XX.
96. I, XXV.
97. II, LI.
98. II, XLIII.
99. II, XLIII.
100. II, XII.
101. II, LXII.
102. I, XX.
103. I, LII.
104. II, XL.
105. II, XXI.
106. II, XXX.
107. II, LXV.
108. II, V.
109. I, XLIV.
110. II, LXVIII.
111. II, LXXIII.
112. II, XXXII.
113. II, LXVI.
114. II, XLVII.

115. II, XLIX.
116. II, XLII.
117. II, X.
118. II, LXXIV.
119. II, LXXI.
120. II, XLI.
121. II, XXXII.
122. II, LXII.
123. I, XIX.
124. II, XX.
125. II, XXXVI.
126. II, XIII.
127. II, LXII.
128. II, XXVIII.
129. I, XV.
130. I, VIII.
131. II, XIV.
132. I, XLIV.
133. II, XXIII.
134. XXI.
135. I, XLVII.
136. VIII.
137. II, XXXII.
138. II, III.
139. I, L.

Capítulo V

LA SUPREMA LECCION DE SANCHO PANZA

No es necesario ahora comprobar que las calidades que Cervantes relieva en el escudero corresponden a las de los españoles del pueblo, porque por la historia y la sociología bien conocemos que éste es y ha sido cristiano desde los días de Santiago y Pablo, patriota, laborioso, cumplidor de los deberes inherentes a estado y posición, fiel y modesto, inteligente, memorioso, imaginativo, naturalmente pacífico mas de temple heroico siempre que la defensa de su fe, de su patria y de sus fueros así lo exige, sencillo como cortés, amante del vivir alegre, pero sustancialmente dotado de una portentosa capacidad para el sacrificio, gallardo en el triunfo y fuerte en la derrota.

Resta apenas el preguntarnos por qué Cervantes nos dió en Sancho tan alto intérprete de este pueblo, ya que tan completo, gradual y cordial trabajo no puede ser sólo obra de la inconciencia del genio arrebatado por el numen, ni aun de la simple subconsciencia; sino ante todo, de una voluntad bien esclarecida y muy constante. Y así nos vemos lanzados al campo del fin perseguido por el novelista, asunto del que ya en parte tratamos al comienzo de estas notas, y del que tenemos que tratar ahora con más cautela que extensión.

Vimos que el *Quijote* se ha interpretado como enseña de desaliento, como epopeya de la vida familiar y como el poema de la raza. En los tiempos cercanos a su aparición se le juzgó como una parodia de la vida de Lope de Vega, envenenado enemigo de Cervantes, en quien algunos han visto al audaz Alonso Fernández de Avellaneda, autor del *Quijote* apócrifo; otros lo vincularon a Carlos V, con quien sin duda guarda don Alonso Quijano alguna semejanza, como la del retiro de las vanidades del mundo para entregarse a la verdad de Dios; el muy quijotesco don Miguel de Unamuno, en su *Vida de Don Quijote*

y Sancho, a cada instante está estableciendo comparaciones entre la existencia del hidalgo y la de Ignacio de Loyola, andante caballero a lo divino. El enardecido e infatigable Papini pensó en que Cervantes hizo una terrible sátira contra la sociedad de su época, y que para soslayar represalias, acudió al encubrimiento; y así, cuando el hidalgo ve castellanos en los venteros, y damas de pro en mozas del partido, está don Miguel diciéndonos que los nobles de entonces no valían más que esas míseras criaturas. Algo por el estilo guió al encumbrado maestro Ortega y Gasset, para quien Cervantes en las *Novelas ejemplares* ante el catolicismo fué tan hipócrita como Descartes y Galileo. Y varios otros han seguido esta senda del disfraz, en la que uno de los que últimamente han aparecido es José de Benito, quien pretende rasgar los misterios de la novela a base de descubrimientos anagramáticos.

Un personaje del ya citado libro de José Larraz sostiene que «en el Quijote lo que verdaderamente hay es la intención de ponderar el buen sentido gubernativo de Sancho, de las clases bajas, alzaprimándolo sobre el de los hidalgos y caballeros, y, de consiguiente, defendiendo eficazmente la democracia». Resuenan en este concepto las ideas de Adolfo Saldías, para quien don Quijote es el aristócrata conservador, y Sancho el demócrata independiente. Contra esta interpretación, en la que mucho ha tenido que ver el italiano de Lollis con su *Cervantes reaccionario,* se yergue la que, según el recuento de Madariaga, confunde al caballero con los términos «liberalismo-izquierdas», y al escudero con los de «reacción-derechas».

El fin que se propuso Cervantes al comienzo fué el de desacreditar los libros de caballerías; pero, según ya se ha indicado, al correr de la pluma se fueron ensanchando los horizontes, algo así como, al paso del Cid, se dilataron los dominios de Castilla. Por cierto que el objetivo de acabar con esos estrambóticos relatos, pese a cuanto la mayoría de los comentaristas proclama, no fué logrado, porque las narraciones novelescas en que se atropellan las reglas de la verosimilitud, tenazmente defendidas por don Miguel, siguieron y siguen en nuestros días tan pujantes como en los tiempos de Amadís y de Esplandián. Ya Menéndez y Pelayo encontraba estas extravagancias en las novelas seudohistóricas de Dumas, «libros de caballerías adobados a la moderna», y juzgaba a Walter Scott como el auténtico descendiente de los autores de aquellas páginas caballerescas. Madariaga descubre que en las aventuras del *oeste americano* reviven hoy las hazañas de Amadís. Y nosotros podemos ampliar la enumeración con esos personajes que están desnatando los sesos a los chicos y a muchos grandes de nuestros contemporáneos, como el Ratón Miguelito, el Pato Donald, el Superhombre y toda esa caterva que puebla las revistas ilustradas de aventu-

ras. Y hemos dejado de nombrar a Julio Verne y Emilio Salgari, así como a Agata Christie, Simenon y otros autores cuyos héroes propiamente no van a la zaga de todas estas fantasías, ridículamente infantiles para muchos y admirablemente aliviadoras para alguno. ¿No fué Goethe quien dijo que la muerte encuentra que el hombre maduro es niño todavía?

La experiencia está confirmando la idea de Unamuno, según la cual en el Quijote debe imperar la —para la Biblia— inaceptable tesis del libre examen: que cada lector saque de las visiones cervantinas la enseñanza que mejor le plazca. Lo que viene a corresponder al conciliador pensamiento del hidalgo: «... y así eso que a ti parece bacía de barbero, me parece a mí el yelmo de Mambrino y a otro le parecerá otra cosa.» 1.

No es guiado por esta galopante libertad como voy a exponeros mi parecer. No quiero violentar ningún límite; me reduzco a contaros lo que he creído ver que se desprende con naturalidd del *Quijote:* no me atrevería a sugerir que ello corresponde precisamente a las intenciones de don Miguel, sino a pensar que no va al menos contra la sustancia de su empeño.

Para mí, Sancho Panza es el símbolo del pueblo español, con todas sus estelares virtudes históricas y sus humanísimos defectos. Su personalidad, como es lógico suponerlo, se atavía con algunas calidades del mundo que la circunda; pero no perece en él, sino que se sostiene, dilata y glorifica con su avasallante fuerza sustancial. No puede entenderse la tesis, hoy tan en boga, de la sanchificación de don Alonso y la quijotización de Panza, como el desdibujamiento de cada individualidad; no hay base racional para defender el «hombre único» de Van Doren; ni para convenir con Larraz que Cervantes se equivocó al dar remate a su novela, ya que lo ejemplar era que don Quijote se sanchificara y se convirtiera en buen gobernador de un dominio de los duques; ni para doblegarse ante la sublime suposición de Unamuno, según la cual «Cuando tu fiel Sancho, noble Caballero, monte en tu Rocinante, revestido de tus armas y enbrazando tu lanza, entonces resucitarás en él, y entonces se realizará tu ensueño».

No; don Alonso, por más que amengüe su locura, seguirá siendo don Quijote, cuyo ideal no desaparece al final de su biografía, sino que se convierte de terreno en celestial; y Sancho, por más que aprenda como el mejor de los discípulos de todas las universidades de los libros y de la vida, continuará como símbolo perfecto del pueblo de cuyas entrañas brotó.

Ahora bien, la misión de don Quijote es la de conducir; la de Sancho, la de seguir fielmente al conductor. Si el jefe asiste con oportunos

consejos a su súbdito, éste es capaz de administrar justicia como el mejor de los gobernantes en Barataria. Si lo precipita en aventuras de altos fines y de vedados medios, lo lleva hasta el delito de desatar a Ginés de Pasamonte. Si lo estimula a la quimera, por más piadosa que se ofrezca, lo hará caer en el ridículo de desencantar a Dulcinea o de resucitar a Altisidora. El pueblo español tiene vitalidad para todo; pero no puede conducirse por sí mismo. El fracaso de Panza en la ínsula no obedece a falta de honradez, de inteligencia o de actividad; se debe a que su amo no lo adoctrinó para la guerra, para el caso de una invasión de desaforados enemigos. Si don Quijote hubiera estado con su llameante lanza y su inabatible escudo al lado del sagaz y honesto gobernador, nadie hubiera turbado la dulce paz de Barataria. Sancho lo aprende todo, menos lo que no le enseñan.

Así, pues, la lección final del *Quijote* parece ser la de que el gran pueblo de España puede realizar las más difíciles y gloriosas empresas, si a su cabeza tiene un conductor que sepa aprovechar para el bien ese singular material de nobleza y valentía.

Don Quijote recobra el juicio; renuncia, como Carlos V, a la farándula mundana y se entrega al ideal de la eternidad. Pero queda Sancho, resuelto a todo, a asumir la responsabilidad de la derrota por haber cinchado mal a Rocinante, a desencantar princesas y a conquistar imperios, con la condición de que el caudillo no se deje matar por las manos de la melancolía, sino que se levante y empuñe de nuevo la espada de la fe y de la esperanza.

Esta es la historia de España. De pronto vienen etapas sombrías en que reviven las voces honradas de los burgaleses al paso del Cid, rumbo al destierro:

¡Dios, qué buen vassallo, si oviesse buen señor!

Y de pronto el mundo se siente más grande, más rico y más iluminado, porque el armonioso enlace de un gran jefe con el pueblo de España le está enseñando que la Gloria ha vuelto a hacer suyos los estandartes de Granada, de Lepanto y de América.

Lucio Pabón Núñez
Senado de la República
Bogotá (Colombia)



BRUJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas

DELMIRA AGUSTINI Y ALFONSINA STORNI: DOS DESTINOS TRAGICOS

Entre otras muchas circunstancias, existe la de su muerte como corroboración absoluta del evidente paralelismo que hay en la tragedia de estas dos mujeres. Ahora, al cumplirse el veinticinco aniversario del suicidio de Alfonsina, aquel suicidio que dió lugar a tan bella leyenda, y hallarnos casi en vísperas del cincuentenario de la dramática muerte de Delmira, sus nombres vuelven a nuestra memoria cargados de muchos sucesos, pequeños y grandes, que dejan constancia de las analogías que los unen.

Nos encontramos ante dos criaturas marcadas por el signo de una tragedia que parte de una realidad común: su erotismo. Bien es verdad que en cada una de ellas se manifiesta de un modo diferente. En Delmira es casi una entelequia. Yo diría que una consecuencia más literaria que biológica. En Alfonsina, en cambio, es una manifestación de su vitalidad, de sus ansias de vida. He aquí la diferencia: Alfonsina se rodea de seres vivos; Delmira, de fantasmas. Alfonsina vive en un mundo real, de hechos concretos, apurados a veces hasta las últimas consecuencias; Delmira se desenvuelve dentro de sus propios sueños. Es el suyo un mundo onírico donde los espectros sustituyen a los hombres, donde sus enfermizos impulsos se resuelven en una histeria que habrá de ser tal vez el motivo de su muerte.

Mucho se ha escrito sobre Delmira Agustini desde el día, allá por 1907, en que tuvo lugar la aparición de su primera entrega poética, aquella que tituló *El libro blanco.* Este libro produjo un movimiento de asombro que recorrió como un escalofrío los círculos literarios de Montevideo. Si tenemos en cuenta que su autora tenía apenas veinte años, comprenderemos la sorpresa con que el público lector y aun los intelectuales acogieron sus versos no sólo por los valores estéticos y literarios que descubrían, sino también por el evidente signo erótico, ya fácilmente perceptible a través de unos poemas que emergían con cierta dificultad entre las frondas del modernismo, arrastrando consigo claras reminiscencias rubenianas.

Pese a sus lastres, al descuido de su léxico, a sus graves caídas expresivas, la poesía de Delmira era casi un milagro de intuición poética;

una voz misteriosa y profunda cuyo acento filosófico fué, sin duda, el mayor motivo de sorpresa, máxime cuando se sabía que Delmira desconocía la filosofía didáctica. Se sabía también que la autora de *El libro blanco* no poseía más estudios que las enseñanzas de su madre, dama cultísima, aprendidas dentro del ámbito hogareño; que no había frecuentado, por tanto, ningún centro de estudios. Esto parecía casi inconcebible para los intelectuales del momento, que tenían puestos los ojos en la Universidad como única cantera de valores. Y, sin embargo, no tuvieron más remedio que aceptar aquella realidad poética, según su criterio, al margen de la legalidad intelectual, que apuntaba luminosamente en *El libro blanco* y se consolidaba, tres años más tarde, en *Cantos de la mañana.* Con este segundo libro, Delmira ofreció no sólo una poesía más hecha, más depurada y personal, sino también el lírico testimonio del ancho y terrible panorama de sus alucinaciones, aquellas que habían de definirla como a una poetisa erótica. Definición que más tarde fué revalidada por el tercero de sus libros, *Los cálices vacíos,* y por un cuarto grupo de poemas, publicado después de su muerte, con el título de *El rosario de Eros.*

La aparición de cada uno de sus libros fué saludada con un movimiento de sorpresa y también de escándalo. Era difícil aceptar, en el Montevideo de primeros de siglo, aquel lenguaje desnudo, apasionado, audaz, con que la poetisa descubría el insólito mundo de sus sueños. Y era más difícil aún comprender el que una mujer, casi una adolescente, fuese capaz de experimentar y exteriorizar todo cuanto en sus poemas se exponía.

Se ha presentado a Delmira Agustini como a una criatura atormentada desde la niñez por visiones que la arrastraban hacia los abismos del sueño, arrancándola de su propia realidad humana, desligándola de su contorno vital para conducirla a través de una fronda onírica y erótica, convirtiéndola en una amante sonámbula capaz, por la fuerza de su intuición, de cantar lo que necesariamente debía hurtarse a su inexperiencia.

Se ha querido también —especialmente aquellos que quisieron hacer de Delmira un mito y preservarla de conclusiones más reveladoras— situar a la poetisa en un ángulo simbólico que podría cambiar en una actitud mística lo que a simple vista parece erotismo.

Cualquiera de estas dos versiones, consideradas al pie de la letra, sobrepasa los propios límites de Delmira. Es muy difícil, en todo caso, creer en alguna de estas versiones tras haber leído su sorprendente poema «El cisne», que más bien nos da testimonio de una sensibilidad enfermiza, obsesa, que de una actitud metafísica o mística. Porque el cisne del poema no es, como en el mito de Leda, la transformación

a que el amado se somete para llegar a ella, sino el simple motivo en el que la imaginación de Delmira se apoya para dar rienda suelta a su erotismo.

Recordemos aquel fragmento:

El ave, cándida y grave
tiene un maléfico encanto;
—clavel vestido de lirio
trasciende a llama y milagro...—
sus alas blancas me turban
como dos cálidos brazos;
ningunos labios ardieron
como su pico en mis manos;
ninguna testa ha caído
tan lánguida en mi regazo;
ninguna carne tan viva
he padecido o gozado...

Acaso no haya que penetrar en ningún territorio metafísico ni simbólico para desentrañar el misterio de su poesía, sino, sencillamente, remitirnos a una realidad menos compleja, más acorde con los motivos humanos que determinan a los seres. No quiero con esto aceptar del todo esa tercera versión de una Delmira que actuó bajo el imperativo de un temperamento ardiente, que transforma su poesía en una mera consecuencia de sus obsesiones eróticas. Hay que aceptar, sin embargo, la existencia de ese temperamento. Aceptarlo en la misma medida que ella nos lo descubre a través de esa confesión que son sus versos. Producto de ese temperamento, de esa sensibilidad exacerbada, de sus lecturas —sabemos que había leído con verdadera fruición a los escritores más amargos y decadentes—, producto de todo esto y de sus insomnios —ella misma confiesa en una carta escrita a Rubén Darío que el sueño le había sido negado desde siempre—, producto de tantas cosas puede ser ese mundo denso, irrespirable, que Delmira compartió con sus fantasmas. Poco a poco, de sus largas horas nocturnas, de sus prietos y melancólicos silencios, de sus ensueños, fué surgiendo una extraña mitología de la que ella fué como una diosa predestinada al sacrificio. La realidad y el sueño se encuentran y combaten por esa diosa bella y torturada que ya no sabe delimitar sus propias sensaciones, que no sabe distinguir la frontera donde esa realidad concluye y ese sueño empieza. Y así la vemos debatirse dentro de un terreno falso, sin más apoyatura que sus ideales estéticos, sin más verdad que la que ella misma se inventa para no perecer en el fracaso.

No tenemos ninguna noticia de que sus poemas tuviesen un destinatario real. Es más, en casi ninguno de ellos tiene cabida el amor

como sentimiento. Delmira canta únicamente la vertiente pagana del amor. Sublimiza el deseo al trasmutarlo en alta materia poética, en puro anhelo estético, en una suprema actitud de belleza: en literatura al fin. He aquí una prueba: el soneto «Otra estirpe»:

Eros, yo quiero guiarte, Padre ciego...
pido a tus manos todopoderosas
¡su cuerpo excelso derramado en fuego
sobre mi cuerpo desmayado en rosas!

La eléctrica corola que hoy despliego
brinda el nectario de un jardín de esposas;
para sus buitres en mi carne entrego
todo un enjambre de palomas rosas.

Da a las dos sierpes de tu abrazo, crueles,
mi gran tallo febril... Absintio, mieles,
viérteme de sus venas, de su boca...

Así tendida, soy un surco ardiente
donde puede nutrirse la corriente
de otra Estirpe, sublimemente loca.

Algo hay en este soneto que nos previene. Algo que nos advierte que tiene más de especulación literaria que de auténtico desgarro. Algo que nos descubre más letra que sangre. Y, sin embargo, nos coge, nos arrastra con toda la fuerza de esa voz dramática capaz de inventar el amante ideal que se debate entre la realidad y el sueño, que no es un espíritu ni un hombre, sino sencillamente un dios con facultades humanas. Ser mitológico que nunca cobrará más realidad que la que su autora le atribuye. Porque, por extraordinaria que sea, la imaginación de la poetisa no es más que un profundo y doloroso fracaso, útero y tumba de sus ensueños. En ella los vemos nacer y morir dentro de la frustración más absoluta. Y es este fracaso que resume y anula su feminidad, y esa consunción de posibilidades, lo que en la voz de Delmira nos conmueve. Como Prometeo, el amante quimérico lucha inútilmente para liberarse de sus cadenas. Ella lo siente dentro de sí, sublimizado por el alto vuelo de su inspiración erótica y cada vez más imposible para su estricta naturaleza de mujer. Sabe que ha rebasado ya los límites de la carne, que ha superado la fuerza oscura, destructora, del deseo para trascender a una suprarrealidad que nada tiene que ver con la inmediata evidencia de sus sentidos. Su erotismo es ya sobrehumano; su deseo, una llama que se conmueve sin consumarse; su carne, la vasta extensión de su desmedido fracaso.

Delmira —criatura hecha de contradicciones y de esperanzas— puso también su amor —o quién sabe si fueron sólo sus ansias de amor—

en hombres de carne y hueso. Un noviazgo frustrado a los veinte años la llevó a la enfermedad, al desequilibrio nervioso, superado gracias al cariño y a la solicitud de sus padres, que sintieron por ella una apasionada veneración. Se dice que más tarde estuvo enamorada del poeta Manuel Ugarte, que no correspondió a su afecto. Y, finalmente, surge la trágica historia de sus amores con Enrique Reyes, el que fué su esposo por tan breve tiempo y fiel y definitivo compañero en la muerte.

Resulta curioso observar cómo la poetisa atormentada y trágica, aquel ser lleno de complicación y misterio, nada tiene en común con aquella Delmira enamorada de Enrique Reyes. He leído con apasionada atención aquellas deliciosas cartas que la poetisa escribió durante los años de noviazgo. Son, en su mayoría, breves, llenas de ternura y sencillez, exentas de toda literatura, en las que es del todo imposible identificar a la autora de *Los cálices vacíos*. Hay en esas cartas testimonios amorosos, trivialidades, pequeños problemas, riñas, reconciliaciones. Todo ese mundo tierno, ingenuo y conmovedor que puede descubrirse en las cartas de una muchacha enamorada. Nada tienen que ver tampoco esas cartas con las que escribió, por ejemplo, a Rubén Darío. En estas últimas sí que encontramos a la Delmira Agustini que el mundo conoce a través de sus versos. Allí está su atmósfera angustiada, sus crisis más abiertamente histéricas, frases cargadas de sentido, de rendida y apasionada entrega, por las que el gran poeta del modernismo debió sentir, sintió sin duda, cierta incomodidad... ¿Amó Delmira a Rubén Darío? ¿Vió acaso en él a ese ser mítico, hombre o símbolo de sus anhelaciones? En una de esas cartas habla de su próxima boda con un escepticismo impropio en una mujer que va al matrimonio con amor. «He resuelto —dice— arrojarme al abismo medroso del casamiento. No sé; tal vez en el fondo me espera la felicidad. ¡La vida es tan rara!»

Si repasamos toda esta sucesión de posturas distintas y contradictorias llegaremos a la conclusión de que Delmira se definió en dos vertientes: aquella de su poesía, apoyada en una base irreal, estrictamente literaria, como lo fueron su erotismo y sus torturas, y aquella otra que nos muestra una Delmira ingenua, afectuosa y dulce que acabó siendo víctima de sus propias alucinaciones. Porque lo que sí es evidente es que la Delmira auténtica fué absorbida por la Delmira literaria; que la verdadera tragedia de esta mujer fué la de dejarse arrastrar por sus quimeras. Tan absoluta fué esta fusión, que nos resulta imposible separar a la Delmira real de la falsa. Tan profundo se nos ofrece este misterio, que apenas si podemos sacar de él otra cosa que conjeturas. Ella murió llevándose el secreto de su vida y el motivo de su muerte.

Se ha querido presentar a Enrique Reyes como un ser brutal que actuó impelido por sus impulsos elementales. No es cierto. El era un hombre enamorado, sano de espíritu y dueño de una sensibilidad poco común. Lo prueba el hecho de haber amado a la criatura extraordinaria que tomó por esposa. No me parece lícito presentar a Reyes como el verdugo cuando fué, en realidad, la auténtica víctima, esa víctima que la tragedia necesita para alcanzar toda su dimensión. El ser arrollado por las fuerzas oscuras, ante las cuales toda defensa es inútil. ¿Hasta qué punto podemos hacerle responsable de la muerte de Delmira y de la suya propia? ¿Por qué no pensar que fué tan sólo la mano designada para llevar a cabo el sacrificio? Lo que define a la tragedia es lo inexorable de los caminos que conducen a ella. Es esa concatenación de circunstancias cuyo desenlace escapa a la voluntad de los hombres. Delmira llevaba dentro de sí los gérmenes de la tragedia y arrastró consigo al ser que más la había amado.

Van a cumplirse ahora, el día 6 de julio, los cincuenta años de su muerte. Los cuerpos de Delmira y Enrique fueron encontrados exánimes en la alcoba donde tenían lugar sus entrevistas durante los trámites del divorcio y aun después de divorciados. Su matrimonio había durado veintiún días. ¿Qué pudo suceder para que vieran en apenas unos días la vertiginosa caída de sus sueños? ¿Cómo es posible en tan poco tiempo consumir tantas esperanzas? ¿Quiso Delmira llevar hasta la alcoba nupcial sus vivencias líricas, el lastre de sus alucinaciones eróticas? ¿Fué la realidad del amor un choque demasiado violento, un contraste demasiado brutal con sus oníricas experiencias? Y de ser así, ¿cómo comprender que aun en la ilegalidad, tras el divorcio que ella misma impuso, continuaran sus entrevistas?

Quede para ellos la más profunda verdad. Aceptemos nosotros el misterio como un agua oscura, inviolable, que se cierra sobre la vida y la muerte de Delmira Agustini, fielmente representada en estos versos:

Yo muero extrañamente... no me mata la vida,
no me mata la muerte, no me mata el amor;
muero de un pensamiento mudo como una herida...
¿No habéis sentido nunca el extraño dolor

de un pensamiento inmenso que se arraiga en la vida
devorando alma y carne y no alcanza a dar flor?
¿Nunca llevasteis dentro una estrella dormida
que os abrasaba enteros y no daba fulgor?

Dos años después de la muerte de Delmira aparece, en Buenos Aires, el primer libro de Alfonsina Storni, *La inquietud del rosal*, que produce más asombro que admiración.

En el panorama de las letras argentinas habían surgido ya infinidad de nombres de mujer. Desde Manuelita Rosas, la hija del dictador, que durante el gobierno de su padre fué centro de la intelectualidad federal, hasta Alfonsina Storni hay un largo camino jalonado de voces femeninas, pero casi ninguna de ellas ofrece más valor que el de la mera referencia histórica, a excepción de Edelina Soto y Calvo, la más inmediata antecesora de Alfonsina.

Los acontecimientos políticos y sociales por los que el país atravesó durante muchos años, todos los que van desde las invasiones inglesas de 1806, hasta la caída de Rosas en 1852, pasando por las guerras de la independencia, dieron como resultado una literatura erizada de rebeldías. No olvidemos que de estos acontecimientos surge la auténtica literatura nacional. La que había de respaldar más tarde a la poetisa que vamos a recordar. Porque yo diría que Alfonsina Storni fué como un compendio de todas las legítimas rebeldías del país que la acogió desde los primeros años de su vida.

Surge su voz de uno de los últimos estratos sociales y trae consigo reminiscencias neoclásicas, románticas y modernistas, con el consiguiente lastre de influencias. No obstante, adquiere muy pronto un acento propio, independiente y rebelde, que asombra al público lector. Alfonsina es, sin duda, algo nuevo, sin apoyatura ni referencia alguna en la anterior poesía femenina argentina, a excepción de su veta feminista, aquella que afloraría más tarde y cuya precursora fué Juana Manso. Sus antecedentes estilísticos habría que ir a buscarlos, hilando muy fino, en Amado Nervo y Delmira Agustini. Su espíritu rebelde puede ser una herencia de los primeros poetas argentinos, tales como Vicente López y Planes, Juan Cruz Varela, o del uruguayo Bartolomé Hidalgo, primer poeta de actitud gauchesca. Y también del grupo romántico que les siguió. Aquel movimiento que tuvo en la Argentina una especial repercusión y que es de por sí un espléndido tema histórico.

Para comprender a Alfonsina es preciso situarse no sólo en la Argentina del primer cuarto de nuestro siglo, en ese momento de transición en que rompe las viejas ataduras patriarcales para incorporarse a la vida moderna, sino también en el cuenco de la difícil existencia de la poetisa, que imprimió en sus versos un matiz autobiográfico, aunque en muchas ocasiones no responden exactamente a su propia biografía.

Hija de emigrantes, emigrante ella también, tuvo que enfrentarse desde muy niña con todas las dificultades de una vida azarosa, repleta de adversidades económicas y familiares. Desde muy pronto se vió obligada a abandonar la escuela y a trabajar para colaborar al sostenimiento de un hogar triste y pobre. Más tarde, cumplidos apenas los

catorce años, se incorporó como actriz en la compañía del actor español José Tallaví, con el que recorrió toda la Argentina. De esta experiencia sacó como provecho el conocer las obras más importantes del teatro clásico y moderno. Finalmente pudo ingresar de nuevo en la escuela de Coronda, Santa Fe, y cabar su carrera de maestra. Para ayudarse a costear sus estudios cantaba secretamente en un local de barrio y, posiblemente, de escasa reputación. Un día fueron descubiertas sus escapadas y la maledicencia la puso, por primera vez, al borde del suicidio.

Su inclinación a las letras arranca del día en que robó un libro para aprender a leer. Sus primeros versos se dejan arrastrar por las últimas reminiscencias de un romanticismo decadente, y hablan de muerte —de su muerte—, de cementerios, de soledad. Estos versos, caídos en manos de su madre, le proporcionan muchas bofetadas que, según expresión de la poetisa, le eran propinadas para demostrarle que la vida es dulce.

Acaso por estas circunstancias la poesía de Alfonsina, al contrario que la de Delmira, no constituye en ningún momento una evasión de la realidad, sino la realidad misma. Nunca alcanza a deshacerse de su propio contorno para remontarse a esferas más altas, sino que, hostigada por todos los problemas, los asume y los canta a ras de tierra, en continua lucha, en eterna y lacerante rebeldía. Rebeldía contra todo lo establecido, contra las conveniencias sociales, contra la injusticia que constantemente la acecha. El valor fundamental de su poesía está en haberse hecho eco de las inquietudes de su generación, especialmente cuando toma partido en el proceso de la emancipación femenina. Y acaso lo más sorprendente sea, en Alfonsina, ese afán de ennoblecer cuanto a su paso encuentra: temas y vocablos que parecían inabordables se incorporan a su poética con un rango espiritual un tanto inesperado en aquellos momentos en que en Sudamérica la poesía vibraba casi exclusivamente al son de las músicas rubenianas.

También, a diferencia de Delmira, la poesía de Alfonsina no se limita a una única temática, sino que, por lo contrario, se define en varias vertientes: la erótica o amorosa, la feminista y la que yo llamaría de actitud social. Pero sea cual sea el ángulo donde nos situemos, la característica más acentuada en la obra de Alfonsina será siempre la disconformidad. Disconformidad es su feminismo, su posición frente a la sociedad, su maternidad al margen de la ley. Disconformidad es aquel su último gesto perpetrado en la madrugada del día 25 de octubre de 1938. Y pese a las diversas temáticas de su poesía, es evidente que su argumento fundamental fué el amor. Y éste es el aspecto que hoy nos interesa.

¿Qué fué el amor para Alfonsina? Una fuerza oscura que la arras-

tra, una constante tortura que deshace sus nervios, que destroza su vida. He aquí el vértice donde su tragedia y la de Delmira convergen. Sólo que si Delmira busca el amor a través del deseo, Alfonsina necesita suprimir el deseo para encontrar el amor. No puede pasarnos desapercibida la profunda ternura que se oculta tras el erotismo de sus versos. Por esa actitud de permanente ofrenda podemos llegar al alma de la poetisa, donde se acumulan intuiciones y sueños en su más alta expresión espiritual. Hemos de aceptar, sin embargo, la manifestación pasional del amor que la empujó repetidas veces al fracaso, que la condujo a través de sus sueños donde el instinto le tendía a cada paso sus trampas sutiles. El amor fué para Alfonsina una constante actitud de entrega, y en esa entrega radicaba la limpieza suma. Aceptó con absoluta naturalidad—yo diría mejor con absoluto sometimiento—la condición pagana del amor y buscó la redención en el mismo pecado. Conmueve en Alfonsina esta dolorosa claudicación, de la que más tarde nos hablará con una amargura que desemboca en el sarcasmo. Conmueve porque a través de esa claudicación percibimos un desesperado deseo del amor que no llegó nunca. No fué amada. El hombre se limitó a aprovechar para sí el profundo drama de la poetisa y no supo discernir entre su temperamento y su esperanza. Y ella, rebelde, irracional en muchos momentos, apremiada por sus propias ansias, urgida por su soledad, cambia en desenfado su tristeza, en ironía su ternura, en cinismo su desesperación.

En su libro *El dulce daño*, publicado en 1918, se nos muestra con todo el impudor y la grandeza de sus pasiones. Su poesía es un reflejo fiel y dolorido de la constante y tempestuosa lucha que tiene lugar dentro de sí. A través de sus versos la vemos buscar el amor con urgencia, con precipitación, arrojarse ciegamente a la aventura y regresar desesperanzada, cada vez más consciente de su destino de ave de paso para el hombre que no sabe adivinar el inmenso caudal que ella le ofrece. Y la vemos también rebelarse contra la fuerza de su temperamento, que la conduce inexorablemente a la claudicación y al fracaso. Recordemos un fragmento del soneto «El divino amor»:

Mira que estoy de pie sobre los leños
que a veces bastan unos pocos sueños
para encender la llama que me pierde.
Sálvame, amor, y con tus manos puras
trueca este fuego en límpidas dulzuras
y haz de mis leños una rama verde.

Es, a mi juicio, este soneto, casi plegaria, uno de los poemas que mejor expresan la tragedia de Alfonsina. Hay en él un deseo de libe-

rarse de su triste destino. Y es este mismo deseo el que la conduce hacia nuevos intentos con el afán de buscar diferentes perspectivas. La soledad le resulta intolerable y busca empecinadamente la suprema razón de su vida.

En cada uno de sus fracasos ha soñado al hombre generoso capaz de llevarla de la mano. Si Alfonsina hubiese encontrado a ese hombre, el panorama de su existencia hubiera sido muy diferente. Cuando una mujer de su temperamento y de su espiritualidad ve colmadas sus ansias, no precisa más horizontes. Alfonsina fué víctima de su feminidad, de su desesperado afán de darse entera y definitiva. Sufrió la humillación de verse desdeñada y renunció al compañero en el que su amarga sed hubiera podido sosegarse. Amó siempre y en cada uno de sus encuentros con generosidad infinita y no recibió a cambio más que la vehemencia del deseo en el que parece condensarse un oscuro y secreto sentimiento de destrucción.

De aquella tristeza suya, habitual y dulce, fué pasando, en dramático proceso, a la confusión y al dolor más acendrado. A un estado de exaltación, de irratibilidad. De aquel silencio suyo que era como un remanso, como una infinita expectación, pasó a la amargura de un silencio denso, sordo, impenetrable. Aquella constante lucha de su naturaleza, unida a la percepción espiritual, acabó por destrozarla. Se encontró sola, cada vez más sola, más incrédula, más hostigada por el instinto. Se tornó agresiva, nerviosa, contradictoria. Perdió el resto de su equilibrio. Su susceptibilidad fué agrandándose por momentos. Se sintió rodeada de enemigos imaginarios o verdaderos. Sufrió el ataque de quienes no supieron ver en ella más que el lado turbio de sus pasiones. Y aquella rebeldía, innata y hermosa, último reducto de su vida, afloró copiosamente en sus versos.

Es entonces cuando, decepcionada y respondiendo a la ley eterna, se vuelve contra el hombre dispuesta a destruir lo que más ha amado. Desde siempre ha dejado una puerta abierta al feminismo, a la causa feminista, por donde su poesía va adquiriendo una veta social. Se precipita por esa puerta con la pasión que caracteriza cada uno de sus actos. Su verbo ha perdido, hace ya mucho tiempo, aquel dulzor empalagoso que advertimos en muchos momentos de *La inquietud del rosal* y en *El dulce daño* incluso. En *Ocre,* libro publicado en 1925, de tendencia claramente feminista, su palabra aparece ya más escueta, su expresión más sobria. Muchas veces seguirá demasiado sometida al tema que la conduce al final del poema impelida por el rencor, sin apenas equilibrio, sin más voluntad que la de gritar lo que la hiere, exenta de preocupaciones estéticas. Así la vemos atravesar toda la poética del momento, aquellos últimos vestigios del modernismo, para ir a incor-

porarse a los movimientos poéticos de última hora en los que militará hasta el final. Su poesía, sin abandonar del todo su temática más lacerante, fué acercándose a todos los problemas, ensanchando el mundo de sus preocupaciones: la ciudad, la muerte, el hombre. En *El mundo de los siete pozos,* publicado en 1934, busca en el símbolo, en la abstracción, su medio expresivo, y en sus últimos poemas entra de lleno en el surrealismo. Pero sus lectores ya no la siguen. No consigue atraerlos a su nueva causa. Tras haber sido casi un ídolo, empieza a conocer otro aspecto de su fracaso. Su soledad es casi absoluta. Están ya muy lejos los días de *El dulce daño.* Ahora habla del amor con sarcasmo. Es ésa, sin duda, una actitud defensiva que no convence, porque sabemos que siempre alienta en ella un secreto deseo de aferrarse a una última posibilidad. O tal vez es su gran generosidad la que lucha para imponerse al rencor. Ha aprendido algo muy difícil: ser espectadora de sus propios sufrimientos, testigo de sus decepciones. Y desde ese ángulo objetivo empieza a contemplarse con dolorosa ironía.

Alfonsina ha luchado contra todo, contra todos. Ha hecho frente a la sociedad, a la pobreza, a la incomprensión. A medida que su soledad va siendo más grande y van siendo también más evidentes los signos de una enfermedad incurable, en la mente de la poetisa se abriga cada vez más clara la idea de la muerte. En muy poco tiempo dos de sus amigos, los poetas Leopoldo Lugones y Horacio Quiroga, se han suicidado. La muerte empieza a obsesionarla. Habla de ella con sencillez, como de algo que se aproxima y que ella aguarda serena. Algo que vendrá a ser como un descanso, una infinita paz. Empiezan a menudear las alusiones, y a través de sus poemas vamos adquiriendo la evidencia de que la partida se acerca. En una de sus últimas canciones leemos:

Para fin de septiembre,
cuando me vaya,
urraquita, el que quiero
vendrá a tu cátedra.

Y tras escribir estos versos confiesa a una amiga: «Tal vez sea éste mi último poema.» En otro momento añade: «Todavía me falta valor, pero ya lo tendré.»

No fué en septiembre, sino un mes más tarde, cuando Alfonsina abandonó Buenos Aires para dirigirse a orillas del Mar del Plata. Un día antes había enviado al diario *La Nación* su último poema, un soneto cuyos últimos versos ponen fin a una larga cita de amor:

Dientes de flores, cofia de rocío,
manos de yerbas, tú, nodriza fina,
tenme prestas las sábanas terrosas
y el edredón de musgos escardados.

Voy a dormir, nodriza mía, acuéstame.
Ponme una lámpara a la cabecera;
una constelación; la que te guste;
todas son buenas; bájala un poquito.

Déjame sola: oyes romper los brotes...
te acuna un pie celeste desde arriba
y un pájaro te traza unos compases

para que olvides... Gracias. Ah, un encargo:
si él llama nuevamente por teléfono,
le dices que no insista, que he salido.

Fué en la mañana del día 25 de octubre de 1938 cuando su cuerpo apareció flotando sobre las aguas del Mar del Plata. Su muerte no se produjo como la leyenda cuenta, sino arrojándose al mar desde el espigón del puerto, donde a la mañana siguiente se encontró uno de sus zapatos. No había podido soportar el dolor ni la soledad. Ella había necesitado el amor como un bien supremo y no había encontrado más que—como ella misma había dicho— una trampa que decía «sexo». La trampa donde había caído también Delmira Agustini.—ANGELINA GATELL.

UNAS NOTAS SOBRE «CINCO VARIACIONES»

Puede que mi conocimiento de la narrativa española de posguerra sea precario o insuficiente; también puede ser que la cosmovisión implícita en el enfoque y el desarrollo de *Cinco variaciones* (1) me resulte particularmente próxima y familiar, esto es, que refleje mis propios deseos literarios actuales. A la hora de justificar mi opinión sobre este libro, esas dos posibilidades señaladas acaso disminuyan mi objetividad, pero no creo que desautoricen por completo las razones de mi adhesión. Quiero hablar aquí de esas razones.

Para empezar, *Cinco variaciones* me parece uno de los libros mejor escritos de la actual narrativa española. Esta afirmación deja dos zonas

(1) ANTONIO MARTÍNEZ MENCHÉN: *Cinco variaciones*. Edit. Seix Barral, Barcelona.

en oscuro; la expresión «uno de los libros» es imprecisa; resulta necesario circunscribirse: digamos (ateniéndonos, si no a la totalidad del bloque literario de posguerra, sí a los ejemplos más visibles) uno de los diez o quince libros. Después, la expresión «mejor escritos» puede parecer una abstracción y aun prestarse a equívocos. ¿Qué entiendo por «escribir bien»? En principio, y sin agotar de momento la definición, yo diría que una prosa es buena cuando sus palabras están cargadas de sentido en una abundancia continuada. Se trata de que las palabras no sean un instrumento retórico o mimético y vuelvan a ser aquello que deben ser para alcanzar una utilidad: la máxima posibilidad de conocimiento con que cuenta la sociedad para clarificar, lijar y derruir las asperezas de sus zonas irracionales. Las palabras, para prestar ese servicio, han de regresar desde la retórica a la virginidad; no se trata de imprimirles una inocencia originaria, que las palabras no tienen; se trata de alcanzar esa inocencia por un procedimiento de eliminación; diríamos que las palabras no tienen virginidad, sino que la alcanzan, la hacen. Diríamos que también el leguaje está condenado a la libertad y que es esa libertad la que convierte el lenguaje en estilo. Diríamos, finalmente, que la carga de sentido de una palabra (y esto es lo que entiendo por su virginidad) es la intensidad y la amplitud de su experiencia. Y ahora podemos proponer esta fórmula: es la experiencia de las palabras lo que confiere emoción a un texto. Pues bien, estos cinco textos de Antonio Martínez Menchén están cargados de emoción. Vamos a señalar las tres causas que, a nuestro parecer, se han agrupado para conseguirlo.

En arte, como probablemente en toda actividad humana, nada es improvisado. Una página escrita dentro de un nivel de calidad conserva debajo su prehistoria: millares de páginas leídas y meditadas. La improvisación, si es que hay improvisación estimable, no sería otra cosa que la explosión de un cargamento pacientemente almacenado. (Hay una historia sumamente significativa; probablemente es conocida de todos, pero quiero recordarla aquí: es la de un pintor a quien encargan el dibujo de un gallo; el pintor promete a su cliente tenerle el dibujo dos meses después; pasados los dos meses el cliente va a recoger su gallo; el pintor coge una cartulina y dibuja un hermoso gallo en cinco minutos, a trazos rápidos y seguros; cuando el cliente sabe que ha de pagar dos mil pesetas por su encargo se rebela: ¿«Dos mil pesetas por cinco minutos de trabajo?» Imaginamos sonriente y sarcástico al pintor en el momento de responder: «He estado sesenta días pintando gallos.» La historia tiene también la versión del relojero que hacía funcionar un reloj parado soplando sobre su maquinaria, y supongo que muchas otras.) En fin, queríamos insistir en esta elemental idea: al dominio

de la técnica de una actividad corresponde gran parte de su eficacia. Digamos ahora que A. M. Menchén nos parece dueño de un dominio amplio, multilateral, de la técnica narrativa. Dueño de este arma, sólo le quedaba manejarla de un modo coherente. Es a esto a lo que llamamos oficio, y nunca deberíamos hacerlo en sentido peyorativo. Es el oficio de Antonio Martínez Menchén el que le ha hecho posible adecuar un modo de expresión determinado a una determinada situación de sus personajes. Así, el muchacho joven y solitario, sofocado de sensualidad, sin dinero, se configura vigorosamente a través del monólogo interior, un monólogo ágil, cambiante, diríamos inconstante y urgente, inquieto: es la clase de monólogo que corresponde a un organismo joven, a una cabeza joven: un chorro de ideas abrupto y veloz; es precisamente en la velocidad con que nacen las ideas y con que se sofocan unas a otras en donde *veo* realmente la edad y el problema de ese personaje. Más adelante, en el capítulo llamado «Las cosas», una mujer de edad avanzada, casi una anciana, da vueltas en su cabeza a un pequeño número de recuerdos que le nacen ante la vista de «cosas»: frascos, telas, muebles; es que la casa está vacía de otros seres humanos, y ella está sola ya para siempre (su única compañía, una hermana, ha muerto recientemente), y no le queda otro consuelo, o en todo caso otra actividad, que la morosidad de sus recuerdos; Martínez Menchén no ha sido moroso en este capítulo gratuitamente: es que ese personaje realmente ya no tiene más que las «cosas» y la morosidad de los recuerdos que éstas le despiertan; era precisamente un estilo moroso el que habría de darnos la atmósfera de soledad que envuelve a esa anciana pequeña, resignada (pienso que a esa edad la resignación no es ilegítima, pienso que puede ser orgánica) y sola. Una anciana recordando insistentemente (la insistencia aquí sería la última forma del cariño), a la manera de un dulce y desamparado rondó. Antes, en «Bacanal», un gris empleado de edad casi madura se reúne con unos viejos amigos, a los que llevaba mucho tiempo sin tratar, precisamente el tiempo que ha tardado en mostrársele desnudo el fracaso de su vida gris, clandestina y solitaria. Sabemos que cuando se alcanza la conciencia de un fracaso vital no suele haber más que dos alternativas: el sufrimiento envuelto en silencio o el sufrimiento envuelto en sarcasmo. El protagonista de este capítulo, una especie de moderno antihéroe, ni siquiera tiene la fuerza de optar entre esas dos consecuencias precarias: se aposenta en las dos. Por eso lo oímos expresarse con esporádicas salpicaduras de ironía (llama «bacanal» a lo que ha sido una pobre juerga de hombres solos y de la que ha salido vomitando y enfermo), y por eso lo vemos refugiarse en el silencio de la alcoba y comenzar a pensar sobre su vida en unos términos que indican una cierta objetividad, y esperando el sueño al que seguirá

el nacimiento de un nuevo día de vida gris y anodina, que es la envoltura de su fracaso. En «Invierno» se recurre de nuevo en algunos fragmentos al monólogo interior (incluso allí donde aparece el narrador el estilo es fatigado, reiterativo, como formando parte de la intimidad del personaje); vemos que ahora el monólogo está compuesto con mucha menos velocidad, es lento, torpe, a veces incluso sin ilación, sin coherencia, y repentinamente interrumpido como por una especie de desvanecimiento mental: es que esta vez el protagonista es sumamente anciano, lleno de achaques; un ser en el que, naturalmente, el hilo intelectual se quiebra agotado o se repite con monotonía y la cabeza se pierde en nebulosas parecidas al sueño. En suma, la habilidad con que Martínez Menchén ha utilizado su oficio narrativo, la habilidad con que ha adecuado sus recursos a las situaciones, formando así un cuerpo homogéneo y orgánico, es una de las tres causas por las que su prosa alcanza esa virginidad, o experiencia, o emoción, o sentido, o libertad que, como hemos dicho, exigimos de una prosa para poder decir de ella que está «bien escrita».

Pero acaso no sean tres causas específicas, sino una sola con dos consecuencias encadenadas. Siendo así, hasta ahora habríamos hablado únicamente de la segunda consecuencia, y nos quedaría señalar la primera, y también la causa propiamente dicha. Expliquémoslo. ¿Por qué Martínez Menchén ha sabido adecuar los recursos de un estilo a unas situaciones de un modo tan coincidente, tan ajustado? Para nosotros es muy claro: descontando el conocimiento puramente técnico de los recursos narrativos, le quedaba aún conocer con la misma minuciosidad las situaciones que iba a narrar; y este conocimiento no puede apoyarse más que sobre una suficiente capacidad de penetración psicológica. El autor contaba con ello (después diremos por qué). Es así que todas las reflexiones de los protagonistas nos provocan una impresión de gran veracidad. En ningún momento son contradictorios en sus reflexiones; cuando aparece alguna contradicción comprobamos, a poco que nos detengamos en el texto, que esta es la consecuencia de la desvalidez; una tentativa, diríamos, del personaje para reposar, para no avanzar vertiginosamente por el barranco que su soledad ha dejado abierto. A esa tentativa, a esa defensa, podemos llamar ilusión. Pocos libros hemos conocido en donde la soledad y la ilusión se muestren tan unidas, tan dependientes, tan complementarias. Y ahora podemos preguntar: si pensamos desapasionadamente en un ser humano real, ¿no es la unión de la ilusión y la soledad aquello que mejor lo caracteriza? ¿No es esta la máxima constante de la existencia humana, especialmente de la existencia de seres como los presentados en *Cinco variaciones,* que son, en definitiva, los más numerosos? Yo opino, por esto, que Martínez

Menchén no se ha quedado o, por decirlo así, en el recibidor de la persona; ha pasado hasta el servicio y hasta la alcoba, es decir, el lugar donde la persona mira su cara en el espejo y el lugar donde después reflexiona y a menudo padece aquello que le ha devuelto su mirada.

Ahora nos preguntamos: ¿de dónde viene esta capacidad de penetración psicológica? Creemos que también esto se aprende. Creemos que también esto depende de algo. La respuesta nos dará la causa de todo su contexto artístico. Su conocimiento de la existencia de los seres viene de su capacidad de piedad. En efecto, los protagonistas de *Cinco variaciones* parecen estar rodeados de pomada; es la pomada con que la piedad del autor los ha cubierto. A veces nos hace recordar al Dostoiewski de *Pobres gentes* y *Noches blancas;* a veces al Pavese de *El hermoso verano;* a veces al Testori de *El puente de la Guisolfa;* a veces al Joyce de *Gentes de Dublín* (y obsérvese que citamos autores cuya ideología no es homogénea; es que la piedad nos parece una constante anterior a toda doctrina). Precisamente el hecho de que sea la piedad el germen del conjunto artístico de Martínez Menchén es lo que nos descubre en él, a la vez que un hombre bueno de cualquier época, un escritor moderno. Porque hoy sabemos, por una parte, que el ser humano es acreedor de piedad (esto nos lo ha enseñado la historia) y, por otra, que sólo los actos con la piedad como espina dorsal podrán convertirse en un duradero e irrefutable instrumento de ayuda (esto nos lo reclama el futuro o, digamos, la aspiración legítima de un presente para el que tal ayuda es necesaria). Es por esa piedad —síntesis profunda del sentido de la convivencia—, que se aprende fundamentalmente mirando con atención los ojos de los seres y escuchando con atención sus palabras; esa piedad que origina una profunda penetración psicológica, que a su vez permite inflamar de emoción, esto es, de eficacia, las situaciones de unos personajes por medio de los recursos del estilo, y es por aquel estilo tentacular e inteligente por lo que ahora quiero decir que nos encontramos ante uno de los más notables narradores de nuestro tiempo.—FÉLIX GRANDE.

INDICE DE EXPOSICIONES

LAFUENTE FERRARI Y SU OBRA Y FIGURA DE EVARISTO VALLE

Una de las cosas del arte, tan variadas como importantes, que más atención nos merecen, es la bibliografía artística. Y son muchas las crónicas, los comentarios, las glosas, dedicadas a lamentar la falta de

interés, la ausencia de estudios sobre los artistas que a nuestro lado se nos «escapan»; pues si bien sus obras quedan, les falta el sentido vital y la circunstancia en que fueron producidas, y ahora Lafuente Ferrari, nuestro admirado amigo, ha cumplido un gran deber y ha «salvado» para la historia a un gran pintor que no tendría en el futuro la resonancia que merece a no ser por este buen ver y entender con que Lafuente Ferrari ha escrito un libro de verdad, o sea con la pasión inteligente de quien sabe quién era el artista que había elegido para inmortalizar su vida, su alegre, triste y melancólica vida, y su gran quehacer en la historia de nuestra pintura contemporánea...

El libro lo dedica el ilustre académico «A la memoria de Evaristo Valle, en el cielo de Asturias», y para que todo lector sepa a qué atenerse de la altura del propósito reproduce, felizmente, estas palabras de Goethe: «El fin principal de la biografía consiste presentar al hombre en las circunstancias de su época, en mostrar en qué sentido se le resisten y en cuál le son favorables; en hacer ver la idea del mundo y de los hombres que se ha formado y cómo la refleja luego, si es artista...»

Estas palabras, escritas en *Poesía y verdad*, quedan bien cumplidas en este espléndido volumen editado por la Diputación de Oviedo, macizo, entero, en donde todo él afluye enamoramiento artístico por la noble figura de Evaristo Valle, única manera de hacer los deberes con afán de permanencia. Y este buen amor de Lafuente Ferrari hacia la obra de Valle tiene todos los alicientes de resucitar su figura, de poner ante nuestros ojos una época, varias «épocas», y el sentir y el vivir del pintor...

Decir que Valle fué un incomprendido es decir casi ya que era un gran pintor. Es repetido el caso Regoyos, el caso Solana, el caso Nonell... Y digamos en verdad que Evaristo Valle fué intuído, visto, sentido, por este recoleto Lafuente Ferrari; por este casi huidizo crítico que labora en silencio y con el cual hemos recorrido algunos caminos de España en añoranzas de Azorín, de Baroja; en ese peregrinaje que solemos hacer los hombres que tenemos nostalgias y deseo de redención de la tierra de España...: dolor.

El libro es un gran ejemplo de cómo concebir un estado vital, un estado del alma, un estado artístico...

Cuando nosotros vimos mal y fragmentariamente la obra de Valle, íntimamente y en alguna crónica le comparamos con Solana, hasta el punto de decir que era el «Solana del Norte», y nos complace en sobremanera mucho ver en las bellas, intensas y hondas páginas de Lafuente Ferrari estas palabras: «... Valle tenía un impulso paralelo

al de Solana en su dilección por cosas naufragadas de la vida y en el tiempo; pero el ambiente y el matiz de su cuadro eran muy otros y señalaban la diferencia entre la fuerza alucinada y bárbara de Solana y el lirismo delicado, los gustos pacíficos y pueriles y el humor melancólico e irónico de Valle...»

Lafuente Ferrari acierta a presentar «desnudo» al pintor en ese despojo de accesorios que nos acercan a él para que sepamos lo que fué y cómo lo fué, en lucha de adversidades bajo el cielo de Asturias, «bajo el cielo ceniza celeste», del que hablaba Pérez de Ayala, que es casi decir bajo todo el cielo; aunque sea azul, del país.

Lafuente Ferrari no ha hecho sólo el estudio «completo» —¡qué difícil es encontrar quien haga algo completo!— de una vida y de un pintor; ha hecho algo más: ha hecho la reválida de un artista, que por su carácter no podía hacerla por cuenta propia; ha hecho un favor a la historia del arte contemporáneo. ¡Qué pocas veces en la historia, sujeta a los azares de cada día, vemos una entrega tan absoluta, tan sincera, a una obra y a una manera de ser y de estar —en este caso, tan ligada a la pintura—! ¡Qué pocas veces vemos la «necesidad» íntima, la llamada interior, el deber bien cumplido, que tenía que hacer quien poseía el «secreto» de Evaristo Valle, y qué pocas veces hemos visto, qué a conciencia —y entiéndase bien lo que quiere significar la palabra conciencia— hemos visto, a un escritor, a un crítico, hacer por lo grande, en «do» mayor, un libro que tan fácil era de cumplimiento, pero que tan difícil era para que el autor quedara a gusto, complacido, íntimamente feliz, que es la única manera de que algo nos satisfaga en la vida.

Evaristo Valle —que lo merecía— no hubiera quedado en la historia a no ser por el esfuerzo y sana pasión de este silencioso Lafuente Ferrari, tan parco en palabras, tan largo en obras, tan ligado a nosotros, sin razón primera o última; tan porque sí, acaso tan por saber de su sinceridad, de su recto caminar, de su buen saber y de su buen escribir y sentir. El libro sobre Evaristo Valle es una lección de que se nos ofrece a todos los que de verdad amamos aquello que merecía ser amado, entendido, admirado, y que acaso por ello mismo tiene como revés que alguien heroicamente —de otra forma no se concibe la espléndida lectura del volumen— nos haya puesto a nosotros y a los que nos sucedan —que es lo que importa— sobre la gran pista de un pintor que para serlo le era imprescindible este jugoso, entrañable, sagaz y magnífico libro de nuestro amigo Enrique Lafuente Ferrari, que, a pesar suyo, no puede estar escondido.

Pintores célebres

En el abanico del arte, tan amplio, suele quedar atrás, en los comentarios, algo que es consustancial con el arte mismo: su glosa, su historia, lo que le perfila, y acomoda, y difunde modos, maneras, estilos, personas... Por eso el libro merece cada día más atención, y más en nuestro repetido sentir por éreer que España se halla en déficit en producción bibliográfica de excepcional importancia. Por eso nos complace el esfuerzo hecho por Gustavo Gili dando a la publicidad *Pintores célebres,* empeño grande, amplio, extenso e intenso, dirigido por Dorival, nuestro viejo amigo del Museo de Arte Moderno de París, y en cuya obra colaboran las firmas más prestigiosas del mundo del arte en lo universal, desde Carli a Cassou hasta Muller o Venturi, figurando en los comentarios de los dos volúmenes, que recogen desde la prehistoria hasta el abstractismo, todos los profesores de renombre de cada especialidad, sin que falten los apellidos españoles más señeros en el estudio del arte, tanto en la antigüedad como en la actualidad, desde Gudiol a Camón o desde Castillo a Lafuente Ferrari. El concierto de los glosadores es tan amplio, que la extensión es ya un incentivo, pues permite seguir pensamientos, pautas estéticas, que llegan desde las de Adhemar a las de Reynaldo dos Santos. Por tanto, no hay un solo punto de mira sobre la historia de la pintura a través de los pintores más célebres del mundo, sino muchos y muy distintos, formando una antología de la mejor crítica universal en el día de hoy. Esto ya sería decisivo; pero lo que es más, la realidad española de la editorial, que sin escatimar esfuerzo ha logrado para cada tomo obras originales a ellos destinadas. Y son las firmas de Braqué o de Menessier las que sirven de frontispicio a esta obra, que se halla traducida al francés, y en seguida a otros idiomas, como compendio de una historia del arte que no se limita a unas reproducciones espléndidas en color, sino a un comentario que a cada pintor y obra destina un crítico, un profesor, un tratadista célebre también en nuestros días.

Pero lo importante es haber visto realizada esta contribución a la pintura universal por mano española; lo que quiere decir que, no como en otros casos extraños, quedan fuera de las mismas firmas esenciales nacionales, sino que en el recuento no faltan aquellos nombres que han contribuído a ensanchar el arte de la pintura a través de todos los tiempos, y en el invento, hallazgo y ventana, mirador, el taller español ocupa primerísimo puesto, desde la cueva prehistórica hasta Dalí. No faltan, en su época determinada, los nombres de Sorolla, Fortuny, Sert y Solana, como no faltan en los albores de nuestra pintura los de Huguet, Bermejo o Berruguete. Nuestro ciclo se cierra en Picasso y

Miró como jalones fundamentales de un quehacer cuya comba describe la curva más estremecida de la pintura de todos los tiempos...

Pintores célebres viene a enriquecer nuestra bibliográfica artística, eso tan importante para que las cosas del espíritu vayan por el camino más amplio y ayude a despejar horizontes, incluso a presentarlos, como ahora, en estreno de gran gala.

Climent

Buen nombre éste, que trae a nuestra memoria los mejores recuerdos, ya que influyó hace años en nuestro gusto. Ahora vemos su obra en la sala del Cisne, y la verdad sea dicha, que de todos los pintores que nos han llegado tras años de ausencia, desde Souto a Caviedes —entre otros muchos—, el único a quien no hemos encontrado «antiguo», fuera de modo y de «moda», ha sido a este Climent, tan hondamente pintor, y que sin variar esencialmente su pintura, ésta queda puesta al día, fragante y realizada con ese mimo, con esa austeridad, con ese estudio profundo de formas y con esa sequedad difícil obtenida en el color para que éste adquiera una dimensión casi espacial, que sigue siendo una lección. Que es una lección.

Climent continúa fiel a sí mismo, a una especie de poscubismo muy personal y hondamente español; trágicamente sería el calificativo perfecto si no fuera por la íntima armonía, por la bella construcción arquitectónica de cada cuadro y de cada formalización. Su exposición, a la que sólo apuntamos por hoy, es una referencia imprescindible en los recuentos contemporáneos.

Los Lapayese

En el Ateneo se exponen las obras, pictórica y escultórica, de José y de Ramón Lapayese. El primero, bajo el título de «telares», realiza una de las obras más interesantes en lo abstracto —no en lo informal—, ya que, sin querer, la forma surge en estas composiciones, que tienen vida propia no sólo por el pensamiento plástico que las inspira, sino porque la materia se halla tan bien tratada, tan justamente trabajada, tan sentidamente dispuesta, que por sí sola es pintura en do mayor.

José de Lapayese es uno de los artistas cuya evolución tiene sólidos pies y sólida cabeza, y un corazón que salva, redime y pone ante el espectador ese latido, sin el cual la pintura queda como muestrario y no como algo vivo y palpitante.

Ramón Lapayese

A los triunfos fuera de España Ramón Lapayese puede unir muy bien, aunque no vaya aparejado ningún premio, esta exposición suya, hecha también en el Ateneo. Y creemos que la unión de la pintura de uno y la escultura de otro perjudica a ambos, pues la mirada se distrae y el color como fondo «distrae» a unas esculturas, y las formas violentas o «silenciosas» del hierro perjudican el quehacer del pintor; pero, felizmente, la bondad de una y otra obra «salvan» la circunstancia, y vemos a Ramón dueño ya de una propia expresión a la que también ha llegado no a saltos, como es usual, sino paso a paso, muy concienzudamente, y muy sabiendo que conseguiría encontrar la postura escultórica después de los debidos tanteos. Ramón Lapayese ya se ha incorporado a la lista de nuestra mejor escultura actual, con ritmo y personalidad, que es lo más difícil en tiempos de casi obligados mimetismos. Y crear con independencia forma y volumen en espacio propio y con el acierto presente, lo ha alcanzado este escultor, que revalida y justifica los numerosos premios extraños.

El Salón de Otoño

La verdad que nos gustaría que el Salón de Otoño, que se convierte en Salón de Primavera, ocupara un gran espacio en nuestros recuentos; pero, sinceramente, este Salón no se brinda a muchos comentarios, ya que se parece demasiado al de otros años, y la novedad queda ausente de la glosa.

Digamos que tiene como aliciente mejor el de ofrecer la obra de Ordóñez Valdés, el buen profesor, buen miniaturista, buen retratista y cuya pintura, fiel hija de una época y de un modo de entender y de expresar, tiene el aliciente de todo lo que fué, y como lo que fué, en el caso de Ordóñez Valdés, tiene oficio, la cosa queda como un recuerdo tributado con mérito propio; y digamos que en el Salón acaso lo más «museal» sean unos paisajes de este autor, en donde la sensibilidad se manifiesta más abiertamente. Su exhumación artística posee una ternura en el recuento.

Después la cosa es como casi siempre: los retratos sociales de Agustín Segura, hechos con oficio innegable y acierto realista, limpiamente; paisajes de Gumucio, Félix Herráez e Iñigo Camus, con seguridad, emoción..., y pare usted de contar.

La participación femenina es muy numerosa, y en ella no faltan

lienzos logrados, aunque dentro de un concepto que no es mejor ni peor, plásticamente, que otro, pero que sí se halla fuera del tiempo en que se hace, a excepción de la participación de Cristina de Baviera —a quien recientemente elogiamos por una exposición individual—, y en otro orden plástico, los de Rosa Cervera de Torrescasana, donde hay honradez pictórica, sensibilidad, dominio de paleta, cosa nada frecuente en la mujer, y que revalida sus muchos premios. Y también es mano femenina la de Malu Navarro, escultora, bien retratada por Laíz Campos, y autora ella también, en el Salón, de una figura que abona un futuro feliz, así como la de Margarita Martí, influída por Clará. Y pare usted otra vez de contar, ya que el resto —salvo alguna excepción— queda anodino y perdido en las frías salas del palacio de Velázquez, aunque con la convocatoria se cumpla un buen fin, pues el abanico del arte necesita de muchas varillas para que se aprovechen de los participantes, ya que en una u otra modalidad cabe el acierto, y el infatigable esfuerzo del secretario, Prados-López, no puede hacer más que llamar y llamar y poner al Salón que fundó Espina y Capó todos los atractivos imaginables y los alicientes posibles, hasta casi conseguir que raro sea el que no tenga premio. Culpa suya no es que los resultados no correspondan a sus desvelos.

La pintora chilena Carmen Guzmán

El solo hecho de que una mano muy joven, de una pintora, en este caso la artista chilena Carmen Guzmán, se enfrente con un cuadro en el que se hallan cerca de 80 retratos, y en ellos quiera y pretenda resumir la historia de una parte de la humanidad, sería ya elogiable propósito; pero éste alcanza, si no una ambición, sí una intensidad mayor en la obra íntima: aquella que recoge el objeto y lo interpreta y «purifica»; en esos bodegones donde la pintura queda sólo en pintura con referencia mínima y sin anécdota o argumento que la sostenga, aparte de la materia y la tela.

En la sala Fortuny, Carmen Guzmán ha hecho presentación de una ambición pictórica que no es usual en la mano y pincel femeninos, sino caso extraño. Y nos atrevemos a suponer que Carmen Guzmán, con el tiempo preciso y en el compás, que tan felizmente empieza, encontrará en el muro la meta de su afición, aunque para ello sacrifique esa intimidad que se revela en «ese quedarse a solas» del artista con su mundo interior y el casual que la fecunda como pretexto.

«Exvotos del Brasil»

Excelente libro este de Mrs. Arnaud, que ha editado de manera ejemplar el servicio de publicaciones del Instituto de Cultura Hispánica, cuyo departamento rige, orienta y aquilata José Rumeu de Armas.

Es el exvoto la expresión popular más sentida, más entrañable de lo auténticamente *naif*. Y si estos exvotos son hechos por fieles que a sí mismos se retratan, tendremos una iconografía única para conocer y ensayar desde la filosofía hasta la teología. Unas espléndidas fotografías de Hans Mann ponen ante el espectador—no ante el lector— la verdad, que en prólogo perfecto hace Mrs. Arnaud, esposa del agregado cultural de Estados Unidos. El Instituto de Cultura Hispánica ha rendido un tributo al arte popular brasileño en su más genuina y cabal expresión. Lo que hoy son ya piezas de museo nos permiten seguir la pista del hombre a través del tiempo, y en una formalización de talla, en rica y blanda madera, donde encontramos sin propósito previo todos los ismos, y sobre ellos una verdad nacida directamente del corazón hacia Dios, sin que en la ofrenda intervenga otro factor que no sea el más puro, el más «divinamente» humano que poseemos cuando en el paso de la vida, al encontrar la salud que perdimos, damos gracia a Aquel que nos la devolvió... Somos coleccionistas de exvotos —entre tantas otras cosas—, y aunque no llegamos a las espléndidas series de nuestro querido Manuel García Viñolas, ejemplo de humana sensibilidad, tenemos el suficiente amor hacia este tema del arte, que por eso podemos proclamar con alborozo el gran acierto del Instituto de Cultura Hispánica, que con ello ha contribuído a mostrar de manera perfecta, en formato, contenido e imagen, el arte popular del hermano Brasil en una faceta única en la gran historia del arte, que para ser tal, desde Altamira hasta hoy, tiene que tener una raíz popular, es decir, que exprese de manera total algo que se singulariza de todo lo demás y, sobre todo, del arte «aprendido»... Al fin y a la postre, populares fueron Giotto o Zurbarán, si no en exvotos, sí en fabulosos «gozos» de la pintura.

La obra de María Andreo

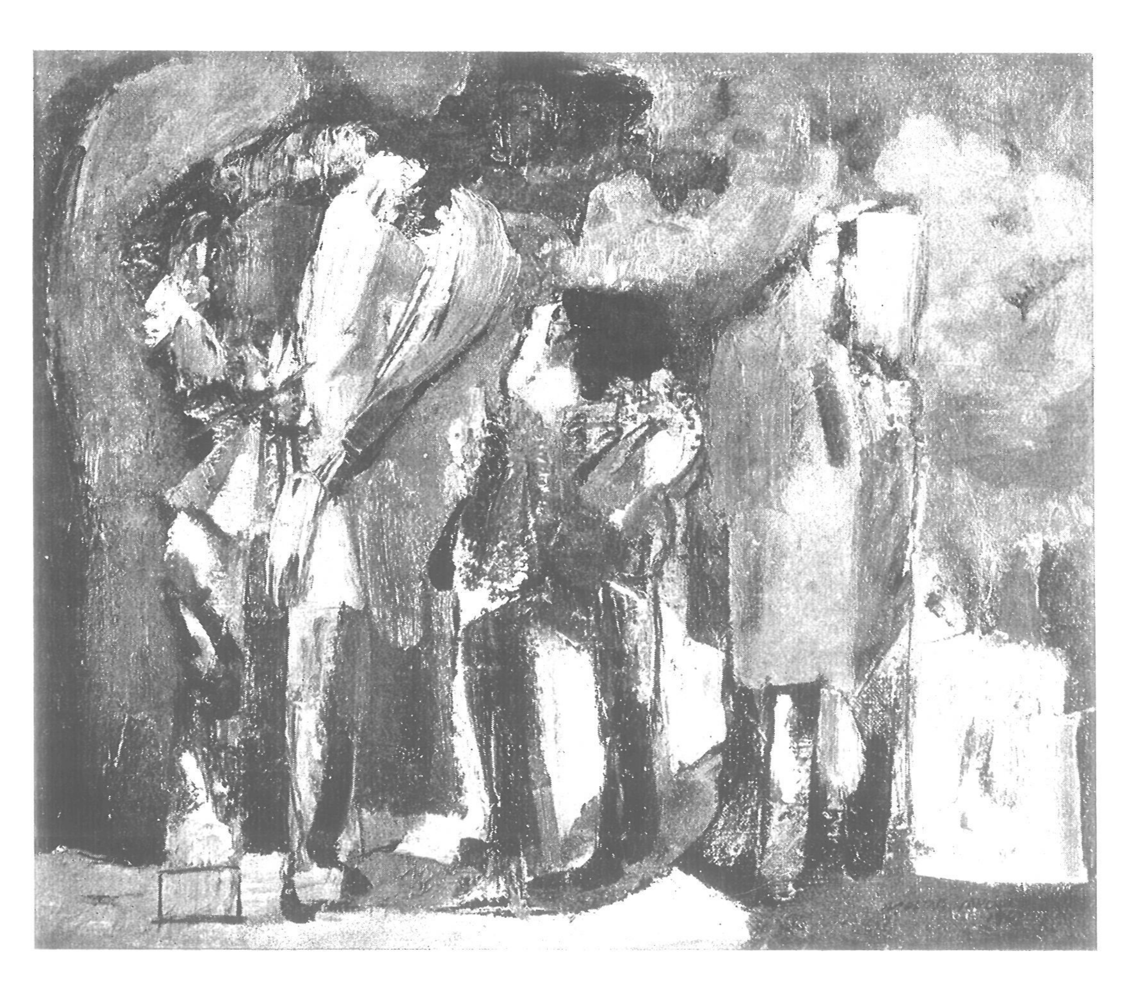
No es frecuente encontrar un pincel tan hiriente, tan expresivo, tan alucinado a veces como el de esta pintora que se llama María Andreo, y que vive recoleta, en torre de marfil, en lejano pueblo de

Levante, y que viene a Madrid cuando tiene algo que decir; cuando, tras largas horas de estudio, de sufrimiento y dolor, ofrece el resultado de su quehacer. Y muy aposta ponemos la palabra dolor, con la que aumentamos la idea primera de sufrimiento, porque María Andreo lo merece. Ha llegado a la pintura a pasos contados, con años de trabajo, no demasiados en su edad, pero sí en el empeño, y de esta manera, calladamente, con soledad auténtica, con alejamiento voluntario, consiguió sorprender a la crítica con la colección de grabados sobre la figura de Cristo, hoy en los museos, y dar que hablar y que escribir sobre el concepto unamuniano de que estaba impregnada toda la obra dedicada a la figura de Jesús, a quien había elegido en el instante supremo de la redención, de la crucifixión...

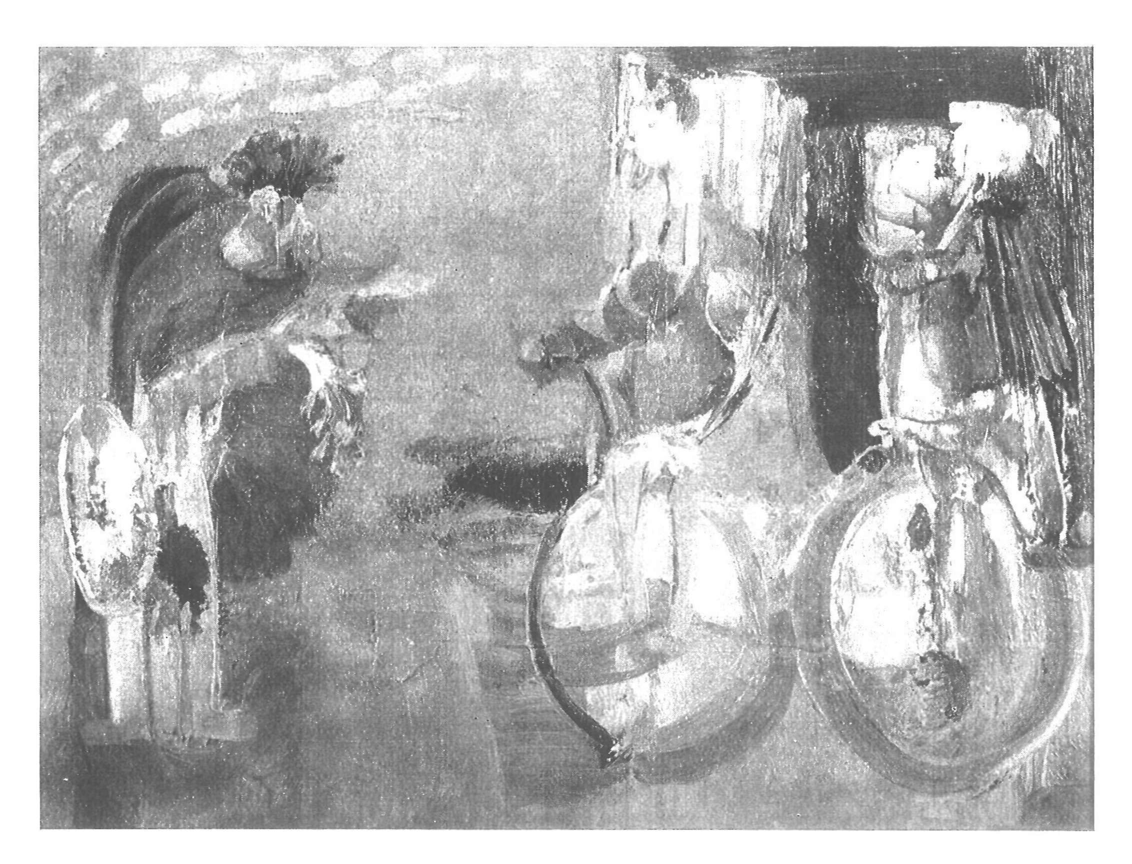
Y ahora en esta última exposición la crucifixión continúa, pero a través del hombre. Aquí María Andreo, ya libre, feliz y segura por el camino de la pintura, al que se entrega con gozo y regozo, ofrece su sentir y su pensar de manera abierta y de manera rotunda; lo ofrece como una consecuencia de un largo proceso, como un resultado obtenido de la manera más honrada y seria. No es la mujer que coge los pinceles *«a ver qué sale»* o que duda *entre el florero y «lo abstracto»*; es la pintora consciente de sí misma, que sabe y conoce la responsabilidad que entraña la pintura y a lo mucho que se debe.

María Andreo sigue enseñanzas de María Blanchard, de Olga Schraoff, de Vieria da Silva, de aquellas mujeres que sabían que la pintura, o es una vocación y una entrega, o es un pasatiempo para hablar de cuadros en los juegos de pinacle o de canasta, y eso poco importa, y menos cuando se tiene la firme convicción de que el pintor tiene algo que decir, condición previa sin la cual no hay posición estética posible ni una trascendencia en la pintura... Y María Andreo sabe lo que quiere decir, y lo dice. En la figura, de frente, cara a cara, sin accidentes ni anécdotas de ninguna clase, construye un gran edificio, ya que nada hay que pueda ser objeto de plástica, de psicología y de servir como símbolo y de síntesis humanamente y divina como ese tan fabulosamente infinito que es el rostro del hombre; allí donde puede estar el cielo y la tierra.

María Andreo ha dado una gran lección; esas que sólo se aprenden cuando a solas nos quedamos con nosotros mismos, sabiendo que tenemos algo importante que hacer, y que el mundo es algo más que lo que nos rodea, de una forma inmediata, directa. Y eso lo explica con pasión esta artista, en quien tan bien se unen los extremos, hasta el punto de poder decir que nos hallamos ante una dulce tragedia.



La linterna, de Molina Sánchez.



Sobre ruedas, de MOLINA SÁNCHEZ.

Olivé

Buen acuarelista éste, que hace demostración acabada de un quehacer y oficio en la aguada que nò tiene competidor, dentro de su estilo, manera y formalización; pero lo más interesante es que, además de ese dominio de la aguada que le permite resolver y trasladar todos los modelos, cualquiera que éstos sean, además, pone, con más intensidad cada año, un aliento íntimo, entrañable, que fija las determinaciones sentimentales, prestando así mayor atracción a la obra. Olivé, ganador de todos los premios habidos y por haber en las convocatorias de la acuarela, confirma su valía de dominador de técnicas, y aunque sigue el gusto que le impone el público, salva su producción cada vez con mayor ilusión, poniendo en ella ese algo que distingue y define.

Molina Sánchez

Una excelente muestra antológica es la hecha por Molina Sánchez en la sala Quixote, en la cual ha querido hacer examen de conciencia, de una conciencia muy atormentada por diversos vaivenes e influencias, para quedarse con la entraña y medula de su propia pintura. Una larga serie de cuadros revela una buena posición inicial y revela también cómo la paleta es dócil a un pincel ya con ansias de independencia y liberación, alejado de las influencias que le atosigaban como a todo pintor sensible; pero, liberado de ellas, ha encontrado una nueva fórmula suya y personal, y dentro de la misma construye el color dentro de un supuesto magno. Y no quiere decir esta alusión a un marco posible su afán abstractista, sino su afán neofigurativo, ahora tan de moda, y al cual con toda fortuna se ha incorporado Molina Sánchez, en quien creemos que pronto dará la nota absoluta que ahora ha iniciado felizmente en una serie de cuadros, donde la gracia, la armonía de colores y de conceptos forman un todo homogéneo, del cual puede ser ejemplo —parodiando a un célebre crítico pasado— el número 25, donde el color apurado y depurado ofrece la presencia de un pintor consciente y sensible, y en este maridaje de conciencia y sensibilidad bien aparejadas radica la firmeza de la pisada y de su duración.

Marta Durán

En la sala Abril es usual el desfile de pinceles, de buenos pinceles femeninos, y ahora le ha correspondido a Marta Durán ocupar los testeros de estas salas, que tanto nombre han dado a conocer, y con

tan buen criterio. Marta Durán «ve» la pintura «de golpe», directamente; se entrega a ella con ilusión, deseando que nada falte en el cuadro de aquello que ella intenta aprehender. Tiene bun sentido del color y de la composición, y el camino se le presenta con esperanza, que es eso que nunca debe faltar para que el futuro realice los sueños de cada día.

La obra del artista argentino Luis Seoane

En las salas de la Dirección General de Bellas Artes se abre como un espléndido abanico una exposición clara, diáfana —en forma y contenido—, debida a un artista argentino, un gran pintor, que se halla fuera de mimetismos, tan frecuentes en meridianos hispanoamericanos, y que con esta recia personalidad brinda una pintura bien sostenida arquitectónicamente en su intimidad y abierta a una paleta difícil y bellísima, en donde el color, al servicio exclusivo de la forma, no de la anécdota, explica una sensibilidad y alude a un concepto plástico en el que se hallan aprovechadas, bien meditadas y mejor comprendidas muchas experiencias de ayer y de hoy.

Luis Seoane es un gran pintor —afirmación que casi nunca hacemos, pues la prodigalidad sería mentir a unos y a otros— que, con entrega a línea y color, alienta un profundo y clásico lirismo. En su amplia obra parece querer confirmar que en la mejor poesía puede hallarse la matemática.

Su fama se revalida en los óleos, en los grabados en madera y en metal con retícula. Es un pintor y un ilustrador, pero diferenciando bien calidades, propósitos y consecuencias.—M. Sánchez-Camargo

CRONICA DE POESIA

Algunos de los más destacados nombres poéticos de la generación llamada «del 27», y de modo relevantísimo los de los andaluces Federico García Lorca, Fernando Villalón, Rafael Alberti, mostraron —y el último sigue mostrando— en sus obras respectivas una predilección por ciertos temas que, como el de los toros, el cante jondo u otros de afincada raíz popular, son sendas y exclusivas manifestaciones de la «psique» española y poseen, por tanto, una significación muy superior a la del color local o el mero tópico, atolondradamente invocados casi siempre

en estos casos por los espíritus romos y adocenados, por los teorizantes de vía estrecha y única.

Por lo que se refiere a la obra de Rafael Alberti, tan plural y extensa, dotada de tantos registros, tonos y títulos, basta advertir la considerable paginación de este libro (1) para hacerse cargo de la atracción que sobre el gran poeta del Puerto de Santa María ejerció siempre el tema taurino. Las motivaciones primeras de este interés habría tal vez que buscarlas en la infancia del poeta y en su adolescencia por su ciudad natal, cuya tradición taurina es muy señalada. Más tarde, ya en los años madrileños, prolóngase la afición de Alberti a los toros, y éstos, sugeridos en su poesía desde «Marinero en tierra», comienzan a comparecer con abundancia en sus libros siguientes. De entonces acá, páginas de prosa, obras de teatro, dilatados poemas, han surgido de la lidiadora pluma albertiana, igualmente inspirados en las luces y sombras de la Fiesta Mortal. La estimación de Alberti por el asunto no ha decaido en sus largos años americanos, y tanto su comparecencia ayer y hoy en los tendidos de las plazas como su amistad con matadores añejos y contemporáneos y su perenne atención literaria y personal hacia este tema —por lo demás, valorado ya a escala internacional en la obra de Montherlant, Rilke, Hemingway, etc.—, mantiénense en él a despecho de todo cambio temporal, ideológico y aun geográfico.

Percatado de ello, Rafael Montesinos ha recogido, en una hermosa edición de RM, el total de la obra taurina de Alberti, lo ha distribuído a tenor de su pertenencia al verso, a la prosa o al teatro albertianos y, en fin, lo ha epilogado con interesantes y documentadas notas.

En la obra de Rafael Alberti, el tema taurino —es una de las primeras observaciones que este libro nos proporciona— no sólo se muestra muy abundante, sino también muy vario de ecos. El fiero animal de Iberia dicta aquí al poeta una leve canción popular; más allá, un opulento poema «gongorino»; en otra ocasión, unas páginas de bella y precisa prosa memorialista; en tal otra, una elegía vibrante, una dilatada pieza teatral, un terso romance o un conmovido grupo de poemas breves en los que, emocionalmente trascendido, el toro —«esa piel de toro...»— es España misma. En consecuencia, dado el calibre poético del autor y tanto para el buen lector de poesía como para el detenido estudioso, reviste notable interés la *Suma taurina*, de Alberti, ilustrada por el propio poeta y bellísimamente editada, además, por RM de Barcelona.

---

(1) Rafael Alberti: *Suma taurina.* Verso, prosa y teatro. Selección y notas de Rafael Montesinos. Ilustraciones del autor. Editorial RM. Barcelona, 1963.

Glosemos ahora juntos, ya que los junta el conocido galardón y su aparición simultánea, los tres libros que obtuvieron, respectivamente, el último «Premio Adonais», correspondiente a 1963, y sin orden de prioridad, los accésits al mismo.

Las piedras es el primer libro de su autor (2), circunstancia que, salvo alguna confirmativa excepción y aun en los casos de mayor madurez o prematuridad, nunca deja de mostrársenos reveladora en muchos aspectos. Félix Grande, poeta, prosista y crítico, obtiene, con el último «Adonais», un refrendo a su vocación y talento indudables, muchas veces presentes en estas páginas y a los que la juventud del poeta nimba, además, con las perspectivas de un futuro auspiciado por los mejores signos.

Abierto con un ambientador romance y epilogado por un «Madrigal» patético y resumidor, en el que el poeta alude a su vida y a la de su obra mediante el instrumento que da forma a ambas, la palabra, el libro *Las piedras* está montado, desde el punto de vista conceptual y afectivo, sobre los términos *amor-horror*, cuyas múltiples y opuestas emisiones amasan nuestra existencia. La inevitable extinguibilidad de ésta y, con ella y sobre todo, la de nuestro esencial equipaje sentimental e ideológico a que la idea de «amor» da cabida, decreta en el libro de Félix Grande un predominio del factor negativo y redacta sus más logrados pasajes. El discurrir dramático del tiempo, que es una de las constantes de la poesía universal y ha alcanzado cimas insignes y muy concretas en la española, juega un papel importante en el libro como elemento propulsor y unitivo de esas «piedras» —amor, horror, vida, muerte— entre las que se mueve nuestro paso por la tierra. Presente, de uno u otro modo, a todo lo largo del volumen, tal poderosa consciencia del tiempo irreparable, adquiere singular relieve en el poema titulado «Ayer en fondo» (págs. 22 a la 25), en los versos finales de «Rondó» (págs. 53-55):

Sueños; ilusiones, todo
se queda en un aguacero
sobre el corazón, que poco
a poco amaina. Recuerdos,
cosas... Todo se diluye
abandonado en el tiempo

y, con intensidad particular, en el poema siguiente a «Rondó», «Suceder progresivo» (págs. 56-59), que es, dicho sea de paso, una de las más conseguidas y conmovedoras piezas de *Las piedras*, y a la que aviva un noble *leit-motiv*.

(2) FÉLIX GRANDE: *Las piedras*. Premio Adonais 1963. Vol. CCXV de la Colección «Adonais». Ed. Rialp. Madrid, 1964.

Atendiendo a su estructura y a su sustancia formal, anotaremos ahora que el volumen, dividido en tres partes, denota ciertas influencias de construcción y expresión identificables, de un lado, con ciertos modernistas y post-modernistas hispanoamericanos y españoles, y de otro, con Miguel Hernández, poeta, el último, perfectamente asimilado por Félix Grande, así como César Vallejo, a cuya poesía, y en rara, conseguidísima y legítima mimesis de deliberado homenaje, dedicó Grande su primer y bello libro: *Taranto.* Las curiosas reminiscencias modernistas son casi siempre de índole formal y, muy raras veces, de tipo conceptual o expresivo; aparecen, bien distinguibles, en los sonetos alejandrinos «en cadena» de la primera parte, en algunos poemas también alejandrinos de la segunda y en el «Madrigal» que cierra el libro. Hernández y Vallejo comparecen ligeramente en ciertas imaginerías de inusitada presencia e incuestionable eficacia. Sobre todo el peruano:

Tengo en el alma una desolación con barba.
Una desolación que se parece a un hombre.

(Pág. 33.)

Poesía viva, sincera, de tonos sombríos y hurañamente hermosos, provista de relampagueos que no dejan lugar a dudas sobre la fundamental condición poética de Félix Grande. Poesía de verdad la de *Las piedras,* perturbada a veces por neologismos de dudosos acarreo y belleza (tales «diombre», «selvaciudades» e «inframiro») o tal cual verso o metáfora poco felices, productos igualmente de la juvenil ambición creadora de un poeta que, por el contrario, parece en posesión de un sólido y muy adulto sentido del mundo. Esta cualidad, unida a la de su buena pasión expresiva, acreditan una voz de la nueva poesía española y significan el más cierto y valioso mensaje del último «Adonais».



Por su parte, Elena Andrés, accésit del «Adonais» 1963, nos da en el libro *Dos caminos* (3) una ampliación evolucionada, tanto por lo que se refiere a conceptos como a formas, de su entrega anterior, *Eterna vela,* publicada también por «Adonais» y asimismo descrita por nosotros en esta «Crónica de poesía». Sin apartarse de una vaga y cambiante atmósfera onírica, el presente libro subraya y mejora al que le precedió; es una feliz prosecución de éste, en la que una mano más afinada y sabia vuelve a suscitar, con desvaídos pero seguros colores, entresueños, sueños y realidades transformadas. Estas delicadas estructuras

(3) ELENA ANDRÉS: *Dos caminos.* Vol. CCXVII de la Col. «Adonais». Ediciones Rialp. Madrid, 1964.

poseen, sin embargo, fuerza y empaste expresivos. Podrán interesar o no, pero, con palmaria evidencia, consiguen decir lo que se proponen y lo hacen con medios acertados y justos. *Dos caminos,* es, en efecto, una representación más viva —y también más bella— del confinado y singular mundo poético de Elena Andrés. Con todo, pese a su interés y refiriéndonos siempre a las ventajas de este libro sobre su anterior, el que llamaríamos «de las incorporaciones cordiales» es un aspecto de *Dos caminos,* cuya significación supera la de las estrictas mejoras antedichas. Con esas incorporaciones de tipo directamente afectivo y emocional, no pocos pasajes del libro cobran un calor —y un vigor— del que su predecesor estaba más exento. Y hay uno especialmente revelador, concretamente en la página 29 y al final del poema «El hijo que no tengo», donde, con toda claridad, aparecen enfrentados, o tal vez sólo complementados, esos dispares valores; después del juego conceptuoso del muñeco de papel, a cuyo través la poetisa contemplará el cielo *por el vacío que queda con tu forma,* sobreviene un lenguaje del corazón y el fervor: *Pero palpítame dentro, muy dentro / En cunas infinitas de tristeza / duerme tu ausencia que canta en mi sangre.*

Representan, con especial relevancia, el mundo onírico personal de Elena Andrés «Pesadilla» (págs. 30-31) y «La visita» (págs. 34-35), poemas cada uno de los cuales es casi un cuadro surrealista o casi un sueño lúcidamente transcrito. El «Homenaje a Soutine» (págs. 17-25) es también una pieza muy aclaratoria, al tiempo que muy fina y lograda.

Y el citado «Al hijo que no tengo» asume, en términos de señalado realce, las antiguas y las nuevas motivaciones poéticas de la autora, que parecen asimismo involuntariamente resumidas por ella en un verso del poema titulador del conjunto: *Perdona, Luz, espera, siempre vuelvo...*



El otro accésit del «Adonais 1963», Manuel Alvarez Ortega (4) da a las prensas en éste su octavo libro —cuyo título transcribe un verso de Louis Emié— un conjunto de poemas de larga y demorada andadura que se aviene con eficacia a su tono, gravemente funéreo y elegíaco. El universo adquiere para Alvarez Ortega los más sombríos tintes; el continuo Sur que aparece en su libro —recordemos la procedencia cordobesa del poeta— es un Sur de colores y acentos modificados por el imperio de la muerte. Cielo, tierra, existencia, amor, sólo de su poder de extinción son tributarios. Pero en estas mortuorias visiones hay indudables legitimidad, sinceridad y belleza. En realidad, y pese a las tres

(4) MANUEL ALVAREZ ORTEGA: *Invención de la muerte.* Vol. CCXVI de la Colección «Adonais». Ed. Rialp. Madrid, 1964.

amplias partes en que se halla dividido —«El amor como un río», «A orillas del verano» y «Un río, una eternidad»—, el libro que nos ocupa no es sino un solo y dilatado poema, cuyas diversas piezas pueden considerarse, dado el aliento que las reúne, como variaciones sobre un mismo tema. Registramos en ellas, además de las virtudes citadas, considerables aportaciones métricas y expresivas. Pese al perfume, vagamente extranjero, de esta poesía, hay en ella un soterrado y enérgico componente español que, por lo que atañe a la expresión, reviste en raros momentos un eco incluso castizo: *Pasaba que la vida no era eso...* (pág. 31). Tiene «Invención de la muerte» algunos distantes influjos de ciertos poetas franceses, de Neruda y de Cernuda, si bien entrevistos a través de una voz dotada de acento personal. En definitiva y última instancia, la cualidad que más nos llama la atención en este libro, bien concebido y construído, es su sostenida y bienhilada capacidad de canto.

☆

Elegía sin fin (5), obra hermosamente editada y provista de una sorprendente portada de la pintora Luisa Palacios, comienza por permitirnos seguir, a través de un prólogo muy orientador del argentino Francisco Luis Bernárdez, la trayectoria poética de su autor.

Según previas palabras de Mariano Picón-Salas, el poeta venezolano Luis Pastori es como un «andaluz de los valles de Aragua, lumínico y alegre». A ello, corroboramos, responden las citas que de sus libros anteriores aparecen en el prefacio de *Elegía sin fin* y que denotan, en títulos, metros y expresiones, una afinada poesía de filiación sensorial y estética, apoyada, como la de no pocos poetas de Andalucía, en la gracia de las fintas, chispazos y primores del lenguaje, más del lado del puro embrujo verbal que de hondos y estremecidos sucesos interiores.

Tales virtudes, manejadas por Pastori con evidente maestría, continúan mostrándose ostensiblemente en *Elegía sin fin,* aunque enriquecidas por tonos más graves, de extracción no ya musical y literaria. Así, y en el último libro de Pastori, parecen librar una batalla reñida la ternura y encantos estilísticos que informaron las precedentes etapas de su poesía «contra» los nuevos principios y formas asumidos más tarde por el poeta. Esa teórica batalla queda quizá sin decidir, en tablas, a lo largo de *Elegía sin fin,* cuyos primeros poemas —en especial la sección cabalmente titulada «Obertura *formal*»— inclinan al libro del lado de la estética y cuyas «Palabras de apertura en elegía» y «Paréntesis de soledad» caen claramente de la parte correspondiente a las nuevas temáticas

(5) Luis Pastori: *Elegía sin fin.* Caracas, Venezuela, 1962.

y necesidades expresivas de Luis Pastori, reflejadas en una poesía desde luego más inmediata, de cauce más libre y de alcance mayor. Claro que uno y otro cuadro de valores no aparecen totalmente disociados en este o aquel apartado de *Elegía sin fin,* sino que se interfieren y entrecruzan, imponiendo muchas veces su alternativo predominio incluso dentro de un mismo poema del libro.

☆

Sendas referencias a dos jóvenes entregas españolas cierran la «Crónica» de hoy. Refiérese la primera al poema *Romance del monte y de la vega*» (6), en el que su autor, inédito aún en la poesía, traza un sencillo y romanceado canto elegíaco a un pastor. La pieza, dividida en tres partes, sigue con fidelidad el tradicional octosílabo rimado; a su final, ventiséis versos de arte mayor —endecasílabos y algún alejandrino y verso libre, blancos todo ellos— atestiguan, como el largo romance precedente, las habilidades métricas de Navarro Mota. Pesa sobre todo el conjunto, de modo absorbente, la sombra de Federico García Lorca y de su «Romancero gitano». En el pasaje final se hallan tal vez los más estimables aciertos y las más personales manifestaciones de este poeta inicial, con mucho que recorrer y asimilar, mas no exento de posibilidades.

A su vez, José María Alfonso, quien hace preceder a este su dilatado poema sendas citas de Aleixandre, Julio A. Gómez, Guillermo Gúdel y Lawrence Durrell, parece pendiente de moderaciones y asentamientos capaces de regular y valorar una poesía que se apunta fresca, sincera, apasionada y valiosa. La tempestuosa abundancia expresiva de este buen poema amoroso (7), dotado de dramáticas conclusiones finales, sobrecarga en demasía, hasta desvirtuarlo en ocasiones, lo esencial de su contenido válido. No obstante, la tonalidad del poeta y de la pieza son decididamente estimables, y tratándose, como creemos, de una voz joven, avalan desde ahora a José María Alfonso una tarea y un crédito dignos de tener en cuenta.—FERNANDO QUIÑONES.

---

(6) DIEGO NAVARRO MOTA: *Romance del monte y de la vega.* Imp. Rubiales. Cádiz, 1964.
(7) JOSÉ M. ALFONSO: *Amor es muerte.* Imp. Los Sitios. Zaragoza, 1964.



Prometheus, de MAISTERRA.



Sammael, de MAISTERRA



The Divine Comedy, de MAISTERRA.



In This Valley of Steel Someone Found an Orange, de MAISTERRA.

MAISTERRA EN NUEVA YORK

La exposición de pinturas titulada *The Image of Man,* que el español Maisterra ha celebrado en la *Galerie Internationale,* de la avenida Madison, ha venido a corroborar el brío que el arte contemporáneo de España tiene en el extranjero.

No es ésta la vez primera que Maisterra expone en los Estados Unidos. Desde que se trasplantó hace unos pocos años a este país, su recia pintura de tono marcadamente humano ha suscitado general interés a lo largo de ocho exposiciones individuales y numerosas en grupo. Baste anotar que hace unos meses se le galardonó con el *F. B. Kane Memorial Prize,* que anualmente concede el Providence Art Club.

La obra de Maisterra, presentada ahora en Nueva York, está básicamente hecha con austeros ocres, rojos y verdes apagados que casi automáticamente nos trasladan la memoria al paisaje viril de la meseta castellana. Sus figuras —ya humanas, ya mitológicas— se expresan a veces por medio de formas clásicas u, otras, por formas contorsionadas que conllevan mejor la problemática del hombre moderno. En ambos casos, este grupo de pinturas presenta una fértil variedad de temas que siempre se apoyan en la pujante tradición plástica española.

Entre los cuadros que nos han llamado más la atención hay que incluir su *Prometheus,* una cabeza gigantesca con ecos de imaginería de Castilla. A pesar del clasicismo de la línea y la temática, el observador no puede menos que sentir el desconcertante dolor de este rostro que parece llevar la impronta del relato de Esquilo. El llamado *In This Valley of Steel Someone Found an Orange,* que ya el artista había mostrado en la 52nd National Exhibition de Newport, mereció entonces este juicio —por lo que nos eximimos de dar el nuestro— de la aguda pluma de R. Taylor: «Este cuadro posee el impacto inmediato y la simplicidad de un *cartoon.* Lo que verdaderamente muestra la maestría del pintor es haber evitado el sentimentalismo y la deformación que hubiera causado el inmiscuirse en su tema.» En el que se intitula *The Divine Comedy* notamos un lenguaje de pinceladas rápidas que presentan un contenido complejo de forma directa y espontánea; a pesar del conglomerado humano, el ritmo ascendente de los sienas, sombras, ocres y azules produce la impresión de unas masas ingrávidas; pero el logro mejor de esta pintura se halla en su composición, que es el de una N invertida en la que cada elemento se halla en diverso plano. Finalmente, en *The Prince Maisterra* ha hecho dos particiones netas del lienzo, una para una cabeza clásica, otra para un conjunto de figuras caricaturiza-

das; la expresión afilada de ese rostro, junto con la distorsión del grupo, excita turbadores sentimientos sociales.

No podía pasar inadvertida esta exposición de nuestro compatriota a la mirada de los críticos neoyorquinos. Gruen, del *New York Herald Tribune,* ha escrito lo siguiente: «Las criaturas macilentas y achaparradas de Maisterra, pintadas con colores *en sordina,* sugieren un mundo postatómico a lo Huxley, mucho más terrible por cuanto que nos clavan la mirada sin solicitar ni esperar nada.» En *Art News,* Petersen comenta: «El pintor confía a la línea la descripción de sus figuras tanto mitológicas como las que parecen símbolos del hombre moderno extraídos de campos de concentración. Lo que embellece los temas es el color y el tono.» Y Polier, del *Park East*: «Estas pinturas indican a todas luces la profunda habilidad técnica y el conocimiento de la figura que posee el artista. En el caso de *Prometheus* y *Alabama,* los rostros expresan de por sí una tortura espiritual que no llega nunca a lo grotesco. Maisterra nos comunica siempre con gran efectividad su interpretación de *The Image of Man.*»—R. O.

TERTULIA DE URGENCIA

Recientemente se celebraron en el Instituto de Cultura Hispánica, de Madrid, dos representaciones teatrales, en las que tuvieron papel decisivo jóvenes becarios nicaragüenses. Se trata del estreno de «Un drama corriente», de Rolando Steiner, y de la puesta en escena del monólogo de Eugene O'Neill «Antes del desayuno», a cargo de la actriz Socorro Bonilla, bajo la dirección de Alberto Ycaza, todos ellos de Nicaragua.

Rolando Steiner nació en Managua, Nicaragua, en 1936. Sus obras de teatro son «Judit» (Edic. Nicaragüense de la Lengua, 1957), «Antígona en el infierno» (Edic. Universidad Nacional de Nicaragua, 1958), «Un drama corriente» (Editorial Nuevos Horizontes, 1963) y «La pasión de Helena» (Edic. Universidad Centroamericana, Nicaragua, 1964). Fué delegado de Nicaragua al Primero y Segundo Congreso Panamericano de Teatro, desarrollados en Méjico y Cuba en 1957 y 1958, respectivamente, y de 1957 a 1963 ha sido editor-rítico de la página de Cine y Teatro del diario «La Prensa», de Managua.

Con «Un drama corriente» el joven dramaturgo obtuvo el Premio Lope de Vega, de Guatemala, en 1962. Para su montaje en Madrid

contó con un acertado director en la persona de Manuel Herrero y un cuadro de actores jóvenes, ajustados limpiamente a sus papeles: Beatriz Lahoz (Laura), María Navarro (Inés), Nicolás Dueñas (Alfredo), Manuel Otero (desconocido) y Antonio Lax (médico).

La obra de Rolando Steiner tiene calidades y cualidades enormemente interesantes, sobresaliendo especialmente la fuerza del diálogo, a través del cual se asoman almas atormentadas, heridas por una existencia sin objeto. El amor—aquí la obra del escritor nicaragüense se inscribe en un tema clásico—podría redimir esas vidas, pero ya es imposible. Ese amor es ya un cadáver en el alma de los protagonistas. En esa historia usual, «corriente»; en ese drama cotidiano, el contrapunto dramático lo pone un «desconocido», que es la personificación de lo que fué el marido antes de que la ambición corrompiera lo mejor de él. El final de la obra es desesperanzador. Hay algo que se ha roto definitivamente. «Un drama corriente», obra joven, de un escritor joven, aunque pueda parecer inmadura o con fallas técnicas de construcción, promete un valor inmediato para el teatro nicaragüense.

Por su parte, Socorro Bonilla, nacida en Managua, miembro del Teatro Experimental de Bellas Artes de su país, bajo cuya dirección ha interpretado importantes papeles, entre ellos Paula, en las «Manos son inocentes», de José López Rubio; Elena, en «Montserrat», de Emmanuel Robles; María, en el «Malentendido», de Albert Camus, puso en pie un personaje tan vivo y variado como el del monólogo de O'Neill; una señora Rowland, en la que se mezclan los sentimientos más variados: los celos, el cansancio, el sarcasmo, el horror, la ternura y el amor. Su diálogo con el marido, materializado emocionalmente en la escena por su palabra, ya que no está presente físicamente, tiene el flujo y el reflujo de todas esas pasiones y da oportunidad a una buena actriz para desplegar un gran papel. Socorro Bonilla lo hizo muy acertadamente, manteniendo la emoción con una contención interior y una intensidad hacia dentro que evitó todo peligro de melodrama. Quizá lo más significativo en ella sea su ademán y su gesto, breve siempre, ceñido, pero cabal.

La dirección de Alberto Ycaza, tanto en el montaje como en la escenografía, fué decisiva: sacar el máximo partido a una obra como «Antes del desayuno» y a una actriz como Socorro Bonilla.

☆

Según manifiesta el ministro de Agricultura de Chile, Ruy Barbosa, el país está necesitando dos mil seiscientos ingenieros agrónomos para satisfacer las necesidades del Plan de Desarrollo Agrícola empren-

dido por el Gobierno. Frente a ciertas acusaciones contra esta profesión, el señor Ruy Barbosa —secretario de Estado y decano de la Facultad de Agronomía de la Universidad de Chile— expresó que la enseñanza recibida por el agrónomo chileno es sólida, como lo demuestra la demanda del extranjero. Para paliar estas y otras dificultades, el Instituto de Investigaciones Agropecuarias centralizará y canalizará la acción, tanto de particulares como de otras instituciones afines.



Sigue sin implantarse el sistema del «6 a 1», que por decreto supremo habría de regular la exhibición de películas extranjeras en Argentina, con el fin de ayudar a los productores nacionales. Esta ley ha encontrado una fuerte oposición, y contra ella se ha pronunciado el presidente de la Sociedad de Empresarios Cinematográficos, Francisco Lococo, quien se refirió con elogio al Instituto de Cinematografía, que, fundado en 1957, tiene como objeto estimular la producción de películas argentinas por medio de préstamos, premios y festivales.

Desde la fecha de su fundación, el Instituto ha recaudado, por impuestos creados en su favor, 100.000 millones de pesos. De este total, 401 millones fueron entregados a la industria en forma de préstamos; 241, como premios, y 141, como fondo de recuperación. Cien millones fueron destinados a la producción de cortometrajes; 105 millones, para noticiarios; 48 millones se destinaron al Fondo Nacional de las Artes; 21 millones, para los exhibidores, por los filmes argentinos que contrataran, y, finalmente, 50 millones, para la construcción de un edificio para el Instituto.

Respecto al «6 a 1», el referido señor Lococo afirmó que «es una disposición completamente equivocada, que, con los años, puede ser funesta. El negocio cinematográfico es una máquina con tres engranajes principales: producción, distribución y exhibición. Si uno de estos elementos no funciona bien, la máquina tampoco, y puede llegar a pararse. Implantar el sistema en Argentina de seis películas extranjeras por una nacional es crear una serie de presiones del productor al distribuidor y del distribuidor al exhibidor; pero el único subvencionado por el Estado es el primero. No somos enemigos del cine argentino, al que volvemos ahora como productores sin pedir préstamos al Instituto. Somos enemigos del mal cine argentino y de las improvisaciones.

☆

Una muestra de la táctica comunista en Iberoamérica, que pretende apoderarse de la dirección de las Universidades y centros rectores intelectuales, de donde salen necesariamente los dirigentes, la ofrece el sector de la enseñanza en Uruguay.

El trabajo comunista en Uruguay se efectúa, directa o indirectamente, por un cierto número de organizaciones dependientes del partido o mediatizadas por el mismo. Entre ellas se cuentan la Federación Uruguaya del Magisterio (FUM), la Unión del Magisterio de Montevideo (UMM), la Comisión Internacional de Educadores de Montevideo (CIEM), el Movimiento Nacional de Apoyo y Defensa de la Escuela Pública, la alianza de la Educación Laica, la Asociación de Maestros y la Agrupación «Nueva Secundaria», de profesores de Enseñanza Media.



Dos miembros del Instituto Histórico Geo-Antropológico de la selva peruana, doctor Víctor Pinedo y el señor Gilberto Guevara, han encontrado en la zona del río Guasaga, afluente del Pastaza, situado en la región de la Amazonía peruana, casi limítrofe con El Ecuador, un «huaco» (pequeña vasija de barro) con un diseño, que presenta una figura humana con ojos almendrados, nariz chata, labios gruesos y cubierta con una gorra de estilo árabe. Igualmente hallaron varias urnas funerarias hechas de cerámica y cuyas tapas representan caras humanas. El hallazgo fué hecho a cuatro metros de profundidad. El «huaco» tiene en la parte posterior un mechón de pelo y dos hileras de cabello recortado. Se cree que este «huaco» es solamente la parte comprendida entre el cuello y la cabeza de una figura humana completa, de la que falta descubrir el resto del cuerpo, que se supone estará en el mismo lugar.

Las urnas funerarias contienen un polvo cenizo, entre el cual se encontraban dientes humanos en buen estado de conservación. Opinan los descubridores que se tratará del segundo entierro de una persona muerta, lo que es una costumbre entre los aborígenes de la selva amazónica.



En el mes de mayo tuvieron lugar en la Casa de la Unesco, en París, las deliberaciones del Consejo Ejecutivo de Organización, con el objeto de estudiar el programa y presupuesto de la Unesco para los años 1965-66.

Está compuesto este organismo por los representantes de treinta Estados miembros, designados por la Conferencia General para asesorar

al director general en la ejecución de las resoluciones adoptadas en las asambleas generales. Una de las primeras tareas del Consejo será la de designar un nuevo presidente que suceda al señor C. E. Beeby (Nueva Zelandia), quien ha renunciado al cargo por razones de salud.

Respecto al programa presentado por el señor René Maheu, puede decirse que se caracteriza por la máxima importancia acordada a las esferas de la educación y de las ciencias. En materia de educación, el planeamiento, la formación del profesorado y el mejoramiento de las técnicas de enseñanza constituyen los puntos esenciales. En cuanto a las ciencias naturales, no se trata de simples transferencias de prácticas y conocimientos, aun cuando ello sea necesario, sino de la implantación de la ciencia como hecho intelectual y social en los países menos desarrollados.

El presupuesto está calculado en 47 millones y medio de dólares, cubierto por las contribuciones de los ciento catorce Estados miembros. A ello se agregarán los recursos extrapresupuestarios procedentes del programa ampliado de Asistencia Técnica de las Naciones Unidas y del Fondo Especial, por un importe aproximado de otros 46 millones de dólares.

Examinará también el Consejo las propuestas del director general en las esferas de las ciencias sociales y humanas y en el campo de las actividades culturales, entendidas de una manera dinámica hacia el estudio del hombre en su totalidad y en la prosecución de una reflexión crítica y objetiva sobre los temas más urgentes: promoción de los derechos del hombre, consolidación de la paz, igualdad en todas las razas y las consecuencias sociales y económicas del desarme.

Este proyecto de programa y presupuesto, acompañado de las recomendaciones del Consejo Ejecutivo, será después examinado por la Conferencia General en su XIII reunión, convocada en París para el próximo octubre.

En el Consejo Ejecutivo participan, en nombre de Iberoamérica, los señores Silvio Zavala (vicepresidente), Méjico; Rodolfo Barón Castro, El Salvador; Attilio del'Oro Maini, Argentina; Juvenal Hernández, Chile; Mariano Picón Salas, Venezuela, y la profesora Otilia de Tejeira, Panamá.



La Caja Agraria de Colombia tiene el propósito de conceder créditos para estudiantes sin recursos, especialmente para aquellos que escojan profesiones que contribuyan directamente al desarrollo nacional y al bienestar social.

El hecho de que se prefiera a estudiantes que escojan carreras técni-

cas como las indicadas no excluye a los estudiantes que deseen seguir carreras académicas de otro carácter. La Caja piensa financiar estudios y cursos de especialización a estudiantes con dificultades económicas cuando cursen sus estudios en el país.

Entre los requisitos que deben llenar los aspirantes figura el aprobar todas las materias del año inmediatamente anterior y un promedio de calificaciones bastante superior.

☆

En el reciente Congreso de Quimioterapia, celebrado en Méjico, se dió a conocer una estadística según la cual un total de 50.000 niños mueren al año en el mundo afectados por el cáncer y la leucemia. La delegación mejicana presentó un informe por el que se demuestran los rápidos avances logrados por la medicina de Méjico, debido principalmente a la aplicación de nuevas drogas.



En una conferencia de prensa en Buenos Aires, el sacerdote belga padre Miguel de Bleecker rebatió las críticas que quieren oponerse a su original método de alfabetización ultrarrápido. Hasta el momento ha efectuado muchas demostraciones prácticas en el interior del país y en esta capital, ante más de 50.000 maestros, con grandes resultados. El sistema suprime las letras de la iconografía interna; cada sonido es un dibujo. Los principales elementos didácticos son, además de los dibujos, cantos, mímica, colores, cuentos y rondas. Niños de tres y aun menos años pueden aprender a leer; para los de cuatro, bastan treinta clases de cuarenta y cinco minutos, y para adultos, siete u ocho clases son suficientes. Pese a sus demostraciones, el padre Bleecker realiza infructuosas gestiones para obtener apoyo de las autoridades. Las críticas a las expresiones que utiliza en su método —revólver, araña, serpiente, etc.— fueron desechadas por la casi totalidad de las respuestas en una encuesta que efectuó entre 2.000 maestros asistentes a sus cursos.



Después de doce horas de sesión, el jueves 9 de abril, la Cámara de Diputados de la provincia de Córdoba, en votación nominal y con el exclusivo apoyo del sector mayoritario del radicalismo del pueblo, aprobó el proyecto de ley, que derogó el Decreto-ley 928/1963, que instituía el régimen de enseñanza privada en esta provincia. El resultado de votación fué: 21 votos a favor y 11 en contra.

Con la articulación sancionada, la libertad de enseñanza—que se dice estar reconocida en todo el territorio de la provincia— ha desaparecido en la práctica, sometiendo la escuela privada a la legislación que rige la enseñanza oficial.

Los planes de estudio deberán ser los oficiales, pudiendo agregarse materia si la autoridad lo permite; la promoción ya no podrán hacerla los mismos establecimientos, sino que requerirá la presencia de un docente de la escuela oficial. Aún más, el régimen aplicable a los docentes los hace inamovibles, obligando a los colegios a conservar —llegado el caso— a docentes contrarios a su ideología religiosa.

La nueva ley de educación, según palabras del único diputado demócrata-cristiano, señor Mario Dubini, durante el debate, sería «un contrato de localización entre las escuelas privadas, que deberán poner a disposición del Estado alumnos, personal administrativo y docente, edificios, materiales didácticos y otra serie de elementos, y el Estado, que utilizará todo esto para cumplir con la «importantísima» y «gravísima» tarea de controlar.

Frente al problema originado por la derogación del Decreto-ley 928 y otras decisiones que afectan al régimen de libertad de la enseñanza privada, el arzobispo de Córdoba y los obispos de Río Cuarto, Villa María y San Francisco han expresado sus puntos de vista al respecto en una carta pastoral.

Dividida en cuatro grandes párrafos, la presentación de los prelados de la provincia expone el pensamiento de la Iglesia sobre el particular. En el primero de ellos, titulado «Motivación y oportunidad», se expresa que «la aprobación del despacho presentado en el H. Senado por las Comisiones sobre enseñanza particular y la consecuente derogación de la legislación vigente han provocado honda inquietud en la población cristiana de la provincia». Dejan establecido que «la autoridad eclesiástica sostuvo y alentó el diálogo positivo que llevase el esclarecimiento de las propias posiciones brindando a través de los técnicos una exhaustiva explicación del punto de vista cristiano. Se esperaba así conseguir el acuerdo en los puntos fundamentales, salvaguardando los intangibles derechos de la familia. Lamentablemente, nuestra palabra y nuestras presentaciones no fueron siempre atendidas».

Más adelante, en el punto II, acerca del «Derecho de la Iglesia a enseñar», afirman las altas autoridades eclesiásticas que «la Iglesia de Cristo es esencialmente madre y educadora. Por eso no puede menos que causar profunda impresión y sorpresa que haya quienes profesan su fe católica, educan a sus hijos en las escuelas católicas y carecen de valor para defender principios y convicciones que son anteriores a toda ideología política. Cumplo con el deber de recordar a los católicos que

los derechos esenciales de la familia deben ser sostenidos a todo trance. Y si se tuviera que soportar en Córdoba una arbitraria situación de hecho, no habría capitulación».

Sobre el laicismo dícese que «es, en el denominador común de todas las derivaciones doctrinales y prácticas del mundo actual, alma y principio inspirador de la compleja gama de actitudes en el campo religioso y moral, y mentalidad de oposición sistemática y alarmista de cualquier influencia de la religión —especialmente de la católica— sobre los hombres, sus actividades o instituciones. Heredero legítimo del laicismo es el materialismo ateo: el marxismo es el laicismo trasladado con sinceridad brutal al plano de la realidad social. Los sofismas con que se disfraza este laicismo contribuyen a agravar su insidia, puesto que, con un aparente respecto de la fe religiosa del pueblo, se va consumando la obrada corrupción sistemática del alma católica del país».

En el apartado IV, «Doctrina acerca del Estado», se afirma que «el Estado tiene una finalidad: la promoción del bien común de los ciudadanos, en el que deben participar todos los miembros de la comunidad política (conf. Juan XXIII, «Pacem in Terris»). El despacho en discusión, además de ser un atentado al bien educacional, es una regresión a prácticas y legislaciones superadas por la fuerza de la convivencia y del auténtico progreso».

Por último, acerca de «la libertad de la enseñanza», se manifiesta que «la libertad de enseñar no es un fin en sí, sino un medio para la educación integral de la persona humana. El contenido concreto de la libertad de enseñanza, según nuestra realidad histórica, social e institucional, puede establecerse en los siguientes puntos:

1.º Derecho de abrir y organizar escuelas.

2.º Derecho de formular planes y programas.

3.º Derecho de determinar el contenido ideológico de la enseñanza.

4.º Derecho de elegir profesores y textos.

5.º Derecho de disciplinar la vida escolar y su organización interna.

6.º Derecho de calificar y promover a su propio alumnado.

7.º Derecho de otorgar títulos.

8.º Derecho de participar proporcionalmente en la distribución del presupuesto escolar.

9.º Derecho de los distintos agentes de la educación de participar efectivamente en el gobierno escolar de todo aquello que atañe a la regulación de la libertad de enseñanza, en razón de su ordenamiento al bien común».

La XV edición del «Index Translationum» contiene 32.787 asientos sobre las traducciones registradas en setenta países durante el año 1962. El repertorio se publica anualmente con las informaciones recibidas de las organizaciones nacionales especializadas.

Una vez más la Biblia sigue siendo la obra más traducida en el mundo entero. Los escritos de Lenin, que de costumbre venían a continuación, pasan en 1962 a ocupar el tercer lugar de la lista, con un total de 182 traducciones. Nikita S. Jruschov, con 240 traducciones, es así el autor más traducido.

La celebración del centenario de Rabindranath Tagore suscitó un enorme interés por las obras del gran escritor indio, que ha sido vertido a diversas lenguas, con un total de 129 publicaciones, igualando a León Tolstoi, que sigue siendo uno de los novelistas más celebrados. Entre los escritores nacionales favoritos en la esfera de las traducciones pueden señalarse: Shakespeare, con 112; Agatha Christie, 103; Dostoievski, 95; Gorki, 77; Hemingway, 54; Balzac, 53; Dickens, 50; Víctor Hugo, 48; Goethe, 34, y entre los clásicos latinos, Homero aparece traducido 35 veces.

También es de notar el interés que ha suscitado el escritor yugoslavo Ivo Andric, Premio Nobel, que está señalado con 36 títulos.

En el campo de las letras españolas cabe indicar los nombres de Cervantes con 31 traducciones; Lope de Vega, 17; Pedro Calderón de la Barca, 10; Benito Pérez Galdós, 6; Federico García Lorca, 14, y Juan Ramón Jiménez, 5. Entre los escritores contemporáneos, Juan Goytisolo cuenta 15 traducciones y Miguel Angel Asturias está señalado con 7 traducciones.

Otros datos contenidos en el repertorio «Index Translationum» indican el volumen de obras traducidas, publicadas por países. La URSS comunicó la cifra total de 4.859 obras; Alemania, 3.095; Países Bajos, 1.784, y Francia, 1.488. Las editoriales de lengua española y portuguesa informaron de la forma siguiente: España con un total de 1.962 obras; Portugal, 654; Méjico, 380, y Argentina, por fuentes de carácter privado, indicó la aparición de 51 obras traducidas, relación que, sin duda, no es completa. Entre los demás países, Perú aparece con 36 asientos, y Venezuela, con 8.

Del total de 32.787 libros traducidos, más de la mitad, o sea 17.217, corresponden al género literario, y a continuación figuran el derecho, las ciencias sociales y la educación con 3.686 títulos; la historia geográfica y biográfica, con 2.724, y las ciencias aplicadas, 2.659. La filología y la lingüística, en último lugar, con 113 volúmenes, tienen un aumento sobre los años anteriores. Detalle curioso es en el Perú, donde la filología

y la lingüística suscitan el mayor interés, pues de un total de 36 obras publicadas, 21 se refieren a dichas disciplinas.

☆

En una reunión extraordinaria de tres días de duración —con un promedio de diez horas de trabajo—, el Episcopado chileno estudió y aprobó una serie de reformas y proyectos de acción, especialmente el plan pastoral nacional.

Veinticinco de los veintinueve obispos, bajo la presidencia del cardenal Silva Enríquez, sancionaron el nuevo esquema sobre liturgia y prepararon una carta pastoral colectiva al respecto. También, entre otras cuestiones, abordaron las dificultades económicas por las que atraviesa la enseñanza católica.

Pero uno de los temas principales fué el plan pastoral nacional, al que fueron convocados en forma «apremiante y concreta todos los sacerdotes, religiosos y fieles, en el esfuerzo misionero más grande realizado hasta ahora».

Con un enfoque realista, los prelados tuvieron en cuenta: que la Iglesia realiza en Chile un esfuerzo enorme en cumplimiento de su misión, pero existe una desproporción entre sus recursos humanos y materiales y la tarea que debe cumplir; que el esfuerzo por atender a las clases dirigentes del país —por estimar que a través de ellas se podría hacer una obra religiosa y cívica de grandes proporciones en beneficio de todas las otras clases sociales—, si bien ingente, está muy lejos de haber abarcado este amplio sector social, y ha impedido atender con la misma intensidad a otras capas sociales; que el 85 por 100 de los chilenos se declaran católicos, pero sólo el 15 por 100 asiste habitualmente a misa dominical, existe un sacerdote por cada 3.015 habitantes y el promedio de personas por parroquias es de 12.500; que el pluralismo ideológico puede entrar en los rincones más alejados del campo, al transformar una sociedad rural en urbana y mediante las modernas técnicas de difusión; que este pluralismo ideológico ha traído numerosas defecciones debido a la deficiente formación religiosa de muchos creyentes, y explica que a veces, por ejemplo en lo político, la mayoría de los lectores hayan votado por partidos laicistas o marxistas, y que en el último decenio los protestantes han duplicado su adeptos; que la Iglesia es aún mayoritaria en cuanto la mayor parte de los habitantes del país se declaran católicos y conservan algún lazo de adhesión a aquélla, pero esta adhesión la mayoría de las veces es muy débil y está mezclada con elementos ajenos al catolicismo, como lo evidencia la poca acogida que, a veces, suelen encontrar en muchos católicos sus directivas morales y sociales.

Los departamentos que impulsarán las directivas episcopales son: de Pastoral fundamental (catequesis, predicación, liturgia y parroquias); de Educación; Económico-social; Asistencial; Difusión; Clero; seminarios y vocaciones, y Apostolado de los laicos.



«Biografía del miedo», novela del doctor Enrique Salgado, es la obra que publica «Selecciones de lengua española» en el mes de mayo. El doctor Enrique Salgado nació en León el año 1926. Especializado en Oftalmología, y ya miembro y académico de varias sociedades españolas y extranjeras, fundó en 1957 la revista científica «Miopía». Sus estudios en Inglaterra, Francia, Suecia y Finlandia le depararon ocasión de completar sus conocimientos, que difundió en charlas, conferencias y publicaciones, en las que, al lado de su faceta técnica, destacaron siempre sus valores humanistas y literarios. Ha publicado más de sesenta trabajos científicos en diversas revistas españolas y extranjeras, entre las que señalamos sus libros: «Cirugía de la miopía», «Los miopes», «El fondo del ojo», «Los ciegos, esos desconocidos»; «Goethe o la pasión equilibrada», «El pintor tabú», «El Greco», «El mundo de los miopes» y «Paulina Bonaparte».

Esta obra no alcanza clasificación concreta. No puede ser considerada novela, ni ensayo literario, ni obra científica. El género que más se ajusta a la intención del autor viene condicionado al título «Biografía». Se trata, pues, de un simple y sugestivo bosquejo anecdótico de un ente sin personalidad humana, pese a la honda influencia que ejerce en todas las personalidades.

Un libro singular, ameno e interesante, cuya lectura dejará una huella profunda.



Según informes estadísticos recientes, el déficit de viviendas en Colombia es de 279.210. Al hacerse la estadística sobre la escasez de la vivienda y mediante una investigación oficial, el mayor problema que se encontró para obtener la disminución del déficit fué el de la financiación. Una buena parte de los aspirantes a propietarios se encuentran en condiciones de pagar la residencia que se les asigne, pero en cuotas pequeñas, las cuales no tienen poder financiero suficiente ante las entidades que, como el Instituto Colombiano de Crédito Territorial, están consagradas a solucionar el problema.

☆

Unos 50 jóvenes iberoamericanos participan en una serie de cursos en Bogotá sobre comunicación de masas, auspiciados por el Instituto de Comunicación de Masas de Colombia. Los cursos, que se iniciaron el 20 de abril, tendrán una duración de cuatro meses.

El Instituto de Comunicación de Masas fué establecido por la Confederación Lationamericana para la Educación Fundamental Integral, como centro de entrenamiento y formación técnica en el campo de la educación fundamental integral y de desarrollo por acción de los organismos de base.

Los estudios versan sobre ciencias socio-económicas, sistemas de organización y administración institucional, técnica de educación y de comunicación de masas.

La metodología de los estudios corresponde a la de cursos para postgraduados, con dos niveles de trabajo: teórico y práctico. Las exposiciones de temas básicos se complementarán con la lectura dirigida, para lo cual los alumnos recibirán manuales, libros y publicaciones.

El trabajo práctico se realizará con los equipos y servicios de Radio Sutatenza, de Bogotá.

De esta forma, el Instituto dará a los estudiantes una formación sobre las técnicas, métodos y sistemas de comunicación a las masas, bajo una clara y segura orientación ideológica, ofreciéndoles oportunidad de evaluar resultados, obtener textos y materiales impresos y ejercitarles en las más importantes técnicas modernas para la difusión de ideas.

El Instituto tiene su sede en Bogotá, Colombia, y utiliza las instalaciones de la Emisora Radio Sutatenza, en Bogotá, así como las de su Central de Servicios, con equipos completos de la Editorial Andes, grabación de discos, rotativa y editorial de «El Campesino».

El Instituto Latinoamericano de Comunicación de Masas es una entidad autónoma que funciona en estrecha coordinación con Acción Cultural Popular y cuenta con la participación de 18 naciones iberoamericanas.



Se ha celebrado la XXIII reunión del Consejo directivo de la Oficina de Educación Iberoamericana (OEI), organismo intergubernamental con sede en Madrid, presidida por el ministro de Educación Nacional, señor Lora Tamayo, representante de España en el Consejo directivo de la OEI. Asistieron los representantes y suplentes de los Estados miembros del Organismo: Colombia, República Dominicana, Ecuador, El Salvador, España, Nicaragua, Paraguay y Perú; director del Instituto de Cultura Hispánica, Gregorio Marañón, y el director de Intercambio de Cooperación del Instituto, José María Alvarez Romero.

El Consejo ratificó en el cargo de secretario general de la OEI al doctor Barón Castro (El Salvador); aprobó la reforma al Reglamento de la OEI, el programa y presupuesto del Organismo y el nombramiento de la comisión asesora. Se designó vicepresidente al ministro de Educación de Colombia, doctor Gómez Valderrama.

Entre las actividades aprobadas merecen destacarse la celebración del 14 al 21 de septiembre, en Madrid, del Seminario Iberoamericano de Alfabetización, al que serán invitados 15 expertos; la edición del tercer volumen de «La educación en el plano internacional» y la preparación de un «Anuario iberoamericano de educación», obra muy interesante en la educación iberoamericana.

Se otorgaron las medallas de oro de la OEI 1961 al doctor Bonelly (República Dominicana); de 1962, a don Pedro Roselló (director adjunto del Bureau International d'Education, de Ginebra), y de 1963, a don Agustín Nieto Caballero (Colombia).



Prosiguen con éxito los trabajos de investigación, restauración y reconstrucción de las ruinas mayas de Iximche, situadas a menos de cien kilómetros de la capital guatemalteca, y cuya dirección está encomendada al arqueólogo suizo Jorge F. Guillemin y al Instituto de Arqueología e Historia.

En una extensión de 1.500 metros cuadrados se encuentran las ruinas de los templos, palacios y casas de los señores mayaquiches, ajustándose a los accidentes topográficos del terreno sin la tradicional orientación hacia los puntos cardinales, que es una característica repetida en anteriores descubrimientos.

Sin ser tan grandiosas y de un valor histórico-arqueológico tan grande, las ruinas mayas de Iximche tienen una importancia muy destacada, ya que muestran cómo eran los pueblos mayas antes de la llegada de los conquistadores. No obstante, los arqueólogos no están de acuerdo en fijar la época a que pertenecen las ruinas; para unos, Iximche corresponde a una etapa de decadencia, mientras que otros opinan que es anterior, como lo atestiguan la grandiosidad de las construcciones, señal inequívoca de poder civil, militar y religioso.



Ha comenzado en Ecuador un movimiento de carácter nacional con el fin de implantar la educación religiosa en todos los planteles educacionales del país. Este movimiento fué iniciado por las esposas de los ac-

tuales jefes militares de la Junta de Gobierno, pero ha encontrado una fuerte oposición por parte de diversos sectores políticos e instituciones nacionales. Especialmente, la Unión Nacional de Educadores ha publicado un comunicado en el que se declara opuesta a este propósito, basándose en el hecho de que coartaría la libertad familiar, ya que hay padres que no desean educación religiosa para sus hijos, mientras que los que la desean envían a sus hijos a centros privados donde se imparte esta educación.

La opinión de la Federación de Estudiantes Universitarios es semejante, aunque le da un marcado acento político, ya que identifica este movimiento con pretensiones de dominio: «quienes publican ese comunicado son aquellos cuya concepción política sobre la realidad nacional corresponde a las ideas de gobernar el país desde hace más de un siglo, y bien quisieran retornar a esas etapas ventajosas, ya superadas, en donde era requisito indispensable el ser católico para ser ciudadano».

Se trata, realmente, de una cuestión muy delicada, cuya solución debería estar en manos de los padres de familia más que en las de los políticos. No es convincente el argumento de que los padres envían a colegios laicos a sus hijos para evitarles una influencia religiosa, ya que al no existir protección estatal para la educación privada y ser ésta, por lo mismo, muy costosa, igualmente podría aducirse que la mayoría de las familias no tienen opción por razones económicas. Solamente una encuesta hecha con seriedad y responsabilidad podrá responder a esta cuestión. El hecho cierto es que la mayoría del país es católica y que, mientras no se demuestre lo contrario, es obvio que se desee educar a sus hijos en la tradición de la religión que practica, más cuanto que la educación religiosa no es propiamente suma de conocimientos extrínsecos, cuanto una «formación» que no puede separarse del resto de las disciplinas, sino que les da a éstas cohesión y unidad.—CARLOS VARO.

Sección Bibliográfica

Ives M. Congar: *Jalones para una teología del laicado.* Editorial Estela. Barcelona, 1963.

Esta obra ha quedado como el libro clásico en la materia. Su autor pertenece a ese grupo de religiosos intelectuales de Francia que han afrontado el riesgo de ir siempre *delante,* abriendo camino. Cuando la Iglesia les llamó «al orden», su reacción fué respetuosa. Así actuó también el P. De Lubac, quien después de cierto «encuentro» escribió sus maravillosas *Meditaciones sobre la Iglesia.*

No por ser clásica esta obra ha perdido actualidad. Sigue siendo —por lo menos en nuestro país— el único libro en el que pudiéramos aprender —de un modo fundamental y acabado— la función del laico dentro del catolicismo.

Entremos de lleno en la materia. Para el laico, las cosas de este mundo poseen valor *en sí mismas.* Para los «religiosos», las cosas, de tan referidas a la trascendencia, pierden su autonomía y su valor temporal. Existe entonces un gran peligro: «el de perder el respeto hacia la verdad interna de las cosas» y sus exigencias propias; el peligro de verlas como simples medios sociales e históricos de la Iglesia.

Este peligro se puso de manifiesto, de modo nocivo, en el *régimen de cristiandad* de Occidente —desde la caída del Imperio Romano hasta el inicio del mundo moderno—. Tal régimen conllevaba una «tutela de todas las realidades relativas». Mucho antes de que Juan XXIII subiera al Pontificado, el P. Congar escribió la obra que comentamos y en la que se enjuician (dentro del *régimen de cristiandad* que, por lo demás, pudo traer sus buenas consecuencias) las realidades temporales referidas y sometidas más a «prejuicios» que a fe; más a «conveniencias» del mundo cristiano que a las exigencias del cristianismo; a la «política» del cristianismo más que a su mística... Observemos solamente dos cosas: 1.° En esta regulación de las cosas terrenas —tanto las ciencias como los negocios de la ciudad— por parte de la autoridad eclesiástica, intérprete de lo absoluto, había una cierta confiscación o, hablando con términos marxistas, una alienación. Cierto que las cosas terrenas gozaron siempre de una autonomía relativa; la alienación no fué nunca total. Pero, tomadas en servicio de la fe, apenas fueron consideradas y desarrolladas por sí mismas. 2.° La tutela, buena en la infancia, se prolongó indebidamente hasta campos en que los hombres, como se dice hoy

día, habían alcanzado su mayoría de edad. El caso más típico, sobre el que los clérigos nunca reflexionarán lo suficiente, es el de Galileo, amenazado a los setenta años con la tortura, y obligado a retractarse en materia de ciencia, en la que por lo demás tenía razón, en nombre de la Revelación —en realidad, en nombre de ciertos «prejuicios» considerados como verdad revelada y como sana filosofía.

Contra esa confiscación se levantó el *laicismo* moderno —reverso del *laicado* que ahora se preconiza dentro de la Iglesia—. Contra el «sacerdocio de la Causa Primera» se elevaron los «sacerdocios de las causas segundas». Lavisse dirá que «ser laico es creer que la vida vale la pena vivirse, amar esta vida, rehusar la definición de la tierra como *valle de lágrimas*... Es no recurrir a un juez que dirija más allá de la vida el deber de saciar al hambriento...» A pesar de la intención *modernista de las palabras,* por debajo del tono burlón, se advierte una verdad, que el P. Congar expresa así: «Ser laico consiste en correr, con todos los recursos que tenemos, la aventura de la búsqueda de justicia y de verdad, cuya hambre nos devora y que es la esencia misma de la existencia humana.» Como puede verse, el autor del libro que estamos comentando no se anda por las ramas. El laicado posee un sentido muy humano y profundo que conviene conocer.

Después de una introducción, se examinan, a lo largo de 500 páginas densas y rigurosamente científicas, la posición del laicado dentro de la Iglesia, sus relaciones y diferencias con el sacerdocio, su función en la vida dogmática de la Iglesia lo mismo que en su quehacer comunitario y apostólico. Con motivo de esta última dimensión de la Iglesia, habla el autor de la Acción Católica, que le sirve de pauta para dar una definición del laicado. Los laicos participan en la misión, pero no en los poderes, de la jerarquía. Mas esto es sólo su aspecto negativo. Positivamente, los laicos, «sin perjuicio de un servicio de Dios *en sí mismo,* tienen por vocación *propia* servirle y realizar la misión de la Iglesia en y mediante el compromiso de las tareas temporales».

El laico se identifica con el magistrado, con el obrero, etc., en el compromiso temporal; lo que le distingue es la cristianización del intento. Tiene mucha razón el P. Congar cuando afirma que no se trata de «cristianizar» las estructuras, pues entonces parecería que el cristiano viene de «otra» parte hacia lo temporal, cuando debe surgir como los demás —de lo temporal mismo. Lo que distingue al cristiano laico es su intención cristiana. No se trata de sacralizar lo temporal, pues éste debe conservar su autonomía; lo temporal debe quedar intacto, con sus exigencias propias. Lo que el laico debe procurar es «la alimentación cristiana del compromiso temporal». Se sentirá dividido por un quehacer *vertical* —de tercera dimensión—, encaminado hacia Dios,

y otro *horizontal* en el que tiene como compañeros a los demás comprometidos —vinieren de donde vinieren— en la verdad y la justicia del mundo. Esto último lo explana detalladamente el autor en el capítulo que titula «En el mundo, pero no del mundo».

Se puede ilustrar lo que acabamos de decir. En primer lugar, con el imperio cristiano. El *régimen de cristiandad,* antes aludido, y, sobre todo, la conversión de los caudillos ofrecían al cristianismo la posibilidad de una experiencia nueva, que no pudieron tener ni los apóstoles ni los mártires. Estos no tenían ni podían tener idea de que llegara a realizarse en la historia una simbiosis orgánica entre la Iglesia y la Ciudad, dentro de lo que nosotros llamamos Cristiandad o Estado cristiano, o, como se llamaba más corrientemente en la Edad Media, República cristiana. Es decir, se tuvo un atisbo de lo que podía ser el laicado como novedad dentro de la Iglesia.

Pero la hazaña no se llevó a cabo bien. Lo cristiano absorbió al mundo. De ahí la alienación, a que aludíamos antes.

La segunda ilustración la tomamos de la canonización de los guerreros, de los cuales se ponía precisamente como ejemplo su «compromiso militante de tipo guerrero o caballeresco». Se olvidaban otros aspectos de la vida temporal. De todas formas, tales canonizaciones tenían su sentido. «Hay en las canonizaciones un aspecto de gobierno providencial de la Iglesia, a la que Dios da según los tiempos los modelos y los intercesores que su sabiduría juzga convenientes. Como siempre, por lo demás, los dones de Dios no son golpes de fuerza; son hechos desde arriba y libres, pero a menudo con tales preparaciones que se les ve venir desde abajo como una flor y un fruto de la historia».

Sólo, pues, en la época moderna se ha visto la Iglesia con capacidad para inspirar y promover una auténtica santidad laica. La cristiandad antigua vivía bajo el signo de la espiritualidad monástica. Ni siquiera puede hablarse de clero «secular» —enrolado en el mundo—. «Desde la Edad Media, y sobre todo, desde el Concilio de Trento, los ideales y los medios de la santidad sacerdotal son préstamos del monaquismo, adaptaciones de la espiritualidad monástica.» No existe lo que llamamos sacerdote «secular», del siglo. La posición del laico es inconfundible e insustituible: sólo él puede realizar una santidad enrolada en el mundo.

Santo Tomás, situado estratégicamente entre el Medievo y la época moderna, es el precursor del laicado. El esbozó una espiritualidad humanista, contenida en sus explicaciones sobre la virtud de la *magnanimidad,* cuya versión en el ámbito de lo comunitario es la *justicia social.* Se hizo, así, posible una espiritualidad distinta de la monástica.

El P. Congar propone: «Nosotros buscamos una espiritualidad que reconozca a las realidades terrenas más valor que el que les concede San

Gregorio; nosotros quisiéramos que se pudiera poner el corazón en la obra terrena sin servirla como si fuera fin último.» La realidad terrestre no es fin último, pero tampoco un simple medio; es, más bien, un fin intermedio. Sólo así se evitan las posturas unilaterales de una total *encarnación cósmica* —que no distingue entre Iglesia y mundo— y de la *solución monástica* —que desatiende las exigencias de lo temporal. El quehacer laico debe someterse a las dos exigencias —a que nos hemos referido antes—: la *vertical* y la *horizontal*. «Mantengamos al menos de esta oposición el sentimiento crecido del carácter irreductible de la antinomia que es como una ley de la condición cristiana en la tierra.»

Es dura tal existencia y difícil. Es el precio para no caer bajo esta otra dureza de la crítica de Peguy, cuyas palabras no puedo dejar de transcribir: «No basta abatir lo temporal para elevarse a la categoría de lo eterno. No basta abatir lo temporal para elevarse a la categoría de la gracia. No basta abatir el mundo para elevarse a la categoría de Dios. Porque quienes no tienen la fuerza de ser de la naturaleza creen que son de la gracia. Porque quienes no tienen el valor temporal creen que han penetrado en lo eterno. Porque quienes no tienen el valor de ser del mundo piensan que son de Dios. Porque quienes no tienen el valor de ser de uno de los partidos del hombre creen que son del partido de Dios. Porque quienes no aman a nadie creen que aman a Dios.»—ROMANO GARCÍA.

HENRI DE LUBAC: *Catolicismo. Aspectos sociales del dogma.* Editorial Estela. Barcelona, 1964.

E. Masure ha escrito: «Hay en el fondo del Evangelio la visión obsesionante de la unidad de la comunidad humana.» Hay que afirmar también que el catolicismo es social no sólo en cuanto ha contribuído al progreso de las instituciones sociales, sino además en la propia constitución de sus dogmas —como lo prueba largamente el P. De Lubac—. Sin embargo, existe un malentendido por el cual se le tacha de individualista; de ello es culpable, sin duda alguna, la conducta de muchos católicos. Y resulta que el catolicismo es «social hasta tal punto que la expresión «catolicismo social» debería haber parecido siempre un pleonasmo».

Ya el dogma de la *creación* posee carácter social. La unidad del Cuerpo Místico —que es de índole sobrenatural— supone la unidad natural del género humano, contenida en el pasaje bíblico de la Creación. Adán no es el *padre* del género humano, sino el *primer engendrado* por Dios.

Así lo da a entender la simple y rotunda fórmula con que Lucas cierra la genealogía de Jesús: «... hijo de Enós, hijo de Seth, hijo de Adán, hijo de Dios». Como dice Ruysbroeck, todos hemos sido engendrados conforme a la imagen del Hijo, del Verbo, y así formamos todos una *fraternidad.* Orígenes dirá con precisión inimitable: «*Ubi peccata, ibi multitudo*»: donde existe el pecado, allí se da la dispersión, la atomización. La teología patrística insistía en ese *desgarramiento social* que supone el pecado. Después, por desgracia, la teología se limitó a hablar de un *desgarramiento individual*—que también se da, por supuesto—.

La Redención restaura la unidad. La existencia de Jesucristo constituye la salvación del Todo.

El catolicismo es también social en su constitución viva e histórica —la Iglesia— por el hecho mismo de que ella no tiene otra misión que continuar en el tiempo la obra de reunión comenzada en la Encarnación. El episodio del don de lenguas —Pentecostés— simboliza la catolicidad de la Iglesia, que reúne lo que la soberbia y discordia de Babel había dispersado. Por lo demás, el catolicismo continúa, en sentido espiritual, y ensanchándolo, el carácter social del pueblo judío. «La idea de una Obra divina que todo el movimiento del mundo debe llevar a término y la idea de una marcha de toda la humanidad hacia un objetivo determinado se afirman ya poderosamente en Israel.»

Es más. En su mismo sistema *sacramental,* el catolicismo es eminentemente social. No se trata, en los sacramentos, de una pura relación individual con Dios, sino de la asociación del individuo a la Iglesia, el cual recibe en la medida en que se agrega socialmente a la Iglesia. El autor lamenta nuevamente que, después de los Padres, la teología haya insistido —por lo que hace a la Eucaristía— más en la *presencia real* que en su carácter de *unidad.*

Desarrolla después el P. De Lubac un análisis en el que muestra cómo la interpretación de las Escrituras, a lo largo de los siglos, contiene asimismo un significado histórico y social. «La historia, como la naturaleza y más que la naturaleza, era para ellos un lenguaje. Era ya la Palabra de Dios. Ahora bien, lo que siempre encontraban una y otra vez era un misterio que debía realizarse, *cumplirse* histórica y socialmente, aunque siempre de un modo espiritual.»

Uno de los capítulos más interesantes es el dedicado a «El cristianismo y la historia». Lo histórico y lo social están, dentro del catolicismo, en íntima conexión. «Si nos situamos, como hay que hacerlo, en la perspectiva temporal que es la nuestra aquí abajo, ¿no habremos de decir que la única Iglesia permanece *inacabada* hasta el último día»? Lo mismo dice Orígenes cuando se refiere al «día en que Cristo quedará *perfecto*». Es decir: al catolicismo le anima, en su devenir, una salvación

de carácter social. Cristo no estará entero hasta que no quede completo el número de los salvados.

Por eso, en las demás religiones —y también en las filosofías de sentido soteriológico— se busca, con la misma fuerza de conexión, una huida fuera de la historia; y la salvación es, en el fondo, individual. «En sentido muy diferente del santo, el sabio griego es un separado. Su contemplación es solitaria.» Así ocurre, sobre todo, en Platón y Plotino. Las religiones orientales acentúan esto mismo. Cada una de ellas propone su método, más o menos original. «Pero a través de estas múltiples diversidades hay siempre un acuerdo sobre el fondo del problema y sobre sus presupuestos: el mundo del que se trata de escapar está sin dirección, la humanidad que hay que sobrepasar está sin historia.»

«Agotadora monotonía la de estos ciclos sin fin, de este *eterno retorno* del que nada se puede esperar. Un período —llámese Gran Año, Mahakalpa, Jubileo o de cualquier otra manera— sucede a otro y recomienza a su vez uno nuevo, sin que jamás avance nada... Todas las cosas serán *eternamente restauradas*, pero también eternamente destruidas, pues después de la fase de crecimiento viene la fase de decadencia, y las *palingenesias* sucesivas son también una incesante muerte: «inmortalización de la muerte», dirá San Máximo... Engañada su hambre de eternidad, puede el sabio concederse por algún tiempo la ilusión de que domina con el pensamiento esa pulsación del mundo, o que la envuelve en las sutiles redes de una contemplación estética. Pero, siempre, el rebaño humano se agita vanamente prisionero de la misma servidumbre.»

En los filósofos y en las religiones orientales se trata de un «devenir sin sustancia», en el que nada pasa, pues todo pasa (J. Guitton). En el cristianismo, en cambio, la duración es real. Ya no se trata de ciclos, sino de evolución y devenir. «*Circuitus illi iam explosi sunt* (aquellos círculos y retornos se rompieron por fin): grito de triunfo del cristiano a quien se ha revelado el Dios creador y salvador. (El autor se refiere a San Agustín). Los hechos no son ya solamente fenómenos; son acontecimientos, son actos. Algo nuevo se opera incesantemente. Hay una génesis, un crecimiento efectivo, una maduración del universo.»

Como dijimos antes, este sentido histórico del mundo, relacionado con el sentido social de la salvación —uno depende del otro—, arranca del pueblo judío.

Se tratan otros muchos problemas en esta obra: los infieles y las misiones, la predestinación de la Iglesia y su situación presente. Se cierra con unas reflexiones sobre los valores *personales* del catolicismo.

La oposición entre persona y sociedad es sólo aparente. En una comunidad, la unión está en función de la distinción de los miembros,

«Las partes concurren tanto más a la unidad cuanto son menos *trozos* y más *miembros*.» La paradoja dogmática se apoya en su gemela natural: la unidad depende de la diversidad.

Una breve digresión. El sentido social del catolicismo ha sido estudiado por lo que respecta al dogma. En el terreno social práctico, la Iglesia ha de llevar una conducta muy difícil —señala el autor—. No debe desentenderse de los problemas, pero tampoco debe sustituir el compromiso temporal de los católicos como ciudadanos. De todas formas, si el *dogma* es social, también lo será —debe serlo— la *acción* que se rige por él. La postura del P. De Lubac es afín a la del P. Congar. Por eso he juntado, para comentarlos, estos dos libros.—R. G.

OTTO F. BOLLNOW: *Rilke.* Taurus. Madrid, 1964.

Rainer María Rilke es el poeta del hombre y del tiempo. No se manifiesta únicamente en su obra el desamparo o la esperanza del hombre de su tiempo, sino la situación más profunda del hombre en singular. Esto es, el hombre de todos los tiempos y su situación. Por eso es que su poesía es la esencia del hombre en el tiempo. Sin embargo, Bollnow nos recuerda en este estudio que es en «el Rilke tardío» donde se manifiesta esta medida, es decir, en la obra perteneciente a la última época de su vida y debida principalmente a la disciplina que Rilke se imponía a sí mismo, ya que «su poesía ha surgido de la escasez» y por ello le falta «el ímpetu de la forma y el vigor de la fantasía poética». Nada queda sin tratar de verse en este penetrar en la poesía de Rilke: desde sus tempranos poemas, desde la ruptura con su anterior mundo poético (el *Malte* es esta ruptura), hasta ese «Rilke tardío», no sin antes atravesar por dolorosas sendas. Si bien el poeta se mueve dentro de la lírica, descubrimos que ésta es una «lírica del pensamiento» y no una lírica emocionalmente personal. Esta «lírica del pensamiento» es a la vez en Rilke su poesía en esencia y «una forma del pensamiento». Sin embargo, no se ha de tomar esto como si se tratara de una poesía pensada, ya que es sencillamente la fusión más espiritual del pensar y el poetizar. Aunque Rilke nunca dependió de corriente alguna del pensamiento, Bollnow estima que la mejor forma de «ordenar la obra de Rilke para llegar a entender su posición histórico-espiritual» es por medio de la filosofía existencial, sin pretender con ello que el poeta tuviera nexo alguno con la misma, ya que lo que él hizo fué expresar en una forma poética, en su reducido pero trascendental mundo poético, la existencia en su más profunda realidad espiritual. En ese aterrador despertar a la realidad lo que

más preocupa a Rilke es el problema de la muerte. Esta preocupación se manifiesta en Alemania bajo los efectos de la primera guerra mundial dentro del ámbito poético y filosófico. Aparecen publicadas obras de Rilke, Kafka, Heidegger y Jaspers, aunque todas habían sido iniciadas posteriormente. La influencia de Kierkegaard es determinante en todos ellos, y Rilke, por su parte, lo afirma en repetidas ocasiones, como se puede apreciar en el fragmento de esta carta: «Leo a Sören Kierkegaard. En este verano estudiaré danés para leer a Kierkegaard y a Jacobsen en su propia lengua.» En su juvetud Rilke se muestra contagiado por el romanticismo y por una idea panteísta de la vida cuyas bases filosóficas se deben principalmente a Nietzsche y Dilthey. Pero esto se manifiesta en el joven Rilke a la vez con «una nostalgia de vida no colmada». Partiendo de esto último podrá vislumbrarse cómo poco a poco, disciplinada y dolorosamente, se encontrará con su propia esencia, manifestada, como dijimos, en «el Rilke tardío».

No estuvo exenta la infancia de Rilke de una inquietante sensación de zozobra, antes bien es palpable esta angustia que experimenta, «inexpresable en palabras». Esta sensación se exterioriza en el *Malte* y en las *Elegías*. En el *Malte* el miedo del joven Rilke alcanza tales proporciones que sólo su madre es capaz de hacer disimular: «Oh, madre. Oh, única, que disimulaste todo este silencio, entonces, en la infancia. Que lo tomabas sobre ti diciendo: —No tengas miedo, soy yo.» En las *Elegías* reaparece la madre conjurando todo ese mundo inquietante, silencioso y oscuro, que hacía zozobrar al poeta en su infancia. Sin embargo, esta zozobra de la niñez, esas experiencias de angustia, son percatadas en sus formas más vitales, en la madurez del poeta. Es entonces cuando logra, como él mismo decía, «completarlos». De esta manera vemos que en el *Malte* aparece ya la angustia por la existencia, y no, como anteriormente, por la vida únicamente. Resulta de ello que somos ineficaces en encontrar la forma más adecuada con nuestra vida. De ahí esa angustia provocada por la certidumbre de que estamos preparados para encontrar esa forma, esa fuerza de enfrentarnos a la realidad, pero que al mismo tiempo nos infunde miedo: «Yo creo desde hace poco tiempo que es nuestra fuerza, toda nuestra fuerza, la cual es todavía demasiado poderosa para nosotros.» Para el poeta es realmente lo divino esa fuerza que nos aterroriza. No obstante, tratamos de eludir esa evidencia de manera que otros problemas, por lo menos en apariencia, ocupen su lugar. A esto Rilke lo llama «distracción». Pero a esta negatividad de la vida opone el poeta el antídoto, es decir, el lado positivo de la misma sin esa distracción anterior; una vida desenvuelta, sin disimulos, como *La Noche grande,* en que la realidad que durante el día se oscurece por la falsedad cotidiana en esta noche se ilumina, y una vez que nos hemos familiari-

zado podemos aspirar a ella. Pero la senda oscura que nos conduce a esta realidad tiene dudas y tropiezos que dificultan la definitiva conquista, mas no la imposibilitan. Si bien esa fuerza de que hablamos nos ayudaba a defendernos de una inquietud exterior, y al respecto dice Rilke:

Pero en el interior, ¿de quién le defendía,
quién podría detener en su interior el oleaje
creciente de su origen?

Esta nueva amenaza que surge es mucho más difícil de dominar. Surge durante el sueño, cuando el hombre está impotente para evitarla. Misteriosa, proviene de las confusas profundidades del alma. Ahí reinan el caos y el «dios-río de la sangre» está al acecho. Esto es: el sexo en oposición al amor espiritual. Lo único que ante esto se puede hacer es alejar lo demoníaco, transformando al «dios-río de la sangre» en «una sincera tarea cotidiana» que cumpla sus inevitables funciones, ancestrales, sin el ímpetu que anularía totalmente ese amor espiritual. Pero la confusión interior que afecta aún más directamente el alma es el «desamparo de la existencia humana, manifestado en un poema donde es concebida simbólicamente como un «estar perdido en una montaña inhóspita». El hombre es un exilado que tiene que convivir con elementos que le son hostiles. Ha sido expulsado del seno de los otros hombres y obligado a llevar una vida distinta a la de ellos, donde es preferible aspirar a una vida como la que llevan los animales, por lo menos ya adaptados a vivir en ese lugar. No hay que olvidar que todo este drama transcurre en el interior del alma y que todo ese desamparo es una tormenta desencadenada en el corazón del hombre. Rilke acostumbra a describir el interior del hombre mediante el paisaje, y por ello en determinado momento simboliza en una flor la comprensión que puede lograr el hombre para la eliminación de ese desamparo. Sin embargo, es el dolor lo único que puede hacer volver al hombre a su primitiva autenticidad; son los sufrimientos los que lo apartan de «la feria de la vida» para enfrentarlo a su verdadera esencia, y siendo los lamentos una manifestación del dolor, dice en los *Cantos* de la guerra:

No os avergoncéis del lamento. Proclamad vuestra queja.

Rilke tiene el concepto de que la vida es un peligro. Esta concepción, con un sentido diferente, había sido expresada antes por Nietzsche. Sin embargo, el problema estriba en cómo se comporta el hombre ante ese peligro exterior e interior. Rilke cree que el hombre tiene que afrontarlo para no traicionarse a sí mismo, pero sin esperar una

seguridad que lo mantenga inmune, ya que con la única seguridad con que contará es con la de su propia seguridad:

Lo que a nosotros finalmente nos cobija
es nuestro estar indefensos...

Al hablar de la poesía de Rilke y lo que para éste debe ser la misión del poeta nos encontramos, primero, que ésta, al igual que en la filosofía de Jaspers, contiene lo existencial revestido de una «ligera envoltura metafísica». En segundo lugar, lo que su poesía persigue mediante la plasticidad de la imagen es destacar «la interpretación de la existencia humana».

La vocación del poeta debe consistir en decir las cosas:

Ensálzale al ángel el mundo... Dile las cosas... Muéstrale
cuán feliz puede ser una cosa,

y finalmente debe ser la expresión concreta de lo que «constituye la tarea propia del hombre». Rilke tiene una esencial inclinación hacia «las cosas» que constituyen «el ámbito más reducido del mundo creado por el hombre»; esto hablando de ellas estrechamente relacionadas con la expresión poética. El poeta ama a las cosas por encima del hombre, esto es, la inútil complicación que éste trae consigo. Por ello nos dice en el *Libro de las horas:*

Los hombres me son más lejanos
que las cosas.

Y es que, entre otras diferencias que existen en el hombre con respecto a la naturaleza, se encuentra la libertad; esa facultad que posibilita al hombre para su arbitraria separación de la naturaleza. Es precisamente de esta relación de Rilke con las cosas de donde resulta que, contraria a la tendencia que persistía considerando a la obra de arte como la revelación del genio, el poeta la sitúa entre las cosas dándole un carácter de «arte-cosa». Y es aquí donde el mundo de cosas creadas por el hombre se diferencia de la naturaleza circundante por el hecho de estar constituído de cosas finitas y abarcables con la mirada, es decir, provenientes de la materia prima de la naturaleza y de la vida humana.

Observando en Rilke su monografía sobre Worpswede nos sorprende cómo la configuración del paisaje le es extraña, a pesar de las tendencias panteístico-naturalistas de esa época. Pero es que el hombre se

siente profundamente solo dentro de esa naturaleza, y el mismo Rilke lo afirma en este pasaje:

> *El paisaje, a causa de la grandeza e inmensidad*
> *de sus rasgos, actúa de un modo terrible y deprimente*
> *sobre el hombre.*

Por ello sólo las cosas pueden llegar a constituirse en obras de arte debido a que son las únicas realidades que caben dentro de su mundo interpretado.

En la *Novena elegía* hemos visto cómo al ángel (destinatario) se le ha dado una interpretación antropológica o existencial preferentemente a una interpretación metafísica, y luego de decir el proceso de «cosa» a «cosa-arte» se pasa a otro aspecto: el «decir de las cosas». Y este decir es el sentido último de la vida humana; «un intrascendente decir de las cosas más intrascendentes», que es a su vez la tarea del hombre abarcando la totalidad de lo existente.

En este abarcar, Rilke critica a su época debido a la mecanización e industrialización de la vida. En la carta dirigida a Hulewicz dice, entre otras cosas:

> «Y he aquí que ahora nos acosan, venidas de América, cosas vacías, indiferentes, apariencias de cosas, simulaciones de vida. Las cosas vivificadas, las cosas vividas, las cosas *partícipes de nuestra intimidad,* están declinando y ya no pueden ser sustituidas. Nosotros somos, quizá, los últimos que habrán conocido tales cosas. A nosotros nos toca la responsabilidad de conservar no únicamente su recuerdo..., sino su valor humano y lírico.»

La tarea del arte, en Rilke, consiste en transformar el mundo visible en invisible. Aparte de la transformación que por sí misma opera en las cosas, el hombre, por medio de la configuración artística, tiene que llevar a cabo dicha transformación, la cual a su vez es la conversión de lo corpóreo en un ser de naturaleza espiritual. Otra labor del poeta consiste en, antes de decir las cosas, conocerlas en su esencia. Para ello tiene que entregarse en una franca «comunicabilidad» a ellas, las cuales a su vez serán todo lo contrario, pues se encerrarán en un hermetismo que es precisamente el que el poeta debe penetrar. Esta penetración requiere la libertad del poeta, que se encuentre libre «del ruido, del bullicio y ajetreo de la actividad social». Se ha de recobrar el silencio para luego penetrar en la esencia profunda de las cosas viéndolas, palpándolas y, sobre todo, oyéndolas. Existe un «espacio interior del mundo exterior». Es decir, que todas las cosas tienen un espacio interior; pero como la mayoría de las veces somos tan insensibles, no

captamos el mensaje que de ellas se desprende. Esta doctrina metafísica demuestra que se produce o se puede producir una comunicación entre los procesos que tienen lugar en el espacio interior del hombre (el alma) y los que tienen lugar en el espacio interior del mundo exterior, es decir, el de las esencialidades existentes en las cosas. Entonces Rilke nos plantea, además, otro concepto: *Lo Abierto:*

Con todos sus ojos ve la criatura
lo Abierto. Sólo nuestros ojos están
como invertidos.

Que aunque es válido para el paisaje visible, lo es también para el mundo espiritual. Lo Abierto es lo sincero, lo expuesto; el espacio de vida no protegida. Pero que no vemos porque estamos «de espaldas», porque «nuestros ojos están como invertidos». Y únicamente en situaciones extremas, como ante la presencia inmediata de la muerte, le es permitido al hombre entrever lo Abierto.

Para plantear la existencia en el centro mismo de una consideración sistemática no se puede dejar de considerar la experiencia existencial de Rilke, que radica en la zozobra de un mundo que penetra en el interior del hombre. Pero, prosiguiendo por el concepto que Rilke tiene del hombre, llegamos al problema del ser; de aquí se desprende que el hombre se encuentra entre ser y no-ser. Pero la tarea planteada al hombre en relación con la destrucción que lo amenaza es la de saber en qué medida puede llegar a participar de un ser en sentido absoluto. En este estudio de Bollnow se analiza amplia y largamente los conceptos de Rilke en relación con ellos: desvanecerse y permanecer.

El héroe, los amantes, el niño y, finalmente, el poeta, debido a que este último es el único que plasma al hombre por antonomasia, se encuentra entre las posibilidades del ser-hombre que Rilke utiliza con frecuencia para expresar la esencia del hombre. El héroe está situado dentro de lo fundamental de la existencia como fugacidad, esto es, se sostiene por sí mismo a diferencia de los amantes, los cuales sí necesitan de la alabanza en mayor grado. La muerte para el héroe no es más que una forma de alcanzar la plena realización de su ser; para la amante no es más que el final de protección hacia su soledad por medio del amor. Es decir, constituye el final de ese amor tan celebrado. Sin embargo, Rilke apunta que el amor alcanza una plenitud más elevada en las mujeres que en los hombres. La amante desgraciada es la plenitud del amor y es la:

que no se inclina ya más hacia su amado
porque ella, arrancada por enormes
tormentas, asciende por encima de su voz.

La amante es el símbolo plástico de la existencia, y lo que de ella se dice afecta al hombre en la medida de ser trascendente. Junto al héroe y la amante aparece el niño como figura predilecta del poeta en sus ejemplos para iluminar la existencia humana. No obstante, este niño rilkeano es una relación retrospectiva hacia la propia infancia del poeta. En definitiva, es el planteamiento de la infancia como tal y, por otra parte, la actitud del adulto respecto a su infancia. El niño plasma en sí al héroe y a la amante debido a que el hombre en esa época ha vivido más en la proximidad de la grandeza y porque tampoco hay otra época en la cual se pueda sentir tan a merced de lo amenazante y extraño. Refiriéndose a su propia infancia, dice Rilke:

No está más segura que nosotros, y de ningún modo más protegida;
... sin defensa.

La condensación de lo que en el héroe, en la amante y en el niño permanecían como algo insuficiente es el cantor Orfeo; el poeta que abraza la totalidad del mundo.

A lo largo del acucioso estudio de Bollnow se va apreciando la forma insistente en que Rilke hace uso de las representaciones plásticas que llevan su propia concepción de la vida humana. Todo este proceso de símbolos lo emplea Rilke para «hacer resaltar la interpretación de la existencia humana». Debido a que el poeta es parco en el empleo de los mismos, se mencionan tres tipos de ejemplos: el surtidor, la pelota y el espejo. Ninguno de estos símbolos llegan a «cristalizarse en una significación única y racional». El autor de este estudio se sumerge en todo lo misterioso que llevan en sí tratando de desentrañarlos. «La balanza» es una excepción que, manifestada en el «Rilke tardío», involucra «la comprensión total del sentimiento del mundo». En el círculo de estas interpretaciones simbólicas del mundo ocupan un lugar de gran importancia los seres de la naturaleza orgánica y, en especial, las flores, la anémona y, sobre todo, la rosa. «La rosa se encuentra unida de un modo peculiarísimo a la vida del poeta.» Las flores son la personificación de lo que para el hombre es la belleza fugaz, pero que, sin embargo, están más alejadas en el orden del ser; por ejemplo, con respecto a los animales, ya que las flores sin protección alguna y nada más que con su libertad de cerrarse y abrirse asumen «la total peligrosidad de la existencia», entregándose, por tanto, al riesgo de su propia destrucción. La anémona, de un modo muy especial, tiene para Rilke una gran significación simbólica «a causa de su frágil delicadeza», pero también, sin duda, a causa de la alegría que le producía su aspecto exterior. Por razones parecidas es la rosa la que más atrae al poeta;

entre otros motivos de esta predilección se encuentra el perdurar de la rosa en su perfume «más allá de la existencia de sus pétalos visibles». En las rosas encuentra, además, una relación con la muerte que conduce hasta su epitafio:

Rosa, contradicción pura, placer
de no ser sueño de nadie debajo de tantos
párpados.

Con estas palabras que Rilke escribió para su tumba está resumida una vida que había crecido en el sentido del simbolismo de la rosa. En ellos está resumido el sentido de la vida de Rilke como poeta y a la vez su interpretación de la totalidad de la vida humana. «El símbolo de la rosa originó el ciclo de poemas franceses dedicados a las rosas (1924). En ellos se encuentra algo peculiar, y es la fluidez y soltura de los versos. Una fluidez casi alegre, tal como si el poeta «se hubiera liberado de la presión de una autocrítica excesivamente rigurosa.» La filosofía existencial, tan estrechamente relacionada con Rilke, no encuadra algunos rasgos, que, por otra parte, en lugar de ser algo conquistado penosamente por el poeta, parecen dar la impresión de una sensación de tranquilidad interior por lo logrado por la palabra poética. Es decir, ésta es una etapa que deja Bollnow para el final de su libro, ya que está fuera de la posición existencial rilkeana y que se manifiesta, sobre todo, durante la estancia de Rilke en Suiza, y en los poemas en francés. Un nuevo sentimiento de felicidad se apodera del poeta durante sus últimos años. Es un sentimiento que acepta la vida. Luis Rocha.

Arthur T. Jersild: *Psychology of Adolescence.* Macmillan, New York, 1963.

El tema de la adolescencia —como el de la luna— está pasando de manos de literatos y poetas al dominio de los científicos. Aun cuando no son de hoy los primeros estudios metódicos del tema, ni faltarán mañana, es de suponer, poetas, narradores y ensayistas, que se ocupen de él desde la otra vertiente. Pero hasta ahora la aportación literaria fué la más numerosa.

Sin entregarnos a esfuerzos eruditos se vienen a la memoria los nombres de Joyce, Gide, Lawrence, Colette, Stendhal, Rimbaud, Shelley, Holderling, Saroyan, Hans Carosa y otros entre los extranjeros. En España la lista acaso no fuera tan nutrida, pero bastaría citar a Juan

Ramón, a Cernuda y a Miguel Hernández, con su tremendo auto sacramental. Muchos de los estudios psicológicos de la primera mitad del siglo sobre el tema se hallaban también teñidos de literatura. Surge inevitablemente en la memoria el nombre de Spranger, cuya *Psicología de la edad juvenil* (1) puede parecer hoy un tanto ensayística, un poco a horcajadas sobre la vertiente literaria y la científica, especialmente si la comparamos con el libro que inspira este comentario.

A. T. Jersild, profesor de Psicología del Teachers College de la Universidad de Columbia, que ya nos había dado una *Psicología del niño* muy afamada, nos brinda ahora una *Psicología de la adolescencia,* cuya segunda edición apareció el año pasado en Norteamérica y cuya traducción española se está preparando.

En terrenos como el psicológico hasta las eminencias son pioneros, y el grueso volumen de Jersild, concienzudo y repleto de cuadros y gráficos, no agota el tema ni mucho menos. Pero significa un paso importante en problema tan complejo.

El autor no se deja ofuscar por los destellos poéticos de la adolescencia, sobre todo cuando la vemos desde la edad madura y la ancianidad. Jersild preguntó a un grupo de adultos, profesores, si obrarían de otro modo de volver a vivir de nuevo su adolescencia. Todos respondieron afirmativamente. Pero cuando volvió a preguntarles si deseaban volver a vivir aquellos años, con la ventaja que supondría lo aprendido hasta entonces, su respuesta fué un «no» rotundo y unánime.

No cabe duda de que la adolescencia es edad difícil, henchida de esperanzas, pero también de amarguras e inquietudes. Contradictoria. Los cambios físicos que se operan, por decirlo así, sin el consentimiento del niño, exigen una nueva estructura psicológica para adaptarse a ellos. Es la edad del «pavo», cuando cada día nota el niño que su cuerpo se transforma: su voz gallea, surge el vello puberal y adquiere facultades fisiológicas imprevistas. «Antes del cambio», dice el autor, «el adolescente era un niño; después puede *tener* niños». Esta despedida brusca de la infancia—que Miguel Hernández reflejó tan clara y dramáticamente— es particularmente violenta en la mujer, y las transformaciones que en ella se operan, más tempranas que las del hombre, saltan más a la vista. También la recientemente mujer se muestra más reacia a avenirse al papel femenino que el ex niño al suyo. Lo que no ha de extrañar si recordamos que—hasta en Norteamérica— nuestro mundo es masculino. Tales cambios han de ser particularmente embarazosos para la adolescente, que ve con orgullo, pero también con inquietud, que su cuerpo se transforma. A muchas muchachas, según el autor, la

(1) EDUARD SPRANGER: *Psicología de la edad juvenil.* Prólogo de J. Gaos. Nuevos hechos, nuevas ideas. Madrid, 1919.

admiración que despiertan sus formas incipientes les causa el mayor embarazo.

Un dato científico interesante a este respecto es que la menarquia se produce ahora, en nuestro tiempo, a una edad más temprana que hace cien y hasta cincuenta años, y que hay motivos para prever que en el futuro se adelantará más. El aumento es de 1/3 y 1/2 de año por década en el período 1850-1950. (Mills, 1939; Jones, 1946, b; Tanner, 1955). También se ha observado un aumento en la talla y el peso. Este avance de la menarquia se ha producido más acentuadamente en las zonas templadas que en las tropicales o árticas, aun cuando no pueda asegurarse si es debido al clima o a la dieta. También en el terreno psicológico existen progresos análogos en la conducta del adolescente. El interés heterosexual es más temprano, y los chicos y las chicas —el autor se refiere a Norteamérica— se citan antes. Sin embargo, no puede decirse que exista una aceleración en la madurez total de la personalidad. Según Hotzer, citado por el autor, en «madurez de autovaloración» los adolescentes de hoy están rezagados respecto a los de 1926.

Durante la época en que el adolescente recibe «el espoletazo del crecimiento», cuando puede aumentar de talla hasta diez centímetros en un año (Stolz y Stolz, 1951), no es de extrañar que se sienta «raro» y que hasta en ocasiones le resulte difícil andar con naturalidad. Pero los cambios psicofisiológicos que en él se operan afectan también a los adultos que les rodean, quienes muchas veces no saben cómo tratarles, si como niños o como adultos. La sociedad parece mostrarse también incierta frente al adolescente. Le manda a la guerra, pero no le concede el derecho de votar; le permite ganarse el sustento y hasta mantener a sus padres, pero no la entrada en los espectáculos «para mayores».

Hay una etapa dramática en la adolescencia que es la emancipación del hijo. De niño ha dependido totalmente de los padres y lloró si le dejaban solo. Pero llega un momento que es él quien deja a los padres. Trance que tanto para éstos como para el hijo tiene sus dificultades.

También se ha observado en los Estados Unidos un descenso en la edad media matrimonial. En 1890 era ésta para las mujeres de veintidós años y para los hombres de 26,1; en 1949, de 20,3 para ellas y de 22,7 para ellos.

La estadística es el instrumento principal de que se sirve Arthur T. Jersild. En una población como la norteamericana actual, donde cursan la enseñanza media casi el 80 por 100 de la población juvenil, de los catorce a los diecisiete, puede contar en los centros docentes con ricos materiales y seguir a los adolescentes desde la escuela elemental hasta la universidad y después. No se basa, como es de suponer, sólo en sus

estudios, sino en los realizados por una legión de investigadores que cita, así como en encuestas, interrogatorios, técnicas proyectivas, sociométricas y en múltiples tests, entre ellos el CAVD, Alfa del ejército, Otis, el de las estampas de Symonds y el famoso de la mancha de tinta de Rovschach. Casi todos son tests de papel y pluma, y el factor sinceridad es de gran importancia en la mayoría.

No podemos menos de hacer mención de Freud. Jersild, como casi todos lo psicólogos, parece considerarlo de pasado o cuando menos insuficiente para el rigor de los estudios actuales. Pero es curioso cómo en este libro, entre otros muchos, aparecen aquí y allá indicios reveladores de lo valiosa que fué la contribución del profesor vienés. Discutido tanto en su tiempo, triunfante al fin —y no sólo en el terreno netamente científico—, hoy, pese a su aportación genial, se nos antoja como un ladrillo, sobre el cual se va poniendo otro y otros. Pero el hombre de ciencia ha de contar con este destino y sentirse orgulloso de él.

Donde se ve más particularmente esta circunstancia es en el estudio de los sueños. El «contenido manifiesto», la «condensación», el «desplazamiento», las «contradicciones» y otros términos freudianos siguen manejándose; pero el espíritu es otro y las metas más modestas. No se pretende ya, en general, establecer un simbolismo de los sueños, por considerar que sólo puede atribuirse a los símbolos un valor relativo, personal y de interpretación intuitiva, «artística». Pero en terrenos más concretos se ha llegado a resultados más positivos. Dement y Kleitman (1957 a 1957 *b*) han seguido el proceso de los sueños mediante el movimiento de los ojos del durmiente, quien, al ser despertado en esos momentos, puede referir el sueño completo, resultando esto también cierto para las personas que creen que no sueñan, por no recordar ningún sueño al despertar. Cuando los ojos están quietos, no se sueña. Dement y Wolpert han seguido también los sueños con el electrocefalógrafo. Son particularmente interesantes los estudios sobre la privación de sueños. Los durmientes, que se sometieron al experimento de ser despertados cada vez que soñaban, dieron muestras de ansiedad, inestabilidad y psicosis. Lo que hace ver la necesidad de los sueños. Estos suelen producirse en el adulto a los sesenta u ochenta minutos de dormir, cuando comienza el sueño ligero. En los adolescentes los sueños se presentan más tarde, acaso porque tardan más en salir del sueño pesado.

Otro de los estudios interesantes que cita Jersild es el de Harlow (1958-1962), sobre los orígenes del afecto y la importancia de la ternura maternal. Según este autor (pág. 676), «el consuelo del contacto» que una criatura recibe de la madre es más importante que la leche en el desarrollo de la respuesta afectiva.

Para este estudio se sirvió de monos, unos criados por sus propias madres; otros, con madres de alambre, y otros más, con madres de trapo. El resultado de esta investigación, donde se ha seguido a los simios desde la infancia hasta la madurez adolescente, es interesante, pues revela que la respuesta amorosa se aprende en el regazo de la madre. Los monos criados con madres de alambre y de trapo resultaron incapaces de cariño cuando llegaron a la pubertad, tanto ellas como ellos. Fueron muchos torpes, violentos e ineficaces o madres desmañadas y rudas. También se observó que los monos criados con madres de alambre, preferían la de trapo, y que acudían a ella buscando refugio ante cualquier circunstancia alarmante del medio.

Jersild hace ver que, aun cuando en nuestra sociedad, por fortuna, no existen madres de alambre ni de trapo, sí abundan las instituciones, que se asemejan a aquéllas, y donde no siempre puede reemplazarse debidamente a la madre del huérfano, lo cual deja en la vida de éste una impronta indeleble, privándole en muchas ocasiones del don de dar y recibir el afecto normalmente.

También es interesante el estudio sobre los prejuicios, muchos de ellos engendrados en los primeros años de la vida. La señora Criswell (1959) estudió a niños negros y blancos. En el primer grado se elegían mutuamente como compañeros de clase y de juego; pero al llegar al quinto estaban casi definitivamente separados, siendo los blancos más exclusivistas. Hartley (1948) ofreció a los niños una lista de grupos étnicos para que señalaran aquellos que les resultaran odiosos. Casi todos señalaron más de uno. En la lista había tres grupos imaginarios y también fueron bastante señalados.

No cree el autor que baste para combatir el prejuicio con hacer que los distintos grupos se conozcan entre sí, por considerar que el problema no es objetivo. El prejuicio está en la mente del que prejuzga. No es sino un medio de desviar la atención de uno mismo. De ver en otros maldades que llevamos dentro. Una educación lamentablemente rígida, que crea una hostilidad encubierta contra el padre y hace que se busque una forma de desplazar esta hostilidad, cabe que engendre el prejuicio. Echheiser utiliza la expresión de «la viga en el ojo ajeno» para designar esta actitud. Por eso el mejor medio de combatir el prejuicio es la comprensión de uno mismo.

No son sólo las minorías étnicas o religiosas las que pueden servir de pábulo al prejuicio, o más bien de víctima expiatoria para concentrar en ella odios desplazados. En Norteamérica, hoy en día, están pasando de moda esos grupos, y son sustituídos por la delincuencia. El delincuente, dice Kvaraceus, Miller *et al.*, «sirve hoy para atenuar mucha de la agresividad inevitable en cualquiera sociedad compleja como la

nuestra». La hostilidad contra los grupos étnicos ha pasado a la delincuencia, que se convirtió en *best seller,* en literatura, en «taquillera» para el cine y que desde las portadas de libros y revistas permite desahogar vicariamente los impulsos agresivos y sexuales. Puede serse *voyeur* sin riesgo.

Y esto nos lleva a tratar de la delincuencia adolescente.

El autor considera que, de ser juzgados con un criterio inflexible, casi todos los adolescentes norteamericanos serían delincuentes. Pero la ley no sanciona sino a un número reducido. En determinados sectores «la delincuencia crece con más rapidez que la población». Que ya es decir mucho.

Como muestra de delitos veniales, Kvaraceus (1954) da la cifra de 265.000 cristales de ventanas de colegios rotos durante un solo año por vándalos juveniles en la ciudad de New York.

Las causas genéticas de la delincuencia no están bien esclarecidas, pero sí las del medio. El estudio de Miller (1958) sobre la clase baja norteamericana y la delincuencia en banda es particularmente interesante. Según él, existe una submentalidad exaltadora de la delincuencia, que llega a tener su tradición y que está destinada a mantener los rasgos básicos de un concepto de la vida propio de las clases bajas. Miller considera que el núcleo de ésta es un 15 por 100 de la población total, o sea unos 25 millones.

En esta submentalidad, el tipo ejemplar que se ofrece al adolescente es el del «duro», el *gangster* de las películas del treinta y tantos y el *private eye* de los dramas del Oeste. En este tipo se exalta el valor y la dureza, pero también la listeza. El «duro» lleva en sí un principio de justicia, que aplica a su modo y que casi siempre se enfrenta con el criterio de la justicia legal. Crea la delincuencia en banda y la lealtad a la banda. El delincuente de los barrios bajos es fatalista; considera vano luchar contra el destino. El adolescente quiere ser tenido por adulto. Concede gran importancia a la seguridad social, pero sólo en sus símbolos: el coche, la moto, el dinero a punto, el poder beber y fumar. Busca la excitación en el alcohol, el juego, el echar a suertes.

El tipo del delincuente adolescente de las clases bajas ha sido deformado por las películas y la literatura barata; pero, como aseguran Kvaraceus, Miller *et al.* (1959), «el retrato deformado empieza a convertirse en realidad».

Son particularmente interesantes los estudios a largo plazo, donde los delincuentes juveniles son seguidos a través de los años. Un dato alentador es que con el tiempo un 40 por 100 de los jóvenes delincuentes dejan de delinquir y que hasta en aquellos que persisten amengua la gravedad de los delitos. Si bien se acentúa con la edad la embriaguez,

como si se quisiera anegar en alcohol las desilusiones, tras la explosión agresiva de la adolescencia.

También es curiosa la actitud ambivalente que, según el autor, muestra este tipo de adolescente ante la autoridad. Expresa su hostilidad ante ella, pero la admira y muchas veces ingresa voluntario en las fuerzas armadas, por necesidad de «pertenecer» a algo, ya sea este algo una banda de delincuentes o una institución castrense.

Aún más sorprendente es la afirmación de que muchos delincuentes juveniles salen adelante de sus problemas delinquiendo, manifestando abiertamente sus impulsos agresivos, que, de no expresarles así, les hubieran llevado al manicomio. Una vez desfogados estos impulsos pueden convertirse en ciudadanos respetuosos y respetados.

En realidad nos hallamos ante un problema mundial. Y con el hecho sorprendente de que, acaso por primera vez en la historia, se establece una mentalidad «de edad», de adolescencia, frente a la mentalidad de los adultos, con carácter de rebelión juvenil. Rebeldía con causa, pero sin causa, y que se disipa como las espumas del champaña.

Según Miller, existe una mentalidad de clase baja y otra de clase media. Esta última da un contingente menor de delincuentes juveniles y en ella toda la vida está planeada hacia el futuro. Su norma es el «aplazamiento de la satisfacción». El joven estudia y se sacrifica para ganar un título y una situación que le permitirán satisfacer sus deseos en la seguridad futura. Considera que como los medios de difusión masivos propagan más bien ideas de la clase media, y como casi todos los maestros son también de clase media, esta mentalidad se irá difundiendo.

Cabría preguntarse dónde están las clases altas de Norteamérica, pues su mentalidad no es aludida; los «U», la *upper clase*. De no existir pruebas tan evidentes de lo contrario, podríamos creer que los Estados Unidos era una sociedad acéfala.

Jersild termina su tratado con el capítulo de la madurez adolescente y el paso a la edad adulta. ¿En qué consiste la madurez? La antigüedad clásica valoraba la madurez del joven por la capacidad de soportar el dolor en silencio. Así se consideraba en Esparta, aun cuando, según el autor, este criterio puede resultar un tanto ingenuo. En otras civilizaciones el maduro puede ser el mujeriego, o el competitivo o el cooperativo. Jersild considera como exponente máximo de la madurez la compasión, la comunidad del sentimiento, que diferencia de la sensiblería; la capacidad de amar y de aceptar el amor, de afrontar la vida con sus dolores y goces. Y hacer notar que la compasión no se enseña, no se hereda, no se transmite de generación en generación, sino que cada uno ha de aprenderla de por sí.

Estos son sólo algunos de los interesantes aspectos del libro de que nos ocupamos y que puede adquirir tanto renombre como el que en su tiempo alcanzó el de Spranger.—MANUEL DE LA ESCALERA.

GONZALO TORRENTE BALLESTER: *Don Juan*. Ediciones Destino. Barcelona, 1963.

Uno de los temas más fecundos de la literatura universal es, sin duda, este mito español de don Juan. Ha sido tratado innumerables veces en teatro, en ensayos; Torrente lo ha llevado últimamente a la novela. Empresa harto arriesgada, precisamente por la abundancia de puntos de comparación y por lo difícil que resulta, a estas alturas, decir nada nuevo acerca de un personaje tan exhaustivamente tratado. Torrente dice en el prólogo que su aportación personal «no son imágenes, sino conceptos», y afirma que por este motivo le es más grato llamar *historia* y no novela a este último libro suyo. Efectivamente, en ocasiones la narración se convierte en ensayo, y uno piensa estar leyendo una inteligente página de Ortega o de Marañón, sólo que dialogada en la mayoría de las veces.

Torrente Ballester ha tomado el clásico *Don Juan* de Tirso de Molina; es decir, que no se ha andado por las ramas, ha cogido al toro directamente por los cuernos. Nada de sucedáneos, de fáciles historias de un don Juan cualquiera. Sólo que, leída la última página del libro, uno no sabe si este personaje extraño, que junto con su criado, que dice llamarse Leporello, se mueve por las calles del París moderno, es una reencarnación, o mejor, permanencia temporal del don Juan clásico, o es un farsante. Pero esto ya tiene poca importancia para el lector, porque atrás ha quedado plasmada una nueva concepción de don Juan y unas magníficas páginas ambientales del siglo XVII español.

Este libro de Torrente, *Don Juan,* tiene algo de selva. Situado dentro de él, uno pierde la noción del tiempo, y muchos de los conceptos que allí se manejan resultan confusos o, cuanto menos, paradójicos; y su constante cambio de ambientación temporal, vertiginoso. Pero una vez fuera de la selva, y después de haberla recorrido trocha a trocha de mano del autor, es cuando se comienza a ver con relativa claridad. Queda, sin embargo, como ya he indicado, una incertidumbre final de si se trata de una obra fantástica, es decir, de si este don Juan que deambula por París y su criado son realmente el mismo que naciera en Sevilla tres siglos antes, o si se trata de una burlesca historia realista, la historia de dos farsantes, o actores, que se hacen pasar por don

Juan y su criado Leporello. Pero, en realidad, repito, esto tiene poca importancia; un modo más o menos ingenioso de retener la atención del lector.

Ya en la trilogía *Los gozos y las sombras* apuntaba una honda preocupación religiosa en Torrente Ballester. Creo que, a mi modo de ver, dos son los factores de novedad que aporta Torrente respecto a este mito eterno: uno, el sentido de casta de don Juan frente a los hombres; otro, el sentido de soledad frente a Dios. Y precisamente de esta soledad frente a Dios, que es, en definitiva, una soledad cósmica, metafísica, es de donde arranca el sentimiento de pecado en este nuevo don Juan. El pecado original (inserta en el libro un hermoso «Poema del pecado de Adán y Eva») y el pecado de don Juan es el egoísmo del placer: busca el goce para sí solo, excluyendo al resto de la creación, excluyendo incluso a la mujer conquistada. La tentación de la serpiente fué decirle a Eva que si al amar a Adán rehuía voluntariamente la comunión con Dios y el resto de la creación, todos los cuales participan de algún modo de su placer, la cantidad de éste, al ser exclusivamente para ellos dos, sería mayor. Fué el pecado, simplemente.

Más que *conquistador,* este don Juan de Torrente es *burlador.* Su incapacidad de amar la achaca don Juan a su larga edad—trescientos años lleva ya sobre la tierra—; quizá la razón sea más profunda, íntimamente ligada a su soledad radical. En ciertos momentos, sin embargo, parece comportarse este don Juan como una especie de espíritu benéfico, que en las mujeres suscita deseos recónditos y que a los hombres, al prestarles un reflejo de sus cualidades, los hace deseables por las mujeres. Tal es el caso de Sonja, la frígida estudiante sueca, radicada en París, y del narrador, sacándola a aquélla de su apatía sexual y dotando a éste de un atractivo jamás sospechado. Y ya que he aludido a Sonja, ¿es este don Juan, galante parisién, un fantasma mental surgido al abrigo de sus investigaciones sobre el tema con motivo de su tesis doctoral, o es realmente un ser humano? Todo cabe suponerlo en este libro, donde se insinúan tantas cosas y donde uno no está nunca cierto de ninguna. Ya antes aludí a que, terminada la lectura, no sabe uno si se trata de una historia fantástica o realista. En todo caso, es innegable en el autor una profunda vena humorística. Algo de esto reconoce él mismo en el prólogo, cuando al aludir a la original teología que se desprende de su libro, anota: «... En lo cual me aparto de la conocida concepción sartriana de que el infierno son los demás. Para mí don Juan, el infierno es él mismo. Pero líbreme Dios de hacer de esto una concepción general, una «tesis». No pasa, como todo lo demás, de una ocurrencia humorística.»

Comienza el libro con el encuentro del narrador, que escribe en

primera persona, con Leporello, un curioso personaje que dice haber cursado teología en Salamanca, hará ya unos trescientos años. Leporello pone al narrador en contacto con su amo don Juan, pero ya antes le ha revelado, en conversaciones sueltas, algunos de sus misterios: «Voy a revelarle un secreto: el éxito de don Juan se debe a su poder de transformar a las mujeres... Sabe sembrar gérmenes en sus almas y nutrirlos...» Como ya insinué antes, estos gérmenes los aprovecharán otros hombres. Una mujer en quien don Juan ha despertado al amor es Sonja. Encarga don Juan al anónimo narrador que se haga cargo de ella, es decir, que continúe adentrándose en la brecha iniciada por él en el alma y sensibilidad de ella. El resto de la novela, para el narrador, serán sus esfuerzos, con largos paréntesis de desánimo, para cumplir este encargo. Pero al lado de esta acción, cuya tesis puede ser ya la indicada de que la mujer desea al hombre porque antes don Juan ha sabido incitarle tal deseo y el hombre es atractivo para la mujer en cuanto participa de ese misterioso fulgor de don Juan, corre pareja la fantástica historia del *burlador* y su criado. Se inicia con la «narración de Leporello», un diablo tentador, cuya misión es llevarse, a su muerte, el alma de don Juan a los infiernos. Y estamos, de repente, en la España de la Inquisición y de las comedias de capa y espada. Y también en la España de los misterios teológicos, que, humorísticamente, intenta Torrente desvelar. A partir de este momento, la narración es una mezcla de las vulgares andanzas del narrador en París detrás de Sonja, y de las fabulosas conquistas de don Juan en Italia, su regreso a España, a su Sevilla natal, donde ha dejado una querida intacta, Elvira, una esposa solitaria, a la que había sacado de la prostitución y a la que de nuevo, diabólicamente, la arroja, y un cadáver: el de don Gonzalo. Se nos narran también sus relaciones de ultratumba con su clan familiar de los Tenorios y don Gonzalo. Llega a remontarse incluso a los primeros días del Génesis, a las motivaciones del pecado original. Termina la novela cuando en un teatro de París se representa un drama, protagonizado por don Juan y Leporello, en que se describe el fin del burlador. A la representación asisten el narrador y Sonja. Se refiere el dráma a cómo, excluído don Juan del infierno particular que usufructúa el clan familiar de los Tenorios (no vengó la ofensa de don Gonzalo, no disputó las mujeres a los hombres, sino a Dios), es condenado a ser él solo para siempre, pero ya no don Juan Tenorio, sino simplemente don Juan. («Dió un brinco y cayó al pasillo del patio de butacas, que, de repente, se iluminó. Con paso recio adelantó por él, hacia la puerta del fondo, también iluminada... Leporello saltó también y corrió por el pasillo... Me volví a Sonja y hallé el asiento vacío. Al mirar a la puerta, vi su figura correr detrás de don Juan.») A la mañana siguiente el

narrador toma el tren de vuelta para España. Cuando el tren ya ha arrancado, ve en la estación a Leporello y a don Juan, que han ido a despedirlo. Pero Sonja no estaba entre ellos. Incluso sentimentalmente, la aventura ha sido un fracaso. A pesar de don Juan, o quizá por culpa de él.—José Antonio Galaos.

José Antonio Maravall: *Las Comunidades de Castilla. Una primera revolución moderna.* Revista de Occidente. 1963; 252 pp.

Don José Antonio Maravall —catedrático de Historia del Pensamiento político español en la madrileña Facultad de Ciencias Políticas y académico de la Historia— viene prestando últimamente una atención especial a los fenómenos que, en sus varias manifestaciones, acompañan el despertar de la modernidad en España. Ahí están sus obras sobre *Carlos V y el pensamiento político del Renacimiento* y *Velázquez y el espíritu de la modernidad,* a más de gran número de artículos, trabajos y conferencias, y en cuya línea se inscribe su último estudio, *Las Comunidades de Castilla,* que es objeto del presente comentario. Y verdaderamente que aquel tema es digno de atención; después de tantas interpretaciones desde diferentes ángulos y perspectivas, pero coincidentes en general en señalar ese momento como aquel en que se produce la ruptura de la continuidad de la Historia de España con la Europea, es necesario ahondar profundamente en la historia española de esos años para ver en qué medida ello es así, y si lo es, qué causas la provocan y el grado de esa ruptura, menor, desde luego, de lo que se cree y producto de factores históricos y no permanentes de la vida española; y, al mismo tiempo, señalar todo lo que permanece en común, que es mucho. Pues bien, como ya hemos dicho, Maravall ha dedicado al tema honda reflexión, desde la perspectiva de la historia del pensamiento, ángulo de enfoque que viene utilizando.

En la presente ocasión es un estudio predominantemente político, centrado en el movimiento conocido con el nombre de las Comunidades de Castilla. No se trata de un relato más de la historia externa del movimiento, de sobra conocida y de interés, a la postre, limitado; sino, cabalmente, de un intento de buscar su significación en la historia castellana y en el panorama europeo de la época. Sobre las Comunidades han circulado diferentes versiones: desde la romántica y liberal, decimonónica, que vió en ellas el canto de cisne de la libertad en España, hasta las modernas, que las han catalogado como movimiento de signo feudal,

particularista y medieval, oponiéndose a la idea moderna del Estado encarnado por Carlos V.

Maravall no acepta esta interpretación, y nosotros creemos que tiene razón. En apoyo de su tesis realiza un estudio cuidadoso de las fuentes, en las que encuentra, de forma más o menos sistemática, una línea de pensamiento político que es la que trata precisamente de interpretar. En esa labor le es instrumento inapreciable su formación jurídica y política, con un profundo conocimiento de la historia política y constitucional, y del pensamiento político europeo. Cuántas veces hemos advertido, y permítasenos este inciso que no creemos ocioso, que, por una insuficiente formación jurídica y política, muchos historiadores, por otra parte de gran categoría, han errado en la interpretación de unos fenómenos que a su luz aparecían claros.

Todo lo acabado de decir viene muy a cuento a propósito de las Comunidades. El examen comparativo con la evolución inglesa, a que Maravall alude, nos hace ver cómo por medio de un desarrollo gradual, sin aparentes rupturas y soluciones de continuidad, en ese país las Asambleas feudales, a través del Estado estamental, han desembocado en el moderno Estado democrático; conservando viejos odres, éstos se han llenado de un vino totalmente nuevo. Porque en España no sucedió lo mismo, al igual que en Francia; porque se ha querido trazar una línea demasiado tajante de ruptura entre el mundo medieval y el moderno; porque no se ha examinado con el suficiente detenimiento las fuentes y, sobre todo, a la luz de una buena metodología, se ha podido afirmar el carácter particularista, regresivo y feudalizante de las Comunidades.

Frente a ello, Maravall ubica las Comunidades en los movimientos revolucionarios político-sociales modernos, siendo este último calificativo fundamental y el que contradice la tesis aludida. A través de cinco capítulos, en que se mezclan la historia política y social —y la atención a esta última, marca una orientación en su obra de la que no podemos sino alegrarnos—, va realizando su construcción. Ante todo, las Comunidades son un movimiento urbano, es decir, de los habitantes de las ciudades, teniendo una intervención prácticamente nula el elemento rural; esto le permite hacer una interesante caracterización de la comunidad urbana castellana, que nos introduce en un punto fundamental. Urbano, el movimiento, no quiere decir, y aquí está uno de los puntos en que se basa para calificar al movimiento de moderno, que sea una lucha de los habitantes de las ciudades por sus privilegios particulares frente al Emperador, que representaría el elemento unificador propio del Estado moderno, lo que confirmaría la opinión de los que lo ven como regresivo. Antes al contrario, en Castilla, y como producto de una

temprana evolución política que falta en otras regiones del reino de Castilla, el sentimiento urbano se va a proyectar en el ámbito de una comunidad superior —precisamente el reino—,dibujándose una conciencia protonacional de comunidad que abarca y reúne a los miembros de las ciudades que se ven como partícipes de ella. Esto se proyecta en el ámbito político, y prueba de ello va a ser la Junta Suprema Comunera, que se presenta como Junta de todo el reino, y las apelaciones bien concretas a un bien común general, del que es principalmente cuestión en la lucha, como nos muestran los abundantes testimonios que Maravall aporta. Así puede afirmar a comienzos del capítulo III: «Hemos visto en el capítulo anterior el carácter representativo que la Junta de los comuneros, como Junta General del Reino, pretende asumir, dando una versión nueva a la doctrina tradicional de las Cortes, doctrina que transforma revolucionariamente en tres puntos importantes: en cuanto a su alcance, puesto que comprende a todo el reino en unidad de cuerpo; en cuanto a su exclusividad, porque sólo a ella, como nacida de los poderes de las ciudades, en los que se actualiza y concreta esa unidad del reino, corresponde representar a éste; en cuanto a la potestad que esa representación le confiere, ya que la constituye en única instancia legítima de gobierno, en las circunstancias excepcionales de una reinstauración del orden político quebrantado. Vamos a ver ahora más de cerca las repercusiones que ese principio de representación tiene en el campo del Derecho constitucional, proyectándose en toda una concepción del poder e inspirando su reorganización» (p. 127). Lo que nos introduce en el plano concreto de la lucha por el orden constitucional, que desarrolla en los capítulos III y IV.

Y no se trata únicamente de unos privilegios particulares, sino de un planteamiento general de la estructura constitucional en el plano último del poder: la idea de una presencia del reino en el gobierno, que plasma en una apelación a la libertad en sentido de libertad democrática, expresada bajo diferentes palabras, está presente. Sólo después vienen una serie de reivindicaciones concretas, pero también muy en la línea de lo que va a ser la lucha de los pueblos europeos por unas garantías jurídicas de la propiedad, libertad, igualdad y seguridad; es decir, lo que llama el autor «despliegue institucional de la libertad». En resumen: «Lo importante es observar que, según se desprende de ese texto y de los documentos comuneros ya citados, las preocupaciones por las materias del Derecho parlamentario tienen una parte decisiva en el movimiento de las Comunidades; que las ideas formuladas sobre las mismas encajan perfectamente en una evolución constitucional de carácter democrático; y que en esas innovaciones propuestas en la esfera de la competencia y poderes de las Cortes hay que ver una primera etapa en el despliegue

institucional de la libertad política. Precisamente, porque eran todos estos temas los que estaban en juego, ha podido decir Koenigsberger que la derrota de los comuneros fué la derrota de las Cortes, aunque apenas si se tocara nada en el sistema tradicional de las mismas. Y si tenemos en cuenta que las Cortes, a las que los comuneros convierten en verdadero gobierno del país, y en general las Asambleas políticas de representación ciudadana, son el instrumento de transformación de las libertades estamentales en la libertad democrática, comprenderemos cuál era el paso que, con la violencia necesaria, pretendían dar los comuneros» (páginas 204-205).

La obra se cierra con un interesante capítulo en que, a la par que se nos da cuenta de los grupos sociales que intervienen en la rebelión, se ponen de manifiesto las tendencias sociales de ellas: la revolución política se acompaña de una lucha social contra los «Grandes» y sus privilegios, lo que igualmente está en la línea de las revoluciones modernas europeas.

Por ello, el calificativo de moderno dado al movimiento revolucionario de las Comunidades es legítimo. Que se cortase el hilo de la evolución constitucional y social, como en otros países europeos, no es óbice para ello. Queda clara su significación en la historia de España y su profundo entronque con similares movimientos europeos de la época y posteriores.—JUAN J. TRÍAS VEJARANO.

ARTURO CAMBOURS OCAMPO: *El problema de las generaciones literarias.* Editorial A. Peña Lillo. Buenos Aires, 1963; 332 pp.

Poeta, ensayista, narrador, dramaturgo, autor de numerosas obras y miembro de varias distinguidas instituciones culturales argentinas, Arturo Cambours Ocampo acomete en esta obra un empeño ciertamente difícil: el problema de las generaciones literarias en Argentina, país dado como pocos a manifiestos de rechazo y a editoriales de bandería estética, lo cual ya indica de por sí un notable dinamismo en su evolución cultural y también una cierta ingenuidad, por cuanto creen —determinados grupos, no generaciones— que los anhelos de revolución radical, en lo referido a la creación literaria, pueden, *a priori,* concretarse en la editorial de una revista adolescente que en la mayoría de los casos fenece a los tres o cuatro números.

Cambours advierte que su libro es un esquema de esquemas, pero plantea con valentía lo que otros críticos olvidan por comodidad o cobardía, esto es, el *aquí* y el *luego.* Orienta preferentemente su investiga-

ción hacia las promociones de escritores no sólo jóvenes, sino inéditos (falta por saber si esta actitud, que sin duda comporta gran dosis de nobleza, exhaustiva documentación, y es también una fiesta para los jóvenes, ilustra realmente la problemática de las generaciones).

En primer lugar, Cambours revisa somera pero claramente, con la precaria claridad que permite la brevedad, el *concepto de generación* tal como se ha ido estructurando a través de las aportaciones fundamentales de Dilthey y Petersen. «De los dos factores que daba Dilthey pasamos —en la sistematización hecha por Petersen— a ocho factores, que determinan la existencia de una generación: la herencia, la fecha de nacimiento, los elementos educativos, la comunidad personal, la experiencia de la generación, el guía o caudillo, el lenguaje de la generación y el anquilosamiento de la vieja generación.» Julián Marías rebatió a Petersen, y Cambours rebate a Marías. No entramos ahora, naturalmente, en la polémica, pero sí nos parece oportuno señalar el desacuerdo para sentar la base de que el llamado concepto de generación o teoría de las generaciones no son absolutamente evidentes al observador o, en todo caso, requieren un tratamiento muy extenso, pues de otra forma no se explica eso del «anquilosamiento de la vieja generación» (¿está vivo o no el pensamiento de Cervantes, Shakespeare, Dostoiewski? ¿Tienen o no tienen dimensión suprageneracional?); ni tampoco se explica que Cambours, como dice en el prólogo, prescinda de los escritores «que han actuado al margen de las revistas y los movimientos literarios», pese a reconocer los muchos méritos que los adornan y estar dispuesto a darles un tratamiento adecuado en su proyectada *Historia de la literatura argentina*. Porque se puede dar la circunstancia de que uno de esos escritores aislados sea precisamente el definidor de una generación, cuando el tiempo despeje el campo y señale vínculos que ahora parezcan remotos (1).

Cambours distingue seis generaciones literarias argentinas: «La de 1810, que inaugura nuestra independencia política y nuestra dependencia cultural. Literatura declamatoria, de cara al Atlántico y de espaldas al país. La de 1830, romántica y política; la de 1880, con el culto del talento, apasionada por el ferrocarril y que asistió al delirio del progreso de nuestro país, según la definición de Rojas Paz (la generación de Cambaceros, Cané, García Mérou, Olegario V. Andrade, Calixto Oyuela...); la de 1907, con la voz tutelar de Rubén Darío y el modernismo (la generación de Lugones, Banchs, Carriego, Capdevila, Fernández Mo-

(1) El lector no debe entender aquí peyorativamente que Arturo Cambours es proclive a esa baja política literaria de silenciar nombres; todo lo contrario: peca de generoso y nos aturde con enumeraciones interminables. Su deseo de justicia no ofrece lugar a dudas, sin que excluya tampoco la naturaleza superpolémica del libro.

reno, Alfonsina Storni...); la generación de 1922, la del periódico *Martín Fierro,* dirigido por Evar Méndez, entre cuyos redactores fundadores figuraron Oliverio Girondo, Luis F. Franco, Nalé Roxlo y Ernesto Palacio; y, por último, la generación de 1930, a la que pertenecemos.» La generación siguiente, la de 1940, vinculada espiritualmente a la de 1922, prueba la *teoría pendular* de Cambours sobre el rechazo o acercamiento de las generaciones. «Por otra parte, la generación de 1930 desconoció y atacó a la de 1922 y se acercó a la de 1907.» Esto lleva a Cambours a predecir que la generación siguiente a la del 40 repudiará a ésta y se acercará a la de 1930, es decir, a la suya. Hemos citado párrafo tan largo por considerarlo esclarecedor *para nuestro punto de vista* de observadores algo lejanos de la minuciosidad crítica argentina y de intimidades nacionalistas que a veces sólo sirven para confundir al lector sobre lo que debe ser un libro relativo a problemas generacionales. Entiéndase, un lector del otro lado del Atlántico, y no digo europeo porque podría parecer una insufrible pedantería y porque la cultura ha penetrado ya en la esfera de la internacionalización.

Puede consignarse desde ahora que el planteamiento del estudio de Cambours Ocampo quizá no tenga todo el rigor y validez universal que fueran de desear, si bien esto no excluye su inmenso valor como fichero, como documento inapreciable, como galería de nombres, escuelas, revistas, obras, etc., que sirvan en lo sucesivo para establecer precisamente ese difuso problema de las generaciones literarias. La obra que comentamos es más *enumerativa* y polemista que *valorativa.* Y su perspectiva histórica es escasa y no basta. Se trata en su mayor parte de la acumulación casi caótica de un material precioso. Los apéndices intercalados en los capítulos, la abrumadora relación de nombres y los estériles esfuerzos conducentes a polemizar con críticos hostiles o equivocados, restan unidad y coherencia a obra de tan elogiable aliento, aparte de que se insiste demasiado en hablar o defender la generación patrocinada por el autor. Alude apasionadamente a disconformidad con generaciones anteriores, a nombres que debieran figurar en ésta o en la otra, a coincidencias o influencias dadaístas, futuristas, surrealistas, ultraístas, pero sin que el lector vea claro—salvo en raras ocasiones, perdidas, por lo demás y a pesar de su jugosidad, entre fragmentos de versos y editoriales de revistas—en qué consiste exactamente la evolución de la cultura, de las percepciones poéticas, y en qué proporción las ideas de una generación pasan *constitutivamente,* en forma de constante, no ya a otra generación, sino al problema general de la existencia humana, y cómo avanza o cuáles son las actitudes resolutivas de las distintas generaciones con respecto a los cuatro o cinco grandes y graves problemas que se le vienen planteando al escritor desde el nacimiento de la civilización.

A estos efectos, conviene recordar que las generaciones literarias no son problemas en sí, sino que son problemas en cuanto las relacionamos con la sociedad. En un libro sobre el problema de las generaciones literarias hay que insistir definitivamente sobre el comportamiento de las ideas a través de los ciclos temporales, representados por quienes los viven, como trasunto fiel de la historia y de los esfuerzos por hallar fórmulas expresivas cada vez más completas.

Esto sin duda se da en Cambours, pero de manera soterrada y de muy difícil rastro. Referirse al surrealismo o al neorromanticismo, por ejemplo, atribuyéndoles un mero valor clasificatorio, no es lenguaje válido críticamente, y menos para dilucidar el entramado generacional, ya que nadie acaba nunca por ponerse de acuerdo en la vigencia, profundidad y extensión de las corrientes estéticas así denominadas. Otra cosa sería manejar estas generalizadoras —y convengo en que ineludibles— denominaciones al tiempo que se discute su íntimo sentido, al menos en lo que respecta al ideario de valores con que el autor sale a la palestra. No se trata de especificar grupos dentro de la grey literaria, con sus nombres, sus revistas y sus manifiestos más o menos transitorios, sino de señalar las coordenadas —si las hay— y ese entresijo sutil —si lo hay— mediante el cual un país se define a escala universal y cuenta a la hora del balance. Decíamos que todo esto se da en Cambours. En efecto, se da la materia prima, pero no la elaboración de una teoría unitaria, sobria, libre de interpolaciones, lo cual no presupone que desconozca a fondo el problema de las generaciones. Así, pues —seamos honestos—, el único defecto de su libro radica en el título, quizá en una simple palabra. Si lo hubiera titulado *Panorama de las generaciones literarias*, *Introducción a las generaciones literarias* o, como dice en la p. 273, *Crónica de la literatura argentina contemporánea*, no habría lugar a discrepancias. Pero el *problema* de las generaciones creemos, con toda modestia, que es otra cosa. Y si no es otra cosa, automáticamente, deja de interesarnos como tal problema.

En las páginas 20 y 269, Cambours manifiesta su desprecio por los «manuales soporíferos», ese mundo de «muertos y noticias muertas». Esta es la razón que le ha llevado a la transcripción de textos originales entre paréntesis, después de nombrar al autor, y a los apéndices. Todo para huir de «aburridos exegetas de bolsillo». Ha conseguido, sí, un libro vivo, cuya sensual sustancia está esperando precisamente al *aburrido exegeta* que lo abra en canal.

Para terminar y a título curioso, puesto que nuestras opiniones coinciden esta vez con las de Cambours Ocampo y el asunto puede considerarse de actualidad en España, séanos permitido reflejar la opinión crítica —de un sector de la crítica— que goza Borges en Argentina, sor-

prendente si sabemos tener en cuenta que este ilustre autor ha sido como «descubierto» recientemente en nuestros medios literarios y vive un especial viento de consagración. Cambours sostiene «que lo único valedero de Borges está en su obra hasta 1930; de allí en adelante, su nombre podrá incorporarse a cualquier literatura extranjera, como un escritor de segunda línea». Si después se leen los innumerables artículos y ensayos de exaltación borgiana aparecidos en España o se oye la opinión conocedora del incondicional Fernando Quiñones («Borges es, sin duda, uno de los mayores escritores vivos en lengua castellana», habremos de convenir en que el juicio de Cambours resulta revolucionario. No termina aquí la cosa. En la página 216 compila las resoluciones emitidas por un grupo de críticos y ensayistas surgidos a partir de 1940, cuya compilación, fragmentaria, equivale a un verdadero ataque frontal al famoso autor de *El Aleph:* J. J. Hernández Arregui («Borges, como todo poeta carente de inspiración, apela a la sorpresa, que es una celada, una greguería, un pistoletazo del intelecto»); Elías S. Giménez Vega («Cuando se eliminen todas las fatuidades acopladas a Borges por la moda y la fatal adoración femenina, cuando no sobrevivan las determinaciones marginales que obligan al mártir, cuando las citas verdaderas vuelvan a sus fuentes, los pensamientos a sus dueños legítimos, ¿qué quedará de Borges? Unas simulaciones pretenciosas, unas citas grotescas sin ubique, unas fechas sin tiempo, lugares sin geografía, vidas y hombres fuera de la historia. Borges, el Borges admirado, habrá sido restituído a la enciclopedia británica y a la patrología de Migne, a los autores raros o desconocidos, y un pensamiento, una idea salvadora no aparecerá, como tampoco un argumento, un amor, una pasión»); Adolfo Prieto («Es posible que a él, a Borges (y a muchos), cueste comprender este reparo, de la misma manera que a nosotros se nos hace empinado alcanzar el sentido de la absoluta gratuidad y prescindencia de su obra»), etc., etc. En resumen, a Borges lo acusan algunos de sus compatriotas de preciosista e irresponsable social. Acusaciones probablemente discutibles en Argentina y, sin duda, en muchos medios culturales españoles, en donde tuvo recientemente una calurosa acogida.—Eduardo Tijeras.

Juan Luis Segundo: *Función de la Iglesia en la realidad rioplatense.* Barreiro y Ramos, S. A. Montevideo, 1962.

Este libro reúne las conferencias dictadas en dos cursillos realizados, el primero, en Montevideo, y, el segundo, en el Ateneo de la Juventud,

en Buenos Aires, bajo la dirección del Instituto de Estudios Pedagógicos. Su objetivo fundamental es encontrar lo que significa la Iglesia para los católicos rioplatenses, buscando fundamentarse en aquella categoría de cristianos que no conciben la religión como un pasaporte individual para la vida eterna, sino como una tarea social.

Buscando documentar estos aspectos, el autor comienza por reconocer que los problemas y preocupaciones religiosas ocupan un lugar verdaderamente ínfimo en el repertorio de atenciones del hombre corriente de nuestros días en Argentina y Uruguay. En este mismo sentido define la existencia de dos aspectos en el reconocimiento de la función de la Iglesia, partiendo de dos aptitudes humanas, según las cuales para unas personas la función de la Iglesia y sus problemas son los únicos que tienen valor absoluto en la realidad nacional, y para otras, lo religioso es uno de los aspectos y uno de los problemas de la realidad nacional. El aumento del número de personas que adoptan la segunda posición en los dos países estudiados produce, sin duda alguna, una despreocupación por el estudio de los problemas religiosos y una pérdida de importancia de la Iglesia en los países del río de la Plata.

Tomando como punto de partida este razonamiento y destacando la idea de que la Iglesia comparte con otros sectores y otras problemáticas el interés y la actividad de los hombres, se intenta dar respuesta a la pregunta esencial de cuál es la misión y la función concreta de la Iglesia en los países del Plata en nuestra época, función que tiene que ir conjugada en la práctica con estructuras y realidades que la condicionan, para lo cual se estudian las dos aptitudes personales comunes acerca del valor de la Iglesia en el sector de lo pastoral, primero en las estructuras socieconómicas y, finalmente, en el campo de la política.

En el sector de lo pastoral, el libro distingue dos aspectos distintos, según se observe la existencia de una acción propia y exclusiva de la Iglesia, como en el ámbito de la parroquia, o según se trate de aportar los esfuerzos en convivencia con otras entidades que realizan fines análogos, como la escuela y la Universidad.

El análisis de las estructuras sociopolíticas se origina en la idea de que cuando Occidente se convierte en un mundo cristiano todas las instituciones sociales, políticas y económicas se convierten en vehículos del cristianismo, porque todas ejercen una presión social que facilita a la masa la pertenencia a la religión católica, y en este orden de ideas es interesante señalar, como lo hace el autor, que la Argentina y el Uruguay nacen, en gran parte, de este mundo cristiano, en un universo en el que se produce un proceso de descristianización que, originado en las masas, pasa a un planteamiento general en el sector político.

El proceso de secularización política comenzado en Uruguay hace

más de un siglo y paralelo al desarrollo del pluralismo ideológico tiene, según el autor, su correspondencia argentina en el momento en que comienza la época de Perón, en donde un largo proceso político desembocaba en un laicismo manifiesto.

Esta descristianización del poder político significa que toda institución cristiana, si quiere ejercer su labor no ya al alcance de individuos determinados, sino de las masas, tiene que apoyarse con el poder económico, con lo que la función eclesiástica, en su actual problemática, plantea el problema que el autor evidencia de su dependencia respecto de la división de riquezas existente en los países considerados.

Desde esta consideración el autor afirma que no sólo las instituciones católicas dependen del poder económico, sino también del político, y de esta dependencia el autor hace surgir la pregunta decisiva acerca de cuál puede ser la tarea de los católicos en el momento actual, reconstruir el país enteramente cristiano que en otro momento fué, o llenar mejor, más auténtica y profundamente las funciones de ese sector que realmente corresponde al catolicismo en ese equilibrio vivo y perfectible que es la realidad nacional.

Insistiendo en estas ideas, el autor analiza los elementos que la Iglesia puede llevar a la realidad nacional: las formas de colaboración y, principalmente, la tarea no exclusivamente católica de revalorizar religiosamente el país y su historia, pues dice el autor: «sólo así podremos asumir plenamente esa historia y gravitar en la nación de un modo positivo y creador que no tenemos hoy».

Otra de las cuestiones que plantea el libro es la de la injerencia de la Iglesia en el plano político, en la que el autor discute la adopción de posiciones demasiado tajantes por parte de algunos sectores católicos, exponiendo cómo «es necesario que a una elevación del laicado que le dé acceso al pensamiento vivo de la Iglesia corresponda también el reconocimiento de que la autoridad eclesiástica no está para hacerlo todo, sino para hacer posible el mejor compromiso de los laicos en las tareas temporales, que son plenamente tareas de Iglesia. Y por parte de los laicos parece igualmente evidente que la misión de la Iglesia en la Argentina y el Uruguay de hoy está no sólo en acceder a esa doctrina cristiana sobre todos los aspectos de la realidad histórica, sino también en redescubrir el valor de la comunidad eclesial para cumplir con esa misma responsabilidad».

«Es urgente—continúa el autor—, so pena de una enorme duplicidad en el mundo pluralista en que vivimos, que el laico rioplatense comprenda y viva que la fe, la comunidad sacramental y la autoridad espiritual no constituyen un sector de sus vidas ni un peso muerto

en su actuación, sino la unidad indisoluble que comprometen en la realidad nacional.»

Por último, siempre dentro del planteamiento inicial que el autor se ha propuesto, el libro analiza el problema de la misión del cristianismo en una sociedad de masas, haciendo referencias a los estudios y actividades que sobre este fenómeno se han promovido en los distintos países. En opinión del autor, la tarea y misión de la Iglesia ante este problema es la de crear un clima de calma y esperanza con respecto al porvenir incierto que se abre para el río de la Plata y para toda Iberoamérica. «No se trata —dice— de que la Iglesia esté a punto de desaparecer vencida por el comunismo. Nuestra lucha es por crear un mundo nuevo más cristiano, y lo crearemos. No cabe la menor duda sobre ello o no somos cristianos. Ese mundo verá o no verá la victoria de una revolución marxista en nuestra América. No se trata de devanarse los sesos para saber de qué lado ponerse para caer bien. En cualquier hipótesis, la historia nos conducirá a Cristo. De nuestra parte está el negarnos a las simplificaciones que nos proponen los que se asustan como si fueran a perderlo todo. Nuestro deber, hoy como siempre, es pensar las soluciones complejas, ricas, heroicas, que nos sugiere ese cristianismo que es nuestra certeza.»

La obra de Juan Luis Segundo documenta de manera espléndida el problema de la misión del cristiano en nuestra sociedad actual, aportando una serie de puntualizaciones y precisiones que lo hacen digno de atención no ya por parte del público al que va dirigido en los países rioplatenses, sino por todos aquellos que intentan buscar soluciones y perspectivas cristianas para los problemas de Iberoamérica. — RAÚL CHÁVARRI.

MANUEL LÓPEZ FLORES: *Palatino de Vandalia.* Editorial Clásica. Madrid, 1963. 890 pp. 22 x 16; encuadernado en cartoné.

Por distintos caminos, Manuel López Flores se ha dedicado a la creación literaria. Existen obras de teatro, poesías, novelas e incluso, estudios históricos, entre los que destaca uno de atrevida teoría sobre el piloto Alonso Sánchez de Huelva, supuesto descubridor de América, de legendaria traza, cuyas hazañas descubridoras abarcan algunos testimonios reunidos con afanoso entusiasmo investigador.

Ahora se publica el libro *Palatino de Vandalia,* reedición considerablemente aumentada hasta casi doblar su extensión de un libro publicado en 1947 en Barcelona, en ejemplares reservados exclusivamente para bibliófilos.

Tal como aparece ante nosotros esta obra no sabemos bien si es la última de las novelas de caballería española y portuguesa que ha estudiado e historiado el inglés Henry Thomas o si, por el contrario, es la iniciación de un retorno a la literatura épico-caballeresca iniciado por Manuel López Flores y que al mismo tiempo signifique un retorno a las mejores producciones del buen escribir castellano.

Palatino de Vandalia es novela de bella concepción antigua, en la que la expresión y la acción se coordinan con la precisión de un clásico; el fondo y la forma sirven a una evocación de guerra galana, de aventura hidalga, de la que no está exenta un cierto simbolismo mágico que, prácticamente, inserta a la novela en la tradición de lo innarrable y, en cierto modo, deja abiertas sus últimas páginas a las modernas creaciones de la «ciencia-ficción».

En *Palatino de Vandalia* todos los nombres de personajes corresponden a la denominación clásica de los metales y, por esta razón, en los encuentros, luchas y pugnas de añejo sabor, creemos ver una anticipación apocalíptica del fin del mundo. Por ello, servido por una prosa que aspira a encontrarse en los más bellos caminos de nuestras letras, la obra es a la vez reliquia del pasado y una desconcertante promesa del futuro.

Al margen de significaciones y simbolismos, *Palatino de Vandalia* posee el atractivo de las más lejanas obras de su linaje y hay en sus páginas un eco, si no como de Amadís, palmerines y quijotes, sí de las obras como *Primaleón, Clarivalte* y *Floriseo*. De todos ellos es un poco pariente y un poco heredero este Palatino, hidalgo y científico, pretérito y futuro, cuya lectura bien merece su difusión en las tareas de iniciación literaria, pues entre otros atractivos hay en *Palatino de Vandalia* un excelente descubrimiento para el lector extranjero que se inicia en nuestro idioma, una espléndida oportunidad y un pasatiempo a veces apasionante.—R. Ch.

LIBROS RECIBIDOS

GONZALO TORRENTE MALVIDO: La muerte dormida. *Colección «La Espiga Literaria». Luis de Caralt, Editor. Barcelona, 1963.*

Sumándose al evidente fenómeno de regresión parcial a la literatura fantástica —género que, refiriéndonos sólo a España, está tentando últimamente a escritores tan en la línea del realismo como Alfonso Sastre, Antonio Buero Vallejo o Fernando Quiñones—, este libro de Gonzalo Torrente Malvido, al que precede un comentario de Pedro Laín Entralgo, desvela con acierto hasta nueve invenciones narrativas de onírica y turbadora atmósfera, acrecentada por una rica capacidad creadora.

La obra joven de Gonzalo Torrente Malvido —finalista del Nadal, ganador del Premio Café Gijón y autor de estimables novelas realistas como «Hombres varados» o «La raya»— deriva aquí hacia las claroscuras provincias de la ciencia-ficción, con muy plausible logro de conjunto y especiales sugestión y calidad por lo que respecta a los relatos titulados «El peso de un cadáver», «El talismán de Marcos Yustel» o la narración que da título a todo el libro, «La muerte dormida», cuyo robusto verismo se explaya con minuciosidad y talento en las insólitas situaciones de un tranquilo pueblo español de la costa al que parece haber abandonado, por aburrimiento o negligencia, la generalizadora mano de la muerte. A una imponente concentración de enfermos, ancianos y poderosos procedentes de las cinco partes del mundo, que se hacinan de manera patética en las antes tranquilas calles del lugar, siguen los múltiples avatares de la vida en el mismo, sujeto luego a militar aislamiento, a todo género de perturbaciones personales y colectivas y, en fin, espactacularmente reintegrado al imperio de la mortalidad.

En tal ambiente, y a lo largo de sólo veinte páginas, la pluma de Torrente Malvido se solaza, de modo detenido y penetrante, en aquella variopinta fauna y en sus naturales problemáticas y reacciones, urdiendo con abundancia imaginativa y buen toque de escritor el tono de «crescendo» que corresponde a la sorprendente situación. En nuestro criterio, la explicación lógica del hecho asombroso, formulada en última instancia por el narrador, puede pecar de innecesaria, y el final de la historia aparece expuesto con una precipitación tal vez excesiva. Pero estas objeciones, de calibre menor, no llegan a lesionar los muy superiores méritos imaginativos y técnicos de esta brillantísima invención.

Al margen de lo puramente fantástico, que es la sustancia básica en la que se desenvuelve con fortuna este libro de relatos, el funda-

mental substrato literario del autor, que es el realismo, le mueve a poner en escena algunos personajes tan fugaces como bien trazados en la línea del verismo mejor: tales, el pobre y enloquecido pintor del cuento «El robo de los cuadros de Villa Médicis» —de sorpresivo y logrado final— o el protagonista de «El extraño caso de Aquiles Frog».

Cumple, en fin, su papel con toda eficacia este libro de literatura fantástica, un género entre cuyos actuales cometidos importantes, y como escribe Laín Entralgo en sus anotaciones preliminares a «La muerte dormida», está el de decir y hacer «cosas capaces de iluminar insospechadamente la conducta y la experiencia del hombre normal».

«La Espiga Literaria», colección en la que el editor catalán Luis de Caralt está lanzando libros de relatos, extranjeros y nacionales, de alta calidad, supone un meritorio esfuerzo para la justa resurrección editorial —hasta ahora, incomprensiblemente mal orientada— del noble género de la narración breve.

JUAN PERUCHO: Galería de espejos sin fondo. *Vol. 238 de la Colección «Ancora y Delfín». Ediciones Destino. Barcelona, 1963.*

Con anterioridad al que nos ocupa, el poeta Juan Perucho, de la joven generación literaria barcelonesa, es ya autor de otros cuatro libros de prosa, así como de tres de poesía; uno de estos tres últimos libros deparó a su autor el Premio Ciudad de Barcelona, y, seleccionados de entre ellos, algunos poemas de Perucho han sido traducidos a cinco lenguas. De toda esa obra, escrita en catalán, es excelente continuadora esta «Galería de espejos sin fondo», directamente redactada en un castellano de calidad; sólo una de las piezas de «Galería» —«Las brujerías del conde Alejandro Kulak»— fué originariamente escrita por Juan Perucho en su idioma vernáculo y traducida luego al castellano por José Corredor Matheos.

Libro finísimo, prieto de raras seducciones y de un intenso sentimiento temporal, solamente una de las tres personalidades que parecen informar a distancia el espíritu —desde luego, muy sui generis*— de «Galería de espejos sin fondo» no goza de una directa evocación en el mismo: Marcel Proust, a cuya sombra pudiera aludirse por el amor al decaído fin de siglo que campea en «Galerías de espejos sin fondo». Perucho traza, en cambio, sendas y bellas semblanzas de homenaje a Azorín, también delicada y cruelmente herido por el sentimiento del tiempo que resplandece en estas páginas, y a Alvaro Cunqueiro, acostumbrado y feliz dueño de ensalmos, sucedidos histórico-fantásticos, epicureísmos fabulosos y, sobre todo, de una palmaria inclinación por*

el mundo y las sugestiones medievales. Precisamente en su texto sobre el curioso escritor de Mondoñedo, Juan Perucho escribe estas significativas líneas: «Volvemos, pues (con Cunqueiro), a una literatura limpia que regresa al origen, a la fábula, al corazón que late apresurado. Y, sin embargo, Cunqueiro no se desentiende del hombre ni de sus problemas. La Muerte, el Amor, el Odio, aparecen siempre en la esquina...» Cabe aplicar a «Galería de espejos sin fondo» esas mismas palabras de su autor; fronterizo entre la cultura y «el dolorido sentir», entre la lógica y la magia, entre la historia y la poesía, el último libro de Juan Perucho es una ponderada suma de estos valores, sin duda complementables y, por supuesto, dista de «no conducir a ninguna parte», contra la metáfora y excedida advertencia de la nota inicial.

La rara sala de evocadas figuras que abre el libro cobra muy valiosos matices de nostalgia y de exaltación por le temps perdu *en la estampa de Anita Febrer y de Maragall—como en la titulada «Un viejo hotel», de la segunda parte—, y desvela, con evidente acierto, ignoradas biografías y costumbres perdidas en los años a través de los antiguos trabajos de Arístides Cardellach de la Harche, Alejandro Kulak, George O'Connell, San Simeón el Estilita y Kosmas, Micer Luys Pons de Ycart y Simón de Montfort, conquistador de la plaza fuerte de Carcasona.*

Todas las piezas de la segunda parte, «La huella en el espejo» (a excepción de la suscitación de Toulouse-Lautrec en «El vizconde en su pueblo» y de «Las pinturas de la fabulosa tierra del Preste Juan) son en realidad vivas y minuciosas crónicas viajeras por el vario ámbito de Cataluña, cuyo ilustre pasado se manifiesta aún en muchas de sus poblaciones más humildes. Mención especial merecen tal vez las páginas tituladas «Introducción a la Tierra Alta», relación sabrosísima en la que destella, con brillo muy notable, el amor del poeta por su terruño natal, así como su hondo y diverso conocimiento del mismo y de sus gentes vivas y pretéritas.

Los poetas catalanes Carles Riba y Joan Teixidor, los pintores Joan Miró y el vindicado y dieciochesco lombardo Giacomo Ceruti, y los escritores Azorín, José Pla y Alvaro Cunqueiro, con el polifacético Santiago Rusiñol—visto precisamente en función de su polifacetismo creador y artístico—, componen la galería de «Los testigos del tiempo», tercera sección del libro, y van surgiendo diestra y sentidamente recordados por la sosegada pluma de Perucho.

Una serie, en fin, de absorbentes textos en torno al vampirismo cierra, en golpe de documentado y seguro efecto, esta «Galería» de alta miscelánea, fina, sensible, sin duda interesante desde muchos puntos

de vista, con la que Juan Perucho prosigue, muy en buena hora, el hilo de su joven y ya considerable obra.

HERMAN LEMA: Perfil del aire. *Montevideo, 1964.*

Este joven poeta y conferenciante colombiano nos ofrece en su cuarto libro —el más logrado de los tres anteriores parece ser que fué «Al sur de los caminos»— una colección de veintinueve poemas, demostrativos de que su autor sigue pendiente de una definitiva maduración poética. El fragmentado «Canto a los elementos», con algún que otro poema amoroso de la segunda parte del librito, «Orilla», evidencian en Lema unas posibilidades que pueden no tardar mucho en cumplirse. En tanto, la monocordia de los temàs personales, que comienzan y terminan en sí mismos sin mayor trascendencia, dan cuenta, con algún que otro positivo destello, de su nueva entrega, cuya más retenible circunstancia es la de la plena coincidencia de su título con la de la primera de Luis Cernuda, publicada en Málaga y en 1927.

SUSANA DE AQUINO: Paisaje. *Ediciones Cultura Hispánica. Madrid, 1964.*

Editado por Cultura Hispánica, prologado por el marqués de Lozoya y muy graciosamente ilustrado por J. Ruiz Navarro con dibujos de desenvuelto trazo, canta a Cataluña, a Castilla, a Andalucía, a Galicia... Su autora, la poetisa argentina Susana de Aquino, se vale para hacerlo de un verso generalmente corto, interrumpido por algunos que otros endecasílabos o grupo de endecasílabos. Y su enamorada visión de España acopia una serie de poemas «monográficos», bullidores y superficiales, que suscitan un panorama o «paisaje» general con más de turístico que de estrictamente poético. No obstante algunos aciertos parciales, «Paisaje» permanece en la superficie de las cosas y de las tierras.

ARNOLDO LIBERMAN: Sonetos con caracol. *Ediciones «El Escarabajo de Oro», dirigida por Liliana Heker. Buenos Aires, 1963.*

Nota especialmente interesante de estos veinticuatro sonetos y un «Envío» inicial es la posposición, lúcidamente aclarada por Liberman en su breve prólogo, que en ellos se hace de los primores y acicalamientos de metro, ritmo y medida «cuando el amor se nos mete en medio de un presumible endecasílabo». No obstante, el poeta es lo suficiente-

mente inteligente como para no hacer del procedimiento un pobre sistema fijo; usa de él con discreción, oportunidad y un estricto atenimiento a su sinceridad poética. El estrecho corsé del soneto, sus múltiples exigencias formales, se pliegan, pues, aquí, a las necesidades de expresión interior; en todo caso, sin violaciones estridentes ni teatrales y estériles pretensiones. Ciertamente, parece sugerirnos el poeta, amor y muerte—los dos temas esencialmente componentes de «Sonetos con caracol»—no pueden ni deben ceder sus poderes a catorce versos con la cesura, la asonancia y las sílabas en regla... Poesía ésta, en consecuencia, más vital que literaria, aunque el autor también acredite sobradas suficiencias técnicas, en la excelente tónica general del volumen, por lo que respecta a las formas y aun en algún que otro verso realmente acreedor a perduración. Así, estos dos, que dan también noticia de la intención del libro: «oyéndome narrar tan torpemente / sangre y sed, mano gris en rima ebria». O éste: «Esa ternura inexorable y tuya...». Arnoldo Liberman, en «Sonetos con caracol», se nos muestra en posesión de una voz provista de seguro porvenir. La diagramación y cubierta del tomito, editado con sencilla belleza, corrieron a cargo de Leandro Hipólito Ragucci.

JOSÉ LUIS DOMINGO MURO: Casi a orillas del amor. *T. G. Ed. Ochoa. Logroño, 1963.*

Un libro esencialmente promiscuo. Promiscuidad de calidades, de temas, de procedimientos. Recomendamos a JLDM una contención expresiva, que realzaría lo que en su quehacer poético hay de más valioso y sincero.

HUGO LINDO: Navegante río. *Dirección General de Publicaciones. El Salvador, C. A., 1963.*

Vencedora del certamen poético centroamericano y de Panamá, celebrado en 1962 y en Quezaltenango, la presente y larga entrega del salvadoreño Hugo Lindo, narrador y poeta, discurre en alas de un patético sentimiento del tiempo, grave y acertadamente expresado en muchas piezas de «Caminante río», y especialmente ostensible, entre otros, en los poemas titulados «Regalo de agonía» (pp. 30 a la 36) y «Otros vinieron antes» (pp. 79 a la 86). Hugo Lindo es poeta muy hecho, dueño de un excelente equilibrio que, sin pérdida de un sentimiento y un pensamiento tempestuosos, muy americanos, proporciona a su

libro solidez y empaste palmarios. Su americanidad, la nativa riqueza, como virginal e intocada todavía, de su América, cobra gran realce en el poema «Mi circunstancia ésta» (pp. 50 a la 57) y, aunque no contan señalada relevancia, en otros pasajes o poemas. Un lenguaje sabio y persuasivo, un claro temperamento poético, se dan la mano en este libro. Aludamos, finalmente, a la belleza con que ha sido editado.

José López Ruiz: Paseo por Málaga. *Madrid, 1963.*

El objetivo que, en tono mayor, cubrió Rodríguez Spiteri con su edición definitiva del libro «Málaga», publicada por «Revista de Occidente» y en 1962, es el mismo que, en tono menor, aunque no carente de gracia y ángel muy sureños, aborda López Ruiz aquí: un canto total, exhaustivo, a la mayor ciudad andaluza del Mediterráneo. Lorca y Alberti brincan con frecuencia entre los ágiles versos de este poeta, nacido en Fuengirola y en 1906. Asimismo claras influencias de la poesía popular andaluza y aun de Salvador Rueda, Pemán y algunos parnasianos (véanse «La vida es una fiesta» o «Una copa de Málaga») quedan de manifiesto. Ciertos romances y canciones están muy graciosamente conseguidos. En definitiva, un libro de legítimo color local, intrascendente, grato en ciertas ocasiones y deliberadamente dirigido a lectores elementales.

Magdalena D'Onofrío: Trabajo de realidad. *Edit. Goyanarte. Buenos Aires, 1964.*

Poesía de acendrado intimismo, aunque provista de significativa proyección; poesía de buen acento y andadura firme, procedente de una intensa cotejación del mundo interior de su autora con la realidad circunstante; poesía, además, fresca e inmediata cuanto servida por muy suficiente capacidad realizadora. El primer libro publicado por Magdalena d'Onofrio aparece, pues, con muy buenos auspicios respecto del futuro poético de su autora, quien ha efectuado aquí una extensa selección de los poemas por ella escritos entre 1955 y 1962. Embellecen la cuidada edición muy buenas ilustraciones de Libero Badii.

César Aller: Padre hombre. *Vol. CCXIV de la Colección «Adonais». Madrid, 1963.*

El poeta y narrador leonés César Aller, nacido en 1927, traza en «Padre hombre» una feliz autobiografía poética en la que revista, con

bien medida dulzura y noble nostalgia, los momentos de la niñez y la adolescencia. Por reflejo, un vasto ambiente castellano y español surge a lo largo del libro, confiriéndole mayores fuerza y tono. Se trata, en realidad, de un solo y extenso poema dividido en diecisiete estancias, a las que defienden equilibradas sencillez, patetismo y lírica capacidad de suscitación y evocación. Indudablemente, «Padre hombre» supera cuanta poesía de César Aller conocíamos hasta ahora. Es destacable, junto a las características reseñadas, la del justo, eficaz y bien sostenido lenguaje coloquial con que el libro está escrito. En resumen, una obra estimable.

LUISA PASAMANIK: *Vacío para cuerdas. Edit. La Mandrágora. Buenos Aires.*

Libro de tema fundamentalmente amoroso, entrañado en una conciencia y una percepción poética muy femeninas, «Vacío para cuerdas» descubre en su autora una mano bien probada en la poesía, al tiempo que una suerte de batalla entre un sentimiento elemental en conflicto con un tipo de expresión que, por el contrario, parece de raíz intelectual y compleja hasta un grado considerable.

SALVADOR MORENO: Canciones. *Editorial RM. Barcelona, 1964.*

Es Salvador Moreno uno de los más finos y estimados autores hispánicos de «lieder». Hijo de padres gaditanos y nacido en Méjico, escritor, investigador y pintor de interesantes calidades, el por encima de todo gran músico ve hoy suntuosamente editada por RM la summa *de sus creaciones musicales para voz y piano. Incluye la bellísima edición barcelonesa esas «Canciones en lengua nahuatl» que se interpretan en muchos recitales de todo el mundo; esas sabias y delicadas partituras a poemas de Fray Luis de León o de Octavio Paz, de García Lorca o Luis Cernuda, de Garcilaso de la Vega o de Emilio Prados, y, en fin, diversos fragmentos de la ópera «Severino», que, sobre libreto del poeta brasileño João Cabral de Melo, se estrenó en la pasada temporada mejicana operística, está a punto de representarse en Brasil e incluirá también en su programa, y en breve, el Liceo barcelonés. No sólo para los amantes de la música; también para los de la poesía, en razón de la estrecha alianza que con la de mejor clase contrajo siempre la música de Moreno, nos complace emitir, aquí y ahora, un voto favorable a esta amplia selección, que extendemos a los cuidados editoriales*

con que ha sido tratada por la ya proverbial calidad de las publicaciones de RM.

JUAN CERVERA-SANCHÍS: A orillas de un río. *Col. «Alrededor de la mesa». Bilbao, 1963.*

Este joven poeta sevillano, autor ya de ocho entregas de poesía, Premio Mossén Alcover en 1962 y traducido al portugués en 1961, rememora, en los seis poemas básicos del libro que nos ocupa, su vida de infancia junto al pausado Guadalquivir que atraviesa el pueblo donde nació y reside, Lora del Río. Poesía de llano y conmovido acento, a la que cierran cuatro sonetos de buen corte; de éstos, el segundo y los dos tercetos del cuarto consiguen, dentro de su género y capacidad de alcance, un logro especialmente valioso.

LUIS RICARDO FURLAN: Crónica de la poesía argentina joven. *«Lírica Hispana». Venezuela, 1963.*

Precedido por un prólogo de intención orientadora también a cargo del antólogo, el poeta y crítico argentino L. R. Furlán realiza aquí una breve selección de la más joven poesía de su patria; cada poeta está representado por una sola pieza, antecedida de una somera nota bibliográfica y estimativa; es interesante advertir, a través de las variadas tendencias y personalidades, el punto crítico de complejas confluencias —temas matrices, lenguaje, influjos— en que se encuentra la poesía argentina actual. De entre los poetas seleccionados, y en una primera lectura, nos parecen de especial interés los poemas de Héctor Miguel Angeli, Nina Cortese, Simón Kargieman, Arnoldo Liberman, Fulvio Milano, Alberto Luis Ponzo, Romilio Ribero, Julio César Silvain, Alfredo Veirave, Miguel A. Viola y Carlos Enrique Urquía (sobre el que, no obstante, pesa una influencia nerudiana de intensidad poco recomendable). Una nueva y provechosa entrega de la veterana colección que dirigen en Caracas Connie Lobell y Jean Aristeguieta.

ANGEL CAFFARENA SUCH: De cante andaluz. *«El Guadalhorce». Málaga, año 1963.*

Trátase éste de un limitado pero valioso ensayo acerca de los problemáticos orígenes del cante flamenco. Con erudición y perspicacia, con buen estilo investigador y literario, Caffarena Such analiza y des-

glosa el triple influjo básico en el que cifra el nudo gordiano de la cuestión: la aportación hebrea, la árabe y la gitana, antecedidas por elementos cuya antigüedad los hace de tan posible ascendencia como difícil comprobación de la misma respecto de lo que hoy entendemos por cante flamenco. El ensayo, de utilidad para el especialista y cuyos claros y reducidos términos lo hacen asimismo interesante para cualquier lector curioso, está muy bellamente editado por la librería anticuaria malagueña de «El Guadalhorce».

MARIO NORBERTO SILVA: «Natalia», país de la calesita. *Ediciones Amistad. Buenos Aires, 1963.*

Precedido por un buen estudio preliminar de José Isaacson, este libro, que obtuvo Faja de Honor de la Sociedad Argentina de Escritores, evidencia un considerable avance en la poesía de Mario Norberto Silva, una selección de la cual apareció en esta revista y en 1962. La «Natalia» o calesita que da título al volumen no es sino trasunto de un extraviado mundo de paz, pureza y gracia por el que clama el corazón del poeta y que éste desvela a través de aquel símbolo. Lo que quizá sea el más destacado y positivo logro del libro es justamente la adecuación y la eficacia con que un verso corto, dotado de un claro poder de cohesión y tono, sirve al contenido del mismo. Ilustran la edición dibujos de Jean Cocteau y de Naum Goijman.—R.

CARMEN MARTÍN GAITE: Ritmo lento. *Seix Barral. Barcelona, 1963.*

Aunque en la novela se presta mayor atención a uno que a otro, «Ritmo lento» es la historia de dos inadaptados, padre e hijo. Es a este último personaje al que la autora analiza con más morosidad, pero vinculándolo a menudo con la figura del padre, es decir, sin perder de vista las relaciones esenciales en su personaje, de donde (desde un punto de vista psiquiátrico) procede su comportamiento introvertido, enfermizo y sagaz. La novela sigue el procedimiento esperado en este tipo de relatos: morosidad casi obstinada a lo largo de sus páginas y velocidad repentina en su desenlace. Se insinúa en el libro una cierta quiebra en el resultado de una determinada clase de educación (la autora en ningún momento pierde de vista la psicología, y acaso desatiende en cierto modo el aspecto estrictamente biológico, somático o determinista en este tipo de seres «despegados») y se establecen, aunque a manera de comparsas, unos vínculos de carácter social y económico en el nudo de la personalidad del protagonista. El asunto ofrece, desde

luego, sumo interés. Interés que no queda quebrado por algunas reflexiones de un tono endeble, epidérmico, del personaje capital del libro, poco acordes con su personalidad inteligente y en un cierto modo poderosa. La novela se advierte escrita con atención y sinceridad.

GISÈLE HALIMI: Proceso a la tortura. *Seix Barral. Barcelona, 1964.*

En 1960, Djamila Boupacha, argelina de veintitrés años, enlace del FLN, fué secuestrada y torturada de manera aberrante y sobrecogedora por la policía francesa en Argelia. En 1961, una joven jurista y abogado, Gisèle Halimi, tomó a su cargo la defensa de Djamila Boupacha, así como la acusación contra sus torturadores. Hoy, Djamila es colaboradora del ministro de Trabajo y de Cuestiones Sociales de Argelia. Pero ha llegado ahí después de atravesar por una pesadilla. Una pesadilla real. Proceso a la tortura *es el informe de esa pesadilla. En él se cuenta minuciosamente el trabajo de la abogado, constante y fuertemente neutralizado por las autoridades judiciales, militares y políticas de Argelia y aun de París; en él se exponen la naturaleza y el número de torturas que Djamila hubo de soportar; en él se informa de las actividades del Comité pro Djamila Boupacha, agrupación encabezada por la famosa escritora existencialista Simone de Beauvoir, que tomó a su cargo, con éxito, la revulsión de la opinión pública francesa. El testimonio se cierra con escritos sobre el caso D. B. firmados por intelectuales, juristas y militares franceses. El libro contiene gran cantidad de fotografías y fotocopias y un severo prólogo de Simone de Beauvoir. No sólo porque este libro es el examen y el informe de una injusticia, sino porque su tema es la tortura, que es la amenaza que hoy enajena o paraliza la marcha de la conciencia universal, su lectura resulta sencillamente emocionante.*

GIOVANNI ARPINO: Una nube de ira. *Seix Barral. Barcelona, 1963.*

Acaso existan obvias razones—que no podemos ahora perseguir aquí—para comprender por qué la italiana es una de las más interesantes y poderosas narrativas actuales europeas. El hecho es que hay en Italia un buen número de jóvenes escritores que constituyen tal vez el mejor grupo de posguerra. Giovanni Arpino es uno de ellos. En «Una nube de ira» se plantea el viejo dilema del triángulo amoroso, pero esta vez los personajes no pertenecen a la clase social en que este tipo de situaciones venía planteándose; aquí son obreros de la Italia del «milagro económico», y el asunto está enfocado desde una perspec-

tiva marxista, si bien con todo el cargamento de una herencia educacional y sentimental ajena a tal método filosófico (cargamento cuya legitimidad o ilegitimidad es, por supuesto, más difícil de analizar que de exponer). El resultado es un estado de ánimo en el que el sentimiento de culpabilidad no está ausente y en el que, por debajo de una aparente naturalidad, palpitan los celos sofocados, hasta que, tras un estallido de ira de uno de los tres personajes y su fallecimiento posterior, los dos restantes protagonistas se ven obligados a asumir la confusión y las vacilaciones con respecto al pasado y el futuro de su conducta. Escrita con certera sencillez, con unos diálogos convincentes y vigorosamente construídos, esta novela nos muestra, de manera sumamente honesta, una preocupación. Creemos que es positiva la dosis de pesimismo que le sirve de armadura.

RICARDO FERNÁNDEZ DE LA REGUERA: Espionaje. *Taurus Ediciones, Madrid, 1963.*

Borges ha dicho de Kafka que es un maestro en el arte de crear situaciones insoportables. En este sentido, las narraciones de R. F. de la Reguera están en la línea de la obra kafkiana. Pero sólo en ese sentido, pues si bien en «Espionaje» —la más larga de las narraciones del volumen y la que le da nombre— se crea y se sostiene una situación insoportable (esto es, tan inevitable como absurda, tan martirizadora como esotérica), el protagonista no está marcado con la capacidad de subordinación de los héroes, o antihéroes, kafkianos. Aquí el protagonista es rebelde, aunque esto no le sirva de nada, y ello hace que la narración resulte, por un lado, menos insufrible (queremos decir menos patética) que las obras de Kafka y, por otro, que alcance una fabulosa velocidad. En suma, las narraciones de este libro, comenzando por la primera, «Laberinto», que marca la pauta de inutilidad y desesperación que alienta en todo el volumen, están cargadas de tensión y de absurdo. Sucede algo terrible y demasiado poderoso que no es posible conocer ni rehuir. Algo que ridiculiza y aplasta los esfuerzos de unos seres desorientados, que todo cuanto consiguen con su acción es acelerar la confusión y la tortura que, finalmente, alcanzarán, sin más explicación que su angustia y el silencio absoluto que los sofoca.

ELADIO CABAÑERO: Marisa sabia y otros poemas. *Pedidos a Taurus Ediciones. Madrid.*

Jiménez Martos ha dicho de este libro que «da de lleno la medida de lo que es una poesía amorosa renovada, sonándonos intensamente

a hoy». En efecto, los catorce poemas que integran «Marisa sabia» ponen al día el viejo tema apareciendo con temperamento original. Aquí la relación tú-yo no empieza y acaba en sí misma, sino que parte y se desarrolla de lo que podríamos llamar la memoria de una totalidad colectiva. Se advierte que el poeta no se imagina a sí mismo como una individualidad amando a otra individualidad, sino como un fragmento del mundo dirigiéndose a otro. Incluso el lenguaje da fe de esa naturaleza total: hay vocablos cinematográficos —que resultan afortunada y jugosamente actuales— y hay vocablos de raíz profunda y específicamente populares, campesinos, bajo los que detectamos un mundo de trabajo y comunidad. Numerosas características acertadas contiene la naturaleza de esta forma de hacer poesía y, entre ellas, la sencillez emocionada se levanta ante el cerebro del lector. Digámoslo tal como lo pensamos: no recordamos haber leído, de entre lo hecho a partir de la guerra, un grupo de poemas de amor tan edificados sobre la generosidad y la emoción.

La segunda parte del libro la componen doce poemas a la región manchega, viejo tema en Eladio Cabañero y cada día más depurado y convincente en su obra. Un extraordinario poema final cierra este libro, lleno de una poesía cálida y verdaderamente tan digna de ser leída como de ser escrita.—G.

ROBERT DE LUPPE: Albert Camus. *Editorial Fontanella. Barcelona, 1963.*

Son innumerables las interpretaciones que Camus ha inspirado. En esta que ahora nos ocupa —realizada por Luppé, redactor de la crónica filosófica de «La Revue Française de l'Elite Européenne»— saludamos con alegría su labor de «esforzado de la literatura». Un esforzado de la literatura es el crítico, el exegeta, que en un momento dado renuncia a sus ideas personales y se emplea a fondo en explicar la producción íntegra de un autor de la enorme significación de Camus. Quiero destacar el rigor, la claridad, la fidelidad y la agudeza de Luppé. Se ha desnudado el cerebro y nos ha servido una imagen diáfana de Camus, libre de hojarasca, esenciada, y que cabe en pocas páginas. Nuestra época va de prisa y son pocos los que —sin propósitos ideológicos y «creacionistas»— se detienen a estudiar a un autor. Al final ocurre que el pensamiento de ese autor se va lentamente deformando, según la fuerza y la difusión de los ideólogos. Nuestra época va de prisa y casi nadie vuelve a las fuentes originales. Con Robert Luppé hemos encontrado a un Camus fijo ya para siempre, pues se da la circunstancia de que es un Camus verdadero, el del sí y el no, el que afirmaba con pasión y negaba con pasión, y siempre trató de conciliar ambas actitu-

des. Si Camus ha heredado, por ejemplo, mucha problemática de Dostoiewski, al heredero de Camus le será muy valioso el estudio de Luppé. Aunque supongo que tardaremos varias décadas en adelantar un ápice esa «frontera».

JOSÈ MANUEL CABALLERO BONALD: Cádiz, Jerez y los puertos. *Editorial Noguer. Barcelona, 1963.*

España se ha convertido en poco tiempo en país eminentemente turístico. El año pasado ingresaron por sus fronteras más de once millones de visitantes. Para ser sinceros, lo que más interesa de aquí —aun teniendo una importancia decisiva en el orden curtural— no es su riqueza monumental y artística, sino el sol y las costumbres. Por eso las editoriales encargan sus guías turísticas a conocedores profundos no sólo de la huella histórica, sino también, y fundamentalmente, a conocedores del folklore —en su acepción amplia— y de los íntimos modos de ver y hacer en la región descrita. Cualquier autor medianamente pertrechado puede consignar que determinada torre pertenece al estilo mudéjar. Pero ya es más difícil, o al menos requiere períodos de convivencia y observación personales, establecer los rasgos costumbristas y la fisonomía privada de cada pueblo, sin caer en el ensayo erudito —cosa que no resistiría ningún turista medio— ni en la imprecisión. Cierto que este tipo de guía viajera dispone ya de un tratamiento más o menos convencional; pero en el caso de Caballero Bonald —cuya otra reputación poética y narrativa es muy conocida— asistimos a la exposición fiel y esquemática, fina y placentera, de un núcleo de ideas y de hechos —monumentos, vinos, gastronomía, fiestas, bailes— tamizados en la luz de la experiencia personal, que, por regla general, cuesta años y voluntad obtenerla. Sobre estas sugestivas ciudades sureñas viene en la obra de Caballero Bonald lo suficiente para aprehender en poco tiempo las porciones de alma más convenientes. El libro, además, contiene direcciones útiles y una magnífica serie de fotografías.

PIA LAVIOSA ZAMBOTTI: Origen y destino de la cultura occidental. Edito*rial Guadarrama. Madrid, 1959. Traducido del italiano por J. M. Tabanera; páginas 623, 52 ilustraciones y gráficos. (Esta obra encuadra una visión cíclica y unitaria de la historia del Próximo Oriente con la de Europa. Así se completa la visión universal de la historia extraeuropea que hace años dió la misma autora con «Origen y difusión de la civilización». (Barcelona, 1958. Editorial Omega.)*

El gran libro de la profesora Pia Laviosa Zambotti tiene por objeto estudiar, como su nombre indica, el origen, el curso y el destino de

la civilización occidental, a todo lo cual aplica una importante teoría que dilucida el comportamiento de la leyes históricas. Se trata de una solución monogénica comparada de la historia universal, y emplea el método de la estratigrafía espacial, manejando principalmente las disciplinas arqueológicas, etnográficas y geográficas, y menos las filosóficas, aunque no deje de reconocer Laviosa Zambotti que entre los grandes filósofos antiguos y los contemporáneos de dirección historicista y especulativa se produce una identidad con respecto a su propio medio método experimental, es decir, de «historia en acción». Pero antes de seguir adelante conviene aclarar estas denominaciones (antes de seguir adelante se entiende, en nuestro propósito explicativo del contenido del libro. Para estar conforme con su trayectoria política contemporánea bastaría, a la vista de su muy coherente contenido, con un sí; para estar disconforme sería preciso escribir otro libro que versara principalmente sobre materias tan complejas como el determinismo histórico o la filosofía de la historia, cosa fuera de lugar en este momento.)

Lo de solución monogénica proviene de un concepto astronómico. Recientes teorías observan que todas las constelaciones astronómicas pueden haberse derivado de una sola masa primigenia. Así las culturas. «Y del mismo modo que cada civilización, tras la expansión (flujo), determina una contracción (reflujo), así también en la formación del universo se sospecha la existencia de una sucesión de fases de contracciones tras de las expansiones.» En consecuencia, el empeño de Laviosa Zambotti no es el de una pormenorización histórica, sino el de una visión universalista, donde figuran enlazadas y comparadas las constelaciones históricas, desde su origen paleolítico hasta el umbral de la era atómica. En cuanto al método de la estratigrafía espacial, consiste en—tomando como punto de partida un núcleo de ideas experimentales referidas «a los fenómenos de concentración e irradiación en los que subyace la civilización en su perpetuo devenir»—estudiar los distintos estratos arqueológicos a fin de establecer fielmente el proceso que los caracteriza. «Nuestra concepción de desenvolvimiento, ligado al perenne renacer de los ciclos por filiación monogenética, es en realidad una idea nueva que se ofrece al estudioso de nuestro tiempo.» Tal como lo concibe Laviosa, los goznes que regulan la lógica de la historia universal son la «dialéctica de los opuestos» (choques de ideas provocados por las concentraciones humanas, afirmación de dinamismo) y las «condicionantes geográfica y del medio ambiente». Así es como nuestra autora, mediante la unidad de los principios metodológicos, resuelve el problema del estudio de la historia universal entendida en el susodicho sentido monogénico. Estos principios metodológicos se

pueden explicar de la siguiente manera y un tanto a lo rústico: el nacimiento precoz de una cultura viene determinado por concentraciones humanas dinámicas en zonas cuyas condiciones geográficas las predestinan a convertirse en focos matrices. Esta cultura-piloto acaba creando un desequilibrio con relación a otras zonas próximas más retardatarias y pasivas, desequilibrio que se resuelve por la expansión en ámbitos accesibles, lo que implica un debilitamiento de los vínculos originarios, así como la absorción de elementos étnicos, bárbaros y vírgenes encontrados a su paso. De la simbiosis surgirá obligatoriamente un organismo nuevo, pues la cultura superior estaba condenada al ocaso en virtud de la misma energía expansiva y asimiladora que irradió en su tiempo. Así, pues, la expansión o el enrarecimiento de una cultura —fenómeno difícil de explicar aquí— determina su desintegración y la invasión de los llamados bárbaros —retardatarios y biológicamente nuevos—, que terminan por incorporarse a la civilización en crisis (al sedimento cultural de esta civilización políticamente en crisis) y llevarla a un grado de perfección evolucionado. De esta manera se verifica el proceso de la expansión o flujo, contracción o reflujo y, por fin, el de la integración entre áreas cada vez mayores. La simbiosis y, por tanto, el ascenso de la Humanidad a la civilización siempre se ha verificado a través de la guerra. Allí donde se han producido con más violencia las antítesis es donde se han producido las guerras y donde ha progresado la civilización más intensamente. Esta nace, según Laviosa, en Mesopotamia hacia 3.200 años antes de Jesucristo y sigue un gradual y decisivo desplazamiento rumbo a la Europa mediterránea, al corazón del continente, al occidente atlántico, América y, por fin, al Pacífico y su fusión con Asia.

En realidad, sólo hemos venido hablando hasta ahora de los largamente expuestos por la autora principios metodológicos para el enjuiciamiento de la historia universal. Creemos que aquí reside la novedad de la obra y también, posiblemente, el punto de discordia. Puesto que, al parecer, todos los sucesos civilizadores se subordinan prácticamente a esta teoría, bastará, a nuestros efectos, confirmar la excelencia y veracidad del método con objeto de seguir ya ciegamente o con escepticismo a Laviosa Zambotti en lo que para ella no es más que una consecuencia lógica de sus estudios monogénicos y estratigráficos. Nos estamos refiriendo a su decidida actitud profética, que comporta una enorme responsabilidad para con el futuro histórico —no ideológico— del mundo y roza, sin duda, la filosofía de la historia de orientación especulativa.

Se puede comprobar que en el aspecto comparativo surgen unas

constantes inexorables, referidas, en primer lugar, a que el desarrollo de un ciclo de civilización equivale esencialmente al mismo ciclo que se produce en el campo de la astronomía o en el de la vida humana individual (juventud, madurez y senilidad). Al mismo tiempo el desarrollo de cada ciclo histórico comporta la repetición de situaciones, que determinan el perenne renacer de las leyes motrices de la Historia. Tales son los casos, por ejemplo, de la división del imperio romano en cuatro administraciones o prefecturas —caso avanzado de descomposición—, similar a la división que se produjo en otros imperios también indebidamente extensos: sargónida, acadio, hitita, egipcio, aqueo, asirio y persa. Lo que representaron las costas mediterráneas para fenicios y griegos es igual a lo que han significado las regiones costeras del continente americano para los europeos atlánticos (la fundación por los anglosajones de Nueva York, isla estratégica, es repetitiva de la fundación de Pithecusa (Ischia) por los griegos, y de la fundación de Gades (Cádiz), por los fenicios). Las dos razones que identifican históricamente a Grecia y a Inglaterra durante el predominio de ambas consisten en que difundieron la civilización más depurada por las tierras conocidas —costas del Mediterráneo y del Atlántico, respectivamente—, y la misma extensión de su poderío naval determinaba su fragilidad. O el deseo alemán de romper las barreras que lo aprisionaban, unificando el continente y provocando las dos guerras mundiales y la salida hacia Rusia por la imposibilidad de dominar a Inglaterra, es asunto, en cierto modo, paralelo al curso de la dominación napoleónica, etc.

Los ejemplos se multiplican y se confirman las mencionadas constantes históricas y las leyes de la expansión civilizadora, basada siempre en el mar, en la guerra y en un claro movimiento pendular de Oriente a Occidente. A la luz de estas leyes examina Laviosa el futuro del mundo: el objetivo del desenvolvimiento de la civilización, desde su primitiva irradiación localizada en el «omphalos» mesopotámico, es la integración de todos los pueblos. Esta misión está reservada a la cultura más dinámica y avanzada del globo: la norteamericana, heredera de la nordatlántica, y que encierra, a juicio de Laviosa, la culminación de todo el gigantesco proceso nacido en Mesopotamia. Frente al bloque democrático e internacionalista se halla la ideología comunista, totalitaria; ante las premisas cada vez más necesarias de internacionalización de los pueblos para evitar una conflagración a escala apocalíptica se presenta como un anacronismo. Una tercera guerra mundial postraría por igual a vencedores y a vencidos, y el centro de gravedad de la Historia se desplazaría a Pekín, con lo cual Rusia tendría que unirse estrechamente a Europa. Inevitablemente, la democracia euro-americana acabará por imponerse también a Rusia.

«Origen y destino de la cultura occidental» contiene otros muchos juicios interesantísimos y discutibles. Creemos que el interés de la presente recensión consiste en sentar las bases para una futura reflexión de raíz humanista.—T.

INDICES DEL TOMO LVIII

NUMERO 172 (ABRIL DE 1964)

Páginas

Arte y pensamiento

Hispanoamérica a la vista

Brújula de actualidad

Sección de Notas:

Sección Bibliográfica:

Portada y dibujos de la pintora Elisa Ruiz.

NUMERO 173 (MAYO DE 1964)

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

HISPANOAMÉRICA EN SU HISTORIA

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas:

Sección Bibliográfica:

Portada y dibujos de DE LA TORRE.

NUMERO 174 (JUNIO DE 1964)

Páginas

ARTE Y PENSAMIENTO

HISPANOAMÉRICA EN SU HISTORIA

BRÚJULA DE ACTUALIDAD

Sección de Notas:

Sección bibliográfica:

Ilustraciones de COPANO.

PRESENTE Y FUTURO
DE LA
LENGUA ESPAÑOLA

La labor conjunta de setenta y tres especialistas sobre los más actuales problemas de la lengua y la cultura españolas constituye el fondo de esta verdadera enciclopedia del español contemporáneo, editada a raíz del I Congreso de Instituciones Hispánicas, convocado por el Instituto de Cultura Hispánica el pasado mes de junio de 1963, en Madrid.

Junto a los hechos positivos de una realidad o «presente» del idioma no faltan en ella las previsiones, siempre más subjetivas y dudosas, de nuestro «futuro» lingüístico, que nos permitirán no sólo un pensamiento previsor, sino una acción encaminada a asegurar la unidad expresiva en el amplio mundo hispánico.

Sin duda, el resultado de ese gran esfuerzo por definir los problemas vivos del español actual, que supone este libro Presente y Futuro de la Lengua Española, *será, como el Congreso que lo ha hecho posible, un decisivo avance de nuestra actual lingüística.*

VOLUMEN PRIMERO

I. LA SITUACION ACTUAL DEL ESPAÑOL

El español americano

El español hablado en Colombia y su Atlas lingüístico, por Luis Flórez.
Estado actual del español en México, por Juan Manuel Lope Blanch.
El español de Chile, por Rodolfo Oroz.
El español hablado en el Ecuador, por Humberto Toscano.
El español en el Paraguay, por Luis de Gásperi.
El español en Costa Rica y su Atlas lingüístico, por Arturo Agüero.
Estado actual del español en Puerto Rico, por Rubén del Rosario.

El español en la Argentina

Tendencias actuales del español en la Argentina, por Luis Alfonso.
El español de la Argentina, por Berta Elena Vidal de Battini.
Actitud del argentino medio frente a la lengua, por Rodolfo A. Borello.
El argentino y las principales interrogantes frente a los problemas de la unidad de la lengua, por Angel J. Battistessa.
Apuntes para el étimo del charango, por Clemente Hernando Balmori.

La división dialectal

Variantes dialectales en España

El español en Filipinas

El judeo-español

LA EXPANSION DEL ESPAÑOL

ATLAS LINGÜISTICOS Y TOPONIMIA

Los Atlas lingüísticos de España, por Manuel Alvar.
Atlas lingüístico vasco, por Luis Michelena.
Colaboración hispano-portuguesa en la investigación lingüística, por Luis Lindley Cintra.
Nombres de lugar en España y en América, por Manuel García Blanco.

EL ESPAÑOL HABLADO

Encuesta y estructuración gramatical del español hablado, por Manuel Criado de Val.
Un nuevo planteamiento del estudio del verbo español, por Emilio Lorenzo.

EL ESPAÑOL LITERARIO

Problemas de investigación en el español literario, por Rafael Benítez Claros.
Fenómenos armonizadores del idioma castellano, por Leónida Biancolini.
Unamuno y el porvenir del español, por Julio César Chaves.
La palabra poética de Leopoldo Marechal, por Carmen Lila Perrén de Velasco.
El lenguaje poético en la actualidad, por Gerardo Diego.

VOLUMEN SEGUNDO

II. LA UNIDAD DEL ESPAÑOL. CARACTERIZACION Y PERSPECTIVAS

Los malos y buenos conceptos de la unidad del castellano, por Vicente García de Diego.
Tendencias a la unificación idiomática hispanoamericana e hispana. Factores externos, por Gastón Carrillo Herrera.
Niveles sociológicos en el funcionamiento del español. Problemas y métodos, por Manuel Muñoz Cortés.
Nivelación artística del idioma, por Alonso Zamora Vicente.
El idioma español y la progresiva internacionalización del lenguaje, por Margarita Morreale.
Constantes del vivir hispánico comparados con el vivir angloamericano, por Jaime Ferrán.

III. METODOLOGIA DE LA ENSEÑANZA DEL ESPAÑOL

Terminología lingüística

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

REVISTA MENSUAL DE CULTURA HISPANICA

Desde 1948 esta Revista viene integrando el mundo hispánico en la cultura de nuestro tiempo ★ Por su atención a las manifestaciones profundas del sentir, del pensar y del crear hispanoamericano, y por su reflejo claro y español del latido espiritual de Europa, CUADERNOS es y seguirá siendo:

LA REVISTA DE AMERICA PARA EUROPA

LA REVISTA DE EUROPA PARA AMERICA

DIRECCION, SECRETARIA LITERARIA Y ADMINISTRACION

Avenida de los Reyes Católicos

Instituto de Cultura Hispánica

Teléfono 2440600

Dirección	Extensión	250
Secretaría	—	249
Administración	—	221

MADRID

PRECIOS DE SUSCRIPCION POR UN AÑO

España	300 pesetas
Extranjero	6 dólares
Ejemplar suelto	30 pesetas
» » (doble)	60 »

CUADERNOS HISPANOAMERICANOS

BOLETIN DE SUSCRIPCION

D. ....

con residencia en ....

calle de ...., núm. ....

se suscribe a la Revista CUADERNOS HISPANOAMERICANOS por el tiempo de .... a partir del número ...., cuyo importe de .... pesetas se compromete a pagar $\frac{\text{contra reembolso}}{\text{a la presentación de recibo}}$ (1).

Madrid, ... de .... de 196.......

El suscriptor,

La Revista tendrá que remitirse a las siguientes señas: ....

....

(1) Táchese lo que no convenga.

E. I. S. A. Oñate, 15. MADRID-20

REVISTA DE ESTUDIOS POLITICOS

(BIMESTRAL)

DIRECTOR: CARLOS OLLERO GÓMEZ

SUMARIO DEL NUMERO 134

(Marzo-abril de 1964)

REVISTA DE POLITICA INTERNACIONAL

(BIMESTRAL)

SUMARIO DEL NUMERO 71

(Enero-febrero de 1964)

CUADERNOS
HISPANO-
AMERICANOS

FUNDADOR
PEDRO LAIN ENTRALGO

DIRECTOR
LUIS ROSALES

SUBDIRECTOR
JOSE MARIA SOUVIRON

SECRETARIO
JOSE GARCIA NIETO

DIRECCION, SECRETARIA LITERARIA
Y ADMINISTRACION

Avenida de los Reyes Católicos,
Instituto de Cultura Hispánica

Teléfono 244 06 00

MADRID

☆

EN EL PROXIMO NUM. 175-176
(JULIO-AGOSTO DE 1964)

ENTRE OTROS ORIGINALES:

RICARDO GULLÓN: *Exotismo y modernismo.*

ANTONIO MARTÍNEZ MENCHEN: *Un reflejo en las vidrieras.*

JOSÉ MARÍA SOUVIRÓN: *La fuga.*

LUIS GÓMEZ DE ARANDA: *Dios entero para el mundo entero.*

MANUEL DE LA ESCALERA: *Las tres musas.*

MANUEL PINILLOS: *Algo con después.*

WALDO ROSS: *Tipos del filosofar histórico en la conquista de América.*

JUAN ANTONIO GAYA NUÑO: *Problemas estéticos de la ciudad y el campo.*

LUIS ROCHA: *Códice de la virginidad perdida.*

ANTONIO SALVADOR: *Divagaciones sobre la música.*

MARÍA TERESA VILLAFAÑÉ: *La mujer española en la conquista y colonización de América.*

VICENTE URCUYO: *Nicaragua y la Unión Centro Americana.*

LEANDRO MAYORAL, C. M.: *Herencia católica española en los Estados Unidos.*

ALFONSO ALVAREZ VILLAR: *El panteísmo en la obra poética de Vicente Aleixandre.*

CARMEN BRAVO VILLASANTE: *Los hermanos Grimm en España.*

Y las habituales secciones de actualidad y de bibliografía hispanoamericana y europea.

☆

Precio del número 174
TREINTA PESETAS



EDICIONES
MUNDO
HISPANICO